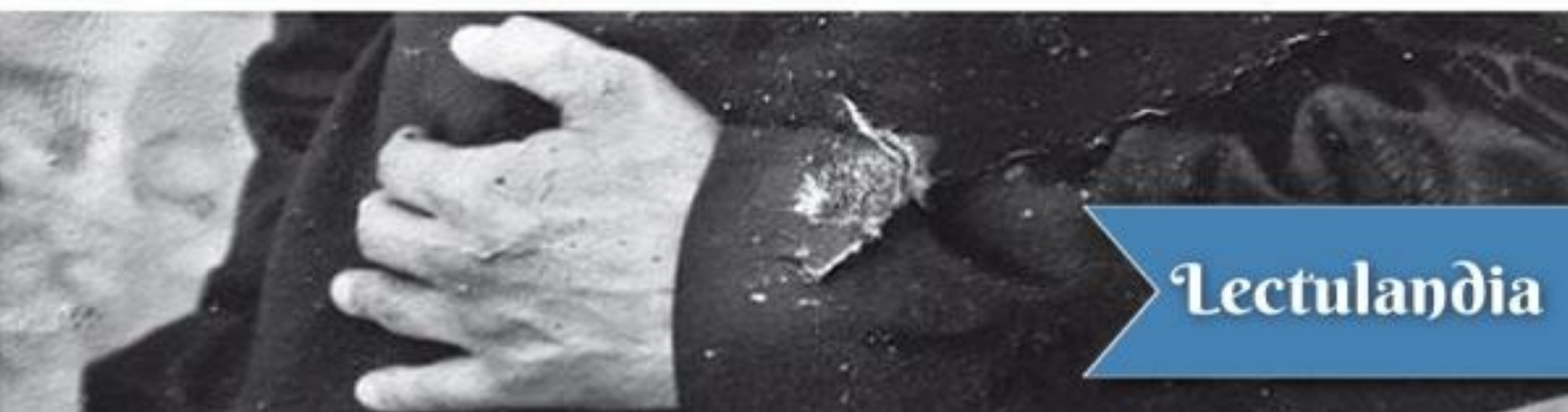




Patrick Flanery  
**Yo no soy nadie**



Lectulandia

Tras unos años como profesor en Oxford, Jeremy O'Keefe regresa a los Estados Unidos donde ha sido contratado como profesor de Historia de Alemania en la Universidad de Nueva York. Jeremy se siente bien con su nueva vida y feliz de estar otra vez cerca de su hija, quien se ha instalado, gracias a su matrimonio, en la clase alta de la ciudad. Jeremy, cercano a cumplir los sesenta, contempla con placidez los años que le quedan por vivir.

Pero un día recibe en su casa un paquete anónimo que contiene más de dos mil folios impresos por las dos caras con lo que parecen direcciones de internet. Y unos días más tarde, otro paquete con miles de números de teléfono. Estupefacto, Jeremy examina el contenido de los paquetes sin entender nada. Hasta que descubre que recogen el historial de su actividad online y de sus llamadas de teléfono de los últimos años.

¿Quién y por qué querrá hacer un seguimiento exhaustivo de su vida personal? ¿Y por qué ese alguien quiere que Jeremy lo sepa? ¿Quién es ese hombre que parece seguirle desde hace unos días? ¿Y quién llama a su madre con amenazas para Jeremy? En una sociedad sin secretos como la nuestra, asustar a un hombre es lo más fácil. Y Jeremy empieza a repasar su vida que él creía hasta ahora la de un hombre común, buscando a quién pudo hacer daño o qué pudo hacer mal.

Lectulandia

Patrick Flanery

# Yo no soy nadie

ePub r1.0

Titivillus 09.11.2018

Título original: *I Am No One*  
Patrick Flanery, 2018  
Traducción: Vicente Campos González  
Ilustración portada: De la serie *Todas las cosas del mundo*

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*Para AEV & GLF*

Cuando volví a Nueva York este mismo año llevaba viviendo en Oxford más de una década. Tras no conseguir la plaza de titular en la Universidad de Columbia, había creído que Gran Bretaña podría ofrecerme una posibilidad de reiniciar mi carrera, aunque siempre tuve la intención de regresar a Estados Unidos, imaginando que, como mucho, pasaría unos años fuera. Sin embargo, entretanto, Estados Unidos había cambiado tan radicalmente —por pura casualidad me había marchado justo después de los ataques a Nueva York— que ahora me siento tan alienado como durante aquellos largos años pasados en Gran Bretaña.

Aunque adquirí la ciudadanía británica y tenía una casa en East Oxford, en una calle con el optimista nombre de Divinity Road, que se va volviendo más acomodada a medida que asciende a la cumbre de una colina, Gran Bretaña carece de un relato de la asimilación de inmigrantes, así que para mis colegas, amigos y estudiantes británicos importaba muy poco que yo fuera legalmente uno de ellos. Para empezar, era y siempre sería un americano. Tal vez, si uno llega a una edad más temprana la aculturación total sea posible, pero, ya entrado en la cuarentena, mis costumbres estaban demasiado asentadas para asimilar los cambios que fueran necesarios para permitirme convertirme en británico más allá de lo que marcara la legislación.

Recién acabado mi doctorado en Princeton, la Universidad de Nueva York no era uno de los lugares que habría escogido para trabajar, pero me emocioné cuando el Departamento de Historia de la NYU se dirigió a mí para que solicitara una plaza de titular y me alegré más si cabe cuando se me ofreció el puesto, convencido por fin de que mis años lejos de casa habían llegado a su fin. Es sorprendente lo mucho que el alejamiento puede afectar a la mente, y, aunque fui a Gran Bretaña por voluntad propia, al cabo de los primeros años empecé a sentirme intranquilo y cada vez más resentido, persuadido de que se me estaba negando —o eso me parecía por entonces— el acceso a una vida plenamente americana. Culpaba a mis antiguos colegas en la Columbia y a todo tipo de intrigas de que no se me concediera la plaza de titular, lo que me había obligado a empezar como, algo que parece tan poca cosa, *whisky* y profesor contratado doctor en uno de los *colleges* más antiguos de Oxford<sup>[1]</sup>, que, aunque, fundado en el siglo xv, no atrae a los estudiantes más brillantes ni las mayores donaciones.

No obstante, acabé considerándolo un lugar cómodo en el que estar, pese a que la carga de trabajo era sustancialmente mayor que en una institución americana

comparable, dado que Oxford sigue enseñando a los estudiantes individualmente o en pequeños grupos, y además hay que cumplir funciones, aparentemente sin límites, de guía espiritual que no se parecen a nada de lo que se encuentra en los medios académicos estadounidenses. Me acostumbré a que el jefe de cocina del *college* me mandara la comida a mis alojamientos si él no estaba muy ocupado, comida que solía incluir alguna exquisitez (o, como dicen los británicos, *exquisite*) de la cena de la *High Table* de la noche anterior. En las bodegas del *college* había vinos excelentes y la vida se desarrollaba con parsimonia, como desde hacía siglos, con pocos cambios aparte de la admisión de mujeres, que algunos catedráticos todavía consideraban una mala idea traída por la modernización que había alterado, insistían, el carácter de Oxford irremediabilmente.

Tuve suerte con el mercado inmobiliario y antes de retornar a Nueva York el pasado julio vendí la casa de Divinity Road con un pasmoso millón de dólares de beneficio, que invertí en una casa y una pequeña parcela que daban al río Hudson, a un par de horas al norte de la ciudad, mientras ocupaba una vivienda generosamente subvencionada por la NYU en las Silver Towers de Houston Street. El apartamento no es lo que se dice bonito, pero está a cinco minutos a pie de la biblioteca Bobst y he disfrutado con mi vuelta a una ciudad en la que se respira un ambiente global de un modo que ciertamente no existe en Oxford, pese a la gran cantidad de estudiantes y profesores internacionales que pululan por los patios cuadrangulares.

Ni que decir tiene, volver a casa significaba que vería a mi hija más de un par de veces al año, como teníamos por costumbre durante mi estancia en Gran Bretaña. Mi pérdida de la opción de ser profesor titular coincidió con la ruptura de mi matrimonio, aunque no guardaran ninguna relación y nadie fuera realmente culpable. No obstante, en aquel momento tuve la impresión de que me daba el doble de motivos para buscar nuevas oportunidades, no solo porque mi carrera en el mundo académico americano, hasta donde podía ver, hubiera llegado a su fin, sino porque mi matrimonio también había acabado.

Hace unas semanas, cuando llevaba solo unos meses del primer semestre que impartía tras mi regreso a Nueva York, tenía un encuentro programado con una estudiante de doctorado a cuya comisión de supervisión me habían asignado. La vida en Oxford había dado lugar a una especie de informalidad en mis relaciones con los estudiantes, los de posgrado en especial, así que propuse a Rachel que quedáramos en una cafetería la tarde del sábado anterior al día de Acción de Gracias. Era uno de la serie de establecimientos de aire italiano de MacDougal Street que se atribuían un pedigrí más antiguo del que parecía verosímil, pero me gustaban sus cafés baratos y la variedad de genuinas pastas a la venta en la vitrina de cristal. Ayudaban a suavizar parte del choque cultural que he estado sintiendo desde mi regreso a Estados Unidos, y me permitían creer, siquiera por un momento, que esos referentes de la vida europea de los que me había encariñado seguían siendo accesibles incluso a este lado del Atlántico. Así que convertí el Caffè Paradiso en una parada frecuente en mi vida

semanal, dado que proporcionaba el tipo de local espacioso y tranquilo donde podían encontrarse amigos y estudiantes y la conversación podía alargarse sin la sensación de que un camarero iba a echarnos. Tiene más ambiente y estilo que cualquier establecimiento de una cadena de cafeterías y menos bullicio y alboroto que los locales supuestamente artesanales que están tan atestados que hay que competir por encontrar mesa y luego soportar la presión de otros clientes merodeando como helicópteros con los ojos desorbitados rastreando el primer gesto que insinúe que te vas. El Caffè Paradiso no es chic ni *hip*, y tiene un estilo más discreto, que es, sospecho, lo que lo ha mantenido abierto durante tantos años; o eso o sirve de fachada para el lavado de dinero, que es una posibilidad que nunca debe descartarse en esta ciudad.

Rachel solía ser puntual en nuestras comunicaciones y ya nos habíamos encontrado una vez, en septiembre, para lo que en Oxford yo habría denominado supervisión, pero que ahora tal vez sería más propio denominar una reunión o, si eso suena demasiado formal, para, simplemente, tomar un café. En los dos meses transcurridos había sabido poco de Rachel hasta que me envió un borrador completo de un capítulo. Ese trabajo, sobre la historia de la organización del Ministerio de la Seguridad del Estado en la República Democrática de Alemania, estaba bien fundamentado. Solo tenía que hacerle algunas sugerencias sobre cómo podía afinar su marco metodológico, pero le escribí diciéndole que creía que podría ser conveniente que nos volviéramos a reunir antes de las vacaciones.

Dado que siempre llego temprano allá donde vaya, había llevado un libro, aunque no pensaba que Rachel fuere a hacerme esperar. En nuestra primera reunión, y en todas nuestras comunicaciones posteriores, me dio la impresión de que era una joven excepcionalmente meticulosa y puntual, hasta rayar lo puntilloso. Varios días antes de nuestra reunión previa me había escrito para confirmar la hora y el lugar, sin darme tiempo a que yo lo hiciera, y cuando me presenté a la cita, en la cafetería cerca de la esquina sudoriental de Washington Square, ella ya estaba esperándome.

En la segunda reunión, hace solo unas semanas, pedí un café americano, me senté a una mesa cerca de la ventana y abrí mi libro. Ahora no recuerdo de qué libro se trataba, debía de ser *whisky* de Paul Virilio, o algo de ese estilo, pero pronto me di cuenta de que había leído diez páginas y cuando miré mi reloj vi que eran casi las cuatro y cuarto, quince minutos pasados de la hora acordada para la reunión. Saqué mi teléfono, un anticuado mazacote de plástico que no servía para enviar ni recibir *whisky*, pero al menos, pensé, podía mandar a Rachel un mensaje de texto, como a veces le mandaba a mi hija si iba a encontrarme con ella y me veía atrapado en un atasco de tráfico. Cuando me desplazé por la lista de contactos me sorprendió descubrir que el nombre de Rachel no aparecía entre ellos, aunque estaba convencido de que había introducido sus datos cuando nos reunimos en septiembre.

Trascurrieron otros diez minutos, volví a sacar el teléfono y lo comprobé de nuevo para asegurarme de que no había pasado por alto su número, que tal vez



hubiera anotado por el apellido y no por el nombre de pila, pero no había nada. Era posible que en algún momento hubiera borrado accidentalmente la entrada, porque mis dedos ya no son tan hábiles como antes y me resulta difícil pulsar con precisión las diminutas teclas del móvil, o puede que, pensé, el recuerdo de haber añadido el nombre y el teléfono de Rachel a la lista de contactos no era más que una invención voluntariosa o un falso recuerdo de una intención que no llegué a realizar.

Había estado alargando el café y entonces decidí que no tenía sentido esperar más, así que me llevé la taza a la boca y, al hacerlo, capté la mirada de un joven, que debía de tener veinte y muchos o treinta y pocos, sentado a una mesa enfrente de mí. No sé decir cuánto tiempo llevaba sentado ahí o si ya estaba en el local cuando entré, o había llegado después, pero él me saludó con la cabeza o puede que no, pero sí hizo algún gesto de reconocimiento o de saludo y seguidamente empezó a hablar con un tono tan despreocupadamente familiar que me pilló con la guardia baja. Es algo que no suele suceder en Gran Bretaña, donde la suspicacia hacia los desconocidos está tan profundamente arraigada en la psique nacional, tal vez desde los tiempos de la amenaza del IRA, o puede que aún de mucho antes —de las sospechas sobre los potenciales espías alemanes durante la Segunda Guerra Mundial—, que quienes no se conocen a menudo ni siquiera se miran ni, mucho menos aún, hablan entre ellos, a no ser que sean de otro sitio, y entonces, gracias a esa feliz casualidad, es posible relacionarse con alguien en un lugar público, y charlar negando con la cabeza sobre el confuso laberinto de la red de transporte de Londres o sobre el coste de la vida o la dificultad inherente a pasear por la calle porque cualesquiera que fuesen las leyes que estuvieran en vigor en el pasado acerca de caminar por la derecha o por la izquierda se habían olvidado con la transformación de Londres en un microestado internacional, y, aunque bastante distante de la capital, Oxford es un satélite de ese fenómeno, y su tipismo inglés va dando paso gradualmente a un cosmopolitismo que avanza con una imparable fuerza transformadora. Tal vez no tarde en llegar un día cuando los desconocidos hablen en Gran Bretaña entre ellos de una manera que parecerá normal en lugar de extraordinaria.

Pero ahí, en Nueva York, un día frío de noviembre, había un desconocido entablado conversación conmigo, y dada mi adaptación a la actitud de reticencia inglesa, me pareció tan asombroso que al principio me costó creer que de hecho estuviera dirigiéndose a mí.

—¿Le han dejado plantado?

Recorrí el local con la mirada dos veces.

—¿Habla conmigo?

—*¿Habla conmigo?* Qué gracioso. —Se rio—. Como De Niro, ¿no? *¿Habla conmigo?*

—Bueno, sí, supongo.

—¿Así qué...?, ¿te han plantado?

—No, no se trata de eso. Estaba esperando a un estudiante.

—¿Un o una?

Una vez más, volvía a mirar el local. La cafetería no estaba muy llena, y el tono de aquel joven tenía algo lo bastante extraño como para que yo no supiera muy bien si era conveniente continuar la conversación y pensé en ponerle fin en ese mismo momento disculpándome y marchándome. Si me hubiera quedado algo de sentido común eso habría sido exactamente lo que tendría que haber hecho, dado lo que ha acabado pasando, pero está claro, visto desde hoy, que me había desembarazado de mis sentidos, comunes o no, o tal vez, pienso ahora, había perdido los británicos y había permitido que los americanos se hicieran con el control.

—Una.

—¿Bonita?

De nuevo miré alrededor, esta vez para asegurarme de que no había nadie conocido que pudiera oírme.

—¿Perdón?

—Eso significa que no. Usted suena inglés.

—Viví allí durante más de una década. A los británicos siempre les soné americano.

—Pues a mí me suena británico. ¿Se lo han dicho otros?

—Algunos. Los americanos no suelen tener buen oído. Creen que ese actor británico, no me acuerdo cómo se llama, el que interpreta a un médico en la televisión, tiene un acento americano impecable. Pero no es así. Suena como un acento que ha sido cultivado en un laboratorio más que crecido de una semilla, por así decirlo.

—¿Ve?, a eso me refiero. Los americanos nunca dirían *por así decirlo*. Usted suena británico del todo. Es asombroso.

—Gracias, supongo.

—Así que la chica no es bonita, la estudiante que le ha plantado.

—Es bastante atractiva, pero eso de igual. Es una estudiante excelente.

—Pero no es de fiar.

—No, qué va. La impuntualidad no es propia de ella.

—Entonces, llámela.

—No tengo su número. Pensaba que sí...

—¿Una laguna mental, nos hacemos mayores?

—Escuche, no soy tan viejo.

—Podría ser mi abuelo.

—Si ni siquiera tengo cincuenta y cinco.

—Vale, tranquilícese. Solo estoy enredando. ¿De qué da clase?

—Historia moderna y políticas, y un seminario de último curso de cine.

—Mola.

—¿Es estudiante?

—No. Ya no.

—Ahora ya sabe lo que hago. ¿No quiere decirme lo que hace usted?

—No soy más que otro impostor que trabaja para grandes empresas.

Y eso, hasta donde recuerdo, fue el final de la conversación. Me dio la impresión de que no era mucho más joven ni tampoco mayor que mi hija; con el pelo rubio rojizo y una tez pálida que le hacía parecer un chico del Medio Oeste criado con maíz, el tipo de cara que aloja los ojos levemente fantasmales de la pobreza vivida hacía pocas generaciones, no necesariamente sus padres o sus abuelos, pero uno o más de uno de sus bisabuelos, imaginé, no había comido bien durante buena parte de su vida y de alguna forma esa hambre se había hecho con el control de sus genes y había llegado hasta el chico que había entablado conversación conmigo en una cafetería italiana en Greenwich Village a finales del mes pasado. Era una cara que me recordaba los retratos de Mike Disfarmer, aquellas fotografías color sepia de gentes corrientes de Arkansas, demasiado curtidos, la mayoría de ellos flacos y un poco hambrientos o con aspecto de perseguidos, como si durante la caza para poner un poco de carne a sus mesas se hubieran dado cuenta en un momento dado de que ellos mismos, a su vez, eran objeto de la persecución de un depredador invisible.

El encuentro no fue en sí inquietante, aunque ese joven era el tipo de persona que me hizo mirar hacia atrás por encima del hombro cuando volví caminando a mi edificio en la oscuridad vespertina, y luego, cuando me puse a mirar por la ventana iluminada que daba a Houston Street —o, más bien, a contemplar mi propio reflejo mientras pensaba en el tráfico que pasaba por debajo—, se me ocurrió la idea de lo visible que era, solo unas plantas por encima del nivel de la calle, con las persianas abiertas y yo de pie al lado, escuchando a Miles Davis y bebiendo una copa de escocés porque, después de todo, ya eran las cinco y media de la tarde y era noviembre, había oscurecido y me sentía solo, es más, muy solo, y me di cuenta de que la razón por la que no había puesto fin a la conversación de buenas a primeras, ni siquiera cuando dio sus giros más extraños, era porque todavía no había sabido reconectar con mis antiguos amigos en esta ciudad, unas amistades que, en realidad, había dejado que se difuminaran durante los años que pasé en Oxford, de manera que ya no me sentía capaz de llamar a la gente que en el pasado había tenido por más íntima y cercana y preguntar si podíamos quedar para tomar un café con la misma facilidad que se lo proponía a los estudiantes, masculinos o femeninos, tanto daba, fueran ellas bonitas o no. Llegué a la conclusión de que tenía que invitar a un pequeño grupo de colegas a cenar, pero luego recordé la razón por la que estaba intranquilo, y el hecho de que hubiera olvidado fugazmente por qué estaba descentrado agravó mi incomodidad. Abrí el portátil y allí, el primero de los mensajes enviados en mi *email*, había un correo para Rachel que, según parecía, yo había escrito esa misma tarde, un poco después de las dos, es decir, hacía solo unas horas, en el que le preguntaba si podíamos cambiar nuestra reunión posponiéndola hasta el lunes a las cuatro en mi despacho porque me habían surgido inesperadamente otros compromisos y no podía, pese a lo mucho que lo lamentaba, librarme de ellos, y le

rogaba que me disculpara. Y ahí estaba su respuesta, que, según parecía, yo había leído, de que no era ningún problema y que le iba bien que nos reuniéramos en mi despacho el lunes a las cuatro de la tarde.

Bien, no recordaba en absoluto haber escrito aquel mensaje, ni haber leído la contestación, y aunque es verdad que me estaba tomando la primera copa antes de las seis de la tarde, era justamente eso, la primera. Además, no había bebido nada en toda la semana, aunque podría pensarse que el hecho de que mencione algo así podría implicar que tal vez había tenido un problema con la bebida, que tampoco es el caso, a diferencia de muchos de mis antiguos colegas de Oxford, una mayoría de los cuales yo diría que eran alcohólicos funcionales —algunos dudosamente funcionales—, alcohólicos del tipo que no son aceptados de buena gana en el mundo académico norteamericano. Lo que quería decir era: no había tenido ninguna laguna mental, no me había olvidado de ese intercambio de mensajes con Rachel debido al alcoholismo, aunque habría resultado tranquilizador si hubiera eliminado por entero el recuerdo de ese episodio debido a alguna causa externa a mi mente y no por un agujero negro de mi memoria. Puede parecer lamentable, pero en esos momentos de mi vida recientemente reamericanizada cada vez que me siento de repente incómodo o simplemente más solo de lo que pueda remediar cualquier contacto con estudiantes o colegas, llamo a mi hija, y eso es lo que hice aquel sábado unas semanas atrás. Bajé el volumen de Miles Davis, cogí el teléfono y le pregunté a Meredith cómo le iba.

—Muy bien, papá, aunque un poco desquiciada para serte sincera. Esta noche tenemos cena.

—¿Alguien importante?

—Sí, pero no puedo..., a ver, no debo decirlo.

—¿Es que no soy digno de confianza?

—No, claro que no, es que, bueno, en estos tiempos, las líneas telefónicas, nunca se sabe. O a lo mejor es que me estoy volviendo paranoica. Pero y tú, ¿qué tal estás?

—Bien. Lo que pasa es..., bueno, nada, en realidad. Solo quería escuchar tu voz.

—Pásate esta noche si quieres. Podría añadir otro plato. Y sería agradable verte.

No sabría decir si fue una invitación sincera o si mi hija simplemente se compadecía de mí, pero me quejé un poco antes de aceptar. La idea de pasar la noche solo en ese apartamento del Village, o incluso de ir a cenar fuera sin compañía y luego meterme en el Angelika a ver una sesuda película iraní o turca, o hasta francesa, o la de pasear durante una hora hasta Central Park solo por la sensación de estar entre otras personas, de imaginar que no estaba solo en el mundo, frustrado y fracasado porque tenía que buscar la compañía de desconocidos para crear la ilusión de que mantenía un vínculo con el mundo, era más de lo que podía digerir. Esos paseos, esas tentativas de distraerme de mi soledad, solo acentuaban mi sensación de aislamiento.

Cuando acepté el empleo en la NYU no pensé demasiado en cómo el cambio, mi regreso a una ciudad a la que todavía consideraba mi hogar pese a más de una década

de ausencia, afectaría a mi vida social, que en Oxford estaba ocupada por mis colegas profesionales. Muchos de ellos, tengo que decirlo, eran extranjeros como yo, y nos unía nuestra sensación común de alienación frente a los ingleses, o lo inglés en general, que, comprendí paulatinamente, era algo distinto a lo escocés o lo galés (aunque esta última categoría no se oye mucho), y que a menudo los propios ingleses fundían con lo británico. Una vez oí a un presentador de Sky News describir al jugador de tenis Andy Murray como «la gran esperanza de Inglaterra, y es escocés», como si el país entero fuera ciertamente Inglaterra, que en realidad es solo una parte de un país federal, y no el Reino Unido. Pese a la alienación de lo inglés, que es básicamente una cualidad patente en ciertos ingleses de excluir a los demás, con su reticencia a asimilar a sus inmigrantes, nunca me sentí, ni por un momento, ni siquiera durante los primeros meses de mi estancia en Oxford, verdaderamente solo. Había infinitas fiestas al aire libre y cenas en la *High Table*, recepciones, celebraciones y copas, y sigue siendo un lugar lo bastante pequeño como para que los afines parezcan encontrarse instintivamente, haciendo que el tiempo, por más pesada que sea la carga de trabajo, transcurra con la cordialidad como núcleo de su experiencia de aquella antigua ciudad. La vida social, según acabé por entender, era una parte tan integral de la atmósfera intelectual y educativa como las bibliotecas y las aulas.

De modo que a última hora de la tarde o por la noche, asaltado por una repentina sensación de vacío en Nueva York —la ciudad que amo, un amor que me ayudó a salir adelante mientras estuve en Oxford, que, a su vez, fue una ciudad que también llegué a amar por sus propios encantos—, a menudo llamo a mi hija, sobre todo los fines de semana y puede que insinúe demasiado explícitamente la pregunta de si Peter y ella tienen algún plan. De cada cinco veces, Meredith me invita tres a cenar en su piso o en un restaurante, o descubro que tiene un acto en el Village o en el Meatpacking District —una inauguración en una galería o una fiesta— y se pasa por casa a verme antes de volver a su piso. He aprendido que a mi hija, a la que hasta hace poco todavía consideraba una niña por más que esté casada y, se mire por donde se mire, haya conseguido el éxito por méritos propios, con una galería con su nombre y una reputación creciente, le gustan, como a su padre, los *whiskies* de malta, y en especial los terrosos con un regusto a turba casi medicinal de Islay. Nos sentábamos juntos en mi salón con Miles Davis o Ornette Coleman en el tocadiscos, porque me ha dado por comprar elepés de vinilo negro azabache en lo que mi hija denomina, con una pizca de desdén, una «pose *hipster* del que envejece». Lo único que echo de menos entre nosotros es un buen habano, aunque, ahora que lo pienso, eso suena excesivamente freudiano, o podría sugerir que lo que yo de verdad quería —lo que quiero, lo que más deseo ahora— es un hijo varón. Meredith es la mayor alegría de mi vida, y siempre lo será, de eso no me cabe duda, sin que importe quien más pueda todavía —espero— entrar a formar parte de mi familia.



Aquel sábado de noviembre, cuando la reunión con mi estudiante Rachel no se concretó, cogí el metro hasta Columbus Circle y me paré en una tienda de alimentación en el sótano de un edificio que no estaba ahí cuando vivía antes en la ciudad; de hecho, Columbus Circle ha cambiado tanto en el curso de los años que apenas me resulta reconocible cada vez que paso por allí. Si salgo del metro sin pensar en dónde estoy, me siento tan desorientado que tengo que mirar un plano o pedir indicaciones para descubrir cómo llegar a Central Park South.

Tal vez tenga que ver con el divorcio, o con el hecho de que recogí mis cosas y me mudé cuando mi hija solo tenía trece años, dejándola al cuidado de su madre, o incluso con la humildad con que Peter y ella han transformado mi propia vida permitiéndome acceder a lujos que nunca creí a mi alcance (los viajes son siempre en primera, paso volando por las vías de acceso rápido y las colas de autorización en los aeropuertos, descanso en las salas vip antes de las salidas y me sirven comida y bebida gratis), pero ahora me resulta imposible presentarme con las manos vacías ante su puerta. Mucho le debo; mucho, creo, tengo que compensarla por mis años de ausencia. Esa noche llevé una botella de Laphroaig porque le gusta, aunque no es caro ni raro, y un ramo de flores de otoño de esa tienda del sótano, a todas luces demasiado cara.

Meredith abrió la puerta y, Dios mío, ¡qué impresión! A un padre solo podía dejarle sin aliento verla de aquella guisa: con un vestido negro exquisito, un collar de perlas, el pelo oscuro cayéndole por detrás de los hombros, su presencia perfectamente serena desde cualquier perspectiva imaginable, salvo en los ojos, y allí, en su mirada, pude reconocer el pánico absoluto y adiviné que no me había invitado para hacerme un favor, sino porque necesitaba ayuda para sobrellevar el tipo de reunión que en el pasado habría sido extraordinaria, para ella y para mí también, pero ahora no iba a ser más que otra cena de negocios. Solo podía hacer suposiciones sobre por qué no me había invitado antes de mi llamada; tal vez había creído que me parecería aburrida, o Peter me vetó, o, después de mi larga ausencia de sus vidas, simplemente no se les había ocurrido, aunque nos hemos visto con bastante frecuencia estos últimos meses, lo que me hizo pensar que, en cierto momento, se había tomado la decisión consciente —o a cierto nivel, pensé, porque siempre ha estado claro que Peter se considera el que toma las decisiones en su matrimonio— de que en esa ocasión yo no debía estar presente.

Cuando le di a Meredith las flores y el escocés se inclinó para besarme las dos mejillas. Qué sofisticados nos hemos vuelto en el curso de dos generaciones. Mis padres no habrían ni imaginado saludar a nadie con ese estilo europeo. Pero antes de que pudiera dar un paso más, aparecieron dos hombres de seguridad trajeados.

—Lo siento, papá, ya lo entiendes, nadie entra esta noche sin un registro superficial. Ya sabes cómo son estas cosas.

Los hombres pasaron un detector de metal a mi alrededor y, en cuanto me dieron vía libre y se aseguraron de que iba desarmado y por tanto no suponía un riesgo para quienquiera que estuviera en la sala contigua, seguí a mi hija a la cocina, que estaba atestada de camareros de *catering* y un chef. Desde mi regreso a Nueva York, o, de hecho, desde que se casaron Meredith y Peter hacía dos años, nunca había visto a mi hija ni siquiera hervir el agua para el té. Por lo general, la asistenta se encarga de cocinar, pero para un acto como la cena de esa noche necesitaban a más personal y solo más tarde comprendí lo importante que era la velada y cuánto riesgo, en cierto sentido, había corrido Meredith al invitarme en último momento (con posterioridad descubrí que había habido una cancelación tardía, uno de los colegas de Peter cuyo hijo enfermó a causa de una intoxicación alimentaria, y yo aparecía, como invitado por el destino, para volver a cuadrar los números). En retrospectiva, no sabría decir si hubo un elemento de cálculo por parte de Meredith, pero prefiero creer que no lo hubo, que existía, y todavía existe, el suficiente cariño entre nosotros para que lo que la impulsara fuera tanto su propia necesidad de contar con mi apoyo como su deseo de echarme una mano, de sacarme de mi patente soledad.

—No sabes cuánto te agradezco que hayas venido, papá. Esta noche te necesito.

—No seas tonta, el placer, y mucho, es mío.

—Te has vuelto tan inglés —dijo sonriendo y estirándome la corbata—. ¿Te apetece una copa de algo? Hay champán.

—Espléndido.

—¡Dios! Sí que estás británico.

—¿En qué lo notas, cariño?

—Los americanos no dicen espléndido de ese modo.

—¿Es que está mal dicho? ¿Quieres que cambie?

—¡No! Claro que no. —Me pasó una copa de champán que, a su vez, le había dado un camarero con el que se comunicó mediante una leve inclinación de la cabeza en mi dirección.

—¿Quién está aquí esta noche? ¿Puedes decírmelo ya?

—Lamento el subterfugio, es una cena de trabajo para Peter. Albert Fogel y su esposa, y la madre de Fogel. Los demás son todos colegas de Peter —y entonces bajó la voz—, a la mayoría de los cuales no soporto, pero, bueno, ya sabes, todos asistieron a las mismas escuelas privadas y *colleges*, y todos son más que multimillonarios. Esta es la gente que en realidad dirige el país, y la mayor parte del



tiempo no tienen ni idea de lo omnipresentes que son los efectos de su poder, pero qué vamos a hacerle, así es el mundo en que vivimos.

Me deprimió un poco oír a mi hija tan hastiada y me pregunté si casarse con alguien de dinero era la causa, aunque no puede decirse que ni su madre ni yo fuéramos pobres, sobre todo su madre, y uno tiene que admitir que Meredith asistió a uno de esos *colleges* y a una de esas escuelas privadas, y debido al acceso a esa clase de educación, por no mencionar su belleza peculiar y levemente anticuada, el rostro de una joven de Vermeer, la tez pálida y cremosa de una de Manet, todos esos legados genéticos aleatorios, en combinación con su inteligencia cultivada y un buen gusto excepcional, la hizo sumamente atractiva para cierta parte de jóvenes acaudalados que sabían degustar la belleza, pero también la inteligencia, que consideraban a mi hija, que no había sido consentida por nacimiento sino bien cuidada, criada y educada para ser equilibrada, una potencial compañera estable al menos durante la primera década de sus vidas profesionales. Un colega de Oxford bromeó, al enterarse del compromiso de Meredith hace unos años, que uno solo puede albergar la esperanza de que sus hijos lleguen a celebrar el décimo aniversario de sus bodas: esperar más sería descabellado, incluso arrogante. Los tiempos de la fidelidad eran historia.

Esa noche, Albert Fogel, el alcalde recién elegido de Nueva York, estaba sentado junto a Peter en una punta de la mesa, con la esposa del alcalde junto a Meredith al otro lado, y a mí me endosaron a Caroline, la madre viuda del alcalde, que se sentía una artista. El resto de las plazas las ocupaban colegas de Peter, la mayoría de ellos redactores jefe de su revista o de otras revistas y periódicos, aunque me preguntaba si ellos llamaban de hecho a sus publicaciones con esos nombres tan pasados de moda hoy en día, si no se consideraban magnates de «medios difusores de noticias» o de «plataformas informativas» o incluso de «ecosistemas mediáticos».

—¿Y usted a qué se dedica? —me preguntó Carolina cuando ya habían servido el rape y llevaba media hora escuchándola elogiar entusiasmada la brillante carrera de Meredith, y la gran estrella en que se estaba convirtiendo ya, y diciendo que esperaba que tal vez yo pudiera interceder por ella ante mi hija, porque en el pasado había sido lo bastante afortunada para exponer en algunas de las grandes galerías, y todavía creaba arte, no lo había dejado nunca, y ahora trabajaba en una serie de pinturas sobre el cuerpo humano envejecido— autorretratos de partes de mi propio cuerpo aisladas. ¿Y usted a qué se dedica, Jeremy?

—Historia y pensamiento político de la Alemania del siglo xx, algo de teoría política. Escribí una historia de alemanes orientales que trabajaron como confidentes forzosos para la Stasi. —La señora Fogel asintió, pero percibí que había dejado de interesarle—. Ahora estoy impartiendo un curso de cine, y supongo que es eso lo que más me interesa en este momento, tal vez el que ya no tenga la paciencia para el intenso trabajo que requiere la investigación de archivos y que prefiera ver películas sea una señal de que mi cerebro empieza a atrofiarse.

—Cine. Qué fascinante —dijo, y ya no me cupo duda de que la había perdido—. Mi primer marido era director. Siempre quería filmarme desnuda. Finalmente me libré de aquel idiota y me casé con el padre de Albert. Era abogado. A decir verdad, igual de mirón, pero no tan invasivo. Me parece que tal vez era homosexual. ¡No ponga esa cara de sorpresa! Nunca le interesó demasiado el sexo, ni siquiera verme desnuda, y francamente, por mí, mejor, pero Dios, quería saberlo todo sobre mi mente. Era agotador, pero me sacó de aquí y me llevó a Connecticut, que era el cielo.

—¿No te gusta Nueva York?

—Es muy sucia, muy bulliciosa. Detesto toda esa caca de perro por las aceras. Me pone enferma.

—Yo acabo de volver tras pasar más de una década en Oxford.

—¿Y cómo se le ocurre volver a Nueva York? Oxford es precioso, y muy tranquilo. Soñaba con tener un pequeño *cottage* inglés con tejado de paja y rodeado de un prado. Algo como en *Regreso a Howards End*, ya sabe, con el árbol y los dientes de cerdo en la corteza, y todo lo demás. Es *muy* romántico. *Muy* inglés. ¿Por qué abandonó todo eso? Aquí no hay nada parecido, no en Nueva York, y el campo americano es muy agreste, salvaje, muy peligroso. Puedes respirar hondo y caerte muerto.

—No es para tanto.

—Lo único que puedo decir es que adoro la cualidad bucólica de la campiña inglesa, los paisajes de Constable, lo acogedor que resulta, sin nada que pueda matarte que no sea tu propia estupidez. Oh ¡está consiguiendo que me entren ganas de ir! Tendría que planificar un viaje para la próxima primavera, cuando florecen las campanillas. Recuerdo un bosque lleno de campanillas en las afueras de Oxford, en los años sesenta, en el que sentí que había ido a parar al país de las hadas. Por entonces, Albert era solo un bebé y los tres pasamos dos semanas de vacaciones deliciosas recorriendo en coche el sur de Inglaterra. ¿Cómo puede soportar haber dejado todo eso?

Me acordé de los camiones que pasaban ruidosos por delante de mi vivienda de Oxford, haciendo vibrar las ventanas aunque era una calle residencial, y de las fiestas estudiantiles en el apartamento contiguo que a veces me obligaban a llamar a la policía, o de la fealdad banal de buena parte de East Oxford, las obras que parecían prolongarse durante años a lo largo de la Cowley Road, las aceras irregulares confeccionadas con losas de cemento de treinta centímetros cuadrados que tendían a hundirse bajo la lluvia y al pisarlas hacían palanca y me empapaban las piernas, por no mencionar el zumbido de la carretera que circunvalaba la ciudad. En estos tiempos, Oxford tiene poco de verdaderamente tranquilo.

—Lo cierto es que echaba de menos América. Y la NYU era la que me ofrecía más dinero y menos horas lectivas. Y por descontado Meredith y Peter están aquí, y mi madre vive en Rhinebeck. Volví por varias razones, entre ellas la familia. —Le conté eso a Carolina porque a la gente no le gusta escuchar que un lugar con el que

han establecido asociaciones románticas es igual de mundano que cualquier otro, y sé que Oxford es hermoso de una manera muy peculiar, pese a sus defectos, pero yo todavía estaba sufriendo el primer arrebatado de mi renovada historia de amor con Nueva York, con esta gran ciudad global que ciertamente no parece tener igual en el mundo occidental, y esa noche no quería escuchar a nadie que intentara convencerme de que Oxford habría sido un mejor lugar para acabar mi carrera profesional, en mi confortable puesto universitario de profesor titular. Seguramente nada habría impedido que me quedara, de no ser el deseo de trabajar menos y cobrar más y de ver a mi hija más de dos veces al año y volver a vivir en la ciudad que tanto me había dado en el pasado.

Entonces no pensaba en todo lo que me había arrebatado Nueva York, es decir, mi esposa, mi matrimonio, una carrera sin interrumpir en Estados Unidos, y, por tanto, una percepción sin complicaciones de lo que significa tener un hogar. Por supuesto, Oxford me parecía hermoso, sobre todo aquellas insólitas y largas veladas de verano, tumbado con amigos en los parques de la universidad o remando en el Cherwell, empujando las barcas hasta la orilla para hacer un pícnic en el agua mientras los cisnes pasaban a nuestro lado y los espinos dejaban caer sus flores blancas. Es posible que la suciedad de las orillas, la fealdad que bordeaba el lugar idílico, fuera en gran medida la razón por la que todo lo que se conservaba hermoso pareciera tan exquisito, tan estimulante, capaz de alimentar el deseo de ser uno con esa belleza, de suavizar la cadencia de mi forma de hablar y adaptar mis vocales. Al volver a Estados Unidos he descubierto cada vez con mayor frecuencia que muchos americanos ya no me ven igual que antes, que me he convertido para ellos en alguien que no es americano, aunque sé que, con trabajo y una resolución planificada para eliminar los tics verbales y de comportamiento que adquirí en Gran Bretaña, todavía podría hacerme pasar por quien había sido, o al menos por una versión sutilmente alterada de mi antiguo yo.

—Me parece que encontrará cambiada América desde que se marchó —dijo Carolina, que se inclinó hacia un lado mientras un camarero recogía su plato—. Cuando los republicanos se quedaron sin la Guerra Fría para hacer lo que querían, tuvieron que inventarse una nueva, esa tan espantosamente denominada Guerra contra el Terror. Lo que no habían imaginado es que la Guerra contra el Terror, al apuntar en todas direcciones, incluso dentro de las fronteras de este país, sentaba las bases para una nueva Guerra Civil. Eso es lo que el Tea Party y los de su cuerda quieren, aunque seguramente lo llamarán Revolución, pero lo cierto es que no tiene nada de revolucionario. Se trata de una parte de la población determinada a vivir y a gobernar de un modo aborrecible para la mayoría de nosotros. No sé, solo soy una pintora, y tal vez lo que describo sea una definición precisa de una revolución, pero no de una que cuente con el apoyo universal, por mucho que quieran presentarlo así.

A medida que avanzaba la velada, me di cuenta de que la madre del alcalde era más inteligente de lo que había parecido al principio. Hablaba y hasta tenía el aspecto

de Lauren Bacall, a la que yo había visto una vez subiendo a un coche en Park Avenue; Carolina poseía la misma elegancia y gracia y el tipo de voz cavernosa que indicaba o bien una rara fisonomía o bien muchos años marinando sus cuerdas vocales en *whisky* y humo de cigarrillo. Debía de pasar de los ochenta, así que podría haber sido mi madre, y hablaba con el a menudo irritante estilo de los mayores que conservan la lucidez y la coherencia, que se empeñan en dejar clara su sabiduría y en impartir sus conocimientos a quienes les escuchen. Yo quería escucharla educadamente, por mi hija y su marido, y no es que Peter haya hecho gran cosa para despertar mi afecto, es más, me parece un cabrón bastante rígido, no muy distinto a los señoritos engreídos del selecto y clasista Bullingdon Club de Oxford, el equivalente americano de aquellos pijos pagados de sí mismos sin el menor interés por la gente corriente ni la menor idea de lo que sufren los pobres. Sin embargo, Peter se diferenciaba en que sus ideas políticas y su corazón están en el lado correcto, es decir, desde mi perspectiva, a la izquierda, aunque con los super ricos, y creo que es acertado situar a Peter en esa categoría, pues esa gente que ha sido rica desde la cuna, que, como bromea su madre, ha pagado impuestos desde el útero no puede llegar a entender las dificultades a las que se enfrentan la mayoría de los americanos, ni les preocupa la cruda realidad que viven las gentes más empobrecidas del resto del mundo, en comparación con las cuales los estadounidenses pobres parecerían acomodados.

Conocí al nuevo alcalde y a su mujer aquella noche, hablamos brevemente tomando el café, cuando todos salimos a la terraza pese al frío para contemplar las luces de Central Park y el resplandor de los edificios que se alzaban en el Upper East Side. Por *esto*, pensé, por *esto* volví a Nueva York, porque no he estado en ningún sitio que tenga estas vistas urbanas. Londres es una ciudad de una gran belleza de antes de la guerra y mucha fealdad de posguerra; París, pese a todo su esplendor, puede ser monótona con un aire de museo; Roma es caótica; Berlín, un cajón de sastre, pero Nueva York, pese a la reciente proliferación de nuevos rascacielos, ha sabido descifrar una especie de código urbano que la convierte en una de las ciudades más dinámicas del mundo. Cierto es que nunca he estado en Asia, y los colegas me comentan que para ver el futuro urbano tengo que ir a Shanghái y Tokio y a una docena de ciudades más que me explicarán una historia bastante distinta. Tal vez algún día, aunque la perspectiva de ese tipo de viajes va menguando cada vez más a medida que pasa el tiempo y yo me siento en esta habitación, garabateando estas páginas y preguntándome qué tipo de futuro puedo esperar todavía para mí, qué propósito tendrá el relato que redacto aquí, quién lo leerá, si será poco más que un legado excéntrico para mis herederos, o si algún día, pronto, se considerará una prueba, un asunto para mantener en secreto más que para darlo a conocer. Usted que lo está leyendo, quienquiera que sea, o ustedes, cuantos quiera que sean, están sin duda llegando ya a conclusiones sobre mí, leyendo entre líneas y haciendo suposiciones pese a mis alegaciones de inocencia.

Fogel era encantador, pero me di cuenta de que me veía como una persona de poca importancia. La única razón por la que charló conmigo durante el café fue que era el padre de su anfitriona y él dependía de la buena voluntad de los magnates de la prensa como Peter y sus colegas para convencer a la ciudad de que lo que quería hacer, el plan que tenía para convertirla en un lugar más justo, más igualitario, no afectaría al crecimiento económico atribuido a las medidas políticas de su predecesor. Hablamos solo brevemente y no mostró el menor interés por mí. No puedo echarle la culpa. Al fin y al cabo, no soy más que un historiador universitario, un profesor que puede enseñar otros quince o veinte años más, y tal vez influir en un par de generaciones de otros eruditos, aunque ahora ese futuro —todos los aspectos de mi futuro— parece en verdad dudoso. Cada palabra que anoto sobre el papel imagino que es la última que escribo en libertad.

Esa noche, cuando todos se hubieron marchado y yo me quedé solo con Peter y Meredith mientras el personal contratado fregaba los platos, los tres nos sentamos en el estudio. Pensaba que Meredith abriría el Laphroaig y me sorprendió que no lo hiciera, aunque llevábamos bebiendo toda la velada, tres vinos blancos distintos, uno para cada plato, de una calidad que yo ya daba por supuesta tratándose de Peter.

—¿Por qué no te quedas aquí esta noche, papá?

—No, tendría que irme a casa.

—No seas tonto, ya es más de la una. Mañana no tenemos nada que hacer, así que quédate. Desayunaremos tarde.

—¿Estás segura de que no soy una molestia?

—Eres muy bienvenido, Jeremy.

—A decir verdad, quería hablar contigo de algo, pero tal vez sería mejor dejarlo para mañana.

—Cuenta, papá. Me siento muy despierta.

En cambio, Peter parecía exhausto.

—Si quieres acostarte, acuéstate. No tengo que hablar de ello ahora. Y no es muy importante.

—No, por favor, Jeremy, me has despertado la curiosidad.

—Hoy me ha pasado algo un poco raro. Se suponía que tenía que reunirme con una estudiante y había confirmado la cita durante la semana. La vi tras una clase que di ayer y volvimos a hablar sobre la reunión. Así que acudí al café a la hora señalada y ella no se presentó. Volví andando a casa e iba a mandarle un *email* para preguntarle por qué no había ido, y entonces descubro que parece que le había escrito antes, hoy mismo, preguntándole si podía cambiar la cita y ella me había contestado diciendo que sí. Bien, el problema es que no recuerdo haber escrito ese *email* ni tampoco haber leído su contestación, y, con todo, los mensajes están ahí.

Meredith se removió en el sillón, se puso los pies debajo de las piernas y se tapó con una manta de lana gris que recordé haberles mandado después de un viaje a Estocolmo para impartir una conferencia el año anterior. Era gratificante ver que le daba uso y que no había acabado metida en un armario, olvidada o regalada a alguno de sus amigos menos acaudalados.

—Supongo que es bastante raro. ¿Sabes si se ha producido más, cómo decirlo, más incidentes como ese?

—No, cariño, no que sea yo consciente, que era por lo que quería hablar con vosotros. ¿Habéis notado algo? ¿Estoy perdiendo la cabeza?

—No, con toda seguridad. No he notado nada. ¿Y tú, Peter?

Peter negó con la cabeza.

—Sinceramente, te lo juro, Jeremy, tu memoria es mejor que la mía. No he detectado nada raro. A ver, me sacas de quicio cada dos por tres, pero no es lo mismo.

Sonrió porque era un comentario burlón, generoso, no una manifestación de verdadera irritación. Era el tipo de burla que hacía que el chico me cayera un poco mejor cada vez que lo veía, y sentía que él se iba sintiendo más relajado conmigo, aceptándome como parte de la familia, aunque solo había visto a sus padres un par de veces y me dio la sensación de que Meredith se estaba integrando más a fondo en la familia de Peter que él en la nuestra, tal vez porque, bien mirado, no existía una «nuestra»; mi familia estaba ahora ahí, con Meredith y mi madre, y la madre de Meredith, que de hecho hacía vida por su cuenta, no tiene hermanos, sus padres han muerto, así que Peter tiene menos margen para formar parte de *nosotros* en el sentido que Meredith puede convertirse en parte de *ellos*. Yo vivía eso como un desastre, es verdad, porque sabía que, en gran medida, la disolución de nuestra familia era culpa mía y no de Susan, por más que la decadencia de cualquier relación sea casi siempre multilateral, y mi exmujer también tenía su parte de responsabilidad.

Meredith y Peter intentaron tranquilizarme y, cuando dieron las dos de la madrugada, todos teníamos que esforzarnos por permanecer despiertos y Meredith fue a buscar algo que pudiera ponerme para acostarme, y volvió a los pocos minutos con un pijama sin estrenar, así como un cepillo de dientes de bambú nuevecito, todavía empaquetado, y una navaja.

—¿Esperabas que me quedara?

—Estamos preparados para casi cualquier eventualidad. Seguridad a la décima potencia.

—O más.

—Sí, seguramente mucho más.

Me pregunté si el cuarto de invitados estaba siempre preparado, o si Meredith había previsto que podría haber invitados de último momento y había pedido a la asistenta, una dominicana, que pusiera sábanas limpias y cambiara las toallas. Sentí cierta tranquilidad al quitarme la ropa y ponerme un pijama nuevo, sobre todo uno de una calidad espléndida —*espléndida*, un adjetivo que no suena muy americano, es verdad, pero no puedo quitármelo de la cabeza, *buena* sabe a pan de molde en mi lengua—, y luego meterme entre las sábanas de tupido hilado, subirme el edredón hasta la barbilla, mirando hacia las luces del parque, y saber que mi hija ha alcanzado tal posición que no necesito volver a preocuparme por mi propia seguridad durante el resto de mi vida. Eso había sucedido de un modo que no podía haber previsto y con tanta rapidez que a veces amenazaba con alterar mi percepción de nuestra relación. Ella todavía no había cumplido los treinta, se diría que apenas había dejado atrás la

infancia, y pese a todo era una adulta en su plenitud, con una profesión, con su propio negocio y con un marido que es uno de los hombres más influyentes de Estados Unidos, ¡y todo a una edad tan temprana! No sé cómo, pero la juventud ha llevado a cabo una revolución incruenta, y es una tontería, soy consciente, imaginar que los jóvenes del país no son, en última instancia, quienes lo controlan. Esa noche podía dormirme con la seguridad de que si me despertaba la mañana siguiente y no recordaba nada de lo sucedido los días o semanas anteriores, o me había olvidado por entero de mi vida adulta, Meredith y Peter me cuidarían. Se me enviaría al mejor establecimiento de la Costa Este y hasta mi muerte estaría resguardado y atendido, sin tener que preocuparme por si acabaría vagabundeando por las alcantarillas de Nueva York o durmiendo en los túneles del Armtrak, en los que recuerdo haber visto una vez campamentos improvisados cuando iba a visitar a mi madre en el norte del estado. Pase lo que pase, no seré uno de los indigentes condenados a quedarse colgados, desconectados de la vida, sin que importe que ahora mismo una parte de mí desee que eso fuera posible.



El día siguiente, domingo, nos levantamos tarde, pero cuando finalmente nos reunimos, un poco pasadas las diez de la mañana, la asistenta ya había preparado gofres y había un cuenco de ensalada de frutas, café caliente y un ejemplar de *The New York Times*, debidamente grueso, todo desplegado sobre el mármol blanco de la cocina. Sin embargo, me di cuenta al instante de que Meredith y Peter habían estado hablando y tenían algo que decirme, como si hubieran tomado una decisión —lo que era el caso— sobre mí en las horas posteriores a mi confesión de la inexplicable laguna de memoria, o eso parecía entonces.

Esperaron a que nos quedáramos solos en la zona acristalada de la cocina que utilizaban para el desayuno y que daba al parque. No era la primera vez que había pasado la noche en su casa, pero vi que cuanto más tiempo vivían juntos se iban acomodando a una pauta de comodidades rutinarias que indicaba la búsqueda del ideal, de la mejor forma posible de tomar el café y el desayuno, y disfrutar de la belleza de las vistas, por no mencionar de la belleza de cada uno de ellos. Son, sin la menor duda, una joven pareja deslumbrante cuyo atractivo no reside solo en su juventud, sino en la forma en que llevan el privilegio de la edad sin preocupaciones, o con preocupaciones mediadas por la confianza de que siempre, salvo que estalle una revolución, estarán seguros.

—Hemos estado hablando, y nos gustaría que fueras a ver a una doctora excepcional.

—Mi padre ha ido a verla, Jeremy. Es una de las mejores especialistas en memoria de la ciudad.

—Así que pensáis que tengo un problema.

—No, papá, de verdad, ninguno de los dos ha notado nada raro. Solo que pensamos que...

—¿No es mejor descartar la posibilidad de que algo no esté bien, Jeremy? ¿No preferirías saberlo y abordarlo en una fase temprana en lugar de vivir con la incertidumbre y la preocupación?

Los dos parecían sinceros. La sinceridad era uno de sus defectos.

—Claro, tienes razón.

—¿Te pido una cita para esta semana? Estoy seguro de que puedo conseguírtela para antes de Acción de Gracias.

Cumpliendo su palabra, Peter organizó una cita para el lunes, cuando no tenía clases ni más compromisos que la reunión trasladada a las cuatro de la tarde en mi despacho con Rachel. Le agradecí a Peter el que utilizara su influencia, y espero, aún ahora, después de todo lo que ha pasado desde aquella semana en que me percaté por primera vez de los extraños cambios que afectaban la trayectoria de mi vida, haber demostrado suficiente gratitud por su ayuda.

Después del *brunch* volví a casa. Meredith me ofreció un coche que me llevara y, por una vez, acepté porque todavía me sentía cansado de la larga noche anterior y quería darme el gusto, aunque solo fuera por media hora más, de saber que alguien me cuidaba. Qué diferente sería mi vida si me hubiera quedado en Gran Bretaña, si no hubiera vendido aquella casa en Divinity Road y siguiera viviendo allí, a mi aire, un tanto estrecho aunque cómodo, haciendo alguna escapada ocasional a alguna ciudad europea y llevando lo que en muchos sentidos era una vida muy poco inglesa, o al menos una que no representaba las limitadas vidas que sobrellevan muchas personas en Gran Bretaña. No es que dispusiera de más espacio en mi apartamento de la NYU, de hecho, tenía un poco menos, y ningún jardín delante del comedor, pero tampoco me acuciaba la sensación de vertiginosa inseguridad que a veces se me venía encima en Oxford cuando estaba acostado y me preguntaba si había cerrado con llave. En Nueva York, en tanto hombre blanco de cierta edad y clase, he tendido a sentirme seguro, pese a la imprevisibilidad de la ciudad, sus problemas de corrupción policial, delincuencia y terrorismo, aunque Oxford tampoco era inmune a este, o al menos a aquellos que buscaban propagar el contagio del mismo a los rincones más aletargados del mundo.

Subido en la parte de atrás de la limusina mientras recorría la Séptima Avenida, recordé a un estudiante de doctorado sirio que llegó a Oxford casi a la par que yo, y ahora pienso en él, preguntándome si mi breve relación con el chico había sido un anticipo de lo que estaba por venir. El joven había proferido extrañas amenazas contra mí y mis colegas, exigiendo un trato especial sin más razón que el que había estado trabajando hacía poco para la misión Siria en las Naciones Unidas en Nueva York. Cuando rechazaron sus demandas, amenazó al departamento entero. Al principio nadie se lo tomó en serio, pero cuando las amenazas subieron de tono, yo informé sobre el joven a la línea de avisos sobre terrorismo que Gran Bretaña había abierto por entonces, y al cabo de unos días, el chico desapareció y nadie volvió a saber de él.

No lamenté entonces, ni me arrepiento ahora, lo que hice, y el hecho de que él desapareciera me indica que no me equivoqué al informar a las autoridades. Pero ahora pienso con qué facilidad un único aviso, una llamada telefónica que no dura más de cinco minutos, puede cambiar la vida de un desconocido. ¿Soy tan distinto, me cuestiono, a los alemanes orientales comunes y corrientes que se convirtieron en confidentes de la Stasi? Di por supuesto que el joven sirio suponía una amenaza, pero no tenía más pruebas que mis sospechas y temores. Ahora recuerdo que me hizo un

comentario una vez en el sentido de que «las cosas van a cambiar por aquí. Ya verá quién es el que en realidad mueve los hilos». Puede que no fuera más que una baladronada juvenil. De hecho, al pensarlo de nuevo, es lo que parece, poco más que una chulería desacertada, el tipo de amenaza que alguien que ha estado sometido a un jefe autoritario puede a continuación utilizar contra la siguiente persona débil a la que encuentra, el mismo tipo de fanfarronada que puedo imaginarme soltándole a un colega que fuera mi superior en la Columbia, para mi vergüenza. Tal vez aquel joven sirio no tenía nada de sospechoso, pero los servicios de seguridad británicos debieron de pensar lo contrario, dado que desapareció. Es posible, supongo, que no fuera detenido y simplemente optara por marcharse. Su cara me vino a la memoria aquel domingo mientras entrábamos en Bleecker Street y de repente un grupo de jóvenes de Oriente Medio rodearon el coche al cruzar la calle. Me había inoculado, hasta cierto punto, contra imaginarme una amenaza en cada cara morena durante mis años en Oxford, sobre todo después de comprar la casa en Divinity Road, que me obligaba, para el trayecto más corto a mi *college*, recorrer la Cowley Road, donde tenían tiendas y viviendas muchos paquistaníes y gente de otros puntos del mundo musulmán, y donde también celebraban sus servicios religiosos. Desde mi patio trasero veía la cúpula y la aguja blanca de la Mezquita Central de Oxford y en más de una ocasión tenía que oír la música de una fiesta en alguno de los jardines vecinos, melodías y ritmos que me hacían pensar que bien podría encontrarme en Lahore o Estambul. No, vivir en Oxford, en la época inmediatamente posterior a los ataques a Nueva York y Washington, era como asistir a una terapia de inmersión por exposición a aquello que uno más teme.

En mi edificio trabajan varios porteros pero el que estaba de servicio esa noche era un pulcro puertorriqueño llamado Rafa.

—¡Profesor O’Keefe! Un paquete para usted.

Desde detrás de la mesa señaló la zona donde se dejan los paquetes, cerca de los buzones y las ventanas que dan al patio que hay entre los tres edificios. Era raro que me llegara un paquete en domingo, pero tal vez lo habían traído el sábado y yo me había olvidado de comprobar si había algo para mí.

—¿Sabes si llego ayer, Rafa?

—No sabría decirle, jefe. He empezado el turno a las diez esta mañana y ya estaba aquí cuando llegué. Ayer estuvo de servicio Ignacio. Mañana puede preguntarle.

La caja estaba envuelta en papel marrón y tenía el tamaño de los neceseres que utilizaba mi madre de joven, el tipo de equipaje que uno ya no lleva en los aviones, pero que en el pasado eran uno de los accesorios básicos de las mujeres; me acordé del último que tuvo, antes de que se extinguieran en la era de las estrictas limitaciones en los vuelos: estaba cubierto de vinilo azul turquesa, y formaba parte de

un juego de maletas, todas del mismo color, con cerraduras y cremalleras metálicas. Debía de ser de la década de los sesenta, y después mi madre dejó de usarlo para el maquillaje, se convirtió en depósito de fotografías que no habían llegado a los álbumes, y ahora lo guarda debajo de la cama y, hasta donde sé, ha continuado abriéndolo todos los días, inhalando el olor de los cosméticos viejos y el hedor del vinilo que va descomponiéndose lentamente, junto con el compuesto químico tóxico que se utilizara para fijar el tinte turquesa del neceser. La caja era de ese tamaño y pesaba como el neceser cuando estaba lleno de frascos y viales, y mientras la sostenía en el ascensor que me subía a la tercera planta examinando la letra desconocida que lo había dirigido hasta mí, Profesor Jeremy O’Keefe, imaginé todos los posibles contenidos. No llevaba dirección de devolución, ni indicaciones sobre el remitente ni el origen, ni franqueo, y por tanto ningún matasellos, así que no había manera de saber de dónde procedía, al menos hasta que lo hubiera abierto.

Dejé la caja en la mesita baja del salón, y es posible que me olvidara de ella o que me perturbara tanto su llegada y misterio que temiera abrirla, o tal vez fuera simplemente que Meredith me llamó para decirme que Peter había hablado con la doctora Sebastian y había confirmado que podía acudir a su consulta el lunes a las diez de la mañana, lo que me dejaba margen de sobra para volver luego a mi despacho y reunirme con Rachel a las cuatro de la tarde.

—Tal vez —dijo Meredith— ha llegado la hora de tener un *smartphone*. De ese modo siempre podrás acceder al *email* y es menos probable que pueda repetirse una situación como esta.

—Me lo pensaré.

—Vamos, yo sé que eso significa que ni te lo plantearás.

—Vale, cariño, mañana o pasado me haré con uno, si eso te tranquiliza.

—Te hará la vida más fácil, nada más.

—No sé si hubiera cambiado mucho de lo que sucedió ayer. Habría ido igual al café y si tuviera uno de esos aparatos es posible que no hubiera esperado durante media hora para ver si ella se presentaba, así que me habría ahorrado tiempo, pero el error habría sido el mismo.

—Sé que es inquietante.

—Si notas algo, o si Peter y tú recordáis alguna ocasión en la que parecí olvidadizo, pero en algo más que lo normal como tener que esforzarme por recordar un nombre o algo así, tenéis que decírmelo.

—Lo haré, pero hemos vuelto a hablar al respecto, y ninguno de los dos recuerda nada por el estilo. A nosotros nos parece que estás bien..., salvo porque se te ve un poco solo.

Durante un instante no pude hablar. Un grito se formó en mi garganta. Me sorprendió que se refiriera a mi soledad, porque imaginaba que presentándome animado cada vez que nos veíamos, había podido disimular lo deprimido que me sentía. Tragué saliva unas cuantas veces y dije:

—Sí, he estado un poco solo últimamente. Echo de menos a la gente de Oxford. Allí tenía muy buenos amigos.

—Pero todavía conoces gente en Nueva York.

—Pero ninguno íntimo. Y todas mis relaciones en Oxford se han vuelto inesperadamente silenciosas, como si les doliera que me hubiera marchado. Tú eres la única persona con la que de verdad puedo hablar, Meredith, y lo lamento si he dado la impresión de estar tan necesitado.

—¡No tienes que lamentar nada! Es agradable que estés aquí. Jamás tienes que sentirte mal por querer verme.

—Pero si te llamo y estás ocupada, o no es un buen momento, quiero que me prometas que me lo dirás. No quiero ser una carga.

—Por favor, papá, no tengo una vida tan ocupada, te lo juro.

Me dio la dirección, la doctora estaría trabajando desde la consulta de su casa en lugar de estar en el hospital porque, supuse, era la semana de Acción de Gracias, o tal vez porque los especialistas en memoria no trabajaban en hospitales, o para las primeras consultas pensaban que no resultaba tan agresivo ver a los pacientes en un espacio menos hospitalario, donde la perspectiva de muchos años encerrado en un pabellón para dementes seniles no se abriría en cada pasillo atisbado en el trayecto desde la entrada hasta la sala de consulta. La dirección era del Upper West Side, en la West End Avenue, y la introduje en mi calendario *online* para recibir un recordatorio por *email* el lunes por la mañana.

Tras hablar con Meredith, pasar un rato leyendo el periódico y comprobar mi *email* —ningún mensaje en la cuenta personal, más mensajes de los que me apetecía leer en la de trabajo—, decidí buscar algo que ver en la televisión, una vieja película del Oeste o incluso un partido de fútbol, si había alguno con el menor interés, pero la caja que había llegado se cernía sobre mí desde la mesita y me sentía obligado a abrirla, aunque bien es verdad que a veces dejo los extractos bancarios sin abrir durante semanas o meses, y ha habido ocasiones en el pasado en que me ha llegado una carta (cuando todavía se mandaban cartas de forma habitual) que tenía tan pocas ganas de abrir que permanecía apartada durante días o semanas o incluso —recuerdo una de una exnovia francesa en el *college* que solo abrí cuando se hubo desvaído el color del sobre, que pasó de azul a violeta y, finalmente a rosa— durante años. Volví a la cocina a buscar un cuchillo y desgarrar el papel de estraza que envolvía el paquete, y descubrí una caja de cartón marrón cerrada con cinta adhesiva también marrón, pero sin otras marcas ni nada escrito. La estuve mirando un momento e incluso pensé en llamar a la policía porque no tenía ni idea de qué podía contener, a lo mejor una bomba, pues todo profesor tiene su horda de antiguos estudiantes contrariados, y mi cabeza vagó —de una forma precipitada e imparable— hacía mis relaciones en Oxford cuyos cabos sueltos todavía podrían agitarse ondulantes para morderme. Tras pegar la oreja al cartón y no oír nada, y sin ver ningún signo de que filtrara nada o ningún otro indicio de que pudiera llevar algo amenazador dentro, y

después de agitarla con resultados concluyentes —sonaba, simplemente, llena, y no percibí que se movieran partes en su interior al sacudirla— cogí el cuchillo de pelar y corté a lo largo de la cinta para abrir las solapas de arriba.

Para los niños, la apertura de paquetes es casi siempre motivo de expectación emocionada, pero a medida que pasan los años, uno descubre que algunos paquetes no tienen por qué traer la felicidad y pueden con igual frecuencia ser causa de decepción o angustia; uno contempla las cajas, sobre todo las que son tan misteriosas como la que llegó a mi apartamento el domingo antes de Acción de Gracias, con una vaga sensación de turbación o incluso, a veces, temor. Tal vez, para mí, este cambio sobre las expectativas de los paquetes se remonta a mi traslado a Oxford, cuando, al cabo de seis semanas, el carguero por fin llegó a Gran Bretaña y la furgoneta llena con las pertenencias sin las que había creído que no podría vivir —libros, música, algunas piezas de arte, ropa, pero ningún mueble, dado que no fui a Oxford con la intención de quedarme para siempre—, fue descargada en la conserjería del *college*. Durante el primer año viví en habitaciones allí mismo, así que los conserjes me ayudaron a cargar las cajas por el patio cuadrangular frontal y a subirlas por las escaleras hasta el último piso, en cuyos aleros se encontraban mis habitaciones amuebladas, cuyas ventanas daban a las almenas de arenisca. Cuando empecé a abrir aquellas cajas que llegaban de casa, descubrí que la expectación y la alegría de reunirme con mis pertenencias no tardaba en dar paso a pequeñas irritaciones —las tapas de algunos libros valiosos habían resultado dañadas, el cristal de varios cuadros enmarcados se había resquebrajado— y más tarde a un abrumador sentimiento de nostalgia que alcanzó su punto álgido solo para dejar en su estela una sensación de desesperanza y arrepentimiento. En mis pertenencias, en mis libros y sobre todo en mi ropa, no solo podía oler Nueva York, sino también el apartamento del Upper West Side que hasta hacía tan poco había compartido con mi mujer y mi hija y que había abandonado por voluntad propia porque creía que el matrimonio estaba acabado; fui yo el que decidió marcharse, aunque había sido Susan la que había dejado claro que la relación estaba llegando a su fin, y nuestra separación legal solo se produjo un año más tarde. Sentado en aquella habitación de Oxford con sus paredes de color crema y su mobiliario institucional, rodeado por la masacre de cajas que venían cargadas de recuerdos de una vida abandonada, me eché a llorar, y lloré tan alto que mi vecino al otro lado del pasillo, un *fellow* posdoctoral de Ginebra, llamó a mi puerta para ofrecerme un jerez y luego, dado que era sensible y servicial y se convertiría en uno de mis mejores amigos durante mi primer año en aquella ciudad, me ayudó a desempaquetar mis libros y a colocarlos en las estanterías. Si hubiera tenido que hacerlo solo, tal vez no habría acabado. Desde entonces, y quizá antes, una caja cerrada con cinta adhesiva me ha parecido un objeto más amenazante que de deseo o expectación.

Abrí las solapas de la caja encima de la mesita y me di cuenta al atisbar el contenido de que se trataba de un fichero de cartón porque consistía en una pila

intacta de hojas de carta, de 216 × 279 mm, en las que había impresas, en una tipografía densa, a un solo espacio, miles y miles de direcciones web. Al principio pensé que la capa superior de papel podría ocultar algo más debajo, pero a medida que pasaba las hojas —habría unas dos mil quinientas, o puede que más—, me di cuenta de que todo era igual, una dirección detrás de otra, separadas solo por una coma y un espacio, sin saltos de línea, ni párrafos diferenciados. Pensé que debía de ser algún tipo de mensaje, aunque al principio no miré cada página por separado: eso fue un proceso que me llevó unos cuantos días. Sin embargo, no había ningún mensaje, y solo más tarde comprendí el significado íntegro de lo que tenía delante. Algunas de las direcciones me resultaban familiares —sitios web de periódicos y revistas— mientras que otros no me decían nada, o parecían formados exclusivamente de números y una sucesión azarosa de caracteres. Era un rompecabezas, pero, dado que no había mensaje, ni explicación, se trataba de uno que solo una pequeña parte de mí mismo tenía el menor interés en descifrar. Mi mente no es dada a la resolución de enigmas, no le divierten los crucigramas ni los juegos numéricos, nunca he sido jugador de naipes ni de ajedrez, para pasar el rato prefiero leer un libro o ver una película. Di por supuesto que debía de tratarse de un error, que, fuera lo que fuese ese listado de direcciones, no tenía nada que ver conmigo. Volví a dejar las hojas en la caja, cerré las tapas y la deslicé bajo una mesita auxiliar.

Así que encendí el televisor y por casualidad me topé con *La conversación* de Francis Ford Coppola, que trataré en mi seminario de último curso avanzado este semestre. Dado que no la había visto recientemente, me estiré en el sofá con la agradable sensación de relajación que produce el encontrar el tipo de distracción de la que uno puede estar seguro de disfrutar durante dos horas y que lo irá arrullando poco a poco hasta el sueño. Había visto *La conversación* por primera vez de niño, y era posible pensar que me había dado sueño, al menos al principio porque empieza lenta e incluso cuando empieza a coger ritmo y Hackman tira de la cadena en el retrete, que se desborda de sangre, no deja de ser una película tremendamente adulta en el sentido de que da una visión sobria de las consecuencias —psicológicas tanto como tangibles o físicas— de fisgar, consecuencias tan profundas que el espía acaba convirtiéndose en el espiado y se ve arrastrado a la locura por la técnica que él ha perfeccionado cuando esta se vuelve contra él. Habían transcurrido bastantes años desde la última vez que vi la película y desde entonces había visto *La vida de los otros*, que ahora me parecía entablar una sutil conversación con la película de Coppola, pues los dos personajes principales eran hombres aislados que trabajaban para instituciones o empresas que son hasta cierto punto remotas, aunque solo sea en la mente de los dos hombres, que parecen mantenerse a distancia de los escalones más altos de sus respectivas organizaciones, escuchando a la gente a la que se les ha encargado vigilar antes de descubrir, en cierto momento avanzado de cada película, que todo lo que pensaban saber y entender, todas las ideas heredadas que han sostenido su aprecio —tal vez incluso su pasión— por el trabajo que realizan se mantienen en pie gracias a

poco más que la ilusión de que existe un propósito moral superior, y su quiebra se disfraza y defiende por culturas del miedo que ambos descubren, demasiado tarde, corriendo un gran riesgo ellos mismos. La película de Florian Henckel von Donnersmarck, como la de Coppola, presenta a su protagonista, el encargado de la vigilancia, como una especie de monje obsesivo que ha descubierto una vocación en vigilar las vidas de los otros: objetivos que pueden ser, o no, inocentes, cuya culpabilidad, si resultan ser culpables, se debe solo a que las leyes son absurdas o, en el caso de la película de Coppola, a una oscura conspiración, aunque el trabajo del Stasi podría considerarse una especie de oscura conspiración, por más virtuosa que esa organización hubiera creído que era su misión. Gradualmente, el personaje desarrolla su trabajo hasta convertirlo en un arte, un ejercicio de virtuosismo privado, pero que solo él es capaz de valorar plenamente. Por el contrario, el personaje de Gene Hackman, Harry Caul, se vuelve paranoico defendiendo y vigilando su propia intimidad.

La emisión de *La conversación* forma parte de una sesión doble del canal que estaba viendo, y, en cuanto acabó la película de Coppola y empezó *Blowup* de Antonioni, pedí comida vietnamita y decidí pasarme así la velada, intentando quitarme de la cabeza la cita con la doctora prevista para la mañana siguiente. Pedir comida preparada, la posibilidad de tener lo que quisieras a casi cualquier hora en tu puerta, ha sido uno de los grandes placeres de mi regreso a Nueva York. La comida llegó mucho antes de la escena en que David Hemmings amplía las fotografías tomadas en el parque, ampliándolas una y otra vez hasta que las imágenes pierden toda definición, pixelándolas antes de que los píxeles existieran en la fotografía, convertidas en un campo de grano indescifrable justo cuando están a punto de desvelar el horror pleno de lo que él, el fotógrafo, ha captado, a saber: la implicación de Vanessa Redgrave en una trama para matar a un hombre, del mismo modo que Cindy Williams, unos años más tarde, interpretaría su versión de americana inocentona asesina de habitación de hotel. Me fijé por primera vez que al principio de la película, cuando se nos presenta a Hemmings, no sabemos nada de su personaje. Tras salir disfrazado de su pensión, va a su coche y mientras conduce habla por un radio de un modo que insinúa que es un espía o un policía encubierto; solo gradualmente vamos descubriendo que no es nada más siniestro que un fotógrafo, otro tipo de espía. Con sus vaqueros blancos, su camisa azul y sus zapatos de suela tiene una belleza a la vez malévola y angelical, un carisma que yo he intentado emular durante mucho tiempo, creyendo que sería la clave para atraer a las jóvenes frágiles que he deseado con frecuencia pero que parecían, en mi juventud, ajenas a mis encantos académicos. Las modelos apenas vestidas de las que abusa se convierten en una metáfora de la vigilancia, ofreciendo atisbos de lo que nosotros (o lo que Antonioni) creemos que queremos ver, esas extensiones de piel desnuda que atraen la atención al dominio de la mirada voyeurista del fotógrafo, presentándose a la mirada del público, los espectadores que ven al que ve viendo al que es visto.



Mientras observaba a Hemmings pasear con estilo por el sórdido sur de Londres, me di el gusto de comer, con descuido, y disfruté mirando esas modelos británicas de los años sesenta moviéndose en *topless* ante fondos de papel de color. La extraña fijación oral de Redgrave parecía delatarla mientras intentaba convencer a Hemmings de que abandonara la película que había rodado, y era más intensa de lo que recordaba: sus dedos siempre subiendo a su boca, y tal vez fue por los comentarios de Carolina Fogel durante la cena de la noche anterior, pero recordé cómo en *Regreso a Howards End*, de James Ivory, Vanessa Redgrave se llevaba la mano a la boca mientras le contaba a Emma Thompson la historia de los dientes de cerdo del árbol en la casa epónima, y cómo ese gesto, el del dedo corazón dándose golpecitos en los dientes, siempre me había parecido tan profundamente erótico que rayaba en la obscenidad, bastante fuera de lugar en la Inglaterra eduardiana. Sin embargo, tal vez se trataba de eso, de que el sexo explotaba por todas partes, incluso de debajo de las cortezas de los árboles, y en los gestos casi subconscientes de los nuevos ricos.

Los mimos que juegan su partido de tenis imaginario al final de *Blowup* fueron una decepción, como la habían sido cada vez que había visto la película, pero a diferencia de algunos de mis amigos y colegas que se empeñan en afirmar que no ha resistido muy bien el paso del tiempo, yo sigo convencido de que *Blowup* alcanza la grandeza gracias precisamente a que pertenece incuestionablemente a su época concreta: como *La conversación*, nos dice mucho sobre las preocupaciones psicológicas y las manías de esas décadas, las formas en que la vigilancia, realizada para la recolección de información como para otros propósitos más siniestros, estaba empezando a funcionar en el inconsciente colectivo del público que iba al cine.

Tras ver ambas películas y sintiendo ese leve aturdimiento que provoca una exposición demasiado larga a una pantalla, me fui a la cama a leer una antología de ensayos del difunto historiador Tony Judt, que nunca fue un amigo aunque nos conocíamos, y vi que al cabo de media hora de meterme bajo el edredón esperando que me entrara el sueño después de un par de breves ensayos, de hecho estaba totalmente despierto, hasta el punto de que me acabé el libro. Aunque a esas alturas pasaba ya de la medianoche y sabía que tenía la cita con la especialista en memoria, la doctora Sebastian, la mañana siguiente, me levanté, crucé el salón y me puse junto a la ventana, con las persianas abiertas, en camiseta y pantalones cortos, y sentí que una corriente entraba por un lado del cristal. Dado que el salón estaba a oscuras, veía con nitidez hasta Houston Street, y creí, por un instante, que había alguien allí mirándome, o tal vez había estado antes, como si esperara que yo me acercara a la ventana y, cuando se dio cuenta de que me había percatado de su presencia, inmediatamente se hubiera puesto a caminar en dirección a Broadway. Es posible que yo estuviera ya deslizándome hacia la inconsciencia, pero mi mente registró y, a la vez, no registró el hecho de ese reconocimiento, el asentimiento con la cabeza que creo que hice y su movimiento hacia delante un tanto alterado. Una parte de mi mente pensaba que no era más que una coincidencia, que el hombre no miraba hacia arriba

sino que estaba consultando la pantalla de su *smartphone*, leyendo un *email* o comprobando direcciones. Sin embargo, sí estaba seguro del reconocimiento recíproco, que al saludarle con la cabeza le decía que le había visto observándome, que los dos nos observábamos: *Hola, eh, tú, el que me miras, ¡te estoy viendo! ¡Sé lo que estás haciendo!*

Hubo algo en ese encuentro que me hizo revisar las cerraduras de la puerta del apartamento y cuando volví a la cama también cerré con llave la puerta del dormitorio, casi como un acto reflejo. Cualquiera pensaría que me estaba volviendo paranoico, al cerrarme de ese modo, detrás de dos puertas en un edificio protegido con portero y cámaras de vigilancia. Si se producía un intento de entrar por la fuerza, la seguridad del campus e incluso la policía de Nueva York responderían y no pasaría nada. Pese a todo, me acosté pensando en la oscura figura de aquel hombre en la calle, la cabeza ladeada en mi dirección y el escalofrío de comunicación que sentí cuando mi gesto con la cabeza pareció servir como desencadenante de su movimiento. ¿Quién era? ¿Quién me estaría observando?

Aunque en aquel momento no entendí muy bien por qué, el contacto con el hombre en la calle me hizo empezar a pensar en todo lo que había sucedido recientemente en Oxford. Tal vez las consecuencias de la complicada vida que había tenido durante mis últimos años en Gran Bretaña me habían seguido de algún modo al otro lado del Atlántico.

Ahora, a medida que las pruebas se multiplican a mi alrededor, eso parece prácticamente cierto.

Tendría que haber reconocido la dirección cuando me la dio Peter, pero, como otros fragmentos de información en mi vida, había eliminado las asociaciones que podría haber evocado West End Avenue y me sorprendí cuando llegué allí el lunes por la mañana y encontré la consulta de la doctora Sebastian al doblar la esquina del apartamento donde había vivido en Nueva York, con Susan y Meredith, en la última planta de un típico edificio de piedra rojiza remodelado, con una escuela al otro lado de la calle y el ruido de los camiones de la basura que a menudo me despertaban el sábado por la mañana antes del alba.

No había vuelto a la calle Setenta y cinco desde hacía más de una década, desde el verano en que dejé el apartamento y, durante un breve periodo, me instalé en la casa de mi madre en Rhinebeck, antes de la posterior y más definitiva migración a Oxford. Cuando me fui del apartamento familiar, cedí casi todos los muebles, lo que también era la razón de que no me llevara más que una lámpara y una mesita auxiliar al otro lado del océano. Por entonces, intenté pelear sin muchas ganas con Susan por la elegante tostadora de cuatro rebanadas que había comprado hacía solo unos meses porque estaba cansado de hacer las tostadas en el horno, pero cuando vi la tristeza que asomó en la cara de Meredith, pareció como si perder la tostadora fuera ya demasiado para ella, que perder a su padre y *también* la posibilidad de hacer tostadas cuando quisiera la empujarían a la delincuencia juvenil de un modo que no lo harían ni los líos más graves. Así que me fui de casa solo con la ropa, los libros, las fotografías y las obras de arte que eran incuestionablemente míos, parte de lo cual había adquirido antes de que Susan y yo nos casáramos, y la mayoría —incluida una obra de Neo Rauch comprada antes de que sus precios se dispararan más allá de mi alcance— adquiridos con el dinero que me había dejado mi padre y por tanto, argumenté, no sujetos a negociación. El arte era mi legado en un sentido real, aunque parte de ese dinero también nos había ayudado a comprar el apartamento, que yo cedí a Susan (aunque en realidad, me convencí a mí mismo, se lo cedía a Meredith) sin más discusiones que cuando renuncié a mi tostadora y a mi lámpara de pie favorita e incluso a la guitarra acústica negra que mis padres me compraron en la secundaria y a la que Meredith había bautizado inexplicablemente con el nombre de Bobo y se la llevaba a tocar con sus amigos cuando se reunían en el paseo en Riverside Park, expresando una especie de rollo *hippy* nostálgico que ni Susan ni yo podíamos haberle transmitido porque habíamos sido demasiado jóvenes.

Ese lunes de noviembre por la mañana llegué demasiado temprano para que me apeteciera pasarme media hora leyendo revistas en la sala de espera de la doctora Sebastian, así que paseé por la calle Setenta y cinco, por delante del edificio donde sabía que Susan seguía viviendo. Como sabía también que se había tomado un año sabático, y que seguramente estaba en casa, estuve a punto de llamar al timbre, pero me lo pensé mejor, convencido de que no estaría de humor para hablar con su exmarido. Para ser justo con Susan, hemos logrado seguir siendo amigos después del divorcio y en muchos sentidos me siento más cercano a ella que a cualquier otro, con la excepción de Meredith, que mantiene una relación bastante complicada con su madre. Cuando Meredith acabó el instituto y se fue a la universidad a Boston, y aunque yo estaba en Oxford, Susan me telefoneaba para saber cómo le iba a su hija porque por entonces ninguna de las dos se había recuperado de una sucesión de peleas sobre novios del instituto y sobre la decisión de Meredith de estudiar Historia del Arte. Susan temía que fuera una opción poco práctica y creía que no era necesario que Meredith tomara la decisión de en qué quería especializarse incluso antes de empezar la universidad. De hecho, Susan pensaba que Meredith debía estudiar Negocios, y sus relaciones solo empezaron a mejorar cuando un máster en Gestión Artística finalmente puso colofón a su grado en Historia del Arte. Eso indicó a Susan que su hija, que con tanta frecuencia parecía vivir en un mundo imaginario, tenía también una veta práctica. «¿Qué otra cosa puedes esperar de una economista? —le pregunté una vez a Meredith—. Tu madre piensa en términos de lógico e ilógico, de ecuaciones, balances, expectativas, futuros. Míralo así: a ella solo le preocupa tu futuro». Meredith, recuerdo, había esbozado una mueca: «Y no mi felicidad», dijo.

Aquella mañana, unas semanas atrás, hacía demasiado frío para acercarse caminando a Riverside Park, pero aun así fui hasta allí, ciñéndome el abrigo con fuerza alrededor del cuello mientras pasaba por el paseo vallado para perros que había recorrido tantas mañanas temprano y tantas tardes a última hora mientras Lotte, nuestra perra, se dedicaba a lo suyo, unos hábitos que a menudo me obligaban a entablar conversación con personas que de otro modo no habría conocido, incluso, una vez, con la actriz Kathleen Turner. Nosotros, los habituales del paseo para perros, intentábamos comportarnos como si la señora Turner no fuera nadie especial, dándole su espacio, supongo, aunque todos debíamos sentir la emoción de tener un famoso entre nosotros, de poder verlo en su vida normal, una persona de presencia más que ordinaria, paseando a su perro y comportándose normalmente de un modo que parecía la representación de una identidad prestada. No podía dejar de pensar en su interpretación, que yo había visto hacía unos años, en *Indiscretions*, basada en *Les parents terribles* de Cocteau, en la que encarnaba a Yvonne, la más que medio loca madre de Michel, que en aquella producción interpretaba Jude Law, quien por entonces era prácticamente un desconocido que causó sensación al salir del baño en el segundo acto y quedarse, con gran naturalidad, mojado y desnudo, sobre el escenario. Era una obra sobre diferentes formas de desnudez, la mayoría psicológicas

y emocionales, y Turner, aunque permaneció vestida, estaba tan desnuda como los demás en aquel extraordinario escenario. El placer para la audiencia, incluso más intensamente que en la mayoría de las obras, procedía de implicarse en un acto compartido de voyeurismo, disfrutando del espectáculo de una familia exhibiendo sus heridas psíquicas. Al final de la obra, el escenario se escindía, las paredes y el techo se separaban, y entraba una luz potente y penetrante, lo que me pareció un símbolo o una versión del acto de observación colectivo del propio público, los que mirábamos con tal intensidad que, mediante la fuerza combinada de nuestra mirada, acabamos por reventar el hogar de los personajes por sus costuras.

Aquella mañana había pocas personas paseando a sus perros, la mayoría ancianas, una de ellas con media docena de bichones que se movían como una niebla entre los senderos que descendían trazando un arco hacia el río. Cuando el viento sopló con fuerza desde el Hudson y me alcanzó el cuello, decidí dar la vuelta. Ya no era ningún jovencito, y temía que si pillaba un resfriado me dejaría postrado una semana. Al final resultó que la doctora Sebastian no tenía más citas y me hizo pasar a su consulta casi en cuanto franqueé la puerta. Recuerdo que la sala era sobria, de paredes blancas y mobiliario moderno, un espacio severo desprovisto de distracciones o de cualquier cosa que pudiera desencadenar asociaciones potentes en la mente.

—Habitualmente me tomo esta semana de vacaciones cada año, pero dado que es usted el suegro de Peter he hecho una excepción —dijo, y sonrió. Tenía mi edad, el inglés no era su lengua materna, y de algún modo, por alguna razón eso hacía que la situación pareciera más seria si cabe. Me di cuenta de lo preocupado que había estado desde los sucesos del sábado y, tal vez, para ser más precisos, desde que les conté a Peter y Meredith mi extraña confusión. Lo que en realidad había pretendido, lo comprendí entonces, era que mi hija y mi yerno me tranquilizaran diciéndome que no había nada de qué preocuparse, que me dieran ánimos para que siguiera haciendo mi vida, y no que me mandaran a una especialista en memoria que podría descubrir que algo funcionaba rematadamente mal en mi cerebro. También me percaté que «especialista en memoria» era un eufemismo: la mujer no era más que una neuróloga, y ese término, más que el otro, me producía palpitaciones. Era la primera vez en mi vida que visitaba a una neuróloga porque las personas más cercanas a mí sospechaban que algo no iba bien en mi cerebro. ¿Cómo podía culparles visto el problema técnico que les había contado? Se empieza por esos incidentes, errores en el lenguaje ordinario, la búsqueda de frases corrientes que se nos escapan, el olvido de una conversación reciente entera o de la correspondencia, o comportándose como si cualquier acuerdo al que se haya llegado, o información que se haya comentado, nunca se hubieran producido.

—Me gustaría que empezara contándome qué es lo que ha detectado —dijo la doctora Sebastian desde detrás de su mesa.

Utilizaba una pluma que parecía antigua y tomaba notas en un cuaderno del tipo que podría utilizarse en la contabilidad financiera, de esos en los que se apuntan

ganancias y pérdidas.

Le expliqué lo que había experimentado durante el fin de semana, contándole la confusión sobre la cita con Rachel como se la había contado a Meredith y Peter.

—¿Y antes? ¿Le ha pasado otras veces?

—No soy consciente de que haya ocurrido nada por el estilo en el pasado.

La doctora Sebastian asintió, tomó unas notas y luego me sometió a una serie de preguntas para comprobar si estaba sufriendo algún tipo de demencia. Me preguntó el año y la estación, la fecha y el día, quiso saber dónde estábamos, tanto en general como en concreto, me dijo tres palabras para que las recordara y me las preguntó más tarde, avanzada la consulta, me pidió que deletreara otras palabras y luego que lo hiciera a la inversa, que contara hacia atrás desde cien por un factor siete, me pidió que identificara y nombrara varios objetos cotidianos que extrajo de una caja, me hizo repetir expresiones concretas, escribir frases enteras, seguir instrucciones escritas y trazar un sencillo dibujo de figuras geométricas. Me sentía como un niño. Cuando todo acabó le pregunté qué tal lo había hecho.

—Impecable. No ha fallado ni una. Me gustaría que le hicieran un escáner, solo para asegurarnos de que no hay nada irregular internamente, para excluir un derrame, un tumor y cosas así.

—¿Un derrame o un tumor?

—Escuche, profesor O’Keefe —dijo estirando las manos y uniendo las puntas de los dedos para formar un triángulo—, es improbable, pero en ausencia de problemas cognitivos o de memoria observables, me gustaría corroborar que no hay nada mal dentro. En su familia no hay antecedentes de Parkinson, ¿no?

—Ninguno, en absoluto.

—¿De Alzheimer?

—No que yo sepa.

—¿Nunca han hablado de miembros de la familia olvidadizos?

—Todos murieron de cáncer, ataque cardíaco o vejez.

—¿A qué se refiere?

—Se quedaron dormidos a una edad muy avanzada, así que supongo que también se trató de un ataque al corazón.

La doctora Sebastian asintió y me dijo que podían hacerme el escáner el miércoles, si no me importaba, y si por supuesto me iba bien. Al final de la visita, lo que yo quería era certezas en lugar de más preguntas.

—Pero entonces, ¿qué significa todo esto si al final no hay ningún signo de daño neurológico?

Haciendo girar la pluma entre los dedos, desvió la mirada.

—En ese caso deberíamos plantearnos si puede haber alguna explicación psicológica.

La doctora Sebastian miró por encima de sus gafas en un gesto que me recordó al de una maestra dando una severa lección de advertencia. En otras circunstancias, en

un contexto distinto, no me lo habría pensado dos veces en dejar claro mi interés por esta mujer cuanto el pudor y el respeto lo permitieran. No llevaba anillo de casada, aunque yo sabía que eso no significaba necesariamente que estuviera disponible. No había fotografías sobre su mesa ni en las paredes de la consulta, solo sus títulos, todos ellos de Harvard, montados, enmarcados y colgados en una cuadrícula tan ordenada que supe que era un trabajo de profesionales. Esa precisión, así como el cuidado que se tomaba con su arreglo personal y su ropa, los pantalones negros de lana y los zapatos también negros, la blusa de seda de color crema, la total ausencia de joyas salvo el reloj, que era de un metal plateado, me recordaron a la única otra mujer de la que he estado enamorado recientemente —la única mujer a la que había amado en mucho tiempo— y me hizo desear que la doctora Sebastian y yo no nos encontráramos por primera vez en esta peculiar situación, que ojalá la hubiera conocido cuando yo no pareciera tan afectado por las extrañas experiencias del fin de semana anterior.

—Interpreto que quiere decir que me estoy volviendo loco.

Levantó la barbilla para mirarme directamente a través de las lentes.

—No, profesor O’Keefe, quiero decir que hay varias razones, o formas, por las que la mente puede *tachar* ciertos sucesos. —¿De qué nacionalidad era?, me pregunté. Alemana, seguramente, en cuyo caso habríamos podido mantener una conversación más fluida en su lengua materna que en la mía—. Estaría bien que hablara con alguien. ¿Ya tiene un terapeuta?

—Nunca he asistido a terapia.

—¿Conoce a algún terapeuta entre sus relaciones sociales?

—En Nueva York no.

—Podría darle referencias.

—Preferiría pensármelo.

Dejé la consulta preguntándome qué causas psicológicas podrían causar un vacío tan específico en mi memoria. Mientras volvía andando al metro de la calle Setenta y dos, intenté pensar en un trauma como causa potencial de esa laguna mental, pero no se me ocurrió ninguna razón en concreto por la que planear una reunión con Rachel, que me parece una estudiante seria que es improbable que dispare ninguna clase de respuesta psicológica o emocional fuerte, podría haber desencadenado una amnesia traumática. Tampoco sabía con seguridad si era eso a lo que se refería la doctora Sebastian, ni siquiera si la mente se comportaba de ese modo. Entonces se me ocurrió que tal vez había pasado algo el sábado por la tarde, algo traumático que no tuviera que ver con Rachel y que el intercambio de mensajes con ella se borró de mi memoria junto con ese otro trauma, fuera el que fuese. Aunque fuera posible, esa hipótesis no parecía muy convincente.

En aquellos minutos caminando por mi antiguo vecindario recordé las innumerables tardes cuando, volviendo de la Columbia, tras una jornada enseñando, me paraba a comprar algo de comer en Fairway, o pescado fresco u ostras en

Citarella, o un buen pastel de postre, y luego me iba a casa a improvisar una cena para mi mujer y mi hija, en los tiempos en que todavía parecía —pese a las pequeñas situaciones irritantes de una vida de casados normal— que formaba parte de una familia capaz de perdurar, de una forma u otra, hasta el día en que muriera. Mis padres no se habían divorciado y cuando me casé con Susan pensaba que ella y yo viviríamos juntos para siempre. Sus padres de hecho proporcionaban un modelo muy distinto, pero yo quería creer en la permanencia de nuestra relación, en la posibilidad de encontrar formas de ajustar el comportamiento a medida que pasaran las décadas, acomodándonos a las necesidades y deseos cambiantes del otro, y que, al hacerlo así, podríamos seguir volviendo al lecho conyugal con una sensación de seguridad y de esperanza, o, si no de esperanza sí al menos de un misterio cada vez menor, un conocimiento más amplio de la otra persona, de las peculiaridades de su deseo, las texturas de su cuerpo, la forma en que unas partes se expandían y contraían rápidamente o en el curso de largos periodos de tiempo. Por entonces no podía imaginar, no en aquellas noches cocinando a mi aire, que Susan había perdido el interés y que esa pérdida afectaría a mi vida profesional, y me llevaría a tener que irme no solo de mi casa sino también de mi país.

Durante aquel primer y solitario año que pasé viviendo en alojamientos del *college* en el cuadrángulo frontal que daba a una perfecta imagen de postal del césped, cuando me despertaban de madrugada estudiantes de Oxford de juerga, insomne en una cama individual por primera vez desde que había acabado de estudiar, estaba resentido con Susan por no haber seguido interesada en mí, y, justo cuando ese resentimiento estaba a punto de volverse corrosivo, en el momento en que me di cuenta de que llevaba bebiéndome una botella de vino entera todas las noches durante semanas seguidas y veía cómo me miraban los jóvenes estudiantes que venían a mi alojamiento para las tutorías con una mezcla de perplejidad y vago asco, decidí que, como habría repetido Rilke, tenía que cambiar mi vida antes de que yo, también, acabara hecho una ruina. Reduje la ingesta de bebida y empecé a correr, pese a la lluvia inglesa, y seguí corriendo como una forma de recuperar al hombre que había sido. No iba a envejecer como la mayoría de los académicos, decidí, así que recurrí a algunas de mis colegas femeninas en busca de inspiración. Cuanto mayores se hacían, con más esmero se cuidaban de su apariencia, de manera que una mujer de sesenta años que tenía su alojamiento al lado del mío apenas parecía tener cuarenta y cinco. Una vez le pregunté por qué lo hacía, si todo ese esfuerzo era por sí misma, o por su compañero. «Los estudiantes ya creen que somos antiguallas —me dijo—, ¿por qué darles más munición?».

Esa tarde, cuando Rachel llamó a la puerta de mi despacho en la casa adosada que daba a Washington Square, yo ya me estaba preguntando si sacar a colación la confusión sobre nuestra cita anterior o fingir que no había pasado nada. Rachel es una



de esas licenciadas que siempre parece de camino a una entrevista, habitualmente vestida con traje chaqueta, y casi siempre —como la doctora Sebastian, que no se me había ido de la cabeza— con pantalones conservadores, blusa y elegantes botas de cuero negro de tacón bajo y puntera no muy marcada, lo que sugería poder y profesionalidad, pero sin que hiciera sentirse inseguros a hombres como yo.

No sabía cuáles eran los antecedentes familiares de Rachel; a veces es difícil reconocer en los estudiantes cuánto dinero hay en su familia, pero ella parecía haber disfrutado de una sólida educación y crianza de clase media, con los recursos necesarios para vivir cómodamente. El traje que llevaba aquel lunes era de buena calidad, podrían habérselo comprado sus padres o abuelos, y aun así se percibía un matiz de profesionalidad y esfuerzo personal, como si ella supiera que tenía que trabajar para conseguir la codiciada plaza de titular de por vida que es cada vez más difícil de lograr porque instituciones como la NYU y la Columbia contratan cada vez menos profesores para puestos permanentes, buscando asistentes con contratos tan limitados que poco menos que se ven obligados a trabajar en tres o cuatro universidades a la vez solo para llegar a fin de mes. Rachel tenía todo el aspecto de una de esas estudiantes que se dicen a sí mismas: «Ese no va a ser mi caso, voy a ser uno de ustedes, profesor O’Keefe, y quiero que sepa que cuando llegue el momento de escribir las referencias el año que viene, yo soy la persona de la que usted dirá: *Seríais estúpidos si contratarais a otro que no sea Rachel*». Entre los estudiantes gozaba de simpatías como profesora asistente, lo que quería decir que había un saludable equilibrio entre aquellos que se quejaban de que era demasiado exigente y los que la tenían por un genio, la mejor profesora que jamás les había dado clase. Teniendo en cuenta esas reacciones, por no mencionar la profundidad de sus conocimientos, estaba convencido de que podría proporcionar buenas referencias recomendando a las comisiones de contratación que Rachel, por delante de todos los demás candidatos de doctorado, era la mejor para el cargo. Aun así, era improbable que la contrataran hasta dentro de varios años, y por tanto tendría que pasar la primera parte de su vida profesional en Louisiana, Utah o Alabama.

—¿Qué tal el fin de semana, profesor O’Keefe? Comentó que había surgido algo inesperado. ¿Ha ido bien, fuera lo que fuese? Lo siento, no pretendo entrometerme, solo quería saber si todo va bien.

Había esperado que Rachel no me hiciera esa pregunta.

—Mi hija organizaba una cena profesional en casa y quería mi consejo —mentí—. Lo siento, no tengo por costumbre cambiar las reuniones de este modo, pero era una cena muy importante para ella.

Mientras Rachel escuchaba la disculpa, que me pareció aún más estúpida a medida que la contaba, sus ojos empezaron a entornarse de un modo que me agobió, y cuando acabé de hablar vi que se le abrieron de golpe de nuevo, como si cualquier confusión que hubiera sentido hubiera dado paso a la sorpresa, o al menos a la simulación de sorpresa.

—Vaya, no sabía que su hija viviera también en Nueva York.

—Ese era uno de los atractivos de este empleo, estar cerca de mi hija otra vez después de tantos años de vivir alejados, ya sabes, y a medida que uno envejece el deseo de estar cerca de sus hijos se agudiza, no sabría decir por qué, tiene que ver tanto con quererlos cerca si algo va mal como con querer estar disponible para ayudarlos, y no es que yo sea tan viejo y necesite ayuda ni que mi hija necesite tampoco que le eche una mano en ningún sentido, pero ya entiendes a qué me refiero.

Rachel asentía con convencimiento, intentando mantener el contacto visual por más que mi mirada se desviaba hacia la ventana hasta Washington Square Park, que había cambiado durante mis años de ausencia de modos a la vez sutiles y curiosamente profundos, como si siguiera siendo el mismo parque pero en una versión más pulcra y ordenada de sí mismo. Un hombre que pasaba al otro lado de la calle se detuvo, miró hacia la ventana del despacho, permaneció inmóvil, mirando fijamente, durante unos veinte segundos, y luego reemprendió su paseo.

—¿Y cómo ha ido el instalarse en América? —preguntó Rachel.

Mientras miraba, el hombre del otro lado del parque se dio la vuelta, retrocedió, pasó de nuevo frente a mi ventana, y sentí una palpitación de inquietud. ¿Era nuestro segundo encuentro? ¿El tercero? Empecé a sentir que me hacía falta un libro de contabilidad, una forma de registrar momentos que me parecían extraños o turbadores. Tras lo sucedido el sábado y el domingo, esta era la siguiente ocasión en que se daba lo que solo puedo llamar extraña anomalía.

—¿Profesor O’Keefe?

—Perdón. Decías...

—Me refería a si le ha resultado difícil instalarse en América, ¿se ha sentido bienvenido?

En una situación similar en Gran Bretaña este tipo de charla se habría reducido a su mínima expresión; dado que se trataba de una relación profesional, no hay ninguna expectativa ni obligación por mi parte para que nos hagamos amigos. El motivo de la reunión era hablar del trabajo que se me ha encargado que asesore y guíe con la esperanza de que mis sustanciales conocimientos en el campo ayuden a Rachel o a cualquier otro estudiante que se siente ante mí a no quedar como un idiota cuando llegue la hora de dejar leer lo que hayan escrito a un grupo más amplio de académicos. No obstante, Rachel no va a parecer una idiota. Trabaja como un esclavo y tiene una capacidad casi sobrenatural para anticipar los problemas antes de que siquiera se avisten en el horizonte y, tras darse cuenta de que se aproximan, se desvía para evitarlos o adquirir las herramientas necesarias para abordarlos y anularlos cuando se presenten (es decir, mejora su alemán para leer Ernst Bloch en lengua original, domina suficiente el francés como para leer a Bernard Stiegler, también en su lengua, dedica un poco más de tiempo a la obra de Hayden White). Sin embargo, la pregunta que me había hecho era tal vez el motivo principal de mi irritación, porque delataba su incapacidad para entender que no soy británico más que en la

acepción legal del término. Uno incluso podría decir que mi cualidad de británico es una ficción legal, si no fuera porque legalmente es real, pero esa legalidad da lugar a una ficción de pertenencia o aculturación que, a estas alturas, para mí es lo mismo que una fantasía. Cuando todavía vivía en Gran Bretaña y pensaba que podría seguir viviendo allí el resto de mi vida o, al menos, hasta mi jubilación, se trataba, quizá, de una cuestión de autoengaño o, incluso, de ilusión.

—¿Qué quieres que te diga, Rachel? Es como volver a casa.

Una vez más, en cuanto abrí la boca, ella empezó a asentir. Me pregunté si, en el caso de que dijera algo absurdo, como que nuestro planeta es simplemente una simulación dirigida por un ordenador invisible y nunca visto, o si empezaba a soltar memeces racistas o sexistas, ella seguiría mostrando su acuerdo tan robóticamente.

—Vaya, qué interesante —dijo sonriendo y ladeó la cabeza como si insinuara la pesadez de un pensamiento—. Supongo que eso se debe a que la cultura americana es tan dominante en todo el globo, ¿no?

—No, Rachel, eso se debe a que soy americano.

Su rostro se nubló con una expresión de confusión total, que rayaba en el asco.

—Pero usted *suen*a británico. ¿Eran británicos sus padres?

—No, todos somos americanos de pura cepa, desde hace siglos. La familia de mi madre era inglesa, pero vinieron a finales del siglo XVII; y la de mi padre, todos irlandeses, llegaron en la década de 1840, como tantos otros.

—Por el acento, había dado por supuesto...

—No tengo acento británico. Los británicos no lo creen. A ellos les suena americano.

—Pero no es así, en absoluto.

—Es una cuestión de entonación. Si prestas atención a mis vocales, son totalmente americanas. Solo el fraseo y los énfasis, y también es posible que el vocabulario, se han alejado de su origen.

Ella seguía moviendo la cabeza, pero para entonces yo estaba ya un poco harto de su insistencia en que fuera quien no soy, así que dije, en un tono bastante inglés — con un exceso de sutileza — que si no nos poníamos a trabajar no tenían mucho sentido esas reuniones, y dentro de una hora los dos veríamos que el resultado no era muy satisfactorio. Así, desde esa situación de confusión, pasamos al capítulo de Rachel, sobre el que estuvimos hablando los siguientes tres cuartos de hora. Vi su alivio cuando escuchó que me parecía que necesitaba muy pocos retoques. Con todo, a lo largo de la reunión, de su cara no se borró la expresión de desconcierto, como si una parte de su cerebro siguiera pensando en el sonido de mi voz, de mi forma de hablar, atenta a la rotundidad de mis vocales, al vocabulario y las expresiones idiomáticas que uso, y cuando intentaba cotejarlo con su idea de cómo suena un compatriota americano —aunque uno puede ser americano en todos los sentidos y no necesariamente hablante de inglés como lengua materna— descubría que yo no encajaba en su paradigma de americanidad.

—No se trata solo de la entonación. Creo que tiene que ver con la cadencia —me dijo al cumplirse la hora—. Es la cadencia que utiliza, y el volumen, que es más bajo que el que utilizan la mayoría de los americanos, y también sus construcciones y vocabulario, tiene razón, tiene construcciones del inglés británico y se cuelan palabras que los americanos ya no usan, que es por lo que muchos de nosotros pensamos que debía de ser británico, y también claro porque sabemos que ha llegado hace poco de Oxford, así que tiene ese relato de su origen, no sé si me entiende...

Asentí, pero estaba de nuevo distraído por el mismo joven de Washington Square Park, que se había detenido durante un instante frente a mi ventana. En el crepúsculo resultaba imposible distinguir su cara, ni siquiera con las farolas del parque encendidas, pero era obvio que permanecía allí el tiempo justo para comprobar si yo seguía en mi despacho. Mientras Rachel hablaba, me levanté y cerré las persianas.

—... y por eso, por su pasado reciente, saber de dónde viene y todo lo demás, y habiendo asistido a la conferencia que dio la pasada primavera cuando vino para las entrevistas y los trámites, y entonces sonaba muy, pero que muy británico, seguramente porque acababa de llegar de Oxford y no había estado con americanos desde hacía mucho, ¿me sigue? Bueno, nosotros supusimos, me refiero a que no fui yo la única, ¿no? Otra gente debe de haberle tomado por británico, ¿verdad?

—Algunos, sí. Pero solo desconocidos.

Lo que quería insinuar era que la confusión de Rachel podría haberse evitado fácilmente si hubiera dedicado cinco minutos a mirarse mi página web de la facultad, donde una breve biografía deja mi trayectoria inequívocamente clara. Sin embargo, esto es algo que he notado en la generación de Rachel, y todavía más en los estudiantes más jóvenes: pese a tener toda la información del mundo a su disposición, parecen más propensos que generaciones anteriores a dar el salto a las suposiciones, o a esperar a que alguien les explique qué no han sabido comprender o investigar por sí mismos, y con ese error habrían seguido viviendo en un estado de incertidumbre o falsa creencia. Me sorprendió entonces, pero incluso en Oxford hubo ocasiones en que era patente en el curso de una tutoría o una supervisión que un estudiante había malinterpretado tristemente algún aspecto del trabajo porque no había comprendido el significado de ciertas palabras, y pese a tener el *Oxford English Dictionary* accesible gratuitamente *online*, no había sido capaz de buscar un vocabulario con el que no estaba familiarizado y había realizado una lectura tan superficial que había llegado a conclusiones disparatadamente erróneas sobre el texto en cuestión. Yo había esperado que al volver a Estados Unidos no me encontraría esa pereza intelectual, esa falta de curiosidad. Estaba, tengo que reconocerlo, decepcionado por la incapacidad de Rachel para descubrir que yo era tan americano, seguramente más y desde hacía más tiempo, como ella. Sinceramente, estaba algo más que un poco cabreado y recordé lo que el sábado me había preguntado el hombre del Caffè Paradiso: si el estudiante que no se había presentado era chica y si era atractiva. No, me dije para mis adentros sentado delante de Rachel ese lunes por la tarde, iba bien vestida y

esmeradamente arreglada, pero no era atractiva. La genética le había repartido una mano más bien pobre. Me avergüenza admitir que su simplicidad (palabra ambigua que significa algo completamente distinto en inglés británico, casi lo contrario, del sentido que se le da en América) intensificó la amargura que yo sentía cuando la hora llegaba a su fin y ella, esta chica simple pero muy inteligente, muy prometedora, se sentía obligada a explicarme por qué no le sonaba americano a su oído inexperto y poco viajado.

Al acompañarla a la puerta, me di la vuelta y dije, sin pensarlo ni reflexionar en el efecto que podían tener las palabras:

—Mira, Rachel, una de las grandes cualidades de Estados Unidos y una de las razones por las que quería volver a casa, a este país, es que uno puede hablar cualquier lengua en cualquier acento imaginable y todavía se le concede el estatus de americano.

Rachel se ruborizó y farfulló algo casi ininteligible, una especie de medio disculpa que se quedaba a medias, como algunos conocidos británicos habrían dicho.

—Lo siento —dije—. No te he entendido bien.

Lo que era verdad, aunque me fijé en que parecía desolada, y en ese momento, me di asco. Me estaba comportando espantosamente, de un modo que no había hecho desde hacía mucho.

—Lo siento, profesor O’Keefe —balbuceó—. Me pareció, no sé, yo solo..., relacionarme con gente me resulta difícil a veces porque, supongo, no me parece que los demás sean muy transparentes.

—Tendrías que irte a Alemania. Los alemanes son muy transparentes. Si te odian, te lo dirán.

Y así, tras ese comentario, salió precipitadamente a la fría noche de noviembre. No había pretendido hablarle con tal vehemencia, pero, al hacerlo, sin que Rachel lo supiera, estaba pensando en un encuentro que había tenido en una cena en la *High Table* del Exeter College unos años atrás, cuando la cuestión de mi nacionalidad se planteó por enésima vez. Por entonces había conseguido la doble ciudadanía, que había solicitado por las razones prácticas que facilitaban el viaje de ida y vuelta entre Gran Bretaña y Estados Unidos, y así, cuando una *fellow* de un *college*, una mujer de mi edad nacida y criada en Londres, me preguntó de dónde era, dije: «Soy americano, pero ahora también soy británico, tengo la doble nacionalidad»; ella negó con la cabeza y me corrigió: «No, no, no. Eres americano». Cuando repliqué insistiendo: «Es más complejo que eso, llevo una década viviendo en Gran Bretaña, me he *aculturado* hasta cierto punto, y no tengo planes de regresar a Estados Unidos», ella volvió a negar con la cabeza, burlándose de mí: «No, eres americano, de pies a cabeza, y aunque pases el resto de tu vida aquí nunca serás británico». Me enfadé tanto con aquella mujer, una profesora de inglés cuyos padres eran austriacos que habían inmigrado a Gran Bretaña en la década de 1930, que no le hablé durante el resto de la cena, ni en las copas posteriores en la *Senior Common Room*<sup>[2]</sup> y la evité

cada vez que nos cruzamos por la calle durante los meses y años posteriores. Me costaba imaginarme una conversación como aquella en Estados Unidos. Me costaba imaginarme a un americano nacido y criado en el país diciéndole a un inmigrante que llevaba una década o más residiendo legalmente en él, alguien que había adquirido la ciudadanía americana, que no era ni sería nunca *americano*; una afirmación como esa contradecía los conceptos fundacionales de la identidad nacional americana.

El encuentro con Rachel me había turbado, sobre todo porque a mi regreso a Nueva York desde Oxford había mantenido varias conversaciones con desconocidos que daban por supuesto tras las presentaciones que yo era británico, y en algunas ocasiones, algunos de los desconocidos menos sagaces insistieron, incluso después de que hubiera explicado mi historia personal, convencidos de que *yo mismo confundía* de algún modo mi propia nacionalidad, que de hecho *no* era americano, o que mis padres debían de ser británicos. En ocasiones, esas conversaciones acababan en discusiones; yo perdía los papeles en una fiesta o cualquier otro encuentro social, con el alcohol enturbiando tal vez la argumentación a la vez que la alargaba, hasta que me veía obligado a decir algo en el sentido de «Escucha, nací en el estado de Nueva York, de padres que nacieron en el estado de Nueva York, de abuelos que nacieron en diversos lugares entre Maine y Pennsylvania. Me crie en Nueva York, pasé mi infancia en este estado, estudié aquí, viví en América hasta casi los cuarenta años, y luego, por los caprichos de una carrera universitaria, acepté un empleo en Gran Bretaña y viví allí durante más de una década. Algunos americanos son capaces de vivir en el extranjero sin perder jamás su acento. No es mi caso. Llámame camaleón o petulante o *snob* o lo que quieras, pero el caso es que intenté, tal vez inconscientemente, o tal vez deliberadamente en algunos aspectos, fundirme con la vida británica porque resultaba agotador que te preguntaran dos o tres veces qué quería decir cuando utilizaba una palabra o una expresión o una frase entera que era malinterpretada como consecuencia directa de mi acento absolutamente americano o de mi vocabulario o de una combinación de ambos, y por eso realicé microajustes para que me entendiera mejor la gente, una gente que era, en un sentido muy real, mi anfitriona. Al hacer esos ajustes, empecé a sonar como extranjero a personas como tú, pero no soy menos americano de lo que lo era cuando me trasladé a Gran Bretaña hace ya tantos años». Y entonces, dado que podría haber cometido el error de mencionar el año en que me trasladé a Oxford, una sombra solía proyectarse entre mí y la persona que había malentendido mi nacionalidad hasta el punto de ofenderme, y el interpelado comentaba algo en el sentido de: «Oh, ¿te fuiste antes o después de los ataques?», y yo tenía que explicar que el traslado ocurrió en las semanas inmediatamente posteriores a los ataques contra Nueva York y Washington, aunque se había tratado de una simple coincidencia.

A veces, uno de esos sordos interlocutores me lanzaba una mirada penetrante y decía casi gruñendo: «Si hubiera sido yo, no habría abandonado mi país en ese momento por un empleo», dicho lo cual, la persona en cuestión cogía su copa o su

canapé y se alejaba con paso ostentoso, como si yo no pudiera darle ninguna réplica que la hiciera cambiar de opinión. Era desalentador, y esa sucesión de encuentros, incluido el que había tenido con la catedrática de inglés en el Exeter College que me había hecho recordar la reunión con Rachel, se fundieron en mi conversación con la estudiante aquel oscuro lunes por la tarde. Las conversaciones, tal vez sobre todo las que implican algún elemento de mala interpretación o falta de comunicación que da lugar a una sensación de conflicto que se despliega inesperadamente en el curso de la charla, son siempre deudoras de la panoplia entera de otras conversaciones recordadas sobre el mismo tema o similares, conversaciones que degeneraron en una situación de tensión o de conflicto declarado. A veces ese proceso de recuerdo lo desencadena simplemente la presencia física de la persona con la que uno está hablando, la forma en que ladea la cabeza o utiliza un dedo para echarse el pelo por detrás del hombro, o por una palabra, una expresión, un tono de voz que recuerda una conversación anterior con una persona distinta en un lugar distante. Y así, el catálogo de conversaciones pasadas empieza a emponzoñar el presente, de manera que, en este caso concreto, yo respondía no solo a la confusión de Rachel y a su testarudez, sino a la confusión y testarudez, la mala educación y elitismo, de la profesora de inglés con la que había hablado en Exeter, y de los americanos que han querido ubicarme en la categoría nacional más estrecha posible, y que parecían pensar que conocían mi identidad mejor que yo mismo.

Mi camino de vuelta a casa tendría que haberme llevado a cruzar Washington Square Park, pero en vez de eso y sin tomar una decisión consciente, rodeé su perímetro septentrional y oriental, como si el haber visto a aquel joven pasando por delante de mi despacho antes, su ir y venir una y otra vez, actuara como fuerza repelente, aunque a medida que se acortaban los días otoñales me había costado cada vez más cruzar el parque después de oscurecer, pese a que estaba bien iluminado, sobre todo a última hora de la tarde y por la noche temprano, y lleno de gente que iba caminando a casa o a sus trabajos, o simplemente paseaba a sus perros. Ya no parecía ser la zona de delincuencia y promiscuidad que yo recordaba del pasado, un parque en el que no se podían dar diez pasos sin que te ofrecieran drogas o captaras una invitación en la mirada de otra persona.

Mientras rodeaba el borde del parque, sentí una punzada de arrepentimiento por el tono que había utilizado con Rachel. Esa agresividad no era propia de mí, y empecé a redactar mentalmente un mensaje para ella disculpándome por la confusión y también explicándole, en versión breve, la historia que subyacía a mi irritación con el tema, para acabar asegurándole que no tenía importancia y confiando en que no la habría molestado. Cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que la intensa irritación que sentía se debía solo en parte a la confusión e insistencia de los demás en que sabían mejor que yo mismo quién era. Lo que me enfadaba de verdad es que había

aceptado el empleo en Oxford por la sensación de desesperación que me había producido el que la negativa de la Columbia a garantizarme la plaza de titular hubiera puesto fin de hecho a mi carrera profesional en Estados Unidos por entonces. Tras una decisión así, poco puede hacer uno, no le queda ningún sitio al que ir, salvo hacia abajo, a algunas instituciones educativas de menor importancia, tal vez incluso a un centro comunitario de enseñanza superior, o, peor aún, a un instituto de secundaria, y, enfrentado a la perspectiva de convertirme en profesor de Historia de instituto de unos adolescentes a los que no les importaba nada la asignatura y se volverían cada vez más hostiles contra un profesor envejecido que, sabe Dios, podría haber desarrollado un cáncer cuyo tratamiento ni de lejos habría cubierto el paupérrimo seguro médico de su empleo, y en lugar de pasarme a la producción de metanfetamina, como en esa inverosímil serie de televisión, me habría dedicado a algo menos ilegal como aplicar mis conocimientos históricos y lingüísticos a fines subversivos, es decir convirtiéndome en espía, aunque cuanto más lo pensaba más ridículo me parecía dado que no tengo acceso a secretos ni archivos gubernamentales, y mi lealtad, aunque veleidosa y vacilante, una lealtad que subraya su fidelidad precisamente por la contundencia de su crítica, nunca ha estado en duda. No habría sido más que un profesor de Historia de instituto frustrado y frustrante con apenas ningún conocimiento que pudiera interesar a un gobierno extranjero. Y todavía sigo sin poseer nada —ninguna información, ni secretos, ni relaciones (al menos eso creo) — que pueda servir de nada a cualquier otro que no sea yo mismo, tal vez mis herederos y unos pocos de mis alumnos y colegas. No sé nada que pudiera convertirme en ningún sentido en una persona de interés para las autoridades de ninguno de los bandos de cualquiera de las divisiones que se hayan abierto en nuestro mundo.

Aunque tuve una suerte tremenda al conseguir el puesto en Oxford visto lo que había sucedido en la Columbia, el trasladarme allí no lo viví como una decisión tomada libremente, dado que la alternativa —una vida de enseñanza en la secundaria mal pagada o la delincuencia en cualquiera de sus versiones— era tan espantosa que no podía hacer otra cosa que irme del país en el que había nacido para encontrar un mejor empleo donde fuera. Era eso lo que me fastidiaba, el resentimiento que sentía por haberme visto obligado a una relación más compleja con la idea de hogar.

En cualquier caso, me juré que escribiría mi disculpa a Rachel y se la enviaría al día siguiente, y luego me quitaría el lío de la cabeza dado que no tendría ocasión de verla de nuevo hasta la primavera siguiente.

Cuando llegué a casa —aunque se me hace raro pensar en este apartamento como mi casa, dado que durante tantos años este había sido un edificio victoriano de ladrillo rojo con un seto de hayas en el pequeño patio delantero que protegía las ventanas del salón de las miradas desde la calle— había otra caja esperándome, del mismo tamaño que la primera, con la dirección escrita con la misma letra. ¿Se



encontrarían pruebas forenses si la entregaba a la policía? ¿Se había puesto guantes el remitente? ¿Podía siquiera fiarme de la policía?

Subí esta segunda caja en el ascensor y la abrí como había hecho con la primera, y de nuevo encontré unas dos mil hojas llenas de direcciones web. Puse las dos cajas juntas, preguntándome qué debía hacer con ellas; ninguna tenía franqueo, las dos me las habían mandado inequívocamente a mí, lo que indicaba que había una clara intención en la entrega, pero no tenía la menor idea de qué significaba ni de quién podía haberme enviado el paquete. Telefoneé al portero, Manu, y le pregunté quién lo había dejado.

—Lo siento, profesor, no sé nada de ese tipo.

—¿A qué te refieres?

—Parecía un mensajero de bicicleta, ya sabe, y llevaba puesta una de esas máscaras para los tubos de escape, con la rejilla, como una máscara antigás. Y además gafas de sol y un sombrero, así que no puedo contarle gran cosa de él.

—¿Y dijo algo?

—Solo que me asegurara de que lo recibía.

—¿Nada más?

—No. Era bastante antipático. La mayoría de esos tipos, ya sabe, incluso si tienen prisa y están pasando un día de mierda..., oh, lo siento, profesor O'Keefe...

—No te preocupes.

—Lo que quería decir es que, incluso si llevan un mal día, uno malo de verdad, la mayoría de ellos, ya sabe, son educados, y ese tío estaba muy claro que no lo era. Era un puto gilipollas.

Le di las gracias a Manu, colgué y me serví una copa de *whisky*, pero entonces me entró la curiosidad, saqué las cajas de nuevo y me senté con ellas abiertas delante de mí, pasando las páginas una por una, con la intención de mirarlas todas, o al menos echar un vistazo a lo que había impreso en cada una, aunque me llevara toda la noche. Vivir en un edificio con portero, es decir, vivir con un intermediario entre mi espacio doméstico y el mundo exterior, ofrece una considerable sensación de comodidad y seguridad. Una de las consecuencias más inesperadas de vivir en Divinity Road, en Oxford, fue la profunda vulnerabilidad que sentía cuando me instalé y descubrí, por primera vez en mi vida desde que había dejado el hogar de mi infancia para ir a la universidad, lo que significa que alguien se presente inesperadamente a tu puerta, sin tener siquiera un interfono como barrera frente al mundo exterior. En el peor de los casos, cuando vivía con Susan y Meredith en la calle Setenta y cinco nos topábamos esporádicamente con algún borracho en plena noche llamando al timbre y despertándonos. A veces Meredith estaba llorando en la puerta para cuando yo me despertaba y hubo una vez, un espanto, cuando Susan se había llevado a Meredith a Ámsterdam, en un viaje madre-hija, y me quedé solo en el apartamento y alguien llamó repetidamente al interfono a las tres de la madrugada y yo estaba convencido de que no se trataba de un error, de que incluso si esa persona

—resultó ser un hombre— estaba borracha, sabía perfectamente dónde estaba; de hecho, así era porque entre las series de llamadas retrocedía hasta el medio de la acera, tambaleándose e inestable, levantando la mirada hacia nuestro apartamento mientras yo me encogía detrás de una cortina y lo miraba desde arriba, y aunque no gritaba ni chillaba, porque eso habría llamado la atención de los vecinos o la policía, señalaba con el dedo a nuestro apartamento, clavando el dedo en el aire, y cuanto más se animaba más me convencía yo de que debía de tratarse de un alumno que se sentía ofendido o que creía que le había perjudicado en algún sentido, arruinando sus posibilidades de acceder a un posgrado, o quién sabe qué, porque los estudiantes, al menos, algunos de ellos, pueden volverse increíblemente irascibles, imprevisibles e incluso peligrosos.

En Oxford, las intrusiones en mi privacidad eran más graves; cualquiera podía acercarse a la puerta de mi casa en Divinity Road y llamar al timbre o con el puño, como algunos británicos suelen hacer, o golpear el buzón, aunque esto más bien es costumbre de vendedores o de encargados de reparto y siempre me ha parecido el gesto más invasivo de todos, dado que esas manos de un desconocido de hecho *entraban* en mi hogar, en mi espacio doméstico privado. Con el tiempo, llegó a ser tan inquietante que coloqué un pequeño rótulo que rezaba POR FAVOR, LLAMEN AL TIMBRE, y a partir de entonces los golpes en el buzón se espaciaron más. No obstante, en muchas ocasiones el tipo de visitantes que tenía resultaba tan alarmante que llegó un punto en que, si no esperaba a alguien, si no me habían telefoneado o enviado un mensaje por adelantado para avisarme de su llegada, simplemente no abría la puerta. Antes de tomar esa decisión radical había tenido algunos encuentros desagradables en la puerta de mi casa. Algunos fueron benignos —concejales— o, como los llamamos en Estados Unidos, ediles del ayuntamiento, que sondeaban a los residentes para ver qué preocupaciones tenían; a veces se presentaban políticos en plena campaña; otras, gente haciendo colectas para obras benéficas que querían que me inscribiera y les diera mis datos bancarios para realizar un pago mensual a su organización. Ninguna de esas visitas me inquietaba excesivamente. Pero, en otras ocasiones, percibía una intención más maligna, o me encontraba con un hombre o una mujer, que a menudo trabajaban para una empresa, un servicio público o un proveedor de banda ancha o algo por el estilo, que no aceptaban un no por respuesta y empezaban a discutir conmigo, preguntándose cómo era posible que no quisiera cambiar de suministrador de electricidad cuando era tan evidente que estaba pagando demasiado, o por qué no quería recibir un servicio más rápido de banda ancha cuando se me ofrecía a ese precio especial, y cuando le respondía al individuo en cuestión que incluso si optara por cambiar de compañía eléctrica o de proveedor de servicios de internet no lo haría en persona en la puerta de mi casa sino por teléfono o por internet, solía enfurecerse, como si lo estuviera cuestionando a él, sugiriendo que no era digno de confianza, lo que, a decir verdad, era cierto. Siempre me ha costado confiar en desconocidos.

También hubo otros encuentros más ambiguos. Una vez una mujer se presentó ante mi puerta, una polaca, dijo que era una estudiante de arte, e iba vendiendo puerta a puerta sus dibujos de gatitos y mansiones de la campiña inglesa de aire *kitsch*. La rechacé, pero ella estuvo volviendo cada día durante una semana hasta que le dije que si volvía otra vez llamaría a la policía. Descubrí más tarde que también había atormentado a mis vecinos, e incluso a algunos colegas que vivían en otros barrios de Oxford. Eso fue en la época en que miles de polacos se instalaron en Gran Bretaña. Otra vez, un día en que me sentía flojo, o, más bien, bajo de ánimos, o tal vez solo cansado de vivir fuera de Estados Unidos donde cosas como esas no parecían suceder, o al menos nunca me pasaban a mí, un par de hombres de Oriente Medio llamó al timbre. No miré por la mirilla antes de abrir la puerta y me cogió desprevenido cuando los vi allí delante, barbados y sonrientes. Lo primero que pensé es que venían de la mezquita local y habían emprendido una campaña para mejorar las relaciones con la comunidad yendo puerta a puerta, pero me explicaron que estaban recogiendo firmas y donaciones para luchar contra el régimen sirio. Les dejé, allí, en el sendero victoriano del jardín con sus losas multicolores, que me hablan de la dictadura y los muchos atropellos de los derechos humanos que se estaban dando en su país. Dado que, para ser sincero, aquellos hombres me asustaban un poco, firmé con mi nombre su solicitud y les di un cheque de veinticinco libras a nombre de una organización que sonaba inocua y que llevaba «Democrático» o «Democracia» incluido en el nombre, que ya no recuerdo con precisión cuál era. El cheque fue cobrado al cabo de una semana, aunque por un momento, después de que se fueran y yo me quedara en el recibidor de mi casa con la chequera en la mano y temblando incomprensiblemente, pensé en anular el pago, pero luego me preocupó que si descubrían que el cheque no era bueno tal vez regresaran y quién sabía qué medidas tomarían para conseguir las veinticinco libras que les había dado con visible buena fe. Una parte desagradable de mi mente insistía en que los musulmanes o árabes, o esa sección de la población humana donde ambos grupos se intersecan, tienen una actitud curiosa frente al dinero, o más bien tienen una percepción distinta de la ética relacionada con el dinero, que los cristianos o los judíos, y que mi error al darles dinero de buena fe podría haberse considerado como una infracción de la Sharía, aunque esa ley no estuviera en vigor en Gran Bretaña, aunque esta, mediada mi estancia en el país, se estaba convirtiendo en un lugar más activamente islámico que cuando había llegado. Esos hombres debían de haberse presentado ante mi puerta en Divinity Road después de los atentados de Londres, y a esas alturas recordaba haber visto un cartel en el Modern Art Oxford representando la ciudad transformada en un paraíso islámico, con minarettes y cúpulas alzándose alrededor de la línea de horizonte de Oxford, y mujeres con burkas y nicabs poblando el paisaje urbano, reclinadas sobre alfombras persas. Ese cartel había provocado en mí una especie de rabia visceral que no podía explicar del todo, ni siquiera explicármela a mí mismo.

Por entonces, tenía pocos amigos musulmanes y poco conocimiento de la religión, salvo las versiones crudas de la misma que se describían en gran parte de los medios occidentales durante los primeros años de la Guerra contra el Terror. Ahora sé que hay tantos tipos de musulmanes como los hay de cristianos, de judíos, de budistas o de hindúes, y me gustaría pensar que si me sucediera lo mismo hoy mi reacción sería muy distinta, debido a los muy buenos amigos musulmanes que he hecho, y los maravillosos colegas de Oriente Medio que he conocido y cuyo trabajo respeto, por no mencionar la relación más íntima que mantuve (¿mantengo? La pregunta permanece sin respuesta, por no decir otra cosa) unos años más tarde, una relación que ha cambiado mi percepción del islam más profundamente de lo que yo habría creído posible. Pero el caso es que en aquel momento, el imaginar Oxford, una gran sede de la tradición y el conocimiento cristianos, transformado en una avanzadilla de un nuevo califato me parecía tan grotesco como si uno representara La Meca como sede de una iglesia cristiana de evangélicos fanáticos o un centro comercial del Medio Oeste americano, y la intersección de esa nueva versión de Oxford con los hombres que se habían presentado ante mi puerta haciendo campaña por Siria casi me desquició.

Todo eso me daba vueltas en la cabeza mientras estaba sentado en mi apartamento de Nueva York, pasando las páginas de las direcciones web, que, aunque no me decían nada al principio, empezaron a alarmarme. Me pareció reconocer algunas de ellas, y no solo en el sentido obvio de que descubría el directorio raíz de *The New York Times* o la *National Public Radio* o *The New Yorker*, *The Guardian* o cualquiera de los demás sitios web que visito con frecuencia, sino porque empecé a distinguir direcciones completas de noticias que sabía que había leído últimamente, y luego vi direcciones que, francamente, hicieron que me entrara el pánico, no solo porque apareciera mi nombre sino porque eran direcciones de dos bandejas de entrada de *email*, una del servidor de la NYU y la otra del sistema de correo electrónico de Google. Cogí el portátil, entré en mi cuenta de Gmail y empecé a introducir direcciones que estaban en el listado impreso que tenía delante. Mensajes que yo había enviado y recibido empezaron a aparecer en la pantalla y en ese momento se me hizo un nudo en el estómago, sentí que me recorría un escalofrío y se me disparó el corazón. Eso, lo entendí entonces, esas miles de páginas que tenía delante con quién sabe cuántas decenas o centenares de miles de direcciones en ellas, era un listado impreso de mi historial web. ¿Cuántos días, semanas, meses o años estaban representados en dos mil quinientas páginas de direcciones, o incluso en cinco mil si la segunda caja no era un duplicado? (Lo comprobé y las páginas parecían distintas). ¿Qué parte de mi vida estaba ahí, ante mí, y quién coño me lo había mandado? ¿Qué querían decirme, aparte de lo obvio, es decir que podían ver con precisión dónde había estado y que alguien había estado vigilando mis actividades durante bastante tiempo? El hecho de la vigilancia digital no era en sí una sorpresa, pero seguramente el gobierno no presentaría la información recolectada a la persona vigilada, ¿no? No,

esto era, tenía la certeza, obra de alguna entidad privada, tal vez alguien que se sentía agraviado y se disponía a chantajearme. Esa —lo supe, lo sentí repentinamente, lo vi con claridad— era una posibilidad muy real, porque sin duda había secretos de mi década anterior que podrían quedar al descubierto en mi actividad *online*, que alguien podría usar contra mí, ya fuera con la pretensión de avergonzarme públicamente — eso era posible, ciertamente, aunque estaba convencido de que nunca he hecho nada que pudiera considerarse, en última instancia, como intrínsecamente perverso—, o ya fuera, y eso me parecía menos probable, que quisiera que me despidieran de mi trabajo, aunque por qué iba alguien a desear algo así no lo sé. No guardo rencor a mis antiguos colegas de la Columbia, me llevaba excepcionalmente bien con mis colegas de Oxford, tanto en el *college* como entre el profesorado de Historia, y en los meses transcurridos desde que había entrado en la NYU todos mis colegas me han parecido profesionales y, sinceramente, encantadores.

Esa noche me pasé horas revisando mi historia, en el estilo telegráfico de las direcciones web. He dicho que revisé, aunque en realidad apenas me fijé en aquellas cinco mil páginas porque una vez había confirmado qué era lo que tenía delante de mí, la tentación de comprobar las direcciones en mi memoria, de asegurar que cada *email* que había enviado y recibido estaba allí reproducido (y estaban, para mi pasmo, todos y cada uno, empezando por una semana antes de que llegara la primera caja y remontándose en el tiempo, aunque, en la primera lectura no pude averiguar hasta cuándo), y de ese modo, al revivir mi reciente actividad sentí a la vez la futilidad y el desperdicio de mis horas pero también el espanto de sentirme vigilado, de saber que incluso si no había alguien monitorizando activamente lo que hacía, sin duda estaban grabando para su uso futuro todo lo que leía, escribía y veía *online*. No imagino, y soy lo bastante sensato para darme cuenta, que la intrusión que sentía en aquellas horas de soledad una fría noche de lunes en mi apartamento fuera tan dolorosa o traumática como una violación, pero la violación era la metáfora que primero encontró mi imaginación. La violación la percibía como una mano que se abría paso desgarrándome las vísceras y buscándome el corazón. Ni se me pasó por la cabeza acostarme. Una cosa es imaginar una entidad gubernamental anónima registrando en alguna parte mi actividad, y otra muy distinta que alguien se tome la molestia de imprimir el historial de esa actividad en papel blanco, meterlo en una caja de cartón estándar, envolverla en papel de estraza y remitirla escribiendo las indicaciones con rotulador permanente para que me la entregaran, o entregándola él mismo en persona, disfrazado, a mi dirección personal.

Incapaz de dormir, contemplé el amanecer del martes sabiendo que esa mañana no podría dar clase. Por la radio, *Democracy Now* informaba de que las Naciones Unidas habían previsto conversaciones de paz entre los rebeldes y el gobierno sirio, mientras que el gobierno de Pakistán se quejaba de la guerra que Estados Unidos había emprendido con drones, que parecía, según *The Washington Post*, estar bajo control de la CIA y no del poder militar. En el sitio web del *New York Times* leí sobre la prohibición contundente de las protestas callejeras en Egipto, y dado que de repente me planteé la sensatez de leer un artículo como ese de una forma que resultaría fácil de rastrear, y, más en concreto, dado que lo que contaba era algo sobre lo que no quería pensar, apagué el ordenador y me asomé por la ventana a la mortecina luz de noviembre, viendo mentalmente un rostro en los movimientos de la nube detrás de la proyección de la memoria: un rostro que había intentado, infructuosamente, olvidar, junto con las tres sílabas, la disposición de los fonemas, vinculadas a esa imagen.

Dado que era la semana de Acción de Gracias y una tormenta importante amenazaba la Costa Este, nadie se quejaría si anulaba mis clases, lo que hice de inmediato. Sin tener que ir a ningún sitio, me quedé en la cama toda la mañana, escuchando la radio, leyendo las noticias sobre Egipto, Siria, Irán, Irak, Pakistán y Yemen aunque no quería pensar en esos lugares, escuchando y leyendo mientras yacía rodeado por el recuerdo de mi vida reciente, a veces conmovido hasta estremecerme y llorar. Había más de mi vida registrado en aquellas páginas de lo que yo me preocupaba por recordar. No se trataba de que hubiera hecho nada de lo que debiera avergonzarme especialmente. Una vida sexual vivida solo, en aislamiento, con imágenes fijas en una pantalla, ni siquiera con otro adulto interactuando remotamente de algún modo, en vivo, en el otro extremo de una conexión anónima, no parecía nada extraordinario, dado que mucha gente ve porno y el porno que yo había visto a lo largo de los años no era, diría yo, ni siquiera muy excepcional. Aun así ver atisbos del deambular de mis propias fantasías y deseos cartografiados de ese modo me irritaba tanto que sentí que ni siquiera podría salir del apartamento, aterrado ante la posibilidad de que la vergüenza resplandeciera como un fulgor en mis mejillas y frente, visible para todos.

¿Y si, en realidad, esas páginas las había obtenido un estudiante normal y corriente, tal vez, quién sabe, Rachel? La chica se había comportado de una manera un tanto impropia de ella el día anterior, y no era irrazonable sospechar que, siendo

una de las mejores alumnas a las que supervisaba, una de las estudiantes a las que más había llegado a conocer en estos primeros meses tras mi regreso a Nueva York, tal vez le había sentado mal algo que dije entre la multitud de comentarios que he hecho sobre su trabajo. Es posible que involuntariamente provocara su rabia, hasta el punto que intentara acosarme o amenazarme. Algo parecido había sucedido en Oxford, tengo que reconocerlo, de hecho, en más de una ocasión.

No sé explicar por qué he atraído a esa particular variedad de estudiantes a lo largo de los años. Durante mi primer curso en Oxford, en uno de mis grupos de tutoría tuve una estudiante llamada Jayanti, y en aquel pequeño grupo (creo recordar que, como mucho, eran media docena de estudiantes, en segundo curso de licenciatura), Jayanti siempre era la menos preparada, y a veces se presentaba sin haber hecho nada en absoluto, sin completar las lecturas, sin nada escrito. Mediado el curso de ocho semanas en el que ocurrió el incidente (creo que era el primer trimestre, recuerdo las hojas cayendo, o, más bien, recuerdo dar paseos intentando aclarar lo que estaba pasando y ser consciente de las hojas bajo mis pies), Jayanti empezó a dejar de asistir a las tutorías. Cada tutoría a la que faltaba, yo le enviaba un *email* haciendo referencia a su ausencia, preguntando si estaba enferma, esperando que pudiera asistir a la siguiente clase y recordándole que las tutorías eran obligatorias y que debería mandarme el trabajo que no me había entregado en persona. Siempre remitía copia adjunta al tutor senior. Al principio, Jayanti respondía de forma comedida, se disculpaba, afirmaba haber estado enferma, mandaba una nota del médico, preguntaba cómo podía recuperar la clase perdida, aunque yo no estaba obligado a proporcionar tal servicio y no creo que mantuviéramos ninguna reunión aparte de las sesiones ordinarias de tutoría.

Durante un par de semanas Jayanti asistió a clase, aunque seguía sin presentarse muy bien preparada y los trabajos que había escrito sonaban como si los hubiera redactado algún otro. Entonces, durante las dos últimas semanas del trimestre, cuando nos acercábamos a las vacaciones de Navidad, no asistió a una tutoría ni tampoco escribió para explicar su falta, así que yo escribí un *email* profesional y firme, una vez más con copia al tutor senior, para dejar constancia de su ausencia y recordarle una vez más que las tutorías eran obligatorias y que, en caso de enfermedad se requería una nota de un médico como justificante.

En ese momento fue cuando empezaron los verdaderos problemas. Jayanti respondió al cabo de unos minutos, acusándome de mentir, afirmando que había acudido a la tutoría pero se había encontrado el aula vacía, que había llamado a la puerta hasta cansarse y que me había llamado por mi nombre, pero que nadie le había respondido. Eso era una invención de cabo a rabo, o bien ella se había equivocado y había acudido a las aulas erróneas, o, empecé a pensar, tal vez era un delirio. Afirmaba que yo le había estado «apretando las clavijas» durante todo el semestre, que era despectivo, arbitrario y condescendiente, entre otras muchas lindezas, todas acusaciones infundadas. Concluía su *email* amenazando con arrojar desde el tejado

del *college* o con saltar desde el Folly Bridge al Támesis. Dado que ella había enviado copia de su mensaje no solo al tutor senior sino también al director del *college*, al administrador del centro y a varios de mis colegas de la Facultad de Historia, se abrió una investigación sobre mi comportamiento, que incluyó un largo interrogatorio de todos mis alumnos. Para mi gran satisfacción, todos los demás estudiantes confirmaron que Jayanti mentía, que yo era un profesor exigente, pero también justo y respetuoso, y que todos habíamos estado sentados en mis aulas durante la tutoría en cuestión y ni una sola vez nadie había llamado a la puerta, ni, menos aún, gritado mi nombre. La investigación se cerró antes del final de aquel primer semestre, pero me pasé las vacaciones —las *vacs*, dicen los británicos, lo que siempre me ha hecho pensar en «vacío», una asociación no del todo disparatada durante mi primer año en Oxford, en el que no volví a Estados Unidos— solo, pasando el tiempo aquellas semanas oscuras en mis alojamientos, sin saber encontrar qué hacer en una ciudad que casi cierra por entero durante la Navidad, o yendo, por desesperación, a pasar unos pocos y carísimos días en Londres, visitando galerías y asistiendo a conciertos. Nunca me he sentido tan aislado en mi vida. Echaba de menos a mi mujer y a mi hija, echaba de menos a mi madre y a mi difunto padre, me preguntaba por qué se me había ocurrido irme a Gran Bretaña y por qué no había tenido la cabeza de volver a casa en Navidad, aunque eso hubiera significado dormir en el sofá de un amigo en Nueva York o pasarla con mi madre en su casa de Rhinebeck. No volví a cometer el mismo error, y siempre, a partir de entonces, costara lo que costase volaba de vuelta a Nueva York en Navidad.

Mi experiencia con Jayanti fue tan angustiada que poco faltó para que dimitiera, allí mismo, porque, pese a los problemas que había afrontado en la Columbia, que eran también, a su modo, injustificados, nunca había sido acusado de mala praxis por un estudiante, nunca se me había mentido tan olímpicamente, ni nadie había amenazado con suicidarse a causa de mi método de enseñanza. Ese fue, tal como lo veo ahora, el aspecto más perturbador de todo el asunto, que la psicología de una joven estuviera tan dañada que amenazara con matarse. Las autoridades del *college*, tengo que reconocerlo, manejaron el asunto con tiento, y sometieron a Jayanti a un periodo de suspensión académica. Ella dejó la universidad sin acabar su licenciatura, pero se quedó en Oxford viviendo con su novio, que también asistía al *college*, y yo la seguí viendo a lo largo de los años que pasé allí, a menudo en los momentos más inoportunos, de manera que empecé a creer que me estaba acechando, intentando vengarse por el papel que yo había desempeñado en el estancamiento de su educación superior.

Tal vez las direcciones de aquellos mensajes que me intercambié con Jayanti las tenía ahora ante mí en la cama, en una de aquellas cinco mil hojas de papel, seguramente cerca del final del montón, aunque a medida que pasaba las páginas se convertían en un mar suavemente agitado de negro sobre blanco y cualquier orden que pudiera haber existido se perdía. No importaba mucho, sabía lo que tenía delante,



lo que representaban las páginas, y sabía que alguien, tal vez muy cerca de mí, quería que supiera que yo estaba siendo observado.

Una gran parte de lo que implica criarse en sociedad, que es como decir, criarse en cualquier tipo de comunidad, implica acostumbrarse desde la infancia a la experiencia de ser observado. Uno podría hasta llegar a sostener que la condición humana es la de un ser que observa. No ser observado es, de hecho, considerado un delito, el delito de negligencia parental o abandono. El niño no observado se convierte en niño abandonado, el niño salvaje, el pequeño o pequeña criado por lobos, descubierto a menudo en la adolescencia cuando se hace algún intento de aculturizarlos por la fuerza, de someterlos a monitorización, a observación, a los modos de comportamiento que requiere una sociedad dada para que una persona sea considerada un miembro aceptado de la comunidad. Recuerdo de cómo me di cuenta de que me cuidaban cuando era niño, cómo me hice consciente de mis padres en primer lugar prestando atención a lo que yo hacía, observándome y castigándome si creían que había hecho algo que consideraban inapropiado o simplemente «feo», aunque cuando digo castigo debo dejar claro que mis padres no eran partidarios del castigo físico: jamás me pegaron, ni me dieron azotes ni bofetadas ni, como dirían los británicos, me atizaron. Como castigo, mis padres me mandaban a mi habitación. Siendo un niño sociable que no tendía fácilmente a la reflexión, eso resultaba una reprimenda bastante eficaz aunque siempre iba formulado en términos razonables: «Jeremy, por favor, vete a tu habitación y piensa en lo que has hecho y sal cuando estés listo para portarte como un ser humano civilizado». En mi rabia o en pleno berrinche, tenía el descaro de que, fuera lo que fuese que se considerase feo o incivilizado, salía disparado a mi habitación, cerraba la puerta —aprendí muy pronto a no dar un portazo porque eso aumentaría el castigo a una forma activa de reprimenda, como tener que pulir toda la cubertería o arrancar todas las malas hierbas de los parterres de mi madre o recoger todas las ramas, grandes o pequeñas, que hubiera caídas en el jardín— y me sentaba a mi mesa a dibujar o me tumbaba en la cama, hiperventilando al principio, pero luego me ponía a leer para calmarme. Mientras leía o dibujaba, mis pensamientos vagaban hacia lo que fuera que hubiese hecho para merecer ese castigo y recuerdo que de vez en cuando me quedaba de piedra porque mis padres habían descubierto la travesura que había hecho porque debía parecerme el tipo de acto del que nadie se daría cuenta entonces.

El proceso de aprendizaje de que nuestros actos son observados, de que si lleno el fregadero de la cocina de caracoles mi madre sabrá inmediatamente que yo los he

puesto ahí y que no habían sido ellos, como yo imaginaba que ella pensaría, los que se habían arrastrado por su cuenta hasta allí dentro, implicaba que, paulatinamente, iba aprendiendo a corregirme, o a vigilar mi propio comportamiento y acciones para mantenerlos dentro de los límites de lo que en mi casa se consideraba «civilizado». Solo por casualidad mis padres tenían una noción bastante estrecha de lo que era civilizado, al menos en comparación con el mundo en general, así que cuando fui a la escuela los maestros me reconocieron como «un buen chico», y dado que eso resultaba gratificante respondí positivamente a esa atención y refuerzo, y seguí cumpliendo las normas y portándome bien, para no convertirme en un «mal chico» o un «travieso».

El colegio amplió el universo de observación y monitorización. Ya no se trataba solo de que prestaran atención a mi comportamiento: los productos de mis iniciativas creativas e intelectuales también eran sometidos a análisis, crítica, calificación, etcétera. Este proceso en el que se examinaba y valoraba mi trabajo conformó mi deseo de ser tanto «un buen chico» como «un buen estudiante». Sabía que cuanto escribiera, dibujara o pintara en clase sería mirado por otra persona y, por tanto, a diferencia de algunos de mis condiscípulos que por alguna razón no sentían la misma motivación, intentaba perfeccionar todo lo que hacía, ser tan preciso como podía, saber siempre la respuesta, dibujar y pintar los objetos, las personas y los animales de formas que pretendían parecer verosímiles, incluso tal vez realistas, aunque no entendí el significado de esa palabra hasta que fui a la universidad.

El examen de nuestros compañeros de clase también forma parte, claro, del proceso de convertirnos en *aculturados* por la observación, sabiendo que Nelly, Jackson, Emily y Chad estaban observándome tanto como yo a ellos, y que si hacía algo feo o incivilizado sin que me vieran los maestros, existían a menudo muchas posibilidades, por no decir la certeza, de que uno de mis compañeros se volviera un acusica y le contara al adulto más cercano lo que yo había hecho. Lo sabía bien porque yo, también, era un chivato, aunque el ser un soplón a menudo tenía un estatuto ambiguo en la cultura escolar dado que los maestros criticaban el acto de chivarse tanto como recompensaban, en diversas formas inmateriales, al niño que delataba alguna travesura grave cometida por sus compañeros. De manera que se nos enseñaba a observar e informar mientras a la vez se nos decía que el acto de delatar, de contar lo que habíamos visto, era en cierto sentido sucio, que ser un chivato no se diferenciaba mucho de ser un soplón y ser un soplón no se diferenciaba mucho de ser un espía, que es alguien que comercia con el engaño, que fácilmente una fuerza rival podía volverse en nuestra contra para que nos espíara a nosotros. Yo me chivo de Shelley, pero la siguiente vez que la veo hacer algo malo ella me ofrece un soborno para que no cuente su travesura, e incluso es posible que acabe vigilando por si la señora Stuyvesant se acerca a dondequiera que se esté dando un comportamiento ilícito del tipo que sea, en ese momento me convierto en un agente extranjero en el espacio de la escuela, actuando contra el interés de la cultura de la comunidad, contra

el poder del sistema de gobierno y control de la escuela, y eso es así porque he demostrado ser un espía eficaz que está también aquejado de su propia debilidad, tal vez simplemente la debilidad de desear caer bien, o tal vez porque deseo algo que mi propia asignación no me permite comprar, pero con el dinero de Shelley sí podré, sea lo que sea lo que me haga volverme contra la cultura de todos. Los niños son instruidos en las artes de la observación y la traición desde el momento en que se les deja jugar juntos, lejos de la mirada de los adultos, aunque con la promesa de que estos volverán en última instancia para recordarles que cualquier sensación de libertad es falsa. Ser humano es ser vigilado, formar parte de la sociedad, porque somos animales sociales, pero no esperamos que la observación de la comunidad o el gobierno se extienda a nuestras vidas privadas como adultos. Aquellos de nosotros que somos racionales creemos que, en tanto no infrinjamós ninguna ley, no hay razones para que el gobierno deba vigilar lo que hacemos en nuestras casas, dentro de los confines de nuestra propiedad privada, y, con todo, esta creencia patentemente racional se ha demostrado, una y otra vez, visto el comportamiento de las fuerzas del orden y los servicios de inteligencia, absolutamente falsa.

Aquel martes, 26 de noviembre, dos días antes de Acción de Gracias, no comí bien. Me quedé en la cama, salvo para ir al lavabo, prepararme un café y comer un cuenco de cereales y un poco de fruta de desayuno y un sándwich de comida. De cena pedí unos rollitos de primavera y una sopa *pho* vegetariana que me zampé en la cama como un sultán disoluto sopesando el curso de su vida, revisando el registro de sus pensamientos y caprichos, sus historias insignificantes, la banalidad de sus triunfos y de sus derrotas, impresas tan fríamente ante él.

Recordé la última vez que había comido en la cama, hacía más de una década, aquellas desoladas vacaciones de Navidad durante mi primer año en Inglaterra. Aunque por entonces todavía no estaba seguro del todo de que mi matrimonio con Susan hubiera acabado definitivamente, de que la separación se traduciría finalmente en divorcio o de si una renegociación de los términos de nuestro vínculo era todavía posible, había decidido ver a otra gente, o más bien, Susan y yo habíamos acordado que como parte de la separación, podíamos, dicho en otras palabras, «explorar el espectro más amplio de nuestros deseos». Tengo un gusto bastante limitado, así que me puse a buscar a alguien que, visto desde ahora, fuera simplemente una versión matizada de Susan, otra universitaria, una mujer con conocimientos e intelecto y un atractivo tranquilo.

En el *college* había una joven investigadora de posdoctorado ejerciendo de profesora, de veinte y muchos, que investigaba algún aspecto de la historia británica de posguerra aunque nunca tuve muy claro de qué se trataba ni qué intención tenía el estudio, que me parecía más próximo a la filosofía que a la historiografía. Después de una cena especialmente relajada en la *High Table*, nos encontramos solos en el cuadrángulo frontal a las tres de la madrugada. Nuestros alojamientos estaban en escaleras situadas una frente a la otra, aunque ambos en la planta de arriba, de manera que varias veces, cuando los días eran cálidos —y hubo algunos encantadores días otoñales tibios durante mis primeras semanas en Oxford— nos habíamos visto sentados en las almenas al sol y, como resultado, empezamos a charlar cada vez que nos encontrábamos en la *Senior Common Room*. La noche de la disipación, que también fue a finales de noviembre, ya nos tuteábamos y nos llamábamos por nuestros nombres de pila, Jeremy y Bethan. Estoy convencido de que ella dio el primer paso al ofrecirme una copa más en su alojamiento. La seguí por las estrechas escaleras de madera sin barnizar y me encontré esforzándome por mantenerme

despierto mientras ella abría torpemente la puerta con su llave y luego, solos en su habitación, que se parecía mucho a la mía, sirvió a ambos un *whisky* que yo ya no pude beber. Hablamos, medio recostados el uno sobre el otro en su sofá, ella con la falda negra uno poco subida, descalza, y al cabo de una hora los dos empezamos a quedarnos dormidos. El sofá era lo bastante hondo para que ambos pudiéramos dormir estirados cómodamente el uno junto al otro, y así nos quedamos allí hasta el alba. Como era sábado no venía ninguna asistenta a limpiar la habitación y el sol nos despertó, o al menos a mí, y cuando abrí los ojos también me di cuenta de que el dedo de Bethan estaba escribiendo algo en mi espalda. Ella inclinó la cara sobre la mía y nos besamos, aunque los dos, creo, éramos conscientes de nuestro mal aliento y de los olores de la cena de la noche anterior que impregnaban nuestra ropa y de las complicaciones y líos que pudieran surgir si íbamos más allá.

—A lo mejor deberíamos hablar —dije, y ella asintió justo cuando alguien llamó a la puerta.

Me levanté sigilosamente del sofá y fui de puntillas a la cocina donde esperé a que ella se excusara ante el más joven de los conserjes del *college*, Robert, que se había encaprichado de ella. Le había traído un paquete que habían entregado esa mañana, aunque habitualmente se habría dejado en la conserjería para que ella lo recogiera avanzado el día. Mi primer encuentro con Bethan no pasó de ahí, pero con vacilaciones empezamos a quedar para tomar café o comer fuera del *college*, en una anticuada serie de citas sin sexo, dado que Bethan no parecía tener mucha prisa en acostarse conmigo y, aunque a mí me gustaban sus bonitas piernas y su cara razonablemente delicada, no era hermosa, ni de lejos tan hermosa como Susan; no sentía demasiada pasión por ella que se diga, y menos ganas todavía de complicar mi nueva vida en el *college* o la facultad haciendo el amor con una colega más joven. Si era sexo lo único que echaba en falta, sabía que podía esperar.

Sin embargo, en la soledad de aquella Navidad, al descubrir que todo cierra en Gran Bretaña el día de Navidad y que es imposible ir al cine, como teníamos por costumbre Susan, Meredith y yo en los años anteriores a la ruptura de mi familia, caí en tal estado de profunda depresión que supe que tenía que salir de Oxford, donde no nevaba, y solo había una delgada capa de hielo cubriendo las aceras que parecía reflejar perfectamente mi estado de ánimo. Sabía que Bethan había vuelto a su casa en Derbyshire durante las vacaciones y estaba con sus padres, pero pese a todo la llamé para ver cómo le iba. Reconozco que esperaba una invitación después de contarle lo solitario que parecía Oxford y lo vacío que estaba, con todos los estudiantes fuera para las *vacs*.

—¿Por qué no vienes por aquí en Año Nuevo? —dijo al final—. Tenemos sitio de sobra. Aunque tendrás que prepararte para la música disco de Nochevieja.

Sus padres tenían una pensión en el Peak District, y vivían en un piso al fondo del establecimiento, encima de la cocina. Parecía una ocasión para ver una versión distinta de la vida británica, aunque Bethan me avisó de que sus padres estaban

negociando los términos de su separación, seguramente de divorcio, que su padre era alcohólico y que no compartía dormitorio con la madre de Bethan, y esta ocupaba ahora la habitación de la infancia de Bethan mientras que ella dormía en un sofá en el salón o en una habitación de la pensión si había alguna libre, dando por sentado que ella misma se encargaría de recogerla y limpiarla la mañana siguiente.

La pensión estaba cerca de la finca de la mansión Chatsworth y cogí el tren de Oxford a Chesterfield, donde Bethan fue a esperarme a la estación en el Mercedes de su madre, un sedán plateado de último modelo, que me sorprendió porque ella había mencionado problemas económicos y las dificultades que tenían para sacar rentabilidad a la pensión pese a la afluencia casi constante de bebedores. Según parecía, no habían sabido aprovechar el lucrativo mercado de excursionistas y mochileros que parecían preferir establecimientos con más personalidad que el Cock & Boot. Estaba en las lindes de un pueblo, y daba a ese paisaje amable y domado de colinas y bosque, pero su interior delataba su origen en la década de 1980 más que en la de 1780, de manera que carecía de las cualidades que buscan los turistas, el aire de *olde worlde Englande* que los americanos en especial tanto anhelan, muchos de ellos, como yo mismo en el pasado, asumiendo que el país entero parecería como una película de Merchant-Ivory o una adaptación de Jane Austen.

Cuando los conocí, los padres de Bethan tenían la edad que yo tengo ahora, cincuenta y pocos. Me hago una vaga idea de cómo me describió ella antes de mi llegada, supongo que como el colega americano bastante triste que se había quedado solo en vacaciones y no conocía bien a nadie en toda Inglaterra para tener otra invitación. Me recibieron con lo que más tarde aprendería a reconocer como cordialidad de clase obrera del norte, áspera en la forma, pero bastante sincera, sin siquiera sondearme más allá de la superficie. Me hicieron algunas preguntas sobre mí y solo poco a poco descubrí, o inferí, que la gente como los padres de Bethan no suelen interrogar a los demás al modo en que los americanos lo harían casi con toda seguridad, intentando ubicar a una persona, social, geográfica y profesionalmente al cabo de unos minutos de conocerla. Así que al principio no parecieron muy interesados por mí, salvo como amigo de su hija, que me llevó a un pueblo vecino donde cenamos solos la primera noche, en un *pub* con un pozo cegado en el medio del comedor, con la boca tapada con metacrilato, una luz encendida a quince metros de profundidad y una pequeña placa en la pared contigua a él que afirmaba que estaba ocupado por el alma de un fugitivo feniano ahogado allí por vecinos a finales del siglo XIX.

Yo le había llevado a Bethan un tardío regalo de Navidad, un libro acerca de Paul Klee, sobre cuya obra se había mostrado interesada, con una nota en la que había escrito: «Para Bethan, que no es ignorada, con cariño, Jeremy». Ella se había quejado por teléfono de que sentía que sus padres estaban tan atribulados por el drama de su relación agonizante que parecían no notar su presencia. Cuando le di el libro, ella se ruborizó y más tarde insistió en invitarme a la cena. Me di cuenta de que había

metido la pata. No estábamos en la fase de nuestra relación de hacernos regalos, aunque en Estados Unidos, de eso no me cabía duda, no habría sido lo mismo. Las expectativas eran distintas, y yo no tenía una idea clara de los parámetros.

Aquella noche, la primera que pasé en el Cock & Boot, fue la primera de las dos que pasé emborrachándome con Bethan y su madre, Peggy. Empezamos en el mismo *pub*, esquivando cautelosamente al padre de Bethan, Tom, un hombre fuerte y pequeño, que rondaría el uno setenta, pero tenía unos brazos musculosos y un pecho que me hizo pensar que en el pasado podría haber sido boxeador y todavía estaba sin duda en condiciones de soltar un puñetazo si tenía que echar a alguien de su *pub*. Cuando intenté pagar, levantó una mano y gruñó, negándose a aceptar mi dinero.

Pasé la noche en una de las habitaciones de huéspedes (una vez más, se negaron a cobrarme) y aunque pensaba que Bethan tal vez vendría a verme cuando se hubieran acostado sus padres, dormí solo. El día siguiente bajé a desayunar a las ocho, pero no había nadie. Me moría de hambre y fui andando al pueblo con la esperanza de encontrar algo que comer, pero no había nada abierto. No sabía si se debía a que era Nochevieja o si se trataba de la vida cotidiana en un pequeño pueblo inglés, pero al volver al Cock & Boot me encontré a Tom preparando el *pub* para abrirlo. Sentía un dolor punzante en la cabeza y casi me caía de hambre cuando él levantó la mirada en mi dirección.

—¿Le preparo algo de desayunar? —masculló.

—Se lo agradecería, Tom. Cualquier cosa, lo que tenga.

Sin responder, se metió en la cocina y al cabo de unos minutos volvió con un plato de huevos fritos, salchichas, judías cocidas, un tomate a la parrilla y tostadas, que me sirvió en la barra.

—Tiene una pinta deliciosa —mentí. El plato era un mar de grasa.

—Yo me encargo de los desayunos. La mujer no sabe ni freír un huevo.

Mientras comía, Tom se puso a abrillantar vasos detrás de la barra; los carrillos le colgaban, como a un bulldog, y de vez en cuando comprobaba mi avance con el plato aunque concentrado la mayor parte del tiempo en lo que parecía un trabajo muy serio.

—¿Le gusta mi hija? —preguntó en un momento dado, dándome la espalda.

—Es muy agradable.

—Es una buena chica. Cualquier hombre que estuviera con ella debería considerarse afortunado.

—Es una mujer muy inteligente.

Tom miró por encima del hombro, su boca se resquebrajó en una sonrisa de suficiencia mientras hacía crujir el cuello, luego dejó un vaso en la barra, e hizo crujir los nudillos antes de alargar la mano para dar la vuelta diez grados hacia la derecha de una botella de *whisky* de manera que la etiqueta quedara alineada con las demás botellas del estante.

—Ella me ha dicho que sea agradable con usted. Espero que usted sea, ya sabe, agradable con ella.



Yo no tenía muy claro qué quería darme a entender. Era el tipo de afirmación indirecta que no llegaba a preguntar cuáles eran mis intenciones, pero se acercaba lo bastante como para hacerme sentir más incómodo de lo que ya estaba.

—Entiendo su preocupación, pero hace muy poco que nos conocemos.

—Dice que está casado.

—Así es.

—Y que tiene una hija.

—También es verdad.

—Seguro que la ama.

—Mucho —dije.

—Entonces lo entenderá.

Pronunció las palabras en voz tan baja que sonaron como una amenaza.

—Sí, lo entiendo.

Entonces se quedó callado, como si pensara, aunque no daba la impresión de ser un hombre muy reflexivo. Meditabundo, sí, posiblemente, porque era el tipo de hombre que le daba vueltas en la cabeza a una única idea hasta que esta acumulaba masa suficiente para brotar por su boca.

—O'Keefe, ¿eso es irlandés?

—De hace mucho.

—Mi hermano mayor fue asesinado en los atentados de Birmingham.

—Lo siento. Bethan no lo había mencionado.

—Pasó antes de que naciera. El IRA.

—Debió de ser terrible.

—Yo solo era un chaval —dijo, como si eso hiciera que la pérdida de su hermano fuera todavía más profunda, como si los irlandeses, al matar a su hermano cuando Tom solo era un niño, hubieran agrandado la herida—. Fue en 1974. Él estaba bebiendo en el Mulberry Bush. —Abrió mucho los ojos y me miró fijamente, con la cara cada vez más enrojecida.

—Supongo que es el tipo de cosa que uno nunca supera del todo.

Siguió otra larga pausa. La grasa se estaba congelando en mi plato.

—¿Su hija está en Nueva York?

—Sí.

—Debe de echarla de menos.

—Mucho.

—Yo no podría haberme ido. Si fuera usted, me refiero. Eso es lo que digo.

Sus palabras hurgaron en la parte más sensible de mi interior, donde la culpa quedaba al descubierto.

—Acepté el empleo en Oxford antes de los ataques, y ya estaba separado de mi esposa.

Por entonces fumar todavía estaba permitido en los *pubs* ingleses y Tom sacó una cajetilla de cigarrillos, encendió uno y echó el humo hacia el techo. Cuando hube

comido todo lo que podía, empujé el plato por encima de la barra, me limpié la boca en una servilleta de papel y salí de allí.

¿Qué clase de hombre era yo que dejaba a mi hija pequeña en Nueva York y me mudaba a Oxford en el momento mismo del peor desastre de la historia de la ciudad? Aunque Susan y Meredith resultaron relativamente poco afectadas, pues sus vidas se desarrollaban prácticamente en el Upper West Side y no había razones para que se aventurasen mucho más al sur de la calle Cincuenta y nueve, cada vez que me hacían pensar en mi decisión, me carcomía el sentimiento de culpa. En el momento de los ataques yo llevaba más de dos meses fuera de la ciudad y estaba preparando mi mudanza transatlántica desde la seguridad de la casa de mi madre en el norte del estado. Incluso allí, sabiendo que tendría que dejar Estados Unidos al cabo de solo diez días, estaba paralizado por el pánico. Cuando mi madre y yo nos despertamos una vez en plena noche por el ruido chirriante de sirenas ambos estábamos convencidos de que los terroristas habían encontrado cómo llegar a nuestro rincón del estado, y durante los primeros meses en Oxford no podía oír una sirena sin que se me disparara la presión. Nadie se había tomado la molestia de avisarme de la celebración de la Noche de Guy Fawkes, las semanas de fuegos artificiales a finales de octubre y principios de noviembre, unos fuegos que sonaban más como explosiones que como actos de celebración, de manera que cuando intentaba acostarme en mi estrecha cama del *college* de repente me incorporaba a menudo dándome un golpe en la cabeza con el armazón de la cama, cuando lo que parecía un obús de mortero estallaba cerca.

Un amigo que vivía en Tribeca había estado corriendo por Greenwich Street, pero ya había llegado a su trabajo en el Midtown cuando se estrelló el primer avión. Fue lo más cercano que yo había estado a verme afectado por los ataques, aunque un estremecimiento me recorría ondulante durante los días posteriores mientras intentaba ordenar mis asuntos para un traslado que de repente parecía insensato: ¿cómo podía dejar a mi hija? ¿Y si habían más ataques? ¿Y si no volvían a volar aviones nunca más? ¿Y si el mundo que conocemos de repente estaba llegando a un final catastrófico?

Aquella breve conversación con Tom había reavivado mi sentimiento de culpa y durante el resto del tiempo que permanecí en el Cock & Boot no volvimos a intercambiar palabra. Reconozco que yo lo evitaba cuanto podía. La soledad me había llevado a esa extraña situación, en la que me sentía, en el mejor de los casos, aún más aislado y alienado de lo que estaba sentado solo en mis alojamientos del *college* de Oxford.

Bethan y yo pasamos el resto de aquel día paseando por la campiña, recorrimos la finca de Chatsworth, comimos en otro *pub*, en Bakewell. Con la excepción del desayuno, todas las demás comidas conllevaban una bebida alcohólica y eso, lo sabía ya entonces, era un hábito al que no podría acostumbrarme. Anocheceía a las tres y media de la tarde, y mientras la gente que me rodeaba se sumía en la embriaguez, volví a preguntarme por qué me había ido de Nueva York. Sabía la respuesta, claro.

No tenía mucha elección, al menos ninguna otra con el menor sentido para mí por entonces.

La fiesta disco de Nochevieja en el Cock & Boot fue una celebración triste, más triste todavía porque Bethan intentó hacerse pasar por alguien insignificante, fingir que no era una de las seleccionadas por virtud de su inteligencia y su arduo trabajo y que era, en cambio, lo que hizo: emborracharse tanto que no tenía ningún sentido que me quedara allí. Desaparecí sin dar las buenas noches siquiera y a la mañana siguiente me fui dejando tras de mí una nota de disculpa en la que me inventaba una excusa sobre algún problema que requería mi regreso inmediato a Nueva York. La verdad es que cogí un taxi hasta la estación de Chesterfield y me subí al siguiente tren que salió para Oxford, donde me encerré en mi alojamiento detrás de las almenas, y estuve cocinando y comiendo solo hasta que el resto del *college* empezó a regresar.

Bethan y yo llegamos a un entendimiento bastante británico de que no había nada más que decir, y que cualquier fugaz chispa romántica que hubiera brillado entre nosotros podía darse por apagada. La incomodidad que temía no se concretó, al menos no que yo supiera ver, y cuando dejé Oxford, ella se había casado con un profesor de Teología cuya familia bohemia le había dejado una elegante mansión en Park Town, donde Bethan se convirtió en una intelectual del norte de Oxford de las que se bañan dos veces al mes, criando hijos de una higiene igual de rebuscada.

Tumbado solo en mi cama de Nueva York, me vinieron a la cabeza todos esos recuerdos, y el *flashback* me dejó un regusto amargo en la lengua y un calambre en las tripas, aunque tal vez fue por la comida vietnamita. Antes de volver a acostarme di una vuelta por mi apartamento vacío, me asomé por la ventana al tramo oscuro de Houston Street y sentí, contra mi voluntad, una punzada de nostalgia y anhelo de Oxford, que durante tantos años me había parecido un lugar de exilio semivoluntario. Tal vez la gente como yo, personas de un temperamento extrañamente *unheimlich*, siempre anhelamos estar allá donde no estamos, vivir en un estado de incómodo distanciamiento como modo de distanciarnos de los demás.

Mientras estaba allí, contemplando la ciudad a la que había vuelto, pero que, por su parte y en esencia, no había vuelto a mí, porque todavía me sentía separado de ella incluso cuando ya formaba parte de la misma, reparé en que un hombre que caminaba por la acera se detenía y alzaba la mirada hacia mi ventana. Esta vez no me cupo la menor duda. Me miraba fijamente y sabía que yo le devolvía la mirada. Nos estábamos mirando sin ocultarnos, tanto como pueden hacerlo dos personas separadas por el cristal, la distancia y las distorsiones ópticas de la luz y los reflejos. ¿Quién es ese hombre que me observa? ¿Quién es la persona que rastrea mi vida virtual? ¿Se trata del mismo hombre, de una única persona? La habitación estaba a oscuras, así que yo podía verlo con claridad, pero no había la menor posibilidad de identificar su

rostro porque llevaba pasamontañas, que solo dejaba sus ojos al descubierto, centelleando en la noche gélida.

El miércoles fui a hacerme el escáner cerebral en Park Avenue porque ahí fue donde insistieron que fuera Peter, Meredith y la doctora Sebastian, sin duda a un precio exorbitante aunque nunca vi las facturas, y mientras estaba tumbado en el túnel blanco con su fondo de ruido repercutido y seco, escuchando música a través de auriculares, con una especie de casco alrededor de la cabeza y un espejo encima de mí que me permitía ver al técnico, yo ya sospechaba que no aparecería nada en la imagen que indicara que mi cerebro funcionase en ningún sentido que pudiera considerarse anormal. Observación y evaluación: ¿cuánto tiempo tardarían, me pregunté, en inventar una máquina capaz de leer nuestros pensamientos mejor que nosotros mismos?

Tal vez porque había visto al hombre en la acera la noche anterior, creía que no estaba enfermo, y que la confusión sobre mi cita del sábado con Rachel tal vez no tuviera nada que ver conmigo, que es como decir que me había convencido de que aunque se hubiera enviado un *email* desde mi cuenta pidiendo el cambio de nuestra reunión, yo no lo había escrito, no había pulsado enviar, ni había leído la respuesta de Rachel confirmando que había recibido el mensaje que yo nunca había escrito. Sin la menor duda, alguien estaba jugando con mi vida. Cambié las contraseñas de mi *email*, pero ahora mantenía la cuenta abierta, comprobando obsesivamente que no había nada raro, que nadie estaba mandando mensajes haciéndose pasar por mí, y que no aparecían alertas que me avisaran de que la cuenta estaba abierta en otra localización.

De camino de vuelta a casa tras el escáner, me detuve a comprar una botella de vino para llevársela a Meredith y Peter en Acción de Gracias. Se habían ofrecido a celebrar una fiesta familiar ampliada, que empezaría por la mañana con una vista desde las alturas del desfile desde su azotea o desde la galería invernadero si hacía demasiado frío. Al salir de la tienda de licores, un hombre que estaba en la esquina — un negro alto con traje y corbata— me gritó:

—¡Señor! ¡Discúlpeme! ¡Caballero!

Me di cuenta de que el negro me estaba llamando a mí y miré instantáneamente en su dirección. El que este tipo de reconocimiento siga siendo posible en los atestados espacios urbanos es, creo, uno de los grandes misterios de la humanidad: el que se dirijan a uno simplemente con un tratamiento o un nombre informal y aun así el aludido *sepa*, por el tono, el timbre y la dirección de la voz que llama, que es el

destinatario del reclamo. Miré al hombre, esperando tal vez que me diría que llevaba la bragueta abierta o que se me habían caído las llaves, la cartera o la factura, o que la botella de Châteauneuf-du-Pape bastante caro que acababa de adquirir estaba a punto de romper el fondo de la bolsa de papel de estraza, pero en vez de eso, me miró con una preocupación que me resultó profundamente conmovedora y me hizo gestos para que me acercara, como si estuviera a punto de revelarme que estaba siendo grabado en secreto para algún programa de cámara oculta de ciudadanos de a pie, torpes don nadies, después de que mi pequeña trifulca con el dependiente de la tienda en la que acabé llamándole «gilipollas» y discutiéndole el precio de la botella hubiera sido grabada para diversión de millones de espectadores. Al acercarme, el hombre bajó la voz y se inclinó para poder hablar bajo pero mantenerse audible por encima del tráfico de mediodía, y dijo:

—Creí que debía saberlo: alguien le vigila. Ha doblado la esquina hacia Lexington en cuanto usted salió de la tienda, pero había estado siguiéndole a lo largo de toda la manzana y se quedó ahí mirando mientras usted estaba dentro. Podría equivocarme, pero me pareció raro. Creí que debía saberlo.

Le miré directamente a los ojos y vi que no era un hombre dado a fantasear ni estaba bajo los efectos de ninguna sustancia, aunque no es que se me hubieran ocurrido ninguna de esas dos posibilidades, por más que el encuentro fuera tan raro que se me habría perdonado si pensaba que podía ser un trastornado.

—Se lo agradezco. Muchas gracias. Pero..., no, no creo que se equivoque.

Doblé la esquina y recorrí la calle con la mirada para ver si descubría a alguna persona probable, pero la Cincuenta y nueve estaba curiosamente vacía y me apresuré a través del frío hacia el metro, mirando por encima del hombro mientras caminaba, seguro de que el hombre, quienquiera que fuese el vigilante, había esperado a que yo pasara y ahora me seguía, metiéndose en portales en cuanto notaba que empezaba a darme la vuelta. Aunque el negro de delante de la tienda no estaba loco, empecé a sentir que mi propia mente se deshilachaba en los flecos, o tal vez sería más preciso decir que empecé a ser consciente, es posible que por primera vez en mi vida, de los límites de mi propia cordura, de forma que sentía que caminaba por su linde y podía ver un territorio más salvaje a mi alcance. Lo más alarmante de esa experiencia de descubrimiento o epifanía era que no había ninguna barrera discernible entre la cordura y la locura, que lo único que se requería era dar un solo paso por encima de la línea de demarcación, y sabía, con la misma seguridad, que es muy fácil *huir* de la cordura, tan fácil como dar un paso, pero en cambio, volver en la dirección opuesta y *reconquistar* el territorio, *dejar* el espacio de la locura, que envuelve por entero a su vecina más racional, una especie de estado perforado en el que la locura es el más extenso de los dos territorios y la cordura meramente un estado ajeno en su interior, un Vaticano o un San Marino de la mente (o, de hecho, un Berlín Occidental rodeado por la amenaza de la República Democrática Alemana), requeriría un esfuerzo que

solo podría realizar un superhombre. Si me dejaba ir, pasaba la frontera y salía del reino de la cordura, posiblemente nunca conseguiría volver.

La cuestión a la que me enfrentaba era contarle. Temía contárselo a Meredith y Peter, agobiado porque pensarían que me había vuelto loco hasta que llegaran los resultados del escáner e incluso entonces tendría que ir a un psiquiatra para convencerles de que no estaba sufriendo algún tipo de delirio.

Al volver a casa me senté a la mesa e intenté pensar todo lo claramente que pude en los sucesos de los días anteriores y examinar mi propio estado mental, si es que eso es posible, para evaluar si acaso me estaba volviendo loco. Las cajas de los papeles que contenían una historia de mi reciente vida *online*, todos los sitios web visitados, todos los *emails* enviados, parecían apuntar contra la conclusión de que estaba perdiendo la cordura, pero, aun así, no quería descartarla. ¿Cabía la posibilidad que yo mismo me hubiera mandado las cajas? ¿Era posible que de algún modo hubiera guardado los historiales completos de navegación de todos mis ordenadores a lo largo de varios años, introducido todos esos datos en un único documento de procesador de textos, lo hubiera imprimido en el departamento, lo hubiera empaquetado, puesto la dirección y recurrido a un servicio de mensajería para que entregara las cajas en mi apartamento sin tener ahora el menor recuerdo de ninguno de esos actos? Podría, supongo, encontrar un registro de control del tiempo que había pasado en mi despacho de la universidad: grabaciones de la cámara de seguridad, registros de los accesos con tarjeta, etcétera. Si podía demostrarse que había pasado muchas horas allí durante la semana anterior, pongamos, el viernes por la noche, y si no recordaba haber estado tantas horas en mi despacho, entonces sería posible que yo mismo lo hubiera hecho. O, y esta era otra posibilidad: mi recuerdo de mirar las hojas y ver su contenido no era más que otra invención.

Volví a las hojas, que había guardado de nuevo en las cajas, para asegurarme de que no estaban, de hecho, en blanco. Con tanto alivio como espanto corroboré que eran lo que recordaba, aunque eso todavía dejaba abierta la posibilidad de que yo mismo las hubiera generado, que yo —otro yo que el que ahora escribe, que el yo que se sentaba a su mesa el día antes de Acción de Gracias— estaba enseñándomelas a mí mismo —el mismo yo que está ahora escribiendo, unas semanas más tarde, el yo que llamo yo sentado a mi mesa sin parar de darle vueltas a los sinuosos recovecos de mi vida— como una especie de registro, o inventario, o advertencia, o un recordatorio de lo que yo había intentado, activamente, olvidar. Mientras miraba una de las páginas densamente impresas, empezó a emerger una imagen, un arco fragmentario, dos arcos, una marcada línea divisoria, la seda enrollada de una boca, pero cuando la sostuve en alto y la miré a distancia dejé de ver la cara que había estado ahí un instante antes.

Olvidándome de mí, intentando dejar de lado la posibilidad tanto de que me estuviera volviendo loco como de que alguien me persiguiera, escuché las noticias de la radio. Un fiscal egipcio había acusado a dos activistas por manifestarse contra la legislación contra las protestas, y varios más habían sido detenidos. Nuevas revelaciones de filtraciones estadounidenses sugerían que la National Security Agency (NSA) ha estado reuniendo información sobre los hábitos sexuales *online* de varios líderes islamistas con la esperanza, sospecho, de demostrar a los seguidores de esos hombres que, dada su afición a la pornografía, no pueden ser tomados en serio, aunque no queda claro si la NSA ha intentado utilizar la información que ha descubierto. Mientras tanto, las Naciones Unidas están sacando adelante una resolución presentada por Alemania y Brasil defendiendo que todos los ciudadanos tienen el derecho a no ser sometidos a una vigilancia arbitraria por parte de su propio gobierno o de cualquier otro. ¿Cómo, me pregunté, se definiría «arbitraria»? En términos estrictamente legales, ¿significa que se requerirá siempre una orden judicial? ¿O, en un sentido más amplio, como *injustificada* o *infundada*, además de no *autorizada* por un tribunal? ¿Qué lugar ocupa la autoridad de un tribunal en un país que ha permitido que sus servicios de inteligencia actúen al margen de la ley?

Era una hora avanzada de la tarde cuando me llamaron por teléfono desde la mesa de recepción de la entrada y Ernesto, que estaba de servicio, me dijo que acababa de llegar un paquete. Otro no, pensé, pero bajé y el corazón se me estremeció al ver una caja como las dos primeras.

—¿Te has fijado en quién lo ha dejado? —Ernesto estaba despatarrado detrás de la mesa de recepción. Debo admitir que me cuesta distinguir a estos jóvenes, Ignacio, Rafa, Manu y Ernesto, que me parecen muy iguales, con la excepción de los pocos gordos, Jorge y DeJuan, todos ellos educados y respetuosos, todos siempre agradables y afables, hasta el punto de que en mis veladas más solitarias a veces siento la tentación de bajar y sentarme en el vestíbulo, aunque no haya mucho sitio donde sentarse, y pasarme un par de horas hilando la hebra con quienquiera que esté de servicio, con que solo se me asegurara que ninguno de mis colegas o estudiantes de posgrado pudieran verme por casualidad allí, pareciendo a la vez necesitado y agradecido por la conversación con un portero—. ¿Era un mensajero con bicicleta? Creo que el último paquete lo trajo uno de ese servicio.

Ernesto negó con la cabeza.

—Este tipo ha entrado, lo ha dejado encima de la mesa sin decir palabra. Muy maleducado. Ni hola ni adiós. Quiero decir que fue un poco raro, ¿no? Y eso que yo le dije: «Que vaya bien el día», pero el tipo ni se volvió a mirarme y salió pitando por la puerta.

—¿Se fue corriendo?



—Ya sabe, es una manera de hablar. Iba caminando deprisa, supongo, pero hace frío, así que... —Hizo una pausa, como si hubiera algo más.

—¿Pero?

—Nada, no sé. Es que, en los tiempos que corren uno no deja una caja así en un vestíbulo sin decir nada. ¿Cómo sabemos qué hay dentro? Y si el tipo parece que tiene tanta prisa y no hay dirección de remitente ni franqueo, entonces dudas. Por eso le he llamado.

—¿Te refieres a que podría ser una bomba?

Ernesto se apoyó en el respaldo de la silla como si la idea no se le hubiera ocurrido hasta que yo la dije.

—¿Cree que deberíamos llamar a la policía del campus?

Levanté la caja y me planteé la posibilidad de que podría explotarme en la cara. Pesaba aproximadamente lo mismo que los dos primeros paquetes y cuando la sacudí —impulsándose sobre las ruedecitas de la silla, Ernesto se alejó de mí—, nada sugería que contuviera alguna cosa capaz de causar daños físicos.

—Solo es papel —dije—, seguramente algunos de mis estudiantes de doctorado. Esbozos de capítulos o algo así. —Cogí la caja en brazos y me encaminé al ascensor.

—Si oigo una explosión, llamaré al 911. —Se rio Ernesto. ¿Los neoyorquinos siempre han tenido esta facilidad para el humor negro o es algo nuevo?

De vuelta en el apartamento, poco me faltó para tirar la caja por el bajante de la basura, pero luego la curiosidad me pudo y abrí lo que a esas alturas ya era un paquete envuelto de manera familiar, pero en esta ocasión las hojas apiladas dentro no contenían direcciones de internet sino un registro de llamadas telefónicas con el número de origen, el número marcado, la fecha y la duración de la llamada. Inmediatamente reconocí el número de Meredith y Peter, el número de la galería de mi hija, el número de mi casa en las afueras, y luego, cuando pasé más páginas, vi el número de la casa de mi madre, de mi casa en Oxford, de varios amigos en Oxford y Londres, Berlín, Heidelberg, Hamburgo, Múnich, Leipzig, Jena, Dresde, etcétera. Era la historia de a quiénes había llamado o me habían llamado, a mi casa, a mi despacho o a mis varios teléfonos móviles, cuándo se habían hecho esas llamadas y cuánto habían durado, remontándose casi una década, aunque parecía imposible, inconcebible que alguien hubiera estado prestando atención a mi actividad durante tanto tiempo, tomando nota de este tipo de detalles. Cuanto más lo pensaba más me parecía que, a diferencia de mi historial de internet, que podría haber seguido cualquier *hacker* ordinario, acumular una información tan detallada sobre mi actividad telefónica —a no ser que ese tipo de registros también fueran susceptibles al ataque de los *hackers*— indicaba la participación del gobierno, o de algún contratista de espionaje asociado con el gobierno para ser más específico, y, aunque yo sabía que cosas así eran posibles, dadas las recientes revelaciones, me resultaba difícil imaginar por qué yo podría ser una persona de interés para mi propio gobierno, o para la agencia de inteligencia que fuese, para pagar por una atención tan precisa a

mis telecomunicaciones. Además, ni se me ocurría por qué alguien de esa misteriosa organización iba a dar un giro y enviarme las pruebas de su monitorización, porque sin duda yo haría públicas esas pruebas, por así decirlo, para denunciar el nivel de intrusión (a menos, claro, que hubiera algo en estas páginas que pudiera causarme un tremendo bochorno, aunque de qué pudiera tratarse en concreto, bueno, me costaba imaginarlo). Lo único que me tranquilizó era que esta tercera caja parecía demostrar mi cordura: yo hubiera sido incapaz de crear ese listado a no ser que hubiera llevado un registro de cada llamada telefónica realizada o recibida cada día de mi vida, y eso, estoy seguro, nunca lo he hecho.

Sonó el teléfono. Era Ernesto, desde el vestíbulo.

—Quería asegurarme de que estaba bien, profesor O’Keefe. No he oído ninguna explosión...

—Gracias, eran solo algunos expedientes, correspondencia antigua, de mi exmujer. Todavía conservo todas mis extremidades. Mis disculpas por el comportamiento del mensajero.

—Nada, no se preocupe, profesor. Si no lo veo más tarde, que tenga un buen día de Acción de Gracias. ¿Va con su familia?

—Mañana lo pasaré con mi hija y mi yerno. ¿Y tú?

—Con mi hermana, en Queens.

—Feliz Acción de Gracias, Ernesto.

—Es posible que nos veamos el domingo, profesor.

Así que no estoy loco, pensé al colgar el teléfono. Alguien se ha estado entrometiendo en mi vida, o al menos monitorizándola, y tal vez el trastear, el jugar con mi *email*, resultaba al principio divertido, un juego para que viera que «ellos» podían hacer lo que querían porque «ellos», fueran quienes fuesen, sabían todo lo que había hecho y cuándo. Lo que tenía que hacer era alejarme de la ciudad, y aunque no podía escabullirme en Acción de Gracias, decidí ir al norte del estado el viernes por la mañana y pasar un par de noches en el campo solo para pensar, lejos de los teléfonos y de internet. Estaba a punto de comprar el billete *online* cuando pensé: si alguien me está observando todo el tiempo, tal vez no me conviene que sepan que me voy, tal vez será una especie de prueba. Así que iría a Penn Station el viernes por la mañana, compraría un billete pagándolo en efectivo y desaparecería durante el fin de semana. Si volvía a la ciudad viendo que una fuga así había sido posible, con la sensación de haberme escabullido del mundo de la vigilancia constante, en ese caso tal vez sería capaz de ampliar mi territorio de cordura devolviéndolo a las proporciones en las que ya no es posible ver los lindes.

Cogí las tres cajas de advertencias no solicitadas —porque ¿de qué otra manera podía considerarlas más que como advertencias, ya fueran bien o mal intencionadas? — y las puse al fondo del armario de la sala, donde era más fácil no pensar en ellas. Intenté pasar la noche dispersando mi atención en otras cosas, preparé la cena, escuché la NPR, y luego, después de llenar el lavavajillas, me senté a echar un

vistazo a un nuevo libro de fotografías extraído de los archivos de la Stasi. Algunas de las fotos eran de agentes y empleados en disfraces risibles, en las que cada agente asumía distintas caracterizaciones, lo que hacía pensar en actores de una película porno, mientras que otras recordaban a los trabajos de Jeff Wall o Cindy Sherman o incluso de Rineke Dijkstra, con imágenes que alcanzaban una cualidad extrañamente artística pese a su evidente ingenuidad. Las poses muy artificiosas y las disposiciones de las personas en el espacio indicaban una intención de autoría, lo que no estaba fuera de lugar, supuse, en el *ethos* general de una sociedad totalitaria, por la que la intencionalidad está presente en cada momento del ser, y la vida, tanto pública como privada, se organiza y pauta por la ideología tanto como por las necesidades e impulsos humanos. Pese a que esas imágenes me interesaban, no podía dejar de darle vueltas a la cuestión de por qué habría sido yo considerado una persona de interés para las entidades de vigilancia de nuestro gobierno. ¿Por qué iba la NSA —¿qué otra agencia podía ser sino?— a tener el menor deseo de mantenerme fijo en su punto de mira? Yo no era nadie digno de interés antes de irme de Estados Unidos. No había sido activo políticamente, ni tampoco mis padres, hasta el punto de que ni siquiera recuerdo que hubieran colocado en nuestro jardín ni tan solo un rótulo en ninguna campaña electoral, aunque sé que siempre votaron impulsados por una especie de espíritu instintivamente leal, fieles al Partido Demócrata y a América, leales de un modo irreflexivo porque habían alcanzado la edad adulta en la década de 1950, y habían pasado sus infancias con Roosevelt y Truman, hijos de gente cuyas simpatías tradicionales los acercaban a las organizaciones sindicales. Supongo que eran políticos de un modo prosaico, y la política no era algo presente en sus vidas sociales e intelectuales, sino que se dedicaban básicamente a salir adelante con su trabajo y no me educaron para ser un animal político. Voto y tenía —todavía tengo— fuertes convicciones y opiniones, pero nunca he sido activista. Tal vez el mero hecho de mudarme a Gran Bretaña atrajo sobre mí la atención de la comunidad de inteligencia, tal vez todos los americanos que se trasladan al extranjero son sometidos al mismo tipo de escrutinio.

Estaba, por descontado, la otra cuestión. Mi mente pasó esa noche trazando un gran arco alrededor de la razón más probable por la que mi gobierno consideró oportuno prestar tanta atención a mi comportamiento. Pero *esa* razón era relativamente reciente, y la vigilancia a todas luces se había estado produciendo desde mucho antes. Estaba cavilando sobre eso sin pensar realmente en qué estaba haciendo —algo que pasa más a menudo de lo que me gusta admitir: mi mente recorre ruidosamente una senda dada y mis manos, brazos, pies y piernas van por su cuenta— cuando de repente me percaté de que había vuelto junto a la ventana de mi salón que daba al trecho iluminado de farolas de Houston Street. El hombre que había visto antes estaba otra vez detenido en la acera, inmóvil y mirando hacia mi ventana. La diferencia en esta ocasión era que las luces de mi apartamento estaban encendidas, así que él me veía con claridad desde donde estaba, y yo, en cambio, lo veía aún con

menos nitidez que antes. Levanté la mano como si fuera a saludarle y el hombre, que de nuevo llevaba un pasamontañas (lo que los británicos llaman una *balaclava*), sacudió la cabeza, sus ojos centellearon fugazmente a la luz de las farolas, y empezó a alejarse hacia Broadway, como había hecho la vez anterior. Por qué nadie lo miraba y pensaba *ese es un terrorista potencial y tendría que llamar a la policía*, aunque si ves a una mujer con nicab y burka procuras no pensar, si eres un buen liberal, nada por el estilo, pero un hombre con ropa occidental llevando un pasamontañas en medio de la ciudad ha acabado encarnando, a estas alturas, nuestra imagen de un criminal, alguien resuelto a robar un banco o una tienda o puede que algo peor, con esos guantes de cuero negro bien podría pretender cometer un asesinato, matar a alguien rápido con un cuchillo furtivo o una pistola con silenciador o incluso con sus propias manos, antes de perderse entre la multitud de Broadway.

Cogí el abrigo y las llaves, esperé el ascensor, pulsando el botón de llamada para que llegara antes, me removí nervioso durante el descenso y luego salí corriendo por delante de Ernesto, llegué a la plaza, di la vuelta a Houston Street y fui por la acera hacia Broadway, pero por ninguna parte vi rastro de un hombre con pasamontañas. Sabía que podía haberse metido sin ningún problema en cualquier edificio, incluso tal vez en el Angelika Film Center, o podía haber seguido caminando por la acera tras quitarse la máscara de manera que a mí me costara identificarle. Intenté pensar qué otra ropa llevaba pero no pude concretar más que: «Llevaba un abrigo negro, pantalones negros y tal vez zapatos, o puede que botas, de cuero negro, y también guantes y un pasamontañas negros».

Corrí por Mercer hasta Bleecker, luego recorrí Broadway hasta Prince, mirando a cada hombre con el que me cruzaba y ninguno parecía encajar en mi imagen. Sintiendo que la frontera entre mi territorio de cordura y el estado perforado de locura estaba al alcance de la vista, que de hecho podía estar bailando peligrosamente al filo del límite, volví atrás por Prince hacia Wooster y luego a casa. Ernesto levantó la mirada cuando entraba.

—¿Está bien, profesor?

Ernesto era un chico afable y había una silla vacía a su lado, que señalé con la cabeza:

—¿Puedo?

—Faltaba más, siéntese.

—Creo que alguien me está siguiendo.

—Yo tengo esa misma sensación a todas horas.

—No, me refiero a que alguien me sigue de verdad. Un hombre me paró en Park Avenue antes y me dijo que había visto a alguien vigilándome desde la calle mientras yo estaba en una tienda, y entonces, está ese tipo con pasamontañas que se queda en la acera de Houston por la noche sin hacer otra cosa que mirar a mi apartamento. Sé que me está mirando porque esta noche le hice un gesto con la mano y él sacudió la cabeza y huyó. Y... —vacilé, sin saber si contarle al portero lo de los contenidos de

las cajas que había recibido, y al final decidí que sería mejor callármelo—, y otras cosas que han estado pasando.

—Eso suena bastante fuerte, profesor.

—Por favor, llámame Jeremy.

—Lo que usted diga, jefe.

—Y por favor, no me llames jefe.

—Muy bien, Jeremy. —Sonrió y me tendió la mano para que se la estrechara, como si fuera la primera vez que nos viéramos.

—¿Crees que estoy loco? Me temo que podría estar volviéndome un poco loco.

—No, hombre, eso suena como un mal rollo serio. A ver, yo tengo la sensación de que alguien me sigue pero es solo por mi ex, la dejé porque estaba loca, y sé que me ha estado siguiendo, pero usted, lo que le pasa, eso suena como..., no sé cómo decirlo, ¿algo serio?

—Sí, me temo que es algo serio.

—¿Se ha equivocado de bando o algo así?

—No se trata de eso. No es nada... delictivo.

—En ese caso no sé qué decirle. A lo mejor tendría que ir a la policía, ¿no?

Los dos nos miramos y la carcajada fue instantánea.

—Déjame que te pida una cosa, sin decirle nada a ninguno de los demás que trabajan aquí, ¿podrías hacerme un favor?

—Claro, lo que sea.

—Si alguien trae un paquete para mí otra vez, ¿te importaría sacarle una foto, pero hacerlo sin que él se percate? Sacársela cuando se va o cuando ya haya salido, al pasar por los ventanales.

—Claro, eso puedo hacerlo.

—Gracias, Ernesto, y feliz Acción de Gracias para ti y tu hermana.

Saqué un billete de cincuenta de la cartera y lo puse en la mano del portero. Aunque intentó quejarse, hice un gesto de rechazo y subí las escaleras hasta el tercero, sabedor de que la satisfacción que me produjo darle cincuenta dólares era un tipo de placer barato, y en realidad tendría que haber sido el doble, dado que cincuenta dólares no pagan lo que pagaban antes, sobre todo en Nueva York, así que tomé nota mental para acordarme de darle más en Navidad, porque cuándo le he dado yo lo bastante a nadie, salvo quizá a Meredith, e incluso a ella le debo más de lo que jamás seré capaz de devolverle porque me fui, lo entiendo ahora, cuando ella incuestionablemente más me necesitaba. En la adolescencia no basta con ver a un padre o una madre solo dos o tres veces al año, verse privado de su presencia irritante y agobiante o de su consuelo, protección o supervisión después de haber vivido toda la vida con la expectativa de esos cuidados y frustraciones, y ahora ya no hay nada que pueda darle a Meredith, que tiene todo, salvo el desahogo y la exasperación de mi presencia, y por descontado, estas palabras, este texto, que bien puede acabar siendo todo lo que pueda legarle.



La mañana de Acción de Gracias salí temprano para evitar las aglomeraciones, sabedor de que habría multitudes pese a las previsiones meteorológicas de ventiscas, pero hice que el taxi subiera por la Décima Avenida y me dejara en Ámsterdam con la Sesenta y dos para así poder pasar por delante del Lincoln Center, que me traía muchos recuerdos de cuando llevaba a Meredith de pequeña al *ballet* y la ópera, y luego crucé Broadway para dirigirme a la entrada lateral del Century Building y evitar así la multitud y los policías en Central Park West. Pero entonces, cuando crucé Broadway, reparé en los Lincoln Plaza Cinemas, a los que no había ido desde hacía más de una década, cuando fui a ver o bien *Bailando en la oscuridad* de Von Trier o la extraña pero maravillosa *El tiempo recobrado* de Raúl Ruiz con sus decorados teatrales móviles y un Marcello Mazarrella seduciendo como un peculiarmente voyeurista Marcel, un pervertido mirón que espía las vidas de sus amigos, así que me detuve a ver qué había en cartel, casi pensando que si la fiesta en casa de Peter y Meredith se ponía demasiado aburrida, a lo mejor podía escabullirme pronto e ir a una sesión de primera hora.

Estaba mirando los carteles cuando reparé en él, como si hubiera surgido de repente detrás de mí. Era el joven de veinte y muchos de la cafetería del sábado, con el que había hablado cuando Rachel no se presentó, el que se describió como un «impostor que trabaja para grandes empresas» y me preguntó si Rachel era bonita, y ahí estaba, en los Lincoln Plaza Cinemas, mirando también los carteles, aunque ahora ya no recuerdo qué era exactamente, quizá una película italiana en la estela de Fellini o alguna independiente americana que creía que era radical filmar en blanco y negro, tanto la una como la otra me habrían llamado la atención, pero lo que sí recuerdo es que me volví hacia el joven y le dije «Feliz Acción de Gracias», y él se volvió hacia mí, sorprendido y dijo: «¡Vaya coincidencia! Nos encontramos otra vez», en un tono animado que me hizo pensar que, en efecto, se trataba solo de una coincidencia, del tipo que parecían darse en mi caso con mucha frecuencia cuando vivía en Nueva York antes de irme a Oxford, pero que, en los meses desde mi regreso, habían sido hasta entonces una rareza, o eso me parecía, tal vez porque incluso tras solo un mes de estancia en Oxford se vuelve imposible ir a ningún sitio sin ver caras conocidas, sea de colegas o de estudiantes, o simplemente de vecinos o académicos de otras disciplinas, los frequentadores de las salas de lectura de las bibliotecas Bodleiana y Tayloriana, moradores diurnos del Turf, el King's Arms y el Bear, aunque es lo que

pasa en una pequeña ciudad de 150.000 habitantes. Pero, cuando se dan encuentros por casualidad en Nueva York, necesariamente conllevan un mayor peso simbólico, da la impresión de que haya sucedido algo asombroso, sobre todo cuando te topas con el mismo desconocido varias veces en distintas partes de la ciudad, es casi como si Dios o el destino, para quien cree en ellos, esté intentando mandar un mensaje, decir «esta es una persona que deberías conocer, deberías prestar atención, los dos os habéis cruzado para bien o para mal y hay una razón para que os continuéis viendo, no creas que se trata de una coincidencia absoluta». Recuerdo una ocasión, el año antes de que me fuera a Oxford, que acudí a una exposición en el Yale Center for British Art, una antología de pintores de Bloomsbury, y en el tren que llevaba a New Haven había una mujer leyendo *Victorians eminentes* de Lytton Strachey, y aunque esperaba verla en la galería, no apareció. A los pocos días volví a verla, en el metro, de nuevo leyendo a Strachey, y me la encontré aún una tercera vez unos días más tarde. Debía de ser una decena de años mayor que yo y, en el tercer encuentro, la abordé y le dije que por casualidad habíamos cogido los mismos trenes tres veces en una semana, y cada vez la había visto leyendo a Strachey, y que parecía algo más que una mera coincidencia, porque yo había estado leyendo a Roger Fry y John Maynard Keynes las últimas semanas. La mujer me miró espantada.

—¿Es una broma? —preguntó—. ¿Me ha estado siguiendo? ¿Qué coño quiere?

—Nada, nada en absoluto —me quejé—. Solo me pareció que era una coincidencia llamativa, el que la haya visto tres veces en una sucesión tan rápida y además compartiendo ambos los mismos intereses.

Con una mueca de desdén miró fijamente hacia mi mano.

—Está usted casado. Vuelva con su puta esposa.

Un lío era lo último que se me pasaba por la cabeza y me ruboricé cuando ella se levantó del asiento y se bajó en la siguiente parada, mientras que la gente que nos rodeaba me miraba y se apartaba, como si yo contagiara un virus. Por tanto, delante de los Lincoln Plaza Cinemas la mañana de Acción Gracias, me di cuenta de que me estaba mostrando demasiado amistoso, a no ser que ese joven también estuviera pensando que le estaba tirando los tejos. Sin embargo, al final, fue él quien habló primero.

—¿Llegó a ver a su fea? —me preguntó con una expresión burlona y arrogante, como si disfrutara con las conversaciones maleducadas con desconocidos.

—¿Perdone? Creo que no he...

—Aquella estudiante con la que tenía que reunirse en el Caffè Paradise el sábado, la que no se presentó y usted no encontraba su número.

—¿Por qué la llama fea? No lo es, para nada.

—El sábado le pregunté si era bonita y usted dijo *no, en realidad, no*, y luego yo dije que en ese caso no importaba que se presentara o no.

Yo no recordaba haber dicho nada por el estilo, aunque al revisar este documento veo que en la versión que he dado he venido a decir lo mismo. Era vergonzoso



admitir que me había dejado llevar hasta el punto de hacer una afirmación tan desagradable, el tipo de cosas que diría un hombre como forma de acumular un poco de repugnante capital misógino compartido. Al pensar en mi pasado, dudaba que yo hubiera dicho nada así desde que me convertí en padre, y los remordimientos que siento hacia Rachel, por la forma en que he estado pensando en ella y tratándola desde el sábado, me tensaron.

—Esa es una forma ordinaria de decirlo.

El joven siguió sonriendo, enseñando sus largos caninos blancos, unos dientes que o bien habían crecido rectos de manera natural o bien se beneficiaron de una cara ortodoncia. No había prestado mucha atención a su aspecto la primera vez que nos encontramos, pero ahora me fijé en que era de estatura media, puede que un poco más delgado de lo que debería, con el pelo lacio y expresión de hambre. Llevaba unos pantalones oscuros de lana, zapatos negros y un chaquetón de marinero negro, todo de buena confección, caro (ropa de marca, diría, aunque no estoy al tanto de la moda), y hablaba con un acento que asocio con las familias bien educadas de la Costa Este, hasta el punto de que podría haber formado parte del grupo de antiguos amigos o condiscípulos de Peter, el tipo de chico privilegiado de las fraternidades de la Ivy League que sigue soltero hasta bien entrados los treinta, rehuyendo el compromiso o tal vez ignorado por las mujeres que ven en él el gilipollas que es.

—Soy un ordinario. Y ella ¿es fea o no?

—No, no es fea, no. Estoy seguro de que nunca dije que lo fuera.

—Pero no es bonita, sí que dije que no era bonita, lo que significa que está gorda o que tiene mucho vello.

Ese joven no era lo que se dice especialmente apuesto, al menos no objetivamente, aunque tampoco es que fuera más feo que Rachel, lo que es como decir que no era ni guapo ni feo, de la misma manera que Rachel no es ni bonita ni fea, sino bastante normal, una persona del montón en un mundo de gente del montón. En el caso del joven, era demasiado delgado para resultar atractivo, con una barbilla demasiado prominente, pómulos demacrados, como si tuviera algún problema de drogas o un trastorno alimenticio, aunque ese tipo de trastornos, lo sé, sean raros entre los hombres. No parecía muy atlético, no tenía ni la complexión ni la musculatura de un corredor, un ciclista ni un triatleta, que habría explicado la delgadez de su cara. Llevaba unos pantalones ceñidos y las piernas parecían flacas hasta lo enfermizo; el cuello que sobresalía del amplio cuello del chaquetón parecía vulnerable y daba casi pena. Tenía el pelo lacio y le caía marcadamente hacia un lado, engominado hacia atrás al estilo que se había puesto de moda, como una prolongación de una reciente nostalgia de la década de 1950 que se iba remontando aún más atrás hasta la de 1930, con cortes que recordaban a la Juventud Hitleriana y se habían vuelto tan frecuentes en Londres y en partes de Nueva York que para un historiador de la Alemania del siglo xx resulta turbador ver esta seña de identidad del fascismo asumida por jóvenes con tan poco conocimiento de la historia que pueden

considerar el estilo que han elegido simplemente como un signo de sofisticación urbana y una apropiación irónica del pasado; no sabría decir siquiera si tienen la menor idea de su asociación con el fascismo (supongo que la gran mayoría de ellos, no), pero albergaba la esperanza de que si descubrieran esa asociación no tardarían en dejarse crecer el pelo y adoptar un aire bohemio y progresista, una extravagancia fin-de-siècle para compensar el bandazo global hacia la derecha, al menos estéticamente hablando, aunque gran parte de esta revitalización del fascismo ha venido acompañada por un giro hacia movimientos políticos ultranacionalistas y uno no puede evitar sentirse justificado al temer que repetirán la vieja máxima de que la historia se repite. Ojalá que me equivoque.

Quería alejarme de él, pero también, instintivamente, tenía la sensación de que podría ser el tipo de maníaco que lleva un arma oculta y que me secuestraría. Hasta donde yo sabía, él se pagaba la ropa cara que llevaba con el dinero que obtenía en atracos a mano armada, así que intenté despedirme definitivamente sin provocarle.

—Escuche, es Acción de Gracias y no nos conocemos, no sabemos nada el uno del otro y no me siento cómodo con esta conversación. Además, me están esperando.

La expresión burlona del joven se acentuó y esbozó una sonrisa desdeñosa.

—¿Una fiesta para ver el desfile?

—Algo parecido.

—Yo también voy a una. Un amigo mío en el Century Building.

Durante un instante, pensé en cancelar mi visita, o decir que tenía otro recado pendiente antes de ir a la fiesta, cualquier cosa con tal de evitarlo, pero nadie tiene recados de última hora la mañana de Acción de Gracias y sabía que la mentira sería evidente.

—Qué coincidencia. Allí voy yo también.

No existen las coincidencias, me recordé, no cuando se trata de encontrarse con desconocidos varias veces en pocos días, no cuando hablas con un hombre al que no conoces sobre cuestiones personales dos veces en la misma semana, no cuando esas conversaciones tienen lugar en momentos y ubicaciones donde habías planeado estar de antemano, y, sobre todo, no cuando entre el Primer Encuentro y el Segundo Encuentro has descubierto que alguien está monitorizando todas tus comunicaciones. Esa secuencia de pensamientos me pasó volando por la cabeza sin que me llevara a una conclusión clara, pero al hacerlo miré al joven con más suspicacia. Él sonreía mientras le hablaba, y entonces se rio, como si todo el asunto le resultara tremendamente gracioso. Es un pirado, pensé, un desequilibrado, sondeando rápidamente la tierra ignota más allá de las lindes de su personal microestado de cordura.

—¡No me diga! ¿No tendría gracia que fuéramos a la misma fiesta?

Más risas, y me obligué a esbozar una sonrisa.

Juntos doblamos la esquina a la calle Sesenta y dos y mientras nos encaminábamos a la entrada lateral del edificio intenté quitarme de la cabeza la idea

de que me acababan de atracar o de que el encuentro había sido, en algún sentido, una variante de un asalto que se estaba desarrollando rápidamente.

Todos los porteros del edificio de Meredith me conocían, así que los saludé con la cabeza y me encaminé a los ascensores, esperando que llegara uno cuando oí que el joven decía que había venido a ver a Peter, que le estaba esperando, aunque a esas alturas yo había llegado a la conclusión de que había las mismas probabilidades de que ese fuera su destino como de que no lo fuera, por espantoso, por aterrador que pareciera, porque daba la impresión, ya en ese momento, de que formaba parte de un plan, del plan de ese joven de introducirse en mi vida. No oí su nombre, pero el portero llamó arriba, a todas luces recibió la confirmación que necesitaba y el joven al momento estaba a mi lado, justo cuando se abrieron las puertas del ascensor.

—Me parece que es la misma fiesta —dije frunciendo el ceño, dándole vueltas en la memoria a nuestra conversación del sábado por la tarde, buscando alguna pista que me aclarara algo sobre él, o sobre sus posibles intenciones—. Soy el padre de la anfitriona, Jeremy O’Keefe.

—Eso me parecía. Estuve en la boda. Peter y yo hicimos juntos los estudios de posgrado. Soy Michael Ramsey.

El nombre encajaba en mi impresión de sus probables orígenes, una antigua familia de Nueva Inglaterra, tal vez, aunque cada vez se vuelve más difícil distinguirlas, y el prestigio asociado a esos linajes ya no goza de mucha aceptación en la sociedad en general. Con todo, Michael Ramsey se movía con tales aires de privilegio heredado, que no ganado, que me resultaba repelente, aunque parte de mi cautela inicial era una aversión instintiva a su tono en nuestros dos encuentros y, en esa segunda coincidencia, la sensación de animosidad que sentí ante su intrusión en lo que había imaginado una celebración familiar. A decir verdad, yo sabía que Peter y Meredith estaban esperando unos cincuenta invitados para el desayuno del desfile y muchas de esas personas serían conocidos profesionales, mientras que solo veinte se quedarían a comer, todos los cuales serían ya amigos íntimos, suponía, o familia. Intenté calmarme antes de que llegáramos a la puerta de mi hija, asegurándome de que yo iba delante, para llamar al timbre y ser el primero en entrar para que Michael Ramsey, quienquiera que fuese, supiese qué lugar le correspondía.

Quedó claro ya en las presentaciones que, aunque invitado, Michael no formaba parte del círculo íntimo de amigos de mi hija y, a lo largo de la mañana, me dio la impresión de que ni siquiera Peter lo conocía mucho, que tal vez el señor Ramsey era uno de esos parásitos de las escuelas de posgrado que intenta pegarse a la vida de sus amigos porque la suya carece de interés alguno.

—¿De qué lo conocéis? —le pregunté a Meredith cuando la pillé a solas en un rincón del salón.

—Peter y él eran miembros de no sé qué club. Perdieron el contacto durante un tiempo y luego él reapareció hace unos años. Peter dice que es inofensivo. Parece agradable, ¿no?

—Lo que parece es un capullo.

—Oh, papá, no seas tan rezongón. Tómate una copa de champán. —Le hizo una seña a un camarero que se deslizó por el salón con una bandeja llena de copas.

—Creo que el señor Ramsey me está siguiendo.

Meredith se volvió hacia mí, esbozando una mueca.

—Ni siquiera te conoce. No le habías visto antes.

—Pero nos hemos encontrado.

De nuevo, la mueca... de incredulidad o, quizá, para ser más precisos, una expresión de pánico y escepticismo, de no dar el menor crédito a lo que oía, como si las palabras que escuchaba hicieran que mi hija creyera en mi propia inexistencia, como si al desvelarme como un paranoico (no uno sin causa, pero ella no lo sabía por entonces, o al menos todavía confío, quiero creer, que era ingenuamente inconsciente) hubiera negado la imagen de paternidad, de ser padre, en la que ella siempre había depositado su confianza, por más dudosa que esa confianza hubiera sido sentida o vivida —nunca hemos hablado seriamente del tema— cuando me fui del hogar familiar y crucé un océano.

Cogió una copa de las que acercó el camarero, me la puso en la mano y luego cogió otra para sí misma. Entrechocamos las copas y ella volvió la cabeza para mirar hacia el parque y el desfile como si quisiera cegarse frente a mi pérdida de credibilidad para ella, o, tal vez, como si, no creyendo en mí como el hombre que pensaba que conocía, ya no pudiera soportar mirarme, o ni siquiera, cuando lo hacía, viera ante sí a un hombre que se parecía al padre que ella imaginaba que era su padre, y por eso no podía evitar apartar la mirada, desviar los ojos para proteger una visión interior de la persona que creía conocer, del hombre que yo había sido, cuando todavía era joven y ocupaba un territorio de cordura tan inmenso que yo ni siquiera concebía que tuviera límites alcanzables.

Lamenté lo que había dicho porque era patente lo mucho que se alegraba Meredith de celebrar esta fiesta, de ser capaz de ejercer sus funciones de anfitriona de un salón atestado de gente bien vestida, guapa y rica, a la cual ni yo ni su madre podríamos haberle dado acceso. Con eso no quiero insinuar que Meredith sea una trepa social, es una de las personas que tiene mejor plantados los pies en el suelo de cuantas conozco, y aun así, sé y valoro que, debido a la naturaleza de su profesión, que le da acceso a unos medios económicos enormes, explote el potencial para cierto grado de éxito que, de otro modo, le habría resultado esquivo por no decir permanentemente inalcanzable. Peter pagó el espacio para su galería y el coste de sus comienzos, y Peter hizo las pertinentes presentaciones a los compradores, pero es el ojo, el gusto y la perspicacia empresarial de Meredith la que ha convertido su galería en una de las principales, de eso no me cabe duda. Como la cena del sábado por la noche, la fiesta matinal de Acción de Gracias tenía tanto de negocios como de vida privada social. Viendo a mi hija intentando recuperar la alegría de la celebración tras mi inoportuna intervención, se me ocurrió que era una frontera muy fina y porosa la

que separaba lo privado y lo profesional en el mundo que compartía con Peter. Administraban su casa como un espacio comercial, como el lugar para la puesta en escena de relaciones y actos que se desarrollan en aras de sus intereses profesionales. Me resultaba una noción tan ajena como si hicieran lo contrario, mantener su hogar exclusivamente como un espacio para sí mismos, sin permitir entrar a nadie, salvo a otros miembros de sus respectivas familias. La sociabilidad normal era la norma del hogar que yo había creado con Susan. Y eso había sido así en los hogares en los que nos habíamos criado tanto ella como yo, por distintos que fueran. Se invitaba a amigos a cenas y comidas, la familia venía en las fiestas, pero las relaciones de negocios siempre eran una rareza, tal vez porque nuestros padres, aunque profesionales, no ocupaban peldaños muy altos en la escalera empresarial, ninguno de ellos era un luchador, ni se sentían muy inclinados a trabajar mucho para ascender, creyendo que bastaba con ser sólido y fiable, no dar la impresión a sus jefes o a sus superiores de que tenían ideas por encima del cargo que ocupaban, así que cuando invitaban a colegas, al menos en el hogar de mi infancia, eran los iguales de mi padre, y sus reuniones tenían más de amigables que de tentativa calculada de afianzar una posición profesional.

—¿Qué quieres decir con eso de que os habéis encontrado?

Meredith bebía su champán demasiado rápido y supe que me arriesgaba a fastidiarle el día si le contaba nada de lo que estaba imaginando que podría ser cierto sobre el señor Ramsey. Así que di un sorbo a mi copa y observé al joven deambulando cerca de la azotea, sin hablar con nadie, pero con aspecto de estar cautivado por el espectáculo que pasaba por abajo, en la calle, como si estuviera pasmado, un niño maravillándose ante el mundo y los gigantescos globos con formas de criaturas que flotaban justo bajo la ventana y se inclinaban marcadamente hasta casi doblarse debido al viento de ese día, mirando con atención, como si nunca hubiera visto nada por el estilo, aunque todo americano vivo en las últimas décadas, a no ser que haya vivido aislado y sin acceso a los medios de comunicación, ha crecido acostumbrado al espectáculo surrealista de globos gigantes de dibujos animados flotando por Central Park West en celebración de esa fiesta de todo el país.

Viviendo en Oxford todos aquellos años, descubrí que Acción de Gracias me producía sentimientos muy intensos de nostalgia y añoranza del hogar, empeorados por el hecho que el cuarto jueves de cada noviembre por lo general me pasaba todo el día impartiendo clase, y al menos uno de mis estudiantes era americano y los dos nos mirábamos reconociendo que nos sentíamos fuera de lugar y se establecía una tensa solidaridad a causa de la celebración que ambos echábamos de menos, o, si no había más americanos, algún considerado estudiante británico solía desearme un feliz día de Acción de Gracias al final de la tutoría y me preguntaba si iría a cenar fuera. A veces dedicaba parte de mis lecciones de ese día a los orígenes de la celebración. Acción de Gracias, del que se tiene constancia en inglés por primera vez en 1533, en una cita de Tyndale, leía de mi *OED*: *thankes giuying*, y luego, dos años más tarde,

en una traducción de la Biblia *thankesgeuyng*. El *Libro de Oración Común*, 1552, y más adelante el término lo utilizó Shakespeare, *Trabajos de amor perdidos*, 1598, antes de que los peregrinos tuvieran el suyo en 1621. Lincoln lo convirtió en fiesta de ámbito nacional. Un par de *colleges*, aunque no el mío, se tomaban la molestia de atender a los nostálgicos anhelos de sus miembros americanos y servir un sucedáneo de cena con pavo. Asistí a esos banquetes media docena de ocasiones, pero siempre me pareció que en lugar de mitigar mi nostalgia, la agudizaban. Rodeado de tantos británicos (a muchos de los cuales todo el asunto no dejaba de parecerles un tanto ridículo, y se burlaban de cualquier tradición, festividad o forma de hablar que hubiera aparecido en este continente), me proponía renunciar a asistir a esas reuniones en el futuro y declinar invitaciones similares al año siguiente, solo para descubrir que la experiencia de estar solo en Inglaterra y pasar el día sin ningún reconocimiento de la festividad era todavía peor que una celebración imperfecta. En cierto sentido, no podía haber nada más típico de Acción de Gracias que un día decepcionante, o solo de una alegría parcial, una fiesta en la que alguien del grupo te saca de tus casillas con sus chistes insultantes y su comportamiento ofensivo, pero cuya compañía estás obligado a tolerar por mor de la paz general, o porque es el nuevo novio de tu hermana o el marido de tu hija o, como en Oxford, tu colega superior que ejerce un tipo diferente de poder sobre tu vida. Después de todo, se trataba de una festividad oficializada en una época de guerra civil, una ocasión digna que tenía que ver, tal vez en su impulso filosófico más amplio, con acercar a bandos enfrentados en un conflicto doméstico y dejar que mantuvieran un alto el fuego el tiempo necesario para cortar el pan y desmembrar, parte por parte, a un ave muerta, una tradición festiva justificada en agradecer que hubieran salido adelante las primeras tentativas colonizadoras de los recién llegados.

Este era mi primer día de Acción de Gracias en Estados Unidos, y una parte de mí habría preferido pasarlo solo con la familia, llevar a Meredith y a Peter a casa de mi madre, o incluso ir a la casa de los padres de Peter en East Hampton (a ellos, como a mi madre, se les esperaba más tarde ese día), en lugar de sentirme como un gruñón y un paranoico en un salón lleno de gente tan interesada en relacionarse con contactos comerciales potenciales como en ver el desfile callejero y disfrutar del champán y los rollitos de canela que circulaban por la casa como si hubiera una reserva inacabable de ambos. No quería vivir en un mundo de caprichosa abundancia económica, de abundancia afirmada en una creencia de que nada podía agotarse siempre que hubiera alguien con el deseo suficiente. Mis propios padres, hijos de la Gran Depresión, se criaron con una percepción de la escasez de los bienes que los convirtió en frugales y prácticos, a veces tanto que me sacaban de quicio, pero también sabían disfrutar de lo bueno, y apreciaban los grandes y pequeños regalos de la vida con un placer genuino. Contemplando el salón de Meredith y Peter, se veía, sin duda, una sensación de placer, pero de una clase que surgía de las expectativas de que esos lujos siempre estaban al alcance. Y ahí estaba Michael Ramsey, sirviéndose más comida y bebida,

charlando con Peter, riéndose ambos como si fueran viejos amigos, íntimos amigos, aunque la mayoría de esta gente ya se había acelerado y todos los que se encontraban eran potencialmente un viejo amigo, alguien que habrían conocido desde siempre si hubieran tenido la ocasión, siempre, claro, que la persona mereciera ser conocida o pudiera ofrecer algo a cambio de la amistad.

Estaba a punto de explicarle a mi hija porque me sentía tan paranoico cuando llegó Susan. Meredith se acercó a saludar a su madre y vi en el leve temblor de la mano de mi hija lo nerviosa que la ponía que sus padres se vieran por primera vez desde la boda, aunque nuestro divorcio había sido en buena medida amistoso. En la propia boda nos habíamos mostrado —o eso quería creer por entonces— bastante cercanos, como si mi exmujer y yo imagináramos que una reconciliación más seria pudiera ser posible, y que algún día incluso nos planteáramos volver a estar juntos. Tuve que recordarme que yo había acudido allí más por Meredith que por cualquier otro, que el mundo no giraba a mi alrededor, y que a los veinticinco todavía puedes sentir que eres el centro del mundo y que todos los actos y relaciones en tu vida tienen en última instancia que ver contigo. Meredith quería que yo estuviera allí, de eso estoy seguro, para apoyarla ante su madre, así que me aferré a mi hija en la creencia parcial de que la estaba apoyando con mi presencia, aunque sabía, viéndolo desde más distancia, que no podría soportar moverme por allí solo, arriesgarme a pasar otro momento a solas con el extraño señor Ramsey. Entonces, en una de esas carambolas de las reuniones sociales, me vi apartado de Meredith y situado al lado de Susan, que apenas ha envejecido en los años transcurridos desde nuestra ruptura, que me miraba directamente a los ojos como si acabara de cumplir los cuarenta.

—¿Dónde está tu encantadora madre, Jeremy?

—Han mandado un coche a recogerla en Rhinebeck. No llegará hasta después de mediodía.

—Qué pena. Se perderá los globos de animales.

—Ya sabes que mi madre detesta los desfiles.

—¿Sigue cultivando su misantropía?

—Con tanto esmero como sus violetas africanas.

—Sería mucho más feliz si quisiera que la gente le cayera bien.

—Tú siempre le caíste bien.

—Pero yo me porté como una cabrona con ella.

—Ella pensaba que eso significaba que la respetabas.

—Ya sabes que siempre he sido muy mezquina con la gente que me daba miedo.

Mientras nos sonreíamos, sentí durante un instante que la década anterior no había existido y que cuando saliéramos de la fiesta nos iríamos a casa, al mismo apartamento en la planta alta de una casa de piedra arenisca remodelada en la calle Setenta y cinco y cuando me acostara esa noche, lleno y saciado, me iría a la cama con Susan, y no habría nada raro en eso, ninguna reanudación de lo que había existido en el pasado, sino una continuación de lo que siempre había sido, como si la

década que había vivido en Oxford fuera tan solo una pasajera sucesión de alucinaciones, una visión amontonada sobre otra, desplegándose todas en el curso de una única noche neoyorquina.

Sin embargo, sabía que Susan se sentía bien con su vida tal como era y no tenía la menor intención de volver conmigo. Puede que estuviera paranoico, pero no me hacía falsas ilusiones. Ella bebía una taza de café y me fijé en sus labios frunciéndose para absorber el líquido caliente, cuidando que no goteara, y una pequeña mancha de lápiz de labios cobrizo se quedó en la porcelana blanca como si la taza fuera una piel blanda e impresionable. Dejó de recorrer el salón con la mirada y nos miramos el uno al otro como no nos habíamos mirado desde hacía más de quince años, desde que, durante los últimos meses de nuestra vida en común, ella apartaba la mirada cada vez que yo la miraba demasiado fijamente, como si temiera mi examen, o como si la experiencia de que la observara su marido le resultara dolorosa en lugar de agradable. Sin embargo, ahora, sonreía y reaccionaba con calidez, bajo mi mirada y fue esa respuesta, su evidente comodidad en mi compañía, lo que permitió que mi mente vagara y se imaginara cómo sería vivir con ella de nuevo, hacer nuestras vidas mucho menos complicadas de lo que lo habían sido desde mi partida.

—Me alegro de que hayas vuelto, Jeremy.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, me alegro de que estés aquí. Te hemos echado de menos. —Me dio un puñetazo en el brazo como siempre había hecho, con más fuerza de la que ella creía, y el leve dolor del impacto me resultó tan familiar y bienvenido como su cara que no envejecía. Esta, pensé, es una persona en la que puedo confiar, sin importar el tiempo que pase, siempre podré recurrir a ella, aunque ya no vivamos juntos, ella escuchará mis miedos y alucinaciones y paranoias y sabrá exactamente qué decir para calmarme gracias a los muchos años que hemos pasado juntos y las muchas horas dedicadas a aprender los hábitos mentales del otro, de manera que ahora se necesita decir muy poco para reencontrar el camino de vuelta al territorio que compartíamos y que —me pareció entonces, en el apartamento de nuestra hija—empezaba a ampliar de nuevo los límites de mi cordura, a hacer que la frontera retrocediese a una distancia remota y casi inalcanzable, porque Susan me ha dado la impresión siempre, desde que nos conocimos como estudiantes en Princeton, de contarse entre las personas más cuerdas que conozco, pese a su decisión de poner fin a nuestro matrimonio, que por entonces me pareció un acto de locura o, como mínimo, un arrebato de violencia apasionada. Hasta el momento en que empezó a desviar la mirada cada vez que yo ponía los ojos en ella, yo había estado convencido de que compartíamos una vida perfecta porque no nos ocultábamos casi nada, o porque creía, equivocadamente como se comprobó, que ella sabía todo lo que importaba sobre mí y que yo sabía otro tanto sobre ella.

—¿Estás con alguien ahora? —pregunté.

—No, ahora no. No desde antes de la boda. Ya me conoces.

—Selectiva.



—Muy selectiva. —Sacudió la cabeza y bajó la mirada a la taza de porcelana con el borde manchado de pintalabios, removi6 los posos y se acab6 el caf6—. ¿Y tú? ¿Has encontrado a alguien?

—Ahora no, ya no.

—Pero ¿lo hubo?

—En Oxford. Algunas aventuras, y una que dur6 m6s. M6s seria.

—Pero acab6.

—S6, eso creo, aunque todav6a puede haber una reca6da, o algo as6, no s6. Preferir6a no...

—Lo siento. Debe de haber sido...

—No es culpa tuya. No era nada.

—Eso parece una mentira.

—S6, lo es. Fue algo importante. Y yo fui estúpido.

—Dios, s6 que sueñas brit6nico...

—No me digas eso. No he cambiado, no en lo esencial.

—Pobre Jer.

—Por favor, Susan, nada de compasi6n.

—¿Qu6 te pasa? Pareces...

—Yo... —En ese momento estuve a punto de contarle a Susan lo que hab6a pasado los d6as anteriores, creyendo que ella pod6a aportar alguna idea al respecto, o al menos podr6a compartir mi preocupaci6n, pero entonces vi a Michael Ramsey acerc6ndose por el sal6n y sent6 que no pod6a decir nada mientras estuvi6ramos tan cerca de 6l. Llevaba una camisa blanca de botones y un su6ter negro, de forma que por detr6s podr6a habersele tomado por un sacerdote peculiarmente moderno—. ¿Conoces a ese hombre? —le pregunt6 a Susan en voz baja, haciendo un gesto con la cabeza hacia Ramsey, con la esperanza de que me ofreciera el tranquilizador comentario de que no era m6s que un gilipollas inofensivo amigo de Peter, otro jovencito de fraternidad universitaria que viv6a de los fideicomisos familiares, con demasiado tiempo libre, pero sin nada raro. Pero ella se limit6 a negar con la cabeza y frunci6 el ce6o como si la mera visi6n del se6or Ramsey dejara mal sabor de boca.

—Lo he visto, pero la verdad es que no conozco a nadie de aqu6, salvo a Peter, Meredith y a ti. Me parece reconocer a algunos de la boda, pero nadie mostr6 demasiado inter6s por m6 entonces, y no creo que les interese hoy tampoco.

—¿As6 que no sabes qui6n es?

Neg6 con la cabeza.

—¿Qui6n es?

—Un amigo de Peter. Me lo he encontrado dos veces estos 6ltimos d6as, el s6bado, en el Village, y luego de camino hacia aqu6. Supongo que toparme con 6l viniendo al apartamento no es lo mismo, pero me pareci6 una extra6a coincidencia.

—¿Qu6 quieres decir, que te segu6a?

—¿Te suena descabellado?

Susan se encogió de hombros. Habría preferido que no se encogiera de hombros sino que me hubiera dicho que era algo totalmente descabellado tener esas paranoias sobre el amigo de nuestro yerno, o que al menos hubiese sido más despectiva, menos ambigua, menos dispuesta a dar pábulo a la posible cordura de mi paranoia. Es horrible imaginar que lo que parecen ilusiones paranoicas podrían ser reales, que sospechar que te siguen, monitorizan y manipulan es, de hecho, la máxima expresión de lucidez, tal vez incluso la definición misma de cordura en el mundo de hoy. Lo que es descabellado es imaginar que vivimos vidas privadas, o que todavía siga siendo siquiera posible una vida privada, y esto no solo es cierto para aquellos de nosotros que vivimos nuestra condena en el mundo desarrollado, sino para todos en todas partes, salvo, quizá, para quienes se ocultan en el subsuelo, porque los satélites que hemos lanzado al espacio y los aviones, tripulados o no, que patrullan el aire sobre la tierra, nos observan desde las alturas, obteniendo imágenes delicadamente detalladas de todas nuestras vidas, vigilándonos, o tal vez podría decirse que simplemente nos vigilamos a nosotros mismos o al menos los gobiernos que permitimos que permanezcan en el poder nos vigilan en nuestro nombre, así como las empresas que lo hacen solo en su propio interés, incluso aunque reiteren que lo hacen como un servicio público que afirman proveer, y que utilizamos, a menudo gratuitamente, sin pagar nada por ver las imágenes de satélite de los patios traseros y las azoteas de nuestros vecinos o las vistas desde la calle de sus fachadas con sus puertas y ventanas, intercambiando este libre acceso a todo el conocimiento del mundo por el registro que hacen esas empresas de nuestros hábitos y actividades, convirtiéndonos en susceptibles no solo de la recolección de estos datos y su potencial monetización, es decir, su venta a otras entidades que recolectan sus propios datos sobre nosotros, sino también de que nos bombardeen con publicidad que, por más que luchemos contra ella, inserta sus mensajes en lo más profundo de nuestros pensamientos, influyéndonos de una forma u otra, así que, aunque insista en que no soy receptivo a la publicidad de establecimientos de comida rápida donde no he puesto el pie desde que era adolescente, sin embargo, y pese al hecho de que ya no como carne, miro esas hamburguesas y *tengo que* resistirme al deseo que esas imágenes generan.

—No creo que casi nada suene demasiado descabellado a estas alturas —dijo Susan suspirando y pasando del café al champán—. Pero no se me ocurre qué razón podría tener un amigo de Peter para seguirte, a no ser que de hecho trabaje para él, y Peter te esté controlando en nombre de Meredith a través de este intermediario, sea quien sea, pero eso parece una explicación demasiado fantasiosa, ¿no?

—O la explicación de alguien que fantasea.

—Tú lo has dicho, cariño, no yo.

Me dio una palmada en el brazo y me miró con tal comprensión, con una expresión que no había visto desde que nuestro matrimonio empezó a deshacerse, que sentí que se me humedecían los ojos y se me hacía un nudo en la garganta. El alivio

de contar con esa sintonía, por poco que nos dijéramos, me permitió creer que las cosas tal vez no habrían cambiado tanto, o que el reloj había dado marcha atrás y nos encontrábamos hace quince años y estábamos dando tumbos pero veíamos cómo nuestra relación se desviaba del mapa y teníamos que corregir el rumbo y mantenerla dentro de los límites conocidos, porque el territorio desconocido de una relación es potencialmente un lugar de grave riesgo existencial. Abandonar el territorio cartografiado entre los dos puede llevar tanto a los tipos de aventuras que revitalizarán una relación moribunda como, todo lo contrario, empujar a una floreciente y más o menos feliz pareja a un lugar sembrado de peligros del que es imposible escapar, un lodazal de infelicidad, una ciénaga, un páramo de arenas movedizas y barro. No tenía la menor idea de las relaciones que Susan habría mantenido desde el final de nuestro matrimonio, del mismo modo que ella no había estado al tanto de los detalles de mis aventuras, las que tuve, y dado que nunca le había contado gran cosa a Meredith, que al principio era demasiado pequeña para hablarle de asuntos que solo la desconcertarían y más tarde porque esperaba a ver si la relación arraigaba e iba a ser lo bastante permanente para hacerla pública, para que formara parte de la vida de mi hija, ella ni siquiera había conocido los nombres de las pocas mujeres con las que yo había compartido cama en Oxford y por eso estaba bastante seguro de que Susan tampoco los conocía, ni podría imaginar, seguramente, que soy capaz de contar esas relaciones extranjeras con los dedos de las dos manos y todavía me sobrarían dedos.

La vida que llevé en Oxford fue, durante la mayor parte del tiempo que pasé allí, aislada, una existencia de soltero en un mundo rodeado de muchos otros solteros (de ambos sexos), aunque había ocasionales relaciones de una noche, nada que durara más que unas horas o días antes de que quedara claro para ambas partes que se trataba o bien de una completa insensatez por las complicaciones profesionales (a menudo eran colegas, como Bethan) o porque esas mujeres tenían maridos, amigos, novios o amantes. Cada una de ellas utilizaba palabras distintas para describir a los hombres en cuyo territorio yo me estaba inmiscuyendo, aunque ellas habrían rechazado mi descripción de la situación en esos términos, no queriendo ser consideradas como el territorio o la propiedad de nadie más que de ellas mismas, y aunque yo respeto tal postura también comprendo la actitud de los hombres cuyas mujeres les engañaban conmigo, hombres que habrían creído que tenían cierto derecho al menos a la fidelidad de esas mujeres, aunque posiblemente no sobre ellas mismas, por más que la distinción sea a veces bastante jesuítica, la especie de sofistería que aprendí a valorar en lo que empecé a tomar como el intelecto de Oxford, el razonamiento de infinita sutileza que muy a menudo podía forzar la lógica hasta el egoísmo o, con muy poca nobleza más, hasta la autodefensa.

Hubo un par de ocasiones, tal vez más, en que mi implicación con estas por lo demás comprometidas mujeres de Oxford se volvió bastante dolorosa para mí, para ellas y para sus maridos o amigos. No es que me sintiera impotente ante mi propio

deseo, aunque uno de los maridos en concreto se creyera obligado a intervenir porque su mujer amenazaba con dejarle por mí, pese a que ella no me había preguntado nunca si yo estaba interesado en una relación permanente. El pobre hombre se presentó, con el sombrero en la mano, bastante atribulado, ante mi puerta en Divinity Road, y me rogó que rompiera la relación tras no haber podido convencer a su mujer de que lo hiciera ella. Le hice pasar a casa y nos sentamos en el salón donde le serví una copa. Distanto mucho de mostrarse agresivo o a la defensiva, ese hombre, Bryan, un medievalista que se mordía las uñas, casi se echó a llorar, y me contó que su esposa, Anne, una de mis colegas de Historia, le amenazaba con coger a los niños e irse a vivir conmigo. No podía imaginarme nada peor que tener que compartir mi vida con los hijos y la mujer de Bryan y las espantosas complicaciones de una situación como esa, así que rápidamente cogí el teléfono y le dije a Anne que lo nuestro tenía que acabar. Ella quedó tan desolada que el presidente del consejo de la facultad me pidió que intentara controlarme, de un modo que insinuaba que yo era culpable, cuando en realidad había sido Anne la que había dado el primer paso, tras una celebración en su propio *college*, a la que asistí, por casualidad, invitado por otro de sus colegas. Tras oscurecer en una de esas extraordinarias noches primaverales de Oxford cuando el verano parece transpirar ya sus aires cálidos por los ríos y la hierba muy crecida del Christ Church Meadow, Anne y yo nos quedamos solos en el Fellow's Garden del *college*, o al menos yo sentía que estábamos solos en la oscuridad, en un rincón, hablando de Foucault o al menos manteniendo el tipo de inane conversación filosófica que alimenta un vino excelente, un oporto incomparable y el romance de los años de declive apenas impedido por el dinero que rodea y anima esos encuentros, cuando ella alargó una mano en la oscuridad y la apoyó en el lado izquierdo de mi pecho, apretando para percibir el latido del corazón por debajo de la ropa, la piel y las costillas. Durante un instante creí que había apoyado la mano intentando no perder el equilibrio, porque me había dado la impresión de que se tambaleaba, pero entonces se inclinó y, como era más alta que yo y, sospecho, también un poco más fuerte, me empujó hacia un muro de piedra arenisca y con sus labios y lengua hizo palanca para abrirme la boca. Ni se me habría pasado por la cabeza que nuestro precipitado lío en aquel jardín, o los polvos posteriores en sus alojamientos en el *college*, o el fin de semana que pasó en mi casa cuando Bryan se había llevado a los niños a casa de sus padres en Stoney Middleton, la llevaría a desarrollar una fantasía sobre una nueva vida conmigo.

Anne y Bryan —fastidiosos como fueron, además de una lección para no liarme nunca con colegas— no podían haber sido la razón por la que nadie quisiera prestar tanta atención a mi vida, ni tampoco el romance frustrado con Bethan durante mi primer año en Oxford, ni, esperaba, mis discusiones enteramente profesionales con estudiantes como Jayanti, que amenazó con suicidarse y causó problemas sin motivo alguno y que nunca fue, eso creo ahora, seria en sus amenazas, realizadas tan solo para aterrorizarme. No, tenía la certidumbre —y sigo convencido incluso ahora,

mientras escribo estas páginas, dirigidas a mis herederos, tal vez, si tienen la ocasión de leerlas, o tal vez sacadas a la luz algún día en mi defensa ante un tribunal público o clandestino— de que ninguna de esas personas era el motivo de la intensa vigilancia de mis actividades totalmente inocentes.

Sé que la razón, o al menos lo sospecho, o tengo una sombra de sospecha, tan fugaz como la cara que sigo viendo en la disposición del texto en una página, entre los velos oscuros de los últimos momentos de inconsciencia antes de despertar cada mañana. Aquella mañana de Acción de Gracias, hablando con Susan, observando a Michael Ramsey y recordando mis años en Oxford, tendría que haber empezado a darme cuenta de que no se trataba de algo concreto que yo hubiera hecho, ni de una actividad única o una palabra aislada, ni siquiera de mi salida de casa para vivir en otro país, ni de mi elección de amigos y amantes, sino del despliegue envolvente del conjunto de todos esos elementos para crear una especie de destino.

—Y entonces me llevaron a una diminuta sala y estuve allí sentado durante siglos — estaba diciendo el hombre. Era uno de los conocidos de Peter, un abogado sudafricano de Johannesburgo—. Con los americanos sabes dónde estás. Al cabo de tres minutos, la mujer de la embajada estadounidense sonrió y me dijo: «Muy bien, gracias, encanto, ya está», y me dieron la visa. Los británicos te hacen esperar y que empieces a dudar. Te formulan un millón de preguntas, como si quisieran pillarte en falso, y luego, al final, de la entrevista, el malicioso hombrecito dijo: «Ahora mire a la cámara del rincón de la sala». Era un aparato minúsculo, ni siquiera había notado su presencia hasta que él lo mencionó. Miré a la cámara y el hombre dijo: «Ahora, por favor, diga con voz clara: “Me llamo Mark Wald”». Era el primer indicio que tuve de que mi entrevista para la visa estaba siendo grabada, pero supongo que no debería haberme sorprendido. Lo que no entiendo es por qué me pidieron que hiciera eso, lo de mirar a la cámara y pronunciar mi nombre.

Un hombre en un grupo contigo, que le daba la espalda al señor Wald mientras este contaba su historia, se dio la vuelta de repente. Era Michael Ramsey.

—Reconocimiento facial —dijo.

—¿Perdón? —dijo el señor Wald, que pareció molesto.

—Lo hacen para el reconocimiento facial. Ahora usted está en el archivo. Podría ir caminando por la calle en el centro de Londres y algún técnico o agente de la ley estará sentado ante una terminal y tal vez haga un *zoom* para verle más de cerca y el ordenador puede saber instantáneamente que es Mark Wald, tiene la visa tal o cual, entró en el país tal o cual fecha, es hijo de X e Y, está especializado en lo que quiera que sea a lo que se dedique, etcétera.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Soy un conspiranoico —dijo Ramsey sonriendo con suficiencia.

—Bueno, pues eso aterriza a cualquiera. —El señor Wald aceptó otra copa de champán—. Pero la historia no acaba ahí. Voy en el avión hacia Nueva York desde Heathrow, después de acabar las reuniones en Londres. Voy en clase preferente, y cuando embarcamos se sienta a mi lado un hombre, de aproximadamente mi edad, que está perdiendo pelo, y supe, antes incluso de que abriera la boca, que era americano.

Unas carcajadas sinceras recorrieron el grupo mientras el señor Wald continuaba.

—El caso es que nos saludamos cortésmente mientras nos acomodamos. Hola, buenas noches, y todo eso. Yo acepto una copa de vino espumoso del asistente de vuelo, pero mi amigo americano opta por el zumo de naranja. Muy bien, pienso, es un friki saludable. Está en muy buena forma, muy delgado, como si fuera todos los días al gimnasio o corriera cincuenta kilómetros a la semana. No como yo. —Más risas—. El avión despega y cuando nos sirven la comida, él entabla conversación, y desde el principio se dirige a mí por mi nombre, «Señor Wald». Yo pienso, muy bien, ha debido de ver mi billete, o la etiqueta de mi maletín o algo así, pero al poco queda claro que sabe quién soy, a qué me dedico, dónde vivo, quién es mi esposa, cuántos hijos tengo, incluso quiénes son mis padres. Ese hombre está sentado a mi lado por alguna razón. Todo ha estado organizado de antemano. Me pregunta sobre la situación en Sudáfrica, qué opino del gobierno y del presidente, y yo me siento cada vez más incómodo, aunque mis respuestas son casi con toda seguridad las que él quiere escuchar. No me gusta este gobierno, el presidente es un corrupto, el país corre el peligro de deslizarse hacia el caos. A esas alturas llevamos hablando una hora aproximadamente. Han recogido la comida, él ha dejado que la conversación decayera un poco, y entonces atenúan las luces de cabina y la gente a nuestro alrededor se ensimisma viendo películas o en sus cosas, y cuando está seguro de que nadie nos escucha, se inclina hacia mí y dice, con menos palabras, que al gobierno de Estados Unidos le gustaría que espicara al gobierno sudafricano para él, «en el mayor interés de todos», y que es mi deber, en cuanto ciudadano del mundo libre, aceptar la propuesta.

Los que escuchaban parecieron sorprendidos, algunos se rieron, otros asintieron con gestos que delataban que sentían un renovado respeto por este señor Wald o que lo que acababa de revelar confirmaba sus sospechas sobre las actividades del gobierno americano, mientras otros se removían, comprobaban sus móviles y se alejaban, disculpándose.

—¿Y qué le dijo? —preguntó Michael Ramsey.

—Le dije que me halagaba, pero que no, que era algo que no podía hacer por motivos de conciencia mientras siguiera ejerciendo la abogacía.

—¿Por qué no?

—¿Cómo iba a poder presentarme ante el Tribunal Constitucional y defender un caso sabedor que también estaría informando sobre la gente que me rodeaba, sobre mis colegas abogados y jueces? Eso iría contra mi concepto de democracia.

—La democracia se desmoronaría sin espías. Tendría que haber aceptado —dijo Michael Ramsey con un tono que distaba de ser amistoso.

En ese momento, Meredith tiró de mí para que hablara con la hija de un amigo que había solicitado la admisión temprana en la NYU. Y así pasó mi mañana de Acción de Gracias, captando y perdiendo fragmentos aleatorios de conversaciones, observando ir y venir a la gente, y luego, cuando me acordé de buscarlo de nuevo,

descubrí que Michael Ramsey ya se había marchado. Que le vaya bien, pensé, y agradecí infinitamente que no se quedara a la comida.

Llegó mi madre, y los padres de Peter, varios tíos, tías y primos por parte de su familia. Comimos a media tarde, aunque la verdad era que nunca habíamos dejado de comer. Se rieron mucho de que yo no tuviera un *smartphone*; incluso mi madre tiene uno, un regalo que se hizo a sí misma.

—Son muy intuitivos —dijo—. Hago de todo con él.

Le pregunté si se daba cuenta de que todo lo que hace con su móvil queda grabado en alguna parte, almacenado en una base de datos, tal vez en varias.

—¿Y a quién le importa? Soy una anciana, no tengo nada que ocultar, no infrinjo ninguna ley, solo hablo con mis amigos y mando *emails* y veo vídeos graciosos de animales. ¿Por qué iba la CIA o la NSA o quienquiera que sea a tener el menor interés por nada de eso?

—La verdad es que no podemos hacernos la menor idea de qué puede despertar su interés.

—¡No seas tan paranoico, Jeremy! Este es todavía un país libre. Tenemos garantías procesales, la Carta de Derechos y la mejor democracia del mundo. ¿Por qué tendría que preocuparse un ciudadano que respeta las leyes? Y, aunque nos vigilen, lo hacen por nuestra protección. Francamente, yo estoy totalmente a favor.

Quería inclinarme hacia ella y susurrarle al oído: «No tienes ni idea de lo que estás diciendo, no puedes imaginarte lo rápidamente que puedes verte afectada por, sin ir más lejos, mis propias actividades, cómo este nuevo régimen de recolección de datos no parte de la inocencia sino que da por supuesta la culpabilidad por asociación algorítmica. ¿Cuánto sabes en realidad de la gente que tú consideras amigos? Hemos reconstruido el paisaje social sin comprender las ramificaciones de esta remodelación».

Pero, por descontado, no dije nada, y esboqué lo que un amigo inglés de Oxford denominó mi «sonrisa de comemierda», y acepté otro poco de puré de patatas.

Los padres de Peter se quedaban durante el fin de semana así que acordamos que yo llevaría a mi madre de vuelta a las afueras el viernes por la mañana, lo que significaba que pasaría la noche conmigo. No suponía mucha molestia dado que nos llevamos bien pese a sus esporádicas salidas de tono, y de hecho cuando compré mi casa en las afueras de Rhinebeck este mismo año supe que sería agradable irme a vivir bastante cerca de mi madre para poder verla con facilidad sin tener que quedarme bajo el mismo techo. Algunos padres e hijos se adaptan a sus mutuas edades maduras y encuentran formas de convivir, o de pasar largos periodos de tiempo en sus hogares respectivos, y eso tiene tanto que ver con que los hijos aprendan a no comportarse como hijos como con que los padres aprendan a no tratar a sus hijos como hijos que necesitan corrección y consejo constantes, es decir que ambas partes tienen que aprender a respetarse y aceptar el hecho de la madurez mutua, al menos hasta que los padres, si se da el caso, empiecen ese espantoso



descenso a su segunda infancia, durante el que ellos pueden desear, de manera muy sincera, que sus hijos se conviertan en sus padres, como compensación de la relación anterior de cuidado, protección y educación.

Mi madre y yo hemos llegado a la etapa en que puedo acogerla alegremente en casa durante unas noches o quedarme en la suya por un periodo similar, pero si se alarga más corremos el riesgo de acabar asesinandonos porque mi madre nunca se ha creído del todo que yo haya madurado, y, aunque le alegró aceptar un servicio de coche de su nieta para el viaje a la ciudad, es una mujer tremendamente independiente todavía a los ochenta y tres años y notablemente intacta tanto física como mentalmente, tanto que todavía no me he enfrentado a la perspectiva de asumir una gran responsabilidad en su cuidado.

Ahora me pregunto, si llega esa fase, ¿tendré la libertad para asumir la carga o esta recaerá sobre mi hija? Lo más probable, pienso, ahora más que nunca, mientras me duelen los dedos por el esfuerzo que me requiere esta redacción al desplazar la pluma sobre la hoja de papel, es que Meredith asumirá la carga de todos nosotros, sus padres y su abuela, las decisiones que hemos tomado a lo largo de nuestras vidas, nuestras pifias, pidiéndonos cuentas a todos a la vez.

—Tienes buen aspecto, Jeremy —dijo mi madre después de la cena y de pasar por varios rincones del salón para tomar el café y los *digestifs*—. Parece que has adelgazado.

—Mi peso no es tema de discusión.

—¡Era un cumplido!

—Con doble intención, mamá. Es un cumplido que implica que la persona que lo recibe estuvo gorda y ahora ha mejorado algo.

—¡No seas tan estirado!

—No es de buena educación hablar del peso de los demás.

—Pero tú siempre has tenido un problema de peso, Jeremy, así que creí que te hacía un cumplido. Pareces más delgado.

—No siempre he tenido un problema de peso.

—Bueno, mientras estabas en Inglaterra no parabas de engordar y adelgazar. Por toda esa cerveza, supongo, y el pescado con patatas fritas.

—Comí pescado y patatas fritas una vez en una década y seguramente bebía una pinta de cerveza al año, como mucho.

—No tienes que estar tan a la defensiva. ¿Por qué te pones así con tu propia madre? ¿Es que ya no puede una ni hablar de la salud de su hijo?

Y así siguió la conversación, dando vueltas al mismo malentendido, o cambiando el sentido del comentario ofensivo que había hecho mi madre. Nuestras conversaciones solían ser de ese tenor porque, a medida que se ha ido haciendo mayor ha perdido, como un niño, su filtro de contención, dice lo primero que se le

ocurre sin tener en cuenta los sentimientos de los que la rodean, y aun así, igual que un niño, se ofende tan rápido si es ella la criticada que no tardamos nada en lamentar el pasar mucho tiempo a solas con ella. Existía una alta probabilidad de que pronto, cualquier día, dijera algo ofensivo por teléfono —por ejemplo, amenazara la vida de un político sin pensárselo dos veces— o escribiera algo por el estilo en un *email*, que llamaría la atención de quienquiera que estuviera escuchando y grabando. ¿Que esto último son imaginaciones mías? Ya no lo creo así.

Esa mañana, tras escuchar al señor Wald y la curiosa intervención de Michael Ramsey en la conversación, me había convencido de que mi paranoia no estaba fuera de lugar. Tal vez, dentro de muy poco, tanto mi madre como yo seamos detenidos, se nos exija demostrar nuestra inocencia o, peor aún, revelar lo que sabemos, que, estoy seguro, es nada. ¿Usted —quienquiera que sea que acabe leyendo esto, amigo o enemigo— obligaría a mi madre a garabatear en una sala su versión sobre mí, de lo que sabe de mi vida reciente, aunque fuera evidente que no sabía nada? ¿O es la transparencia una cualidad en la que gente como usted ya no cree? ¿Requiere que el mundo sea infinitamente gris, que cada persona potencialmente caiga en las borrosas categorías que merecen su atención, todos y cada uno de nosotros convertidos en individuos merecedores de su interés?

El día de Acción de Gracias fue, de hecho, una celebración bastante feliz, sin ninguna discusión ni conflicto serio, y la presencia de Michael Ramsey por la mañana fue la única arruga en una reunión por lo demás normal, y no me cabía duda de que yo había sido el único al que había turbado su presencia.

Antes de que nos marcháramos de casa de Peter y Meredith, mi hija hizo un aparte conmigo en la cocina y me preguntó cómo había ido mi cita con la neuróloga, la doctora Sebastian.

—No me pasa nada malo físicamente. El escáner..., bueno todavía no me han dado los resultados, pero no va a salir nada.

—Oh, bien, qué alivio. ¿Tenía alguna idea de lo que podría haber pasado? Sigue siendo muy raro.

—Me aconsejó que fuera a ver a un terapeuta o a un analista. No porque esté loco, pero pensó que era posible que me hubiera pasado algo traumático últimamente, o tal vez fuera debido a un trauma del pasado, no lo sé, y mi memoria podría haber eliminado el intercambio de mensajes con mi estudiante el sábado. El cerebro hace cosas curiosas.

Meredith frunció la nariz, casi como si hubiera bebido demasiado y tuviera que esforzarse para mantener la atención, aunque yo sabía que no era así. Ponía caras porque estaba preocupada y durante este tipo de reuniones familiares tan intensas sus emociones tienden a emerger con más fuerza de lo normal, si cabe. Sabía que prefería no echarse a llorar delante de otros, ni siquiera de su familia, y era eso lo que quería prevenir, tanto por mí como para proteger su dignidad, tal vez precisamente porque había sucedido con mucha frecuencia en el pasado, cuando llorar formaba parte de su

infancia y adolescencia —aunque me recordé que me había perdido gran parte del último periodo— tanto como reír o enfurruñarse habitualmente, pero en su vida adulta yo la había visto llorar dos o tres veces como mucho, más por frustración y preocupación que por tristeza, y no quería forzar una reacción así de nuevo, y menos el día de Acción de Gracias, cuando el festival de llanto entre padres e hijos es también un cliché tan manido como el pariente borracho que monta una escenita antes de quedarse dormido en el cuarto de invitados.

Meredith tenía una expresión a medio camino entre el asco y la desesperación, como si estuviera planteándose la posibilidad de que, en lugar de estar afectado por una enfermedad degenerativa, su padre estuviera en realidad loco, e imaginara todas las implicaciones de esta decadencia y diagnóstico alternativos, las formas en que yo repentinamente me volvería inaccesible para ella justo cuando creía que había regresado para intervenir de lleno en su vida. Uno quiere dar tranquilidad ante esa alarma paralizante y dado que yo estaba seguro de que no me pasaba nada ni física ni psicológicamente, y de que la confusión con Rachel era el resultado no de mi cabeza sino de una intromisión en mis mensajes personales, de que el verdadero problema era, en realidad, el que me vigilaran, me siguieran y jugaran conmigo personas y entidades desconocidas por el momento, alargué el brazo hacia mi hija para ofrecerle el consuelo y la tranquilidad que me pareció que necesitaba.

La abracé y le susurré entre el pelo:

—Te prometo que no estoy loco. Quiero decir que estoy loco en todos los sentidos que puede estarlo cualquiera, pero no loco-loco, o al menos no más que la mayoría. Paranoico, un poco, sí, y tal vez hasta sufra manía persecutoria, y a veces me cuesta controlar mis impulsos, pero no estoy más loco que la mayoría de la gente que ha pasado la mayor parte de su vida en Nueva York, o, ya puestos, en Oxford.

Mientras lo decía, pensé en los muchos locos que había conocido en Oxford, y en concreto en una persona que, cuanto más la recordaba, más me parecía potencialmente la causa de esta repentina y extraña turbulencia en mi vida.

—Pero ¿hablarás con alguien? Quiero decir que, bueno, no puede hacerte ningún daño, ¿no?

—Sí, cariño, hablaré con alguien, solo para que nos quedemos tranquilos.

Mi madre y yo rechazamos la invitación de Meredith y Peter para avisar un servicio de coches y cogimos un taxi que nos llevó de vuelta al Village. Durante el trayecto, mi madre empezó a adormilarse aunque eran poco más de las siete de la tarde, y se despertó sobresaltada cuando el taxi paró delante de mi edificio. El portero de servicio no era uno de los que conocía lo bastante para saber su nombre. No llevaba insignia y parecía más interesado en ver un vídeo en su móvil que en asegurarse de que no subíamos sin avisar previamente. Dado que era festivo opté por no echarle la bronca, aunque mientras esperábamos el ascensor sentí unas ganas incontenibles de decir algo, lo que hizo mi madre por mí, hablando en un aparte teatral que el portero no podía dejar de oír.

—Si fuera mi casa, me gustaría que el portero comprobara quién va y viene. En los tiempos que corren nunca se es lo bastante cauteloso, pero supongo que debe de estar *obsesionado* con el fútbol, o a lo mejor está mirando *pornografía*, ya sabes que es lo que la mayoría hace ahora.

Se abrieron las puertas del ascensor y entré sin volverme a mirar para evitar la cara del portero, pobre tipo, pobre hombre habría dicho hacía solo seis meses, tener que verse sometido al comentario implacable de mi madre nunca es plato del gusto de nadie. La acosté temprano con una copa de *whisky*, una garantía de que dormiría toda la noche, aunque yo me sentía muy despierto una vez más, y volví a pensar en la gente que había conocido en Oxford, en el hombre y la mujer que mi mente se había estado esforzando por evitar ese día y los anteriores, sabedor, sin embargo, de que ellos se encontraban, sin la menor duda, en la raíz de lo que estaba pasando, de lo que está pasando *ahora* mismo, mientras escribo este relato.

Es decir, había empezado a sospechar que Stephen, al que había intentado olvidar, y Fadia, cuyo rostro raramente abandona mi conciencia pese a que una gran parte de mi mente desee apartarlo de mi memoria, eran de algún modo la causa de las persecuciones a las que repentinamente tenía que enfrentarme. Esas son las personas que te importan, pienso, y sin más razón que porque las conocía, me permití implicarme con ellas, enredar mi vida con las suyas.

Hasta el principio de mi segundo año en Oxford no conocí a Stephen Jahn, a su regreso al *college* tras un año sabático, algo que transformó mi un tanto caótica vida social. Nuestro primer encuentro fue durante una cena en la *High Table* cuando nos sentamos enfrente, una noche poco habitual en la que solo cenábamos media docena de *fellows* en el estrado al fondo del salón del siglo XVIII mientras los estudiantes con sus galas se acomodaban como podían en los bancos junto a las grandes y largas mesas. A veces los estudiantes gateaban por encima de las mesas para llegar a los bancos más próximos a la pared, dado que era imposible, teniendo en cuenta lo largas que eran, mover las mesas para hacer espacio y que alguien pudiera ocupar un sitio hacia el extremo del banco, por lo demás atestado, y por alguna razón se había impuesto la perversa costumbre de dejar espacios vacíos y también había quienes se negaban a hacer sitio e incluso a salir y apartarse para que el sitio pudiera ocuparse sin poner los zapatos sucios encima de las mesas donde uno se disponía a comer. Pero esto era Oxford, que se regodea en el precario equilibrio entre el decoro y la iconoclasia.

Stephen era bajo, no muy distinto al padre de Bethan en ese sentido, y puede que unos cinco años mayor que yo, pero estaba totalmente calvo, y me di cuenta, pese a su traje de tres piezas gris, cuidadosamente cortado, o *confeccionado a medida*, como dicen los británicos, que estaba musculoso hasta el punto de que parecía casi un culturista, aunque sin la corpulencia de este. En otras palabras, era bajo y fibroso, de

manera que, al sonar el aviso para bendecir la mesa, cuando se puso en pie, parecía tan delgado como un velocista. Solo al sentarse y adelantar los brazos para comer, con la columna siempre erguida, me percaté de su buena forma física. Tenía una cara de nariz chata, como un doguillo, ojos saltones y desafiantes, y llevaba unas gafas estrechas de aspecto germánico que le hacían parecer un *kapo* o incluso un *capo*, un *consigliere* napolitano. En cualquier caso, tenía la cara, el cuerpo y el aire general de un fascista.

Nuestro primer encuentro fue una de esas extrañas danzas de engaños a medias y apenas oculta interrogación. Al principio no supe descubrir nada acerca de sus orígenes, aunque empezó a quedarme claro que era, como yo, americano, pero llevaba más tiempo alejado del país que yo. Su acento se había distanciado mucho del original, o más bien, como el mío, conservaba todos los sonidos del habla americana pero nada de su ritmo ni sus expresiones idiomáticas.

Al principio, pareció que yo era todavía más opaco para él que él para mí, aunque a medida que transcurrió el tiempo y, en cierto modo, nos hicimos amigos, sospeché que solo había sido una estratagema, que en realidad él sabía mucho de mí antes incluso de que nos conociéramos.

—Oh, ¿así que *también* es americano? —dijo con voz ronroneante, mirando a un lado a través de sus gruesas gafas. Este peculiar amaneramiento de Oxford (o tal vez, más en general, británico) que consiste en mantener una conversación directa con alguien a la vez que se evita su mirada, nunca dejó de ponerme nervioso—. Daba por sentado que debía de ser alemán, aunque claro, el tipo de alemán que se ha pasado la mayor parte de su vida adulta en Inglaterra.

—Pero mi nombre no es alemán.

—Vaya, es que no me quedé con el nombre.

Nos habían presentado en la *Senior Common Room* antes de entrar en el salón, al reunirnos y ponernos las galas como preparativo para ese desfile por delante de los estudiantes que deben, siempre he pensado, mirarnos con resentimiento, o puede que unos pocos con el deseo de unirse a nosotros, de ser uno de esos estudiantes de posgrado que esporádicamente se ganan el privilegio de cenar en la *High Table*, el decano de los estudiantes y demás, que a menudo son una compañía más interesante y estimulante que los envejecidos *senior fellows*.

Le recordé mi nombre a Stephen y le expliqué cuál era mi especialidad y conocimientos, así como en qué estaba trabajando en ese momento, mi interés en el cine tanto como en la historia. Mientras yo hablaba, él comía su pescado, utilizando el tenedor y el cuchillo al estilo europeo: el tenedor en la mano izquierda, con los dientes hacia abajo para clavar la comida, el cuchillo en la derecha para cortar y arrastrar un bocado hasta la parte de atrás del tenedor. Cuando acabé de hablar sobre mi trabajo, él dejó los cubiertos en el plato y antes de terminar de masticar se dio unos toques en las comisuras de los labios con la gran servilleta blanca que levantó de su regazo.

—Jeremy O’Keefe. O’Keefe. No, no, no —dijo negando con la cabeza—. Eso no cuadra, no encaja, usted no es un Jeremy, o tal vez lo sea, aunque a mí me parece más bien un Jeremiah, tiene una voz de Antiguo Testamento y el aspecto de un hombre que el Tetragrámaton podría criar, pero O’Keefe está completamente, absolutamente, fuera de lugar. —Y en ese instante me miró fijamente, estableció un fugaz contacto visual, estudiando mi cara tan de cerca que su mirada adquirió casi un peso tangible sobre mi piel—. No hay nada irlandés en usted, doctor O’Keefe. Ni siquiera nada muy *celta*. No, usted tiene un rostro bastante teutónico y varios ancestros de la Nueva Canaán. Esa es mi suposición. ¿Me equivoco? ¿Se ha hecho uno de esos tests de ADN? ¿Ha buscado sus raíces? ¿Quién cree que es? ¿Es medio berebere?

Contra mi voluntad, la evaluación de Stephen me resultó halagadora. Ese tipo de halago de doble filo, que, como descubriría más adelante, era su encanto más peligroso.

—Se equivoca por completo, hasta donde sé.

—En ese caso, sajón, un buen montón de ancestros sajones de hace mucho, mucho tiempo, pero sus abuelos se criaron en Nueva Inglaterra.

—Eso es correcto pero no en Nueva Canaán. Al sur de Vermont y en Poughkeepsie.

Stephen dio unas palmadas de satisfacción.

—¡Poughkeepsie! ¡Qué divino! ¿Ve? ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! *Siempre* gano en este juego.

—Y usted, doctor Jahn, ¿dónde se crio?

—Por favor, ahora ya debemos tutearnos, llamémonos Stephen y Jeremy —dijo en voz baja inclinándose hacia mí por encima de la mesa—, porque somos americanos, por poco que sonemos como tales. No, amigo mío, yo me crie en Long Island, Port Washington, o cerca, aunque no llegues a conclusiones erróneas. Mi padre y yo tenemos mucho de *nouveaux pauvres*. Gracias, Matthew —le dijo al mayordomo del *college*, que siempre servía la *High Table* y estaba recogiendo los platos principales—. Dígale al chef que el pescado era perfecto.

—Así se lo diré, señor —dijo Matthew, añadiendo otro plato al brazo izquierdo doblado.

En cuanto Matthew hubo salido por la puerta hacia la cocina, Stephen se inclinó aún un poco más sobre la mesa y susurró:

—Tuvieron que pagar una fianza para sacar a Matthew de la cárcel la semana pasada. Una reyerta. En un *pub* de estudiantes. Fue una suerte que ninguno de los nuestros se viera implicado. Si hubiera habido alguno, lo habrían despedido con toda seguridad. Sin embargo, ahora todo es perfecto. Incluso si él quisiera marcharse, no podría. Estará en deuda con el *college* durante el resto de su vida laboral. Ya sabes cómo son estos campesinos ingleses. Granjeros del West Country.

Stephen pudo decir algo como eso aquella velada porque, por casualidad, no había ni un solo británico en la mesa y los estudiantes estaban demasiado lejos y

demasiado concentrados en sus propias y ruidosas conversaciones para oírle. En aquel primer encuentro, después del postre, de un segundo postre en el comedor de la *Senior Common Room* y de que pasaran el oporto por las mesas, siempre en el sentido de las agujas del reloj, y de que la conversación, cada vez más torpe, o jactanciosa o autocrítica o autoexculpatoria, amenazara con comprometer a todos los reunidos si algo de lo dicho se recordaba la mañana siguiente, consideré a Stephen Jahn meramente un percebe más colorista enganchado al barco de mi vida en Oxford, es decir, me divertía, por su pomposidad y la forma en que había asumido el estilo de vida y comportamiento europeos, por cómo había adoptado costumbres que a la mayoría de los americanos les parecían de mal gusto, por no decir inmorales, pero pensaba que nuestra relación nunca llegaría a ser más personal, dado que él era, en primer lugar y patentemente, homosexual, y yo no tenía, por entonces, amigos gays íntimos (visto en retrospectiva eso parece ahora más un defecto por mi parte, una falla, sobre todo dadas mis manifiestas credenciales progresistas), y en segundo lugar porque se hizo evidente, incluso en aquel primer encuentro, que aunque él podría haber sido algo así como un demócrata de centro en Estados Unidos, en Gran Bretaña solo podía considerársele un conservador, y yo me había negado a entablar amistad con *tories* porque con demasiada frecuencia veía que su conversación zozobraba rápidamente contra las rocas de mi propio sentido de la corrección política (sí, lo sé, esa carencia de amigos gays convierte mi propia postura de por entonces en un tanto insostenible), así que parecía imposible estar relajado rodeado de hombres y mujeres que parecían deprimentemente propensos a hacer comentarios ofensivos sobre las mujeres (sí, también mujeres), la gente de color, los africanos, los asiáticos, por no mencionar a los europeos del Sur («El latino es racialmente distinto, se ve en la forma en que tratan a sus mujeres», me dijo un *fellow* de Antropología en una ocasión), los homosexuales, los transexuales y, a veces, por encima de todos los demás, sobre los americanos. Desde la perspectiva *tory*, los americanos eran torpes, malcriados y peor educados, poco mejores que los niños, y, pese a todo, útiles aliados geopolíticos. Desde la perspectiva de las filas más izquierdistas de los laboristas, los americanos eran matones militaristas y racistas que pretendían dominar el planeta. No había, le dije una vez a Stephen Jahn, espacio para alguien como yo en la política británica. Voté laborista porque no podía tragar a los *tories*, pero lo hice tapándome la nariz, como les gusta decir a los británicos.

Sin embargo, unos años después Stephen sugirió que nosotros «y un par más de miembros solteros de la SCR» estuviéramos atentos a la lista de reservas para la *High Table* y buscáramos una noche en la que un pequeño grupo de almas similares cenaran solas. «Y luego, después de la cena, te vienes a mi piso y pruebas unos excelentes *whiskies* de malta».

No recuerdo nada de aquella cena, ni tampoco de quién más pudo habernos acompañado en la mesa, aunque era probable que uno de los *fellows* de inglés y su novio, y posiblemente el *fellow* de alemán, pero al final del ágape, Stephen y yo nos

fuimos rápidamente, recorrimos Turl Street, cruzamos High Street y luego recorrimos Alfred hasta Blue Boar, pasamos por St. Aldate's, Christ Church, Pembroke y la hilera de tiendas cursis relacionadas con *Alicia en el País de las Maravillas*, pasamos por la Facultad de Música y la mugrienta comisaría, hasta la prosaica construcción en ladrillo moderno del Folly Bridge Court, donde Stephen tenía un apartamento que ocupaba la planta superior, que por un lado daba al Támesis y la isla en el río en la que se arracimaban varios edificios, y por el otro a una escuela victoriana reconvertida en pisos.

El apartamento de Stephen era moderno, con una tupida moqueta de lana de color blanco crudo (los dos nos quitamos los zapatos), un cuarto de baño con las paredes cubiertas de azulejos blancos del metro, una cocina con suelo de pizarra y muebles de madera de un blanco brillante, dos dormitorios que no me enseñó y un gran espacio de salón comedor, con vistas al norte y al sur, amueblado con una gran mesa de cristal y acero, sillas de acero con asientos de cuero negro y una variedad de sillones, sofás también de cuero negro y las paredes llenas de estanterías metálicas cargadas de libros así como una gran colección de DVD, todos en las mismas fundas grises de plástico, cuya identificación era más numérica que por título. Los DVD me dieron un escalofrío porque me hicieron pensar, en mi ingenuidad, en una colección de pornografía, y Stephen Jahn parecía justamente el tipo de hombre que podría poseer una colección tan aparentemente completa de vicio.

Me llevó al sofá más próximo a la ventana que daba al sur, aunque era imposible ver gran cosa sin acercarse a ella dado que el apartamento se encontraba de hecho en el ático del edificio y todas las ventanas se inclinaban siguiendo la línea de la pendiente del tejado.

—Empecemos con una muestra joven, antes de seguir adelante, en fases cuidadosamente calculadas, que irán ascendiendo hasta nuestra llegada a un punto de mayor madurez. Comenzaremos por uno de diez años. —Dicho lo cual se agachó en calcetines para sacar varias botellas con etiquetas que yo no reconocía de un aparador barnizado negro, junto con un par de vasos de cristal de estilo razonablemente moderno. Sirvió un vaso para cada uno, se quitó la chaqueta y se quedó en mangas de camisa, blanca, chaleco gris y pantalones también grises (calcetines, por supuesto, negros, porque la elegancia era algo innato en él; no era, a diferencia de algunos emigrantes asimilados a Gran Bretaña y muchos británicos de origen, propenso a llevar calcetines coloridos o estampados con trajes sobrios), y se sentó en el sofá de enfrente como un escolar, o puede que como una solterona recibiendo a su primer pretendiente desde hace veinte años.

Había dejado la chaqueta sobre el respaldo de una silla, aunque lo había hecho con considerable cuidado, asegurándose de doblarla sobre la costura central y extender las mangas de manera que no se arrugaran. No obstante, me pregunté por qué no se había tomado un momento para colgarla en el armario de uno de los dormitorios. Tal vez porque no había querido dejarme a solas para que fisgara en sus



estanterías, aunque yo tenía poco interés por la vida de Stephen Jahn o los secretos que pudiera haber ocultado. En realidad, me daba la impresión de que nuestra relación había ido evolucionando en repentinas aceleraciones de ritmos paralelos pero desiguales, de manera que en el momento de mi visita a su apartamento en Folly Bridge, comprendía, aunque puede que solo en los lindes de la conciencia, que yo tenía mucho más interés para mi colega que él para mí. La razón de ese interés se me escapaba por entonces, y no había ningún elemento de falsa modestia en esa sensación, porque yo no era, aparte del detalle de un americano en el extranjero como él, y de estar empleado por la Universidad de Oxford y uno de sus *colleges*, también como él, más digno de interés que cualquier otro académico de cualquier otra parte del mundo, es más, podría decirse que menos porque, para mi propio descrédito, había sido incapaz de seguir mi carrera profesional como titular en la Columbia University, donde podría haber dado clases tranquilamente durante el resto de mi vida laboral si me lo hubieran permitido. Era posible, supuse entonces, que a Stephen Jahn le atrajera un fracasado, o un fracasado rehabilitado, que era por lo que me tenía yo a mí mismo en aquellos tiempos: no había guardado el secreto de mi carrera naufragada en la universidad estadounidense ni el hecho de que este traslado a Oxford era, en un sentido muy real, una huida de un sistema mucho más sólido y exquisito, a otro que era más fluido, menos seguro y mucho peor pagado.

Y pese a todo, él no era un hombre que plantease preguntas directas, o lo hacía muy raramente, y en su lugar ofrecía comentarios a los que se esperaba —y en muchas ocasiones se obligaba— que contestara el otro.

—Este —dijo removiéndolo su vaso— es probable que no lo conozcas. Es de la destilería de Tobermory, en la isla de Mull, se llama Ledaig, y está confeccionado con turba incandescente. Peculiar, espero que coincidas conmigo. —Los ojos se le abrieron un poco al asentir y dar un sorbo—. Salado, con un grácil matiz de turba, delicado casi, como un pequeño bailarín, casi parece un jerez refinado, nueces y aroma de pinares, chamuscado en los bordes y regenerado. Llámame perverso, pero cuando bebo este *whisky* pienso en esa joven colega nuestra, Bethan. Una joven y prometedor erudita, muy brillante, bastante inteligente, un poco quemada en los bordes. Atractiva, supongo, para quienes les atrae ese tipo.

Me pregunté si ya se habría enterado de mi breve relación con Bethan o si meramente lo sospechaba, o quizá, inocente, la desconociera por completo, aunque Stephen Jahn nunca parecía inocente de nada, tanto daba lo poco sabido o inesperado que fuera. Una amplia experiencia mundana formaba parte de su carácter. Yo sabía que su especialidad era Oriente Medio, en concreto la historia y las relaciones árabe-israelíes, y dominaba, según se decía, el hebreo y el árabe, además del persa, el francés, el alemán, el yidis, el turco y el kurdo, y afirmaba poder mantener una conversación también en italiano y en español. Gente así es menos infrecuente en Oxford que en el resto del mundo, y sin duda tenía nociones de latín y griego antiguo,

y tal vez también —nunca se sabe hasta dónde puede llegar el conocimiento de personas como él— de lenguas incluso más arcanas como el baluchi y el azerí.

—Sí, es atractiva, a su modo.

Aunque yo era consciente de que no me quería dejar arrastrar a ridiculizarla, mi relación con Bethan había sido profesional, aunque distante, desde que hui de su hogar familiar aquella mañana de Año Nuevo de hacía unos años. Habíamos concebido una compleja danza que implicó, durante los meses posteriores, que nos apañáramos para no sentarnos nunca el uno junto al otro en las comidas del *college*, y si uno de los dos entraba en la *Senior Common Room* y veía que el otro era la única persona que estaba allí, ambos fingíamos que no había entrado nadie o que no había nadie presente. En Estados Unidos eso habría resultado sumamente raro, pero en Oxford, y en Gran Bretaña en general, es posible, incluso frecuente, «borrar» a gente que uno conoce, ya sea evitándola, lo que se concreta en la ficción de no haberse percatado de la presencia de la otra persona y por tanto se considera como un gesto educado, o ya sea mediante una intención estudiada y pública de que la otra persona sepa que simplemente no tiene la menor importancia, no merece la pena reparar en su presencia, que debe recordársele el lugar subordinado que ocupa. Era una costumbre a la que no supe adaptarme del todo, ni siquiera en momentos en que yo mismo recurría a ese comportamiento, pero en Oxford tuve que aprender —al menos en el espacio del *college*— a levantar la mirada con disimulo, y si veía a Bethan o a cualquier otro a quien quisiera evitar, bajarla de nuevo al libro, periódico o publicación a cuya lectura estaba dedicando unos momentos en esos espacios semipúblicos y esperar hasta que la persona en cuestión se hubiera marchado.

Stephen seguía removiendo su vaso, inhalando y bebiendo a sorbos.

—Cuero y puros —dijo, como si yo no hubiera hablado, y luego, después de tragar, añadió—: Cuando lo compré lo dejé abierto una semana entera. No te imaginas lo mucho que cambia. Creo que algunas mujeres son así, Bethan, por ejemplo. Si se le permite respirar, en la compañía adecuada, con el grado correcto de... apertura..., también podría volverse sublime.

—Yo no lo expresaría de ese modo, Stephen.

—¿No? Eres demasiado políticamente correcto, Jeremy. Veo las pocas ganas que tienes de hablar de tus mujeres como si no fueran tus iguales. —Así que lo sabía, pensé, sabía exactamente lo que había pasado entre nosotros. Hasta era posible que se lo hubiera contado Bethan—. Es admirable, pero resulta agotador, ¿no te parece? No todas las personas con las que se acuesta uno tienen por qué ser necesariamente nuestros iguales. Está bien, diría yo, seducir a los inferiores social e intelectualmente, sabedores de que el acto de seducción y el coito resultante les da tanto placer como a uno mismo. Tu misma superioridad es lo que te convierte en atractivo.

—Es una forma muy desagradable de verlo. No recuerdo haberme acostado nunca con ninguna mujer a la que no considerara mi igual, por no decir que la tuviera por mejor que yo.

Stephen chasqueó la lengua.

—Políticamente correcto y humilde. Tendremos que hacer algo al respecto. Tengo un joven amigo egipcio, Saif, no hace falta que sepas su apellido, que trabaja para el gobierno allí, tampoco hace falta que sepas en qué funciones, pero el caso es que me lo asignaron como acompañante en una visita que hice hace un par de años y durante el último año pasamos juntos bastante tiempo, aunque ya entenderás que en este tipo de asociaciones, y dada tanto mi posición como la de Saif, uno tiene que ser muy cuidadoso.

No tenía muy claro si lo que pretendía Stephen que entendiera es que Saif era su amante. Me parecía de algún modo improbable, aunque también era la única conclusión posible a la que pude llegar.

—Nos hemos hechos muy amigos. Incluso me ha presentado a su madre, francesa, una mujer encantadora, muy elegante, de familia excelente, bastante acaudalada, a la que yo debo de haberle parecido algo así como un tío viejo y un consentidor. El padre es imposible, pero eso no es ninguna sorpresa.

Debo de haber asentido, o tal vez solo di otro sorbo de *whisky*, que, pese a la descripción de Stephen y sus grandilocuentes atribuciones, me parecía más bien ácido, aunque el gusto es muy a menudo subjetivo, pero aun así me obligué a acabar el vaso que había servido y tal vez por eso lo bebí demasiado rápido y luego intenté ocultar el vaso vacío en la mano, pensando que era hora de volver a casa, a Divinity Road y la casa que acababa de comprar, que todavía estaba redecorando y remodelando, convirtiendo la lóbrega y vieja cocina en un espacio luminoso y aireado con un comedor al fondo y puertas que se abrían al jardín largo y estrecho.

—Por supuesto, Saif trabaja para el gobierno egipcio y mientras Egipto sea un amigo de Occidente hay, inevitablemente, algunos aspectos que nos gustaría que mejoraran, con respecto a la democracia y los derechos humanos, aunque en realidad se trate de preocupaciones bastante menores cuando se comparan con el valor de un Egipto estable y colaborador, ya me entiendes. Pero, claro, por descontado que me entiendes. En cualquier caso, ¿cómo me llevo con Saif? —Hizo una pausa, levantó la mirada al techo y entonces la fijó en mí esbozando su pequeña y extraña sonrisa—. Veo que tienes el vaso vacío. Pasemos a algo más interesante. Poit Dhubh, de la isla de Skye, de veinte años, y por tanto legal. —Sonrió maliciosamente mientras cogía una botella alta con una etiqueta negra del aparador y servía un trago largo en un vaso limpio—. Dulce y suave, solo levemente turboso, he visto tu mueca con el primero, la turba es demasiado fuerte para algunos paladares poco curtidos, cometí un error con el Ledaig, pero este te parecerá sublime, y fácil de beber. De hecho, es un malta de cuba, con varios tipos mezclados. Envejecido en barricas de jerez, lo que ayuda a neutralizar parte del turbado más intenso. Es un pequeño caramelo de *whisky* que puedes mascar y chupar, con matices de nuez y fruta y una leve nota de vainilla. Sesenta libras la botella, y aun así muy respetable. Inhala.

Me acerqué el nuevo vaso a la nariz, pero a esas alturas empezaba a sentirme bastante borracho e impresionable, de manera que los aromas que ascendieron hasta mi cerebro me sugirieron una extraña combinación de frutas, caramelo, nueces asadas, fuegos de leña en casas viejas con suelos de piedra y pudines de vainilla haciéndose sobre fogones dobles. Di un sorbo y aunque no se trataba de un malta auténtico, Stephen tenía razón, era sublime y reconfortante, casi tan sustancial y placentero como una comida completa, un *whisky* que hubiera inventado Willy Wonka para *connoisseurs* que solo pudieran pagarse una única buena botella que les satisficiera muchas noches sin necesidad de tener que ir en busca de algo más refinado.

—*Lo sabía*, sabía que sería este, pero no te preocupes, no nos detendremos aquí. —Se rio sirviéndose un vaso del mismo *whisky* y luego se acercó con un bailecito apresurado cruzando el salón, deteniéndose un instante para mirar por la ventana que daba al Támesis—. Oh, por favor, ya me disculparás —dijo, y salió bruscamente del salón.

Aproveché la ocasión para levantarme y examinar las estanterías. Mientras lo hacía me di la vuelta sin querer, me asomé por la ventana y miré más allá del río, a la isla y la alta casa amarilla que se erigía sobre él, donde, en la planta del medio, había luces encendidas, las cortinas estaban descorridas y dos jóvenes hacían el amor en el suelo, él encima de ella, ambos de cuerpos atléticos, casi con toda seguridad estudiantes universitarios, de licenciatura o de posgrado, tal vez investigadores posdoctorales, pero estaba claro que, fuera cual fuese su posición, no tenían escrúpulos en dejarse ver, o tal vez estaban tan perdidos en el momento de pasión que se habían olvidado de que las cortinas estaban descorridas, las luces encendidas, y era tan tarde que podrían haber imaginado que el resto de la ciudad dormía y asumieron que nadie les miraba.

Instintivamente, aparté la mirada e intenté revisar una vez más las estanterías, pero mi cabeza no dejaba de volverse en su dirección y la pareja seguía por la labor cada vez que la miraba por encima del hombro. Stephen no volvía, aunque no sabía si estaba en uno de los dormitorios o en el lavabo, o en el lateral del apartamento que daba la espalda al río y a la joven pareja que copulaba. Transcurrieron quince minutos, la pareja acabó y oí tirar de la cadena del retrete al final del pasillo. Stephen volvió, comportándose como si solo llevara un momento ausente.

—¿Qué tal te ha sentado la copa? —preguntó.

—Estoy bien, gracias, Stephen. Tendría que irme a casa. ¿Tienes el número de algún taxi?

—¿Qué prisa tienes, querido? Todavía tenemos que llegar al de treinta años, que, te lo aseguro, no puedes perderte. Y mientras tanto creo que deberías echar otro trago del Poit Dhubh.

—No puedo, de verdad, si bebo más mañana no me levanto.

—Pero mañana es sábado, así que no tienes por qué. Sería un insulto que rechazaras lo que te ofrezco tan generosamente.

—En ese caso, solo una gota.

—Un mini chupito —sonrió hablando con una tosca imitación del acento de las Highland. Sus ojos desaparecieron entre pliegues de piel fina al sonreír y reparé en que se había arremangado, dejando al descubierto los antebrazos, lampiños, musculosos y envueltos en gruesas venas azuladas, como si, durante su ausencia del salón, hubiera estado haciendo enérgicas flexiones—. ¿Todavía tienes relaciones con Bethan?

Me atraganté.

—Estás siendo muy indiscreto, Stephen.

—Me tomo eso como un *sí*.

—¡No! No es asunto tuyo, pero no, tuve una breve aventura con ella, pero acabó. Para siempre.

—¿Y eso implica que tenéis una relación laboral difícil?

De repente me di cuenta de que Stephen Jahn estaba llevando la conversación a alguna parte, con un destino específico en mente. Sin embargo, lo que quería nunca lo habría imaginado. Sobre todo, debéis comprender que pese a cuanto haya sucedido con posterioridad, yo era, al menos al principio, la marioneta que manejaba Stephen Jahn.

—Es una relación cordial, pero no damos margen a que haya mucho contacto entre nosotros.

—¿Os evitáis?

—No por un acuerdo deliberado. Pero... la cosa ha acabado así.

—¿Te portaste mal?

—Escucha, Stephen, me caes bien y te respeto como colega, pero, de verdad, no es asunto tuyo.

—Te lo preguntaba como amigo.

No tenía claro que Stephen Jahn fuera el tipo de amigo que quería, pero sonrió con tal inocencia que me sentí obligado a hablar, o tal vez se debió tan solo al *whisky*.

—Digamos que no acabé con la elegancia que habría debido.

—¿La dejaste por otra? ¡Menudo *canalla*! ¡Sabía que eras un canalla!

—No, no se trata de eso. Simplemente me fui. Pero no avisé de que me iba. Estaba en casa de sus padres y me marché sin decírselo a nadie.

Stephen chasqueó la lengua y meneó un dedo ante mí, pero por debajo del gesto de desdén se entreveía una sonrisa que delataba que había encontrado la información que buscaba.

—Quiero pedirte un favor, Jeremy. Arregla las cosas con Bethan. No románticamente, no te preocupes, solo profesionalmente. Discúlpate. Las mujeres saben apreciar unas disculpas sinceras aunque al principio no parezcan aceptarlas. Dile que sabes que te comportaste de manera impropia, pero que, francamente, dado

que los dos tenéis que trabajar juntos durante el tiempo que ella siga en el *college*, que será hasta el próximo verano, y que sin duda es el tipo de joven que encontrará un puesto permanente, aquí en su especialidad y en uno de los otros *colleges*, es perfectamente lógico que mantengáis una relación laboral cordial. Arrodiálate si hace falta, pero convéncela de que las disculpas son sinceras.

Su petición me desconcertó, dado que me pedía una especie de autosacrificio que no era propio de mi forma de ser. Además, tampoco entendía por qué unos pocos *whiskies* caros me hacían contraer tal deuda con Stephen.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Porque, como te he dicho, necesito un favor.

—¿Qué tiene que ver con Bethan?

—Bethan es simplemente una pieza en la realización del favor. Ella y tú vais a entrevistar a candidatos juntos en diciembre.

Era cierto, aunque yo había dejado que mi mente corriera un tupido velo sobre esa pequeña molestia de mi vida académica, porque implicaba un par de días bastante tediosos dedicados a entrevistar a adolescentes brillantes, y no tan brillantes, que querían estudiar Historia en el *college* y la mala suerte —o tal vez, pienso ahora, la intención de Stephen— me había emparejado con Bethan para realizar las entrevistas. En términos prácticos, tenía su lógica que yo intentara arreglar las cosas con ella de antemano. Asentí y extendí el brazo con el vaso, que estaba vacío.

—Hora para el de treinta años. Este es un *whisky* muy especial. No voy a decirte de dónde procede ni qué es, porque, en cualquier caso no significaría nada para ti, pero nunca he bebido nada parecido y te sirvo este chorrito —dijo, cubriendo el fondo de un nuevo vaso— de líquido de gran rareza y valor. Vale, de manera bastante literal, su peso en oro.

Cogí el vaso y me lo acerqué a la nariz y al instante me sentí abrumado por una visión casi alucinógena de una gran biblioteca, como la de Duke Humphrey en la Antigua Boldleiana, llena de volúmenes exquisitamente encuadernados en cuero, pero una biblioteca que es también un club de caballeros, con una vaharada de delicados puros, tabaco excelente y, quizá, flotando en los rincones de la sala, un perfume sutil y sublime, como los que confecciona Santa Maria Novella en Florencia, como el aroma de ámbar gris y de flor de granada, y luego, mientras inclinaba el borde del vaso entre mis labios, esos aromas se fundieron y se transformaron en una asombrosa y vertiginosa rapsodia de sabor que me envolvió la lengua y me llenó la boca y volvió a flotar hacia mis fosas nasales, para descender luego por la garganta con una suavidad y nitidez absolutas, distintas a las de todos los licores que había probado en el pasado.

—Mi amigo egipcio, Saif, tiene una hermana pequeña, que se llama Fadia. Vendrá al *college* para entrevistarse para una plaza. Sus calificaciones no son espectaculares, pero es muy lista. Hará una entrevista impresionante, pero es posible que no tanto como otros y no lo bastante como tendría que hacerla para compensar

sus calificaciones. Sin embargo, quiero asegurarme de que no se va de este *college* sin la certidumbre de que podrá venir a estudiar aquí. Tú y yo dirigiremos los dos grupos de entrevistadores y, por tanto, depende tanto de ti como de mí que acabe obteniendo el resultado conveniente.

Inhalé los aromas de aquel *whisky* extraordinario y dejé que la petición de Stephen se fuera aposentando, aunque al hacerlo era consciente de que lo que acababa de hacer era darme un regalo (una bebida exquisita) con la expectativa de que correspondiera con algo que mereciera su generosidad, y que ese acto acreedor de tal merecimiento recompensado por adelantado podría, probablemente, comprometer mi propia posición en el *college* y la facultad, si la tal Fadia resultaba estar lamentablemente mal preparada para estudiar en Oxford.

—¿Quieres que lo apañe? ¡No puedo manipularlo!

—Estás por encima de Bethan. Ella, tal vez, se siente dolida por tu comportamiento. Tú apoyarás a Fadia de formas que Bethan creará convincentes. En cualquier caso, ella misma también tiene que estar del lado de Fadia, pero comprenderás que, dada la posición de Bethan en el *college* y la facultad, no puedo abordarla del mismo modo que puedo, creo, confiar en ti.

—Y presionarme.

—Presionar es una palabra muy física. No somos hombres de física. Te he estado observando y sé que ambos entendemos cómo, de vez en cuando, algunos individuos necesitan ayuda. Fadia es una de esas personas. Ella necesita venir aquí, necesita vivir fuera de Egipto. Y pensaba que tú, más que cualquier otro, lo entenderías. El Egipto de Mubarak no es, en muchos sentidos, muy distinto de Alemania Oriental. Hay más de un millón de miembros de los cuerpos de seguridad vigilando a los ciudadanos, que suman menos de ochenta millones. El Egipto de Mubarak es un estado policial, ni más ni menos, y un destino muy agradable para los turistas, siempre que no se encuentren con el extremo afilado del terror. Y en varios sentidos bastante importantes, la sociedad egipcia no está tan desunida como algunos estados policiales, pero eso no quita para que no sea un estado policial, uno en el que la vida puede volverse pronto insoportable para quienes sostienen la pancarta de la democracia y la libertad de expresión, como la joven Fadia ha estado haciendo un tanto precipitadamente cada vez que va a casa de vacaciones. Como te he dicho, su madre es francesa, y el espíritu de la revolución es hereditario. Fadia necesita la protección que puede ofrecerle la vida en Oxford. Necesita un exilio que no parezca tal a las autoridades. Necesita venir, estudiar y quedarse hasta el momento en que las cosas cambien en Egipto o pueda convencérsela de que se quede en Europa de forma permanente. Lo que te pido que hagas es que seas comprensivo con una joven de una inteligencia aguda que ha vivido una existencia bastante consentida, que nunca se ha visto obligada a trabajar duro. ¿Lo entiendes?

El dedo de líquido marrón en el vaso de cristal pesaba en mi mano. Lo removí para liberar el aroma antes de llevármelo de nuevo a la nariz y la boca. Stephen

estaba, me daba cuenta, desesperado por mi ayuda y había abordado el problema posiblemente de la única forma que sabía hacerlo un hombre como él, intentando ejercer su influencia mediante la imposición de una sensación obligada de gratitud. Resultaba tan indecoroso como lastimoso.

—Te lo pregunto de nuevo. ¿Por qué debería hacerlo?

Stephen abrió los ojos saltones y farfulló. No había esperado resistencia. Tal vez en su mundo, los hombres como yo no cuestionaban las peticiones que les hacían los hombres como él, y al pensarlo entonces me di cuenta de que ya había estado haciendo suposiciones sobre el tipo de persona que era él. Y me refiero no solo a las conclusiones normales sobre la personalidad sino a un nivel de suposiciones más profundo, en el sentido de que Stephen Jahn solo era conceptualmente académico y, básicamente, se dedicaba a algo totalmente distinto.

Sentado en mi salón que da a Houston Street la noche de Acción de Gracias, removiendo un vaso de un escocés mucho menos interesante que aquellos que Stephen me sirvió en el pasado en el salón que daba al Támesis, mientras escuchaba los ronquidos de mi madre resonando desde el cuarto de invitados en el pasillo, ronquidos tan profundos y ruidosos que hacían vibrar el suelo, comprendí que el auténtico principio de esta historia no fue mi partida de Nueva York ni mi llegada a Oxford, ni mi breve aventura con Bethan, sino el dejarme absorber en una relación comprometida con Stephen Jahn. Él admitió aquella noche que me había estado observando. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Y por qué? ¿Estaba buscando un peón? Ahora empiezo a entender que aquel momento, la noche en su apartamento, y todo lo que ha ido pasando a partir de ahí, todas las formas en que Stephen y Fadia acabaron habitando mi vida en Oxford, han seguido presentes en mi regreso a Nueva York.

—¿Por qué debería hacer lo que me pides? —le repetí a Stephen aquella noche en Folly Bridge Court.

Un momento antes había dejado el vaso en la mesita auxiliar y, sin hablar, él extendió la mano, levantó el vaso y deslizó un posavasos de cuero negro por debajo.

—Porque te lo he pedido de la forma más amable posible. Te he explicado cómo me harías un gran favor. Te he dado, debo decirlo, una buena cantidad de *whisky* muy caro a lo largo de la velada. ¿Qué más puedo o debo hacer ahora salvo amenazarte si te niegas a ser razonable? ¿Quieres dinero? No sería muy sensato. El dinero siempre, y digo siempre, deja rastro. Ayúdame así y te haré la vida más fácil de lo que puedes imaginar. Dame tiempo y te devolveré a Nueva York, que sé que echas de menos más de lo que quieres admitir. Cuidaré de tu hija e incluso de tu exmujer de formas que no te parecerían posibles.

—¿Se trata de algo más sórdido que de ayudar a la hermana de un amigo tuyo?

Una vez más, farfulló:



—Se trata de la gracia y de hacer lo *correcto* en el momento *oportuno* para alguien que podría ser más importante a largo plazo de lo que ahora podemos concebir.

Se trataba, no me cabía duda, de sexo y nada más: Stephen quería hacer un favor a un hombre del que estaba enamorado, o tal vez un hombre, el tal Saif, que quizá había estado amenazándolo con descubrirle públicamente o con chantajearle o, quién sabe, con alguna forma más oscura de venganza.

Me levanté de la silla y empecé a caminar hacia la puerta, escuchando a mis espaldas el resuello de alguien que no estaba acostumbrado al fracaso.

—¿Puedo confiar en ti? —gritó—. ¿Puedo contar contigo? ¿O tengo que tomar otras medidas?

Me di la vuelta, casi esperando encontrármelo sosteniendo una pistola, pero no llevaba nada en la mano aparte del vaso de *whisky*.

—Nadie ha intentado jamás intimidarme de este modo, en toda mi vida.

—Eso no es una respuesta, Jeremy.

En su expresión percibí un matiz de implacabilidad que me hizo temer no solo por mí mismo, sino también por Meredith y mi madre, incluso por Susan, por todos a quienes amaba y había amado. No cabía duda de que este hombre era muy capaz de cumplir con sus amenazas.

—Prometo juzgar a la candidata según sus méritos —dije, sabiendo que no lo haría.

Fuera, en Abingdon Road, hacía un frío glacial y no encontré un taxi hasta que había recorrido casi todo el camino de regreso a Carfax y entonces, en el trayecto de vuelta, borracho como una cuba pero esforzándome por mantener la lucidez, rememoré la conversación, imaginando otras respuestas que podría haber dado y formas en que podría haber aprovechado en beneficio propio las peticiones de Stephen. Me acosté pero no dormí, consciente de todos los sonidos que me rodeaban, de los golpes que procedían de la casa contigua, los coches que pasaban por la calle, el susurro de la carretera de circunvalación que rodeaba Oxford, el dron del ejército del aire en el cielo, los aviones que iban y venían de la base de Brize Norton.

Aquellos recuerdos volvieron en Nueva York con nitidez, y la rememoración de aquella conversación me mantuvo tan despierto como los ronquidos de mi madre, que retumbaban por el parqué mientras yo seguía vagando a oscuras por el salón, combatiendo el insomnio que había venido para quedarse desde hacía unos días, tan incómodo como un invitado inoportuno.

Fuera, en Houston Street, a la luz de las farolas, los taxis frenaban y se sacudían, un hombre de negro permanecía inmóvil alzando la mirada hacia mi ventana, y cuando encendí la luz, como si reconociera una vez más el hecho de que me sabía observado, se dio la vuelta y corrió.

El día después de Acción de Gracias, mi madre se levantó antes del alba y se puso a limpiar la cocina, aunque estaba inmaculada, mientras le echaba vistazos intermitentes a *The New York Times*, que ya había salido a comprar, a la vez que escuchaba la *Morning Edition* en la National Public Radio. Un bloguero demócrata egipcio había sido detenido y un tribunal de Alejandría había sentenciado a prisión a un grupo de mujeres y chicas que se habían manifestado, armadas solo con globos, en apoyo del presidente islamista depuesto. No era lo que más me apetecía oír a primera hora de la mañana. No quería que me recordaran que gente que conocía —que había conocido en el pasado— podría verse afectada por sucesos tan remotos. De las noticias del mundo, la NPR pasó sin pausa a reportajes sobre el frenesí de compras del Black Friday que recorría Estados Unidos de punta a punta.

—*Detesto* esta locura consumista —dijo mi madre—. ¡La gente hacía colas en Macy's por la noche! ¡Abrieron a las ocho de la tarde en Acción de Gracias! ¿Dónde vamos a parar? ¿Qué nos estamos haciendo? ¡*Cualquier cosa* por el todopoderoso dólar! ¿Te apetece un poco de café? Acabo de hacer una cafetera.

—No son ni las siete. Nuestro tren no sale hasta las diez.

—¡Tengo que organizarme!

—Pero si no hay nada que organizar. Ya lo tengo todo preparado.

Me encontré observando a mi madre, agobiado por si rompía un vaso o fastidiaba un método que yo creía que había perfeccionado, por ejemplo, para la preparación del café, y mientras me bebía una taza del que ella había hecho, me pareció al instante demasiado flojo y ácido y entonces monté un numerito vaciando su cafetera y preparando una nueva según mi costumbre, y cuando ella bebió una taza del mío hizo un mueca y dijo que lo prefería a su estilo.

—El tuyo es demasiado fuerte, demasiado amargo.

—Si no te gusta, no estás obligada a bebértelo.

—No seas tan quisquilloso y susceptible, Jeremy.

Sé que el tiempo que pasé en Gran Bretaña, mi parcial aculturación allí, implica que la timidez emocional que interioricé y acomodé a mi propia personalidad le parece ahora, a mi madre, una forma de rechazo o una especie de agresividad filial, pero poco puedo hacer para cambiarlo. Tal vez, con el tiempo, volveré a ser americano del modo que lo había sido antes, pero dudo que esa reversión sea posible.

A las ocho y media cogimos un taxi para Penn Station, y durante el trayecto mi madre se removió nerviosa, buscando en su monedero.

—¿Qué se te ha olvidado?

—Nada, nada.

—¿Echas algo en falta?

—No. —Tosió y quedó claro que mentía. Entonces se inclinó hacia mí y dijo en voz baja—: Ojalá hubiéramos salido media hora más temprano.

—Mamá, no pasa nada. Tenemos tiempo de sobra. Si fuera solo habría salido media hora más tarde.

Al final tuvimos que esperar en la cola durante casi una hora, tras la serpiente que formaba la gente que sabía por costumbre de qué vías es probable que salgan los trenes que suben por el Hudson, y aunque la estación ha cambiado un tanto a lo largo de los años, transmitía una sensación de familiaridad, incluso de confort, estar una vez más en el mismo lugar, comprobando por encima del hombro el panel de Salidas y escuchando el repiqueteo de las tablillas con los cambios de horarios y destinos, los anuncios que sonaban anticuados de los números de las vías y las paradas a lo largo de diversas rutas, y reparé en que, en especial la gente que iba hacia el norte de Nueva York, sobre todo los que iban más allá de Poughkeepsie, tenían más aspecto de ser del Medio Oeste que neoyorquinos, porque muy a menudo van vestidos con ropa muy pasada de moda, o, al menos no con la ropa que lleva la gente que vive en la ciudad, los hombres de negocios con sus mal ajustados pantalones caqui y sus *blazers* azul marino ocultando sus amplias barrigas, los desaliñados funcionarios comprobando sus *smartphones* y manteniendo conversaciones en voz alta, la mujer mayor que llega y pregunta si ese es el tren para Albany y luego entabla conversación con mi madre, asegurándonos que no está loca, pero «hacer cola en Penn Station me pone muy nerviosa, ya me entienden», y todos entendemos a esa anciana, que vive en Vermont y está preocupada por los terroristas sin pronunciar la palabra pero expresando el temor que tantos de nosotros hemos aprendido a reprimir en vidas que exigen viajar, pero esta mujer, esta vecina de Vermont que espera que venga a recogerla una sobrina en la estación de Rensselaer y la lleve en coche a Bennington donde ambas viven, no viene a la ciudad con frecuencia, aunque antes vivía aquí, nació y creció en Brooklyn, se pasó toda su vida profesional trabajando en Manhattan, y luego se jubiló y se fue a Vermont, justo después de los ataques, tras decidir que no quería pasarse el resto de sus días temiendo que la hicieran saltar por los aires cuando ella solo iba a lo suyo, y toda esa historia la contó rápidamente mientras estábamos allí, «en cola», como dicen los neoyorquinos, y también explicó que había venido simplemente para pasar Acción de Gracias con su hermana y su cuñado, y eso hizo que mi madre empezara a hablar de Meredith y Peter, aunque lo hizo sin decir sus nombres ni revelar dónde vivían ni a qué se dedicaban, dado que muchas personas reconocerían quiénes eran o se interesarían por las vidas rutilantes que llevaban y esa información podría hacerles correr riesgos porque, al revelar

nuestra cercanía a Peter en especial, podría considerárenos objetivos útiles para un secuestro o algo peor.

—Este es mi hijo, es profesor en la NYU —dijo mi madre, y yo me vi obligado a saludar a la mujer de Vermont aunque ella no se presentó y prometió que no se sentaría a nuestro lado en el tren, «por si tiene miedo de no poder librarse de mí», dijo riéndose, y yo me sentí agradecido, hasta cierto punto para mi vergüenza, porque lo hubiera dicho cuando anunciaban la vía y agitamos nuestros billetes impresos al empleado de Amtrak antes de descender por la escalera mecánica y apresurarnos por el oscuro andén hacia la mitad del tren, donde ayudé a mi madre a acomodarse en uno de los asientos en la parte de delante de la fila para que pudiera estirar las piernas, como le gustaba, y luego me asomé por la ventanilla al río Hudson mientras el tren avanzaba lentamente en su esporádicamente poco fiable camino hacia el norte, a la ciudad donde yo había hecho mi inversión en estabilidad a largo plazo.

Tras dejar atrás Penn Station, entrando y saliendo de túneles que nos introducían y sacaban de la oscuridad, ofreciéndonos vislumbres del Riverside Park y luego vistas más distantes de Palisades en la otra orilla del río, un hombre que me pareció reconocer del pasado recorrió nuestro vagón. Tenía algo que me resultaba familiar —una cierta agitación en su modo de andar— sin que yo estuviera seguro de que fuera quien creía que podría ser, y durante un instante, sin que el pensamiento llegara a formarse plenamente en mi conciencia, me convencí de la *posibilidad* de que fuera Michael Ramsey.

Hay gente que no resulta reconocible de manera inmediata aunque la conozcas, así que si atisbas a la persona por detrás, o solo ves una pequeña parte de su perfil, su identidad sigue siendo incierta. A esas alturas yo solo había visto a Michael Ramsey en dos ocasiones, y aquel día después de Acción de Gracias cuando buena parte de Estados Unidos se precipitaba a los centros comerciales para comprar cantidades ingentes de regalos innecesarios, y mi madre y yo estábamos sentados en un vagón de tren, malos capitalistas que no participábamos del todo en la vida de nuestra economía, para mí era concebible, a solo una cierta distancia de la plena conciencia, que Michael Ramsey estuviera con nosotros en ese mismo tren.

Dado que mi madre había estado cansada la noche anterior y yo no estaba del mejor de los humores esa mañana, no hablé con ella sobre las cajas de material que parecían delatar la turbadoramente intensa vigilancia a la que alguien había sometido a mi vida, al menos a mi vida hasta donde esta se ha desarrollado por internet o por teléfono, ni tampoco mencioné mis encuentros con Michael Ramsey, ni la presencia de aquel joven en la fiesta de Meredith y Peter, una aparición que, en retrospectiva, había arruinado la fiesta que tiene más sentido para mí. Lo único que quería en el primer día de Acción de Gracias tras mi regreso a Estados Unidos era el consuelo de refugiarme con mi familia cuando el otoño se acaba y la niebla se asienta en los huecos de las Berkshires, las Catskills y las Adirondacks, las montañas jorobadas del noreste que, en octubre y noviembre, me parecen más americanas que nada en el

mundo. Pero allí, en las últimas horas de la estación, había aparecido mi intruso particular como si quisiera enviarme el mensaje de que ya no estaba seguro en el país donde había nacido, insinuando que tenía razones para sentirme paranoico porque mi periodo fuera de Estados Unidos me había hecho vulnerable a dudas sobre mi lealtad y costumbres, incluso mi patriotismo, como si la traición pudiera contagiarse como un virus, adquirirse al irse de casa, una enfermedad transmitida por la exposición a largo plazo a algo no familiar.

Durante el primer año que pasé en Oxford, mientras Estados Unidos se preparaba para la guerra, me encontré discutiendo por *email*, insistiendo a amigos de casa que no entendían la forma en que el resto del mundo veía a nuestro país, cómo estábamos malgastando la simpatía y buena voluntad de la comunidad internacional, que el tiempo que llevaba en Oxford —por entonces apenas unos meses— ya me había «radicalizado». Utilicé la expresión sin saber que «radicalizar» se convertiría en una de las palabras clave de la gramática de la Guerra contra el Terror de Estados Unidos, cómo los medios y los políticos describirían a los sospechosos de terrorismo como gente que había sido «radicalizada», y mientras recordaba esos pensamientos en el tren que se encaminaba al norte a lo largo del Hudson, los árboles a nuestro alrededor habían perdido casi todas sus hojas y el hielo se iba endureciendo en las zonas superficiales del amplio cauce del río, tan diferente a todo lo que había visto en Gran Bretaña, me pregunté si, en la caja con las direcciones de internet que tenía en el apartamento había un enlace al *email* en el que me describía, hacía más de una década, como «radicalizado», y si esa descripción propia era la primera señal de alarma que habría disparado, si, por sí solo, ese comentario improvisado me manchó de rojo y puso en marcha el proceso de rastreo de todas mis comunicaciones.

¿Era posible, me preguntaba, mientras sentía el ritmo del tren y miraba a mi madre, que leía el ejemplar de *The New Yorker*, riéndose a gusto con los chistes, que *enviaran* a Stephen Jahn a buscarme a Oxford? Había dado por sentado que su presencia en el *college* antecedería mi llegada y que en mi primer año él simplemente había estado ausente, pero no lo sabía con seguridad, nunca había mantenido una conversación sobre Stephen con ninguno de los otros *fellows*. Además, se tenía la sensación de que él nunca estaba presente del todo en la vida del *college*, como si, de no haberlo conocido y hablado con él y no haber entablado él amistad conmigo (por amenazadoramente que fuera), su presencia no hubiera sido percibida por nadie más.

Desde la estación de Rhinecliff mi madre y yo cogimos un taxi hasta su casa, donde yo había dejado mi coche la última vez que estuve en el norte del estado, unas semanas antes, para que ella pudiera utilizarlo si lo necesitaba. De hecho ahora ya raramente conduce, viviendo lo bastante cerca del centro de Rhinebeck como para poder ir andando a ver a sus amigos o comprar comida en la tienda de productos naturales que le gusta, así que solo conduce si necesita visitar a su médico o a uno de sus conocidos más lejanos en Hyde Park, pero yo me sentía más tranquilo sabiendo que el coche no está esperando en el garaje de mi casa vacía fuera del pueblo, en una

calle tranquila y un tanto retirada dentro de la finca, con un seto alto que oculta la casa, de manera que sería sencillo para un ladrón entrar sin que le vieran desde la carretera y llevarse cuanto encontrara allí. Había decidido que iba a poner un sistema de alarma el año siguiente, y tal vez también una serie de cámaras de vigilancia activadas por el movimiento como me había recomendado Peter, lo que me permitiría monitorizar la casa desde Manhattan y, me aseguró, recibir un aviso si las cámaras se disparaban y se ponían a grabar. «Incluso te mandarán por *email* el vídeo que hayan grabado, para que puedas comprobar si no es nada o si hay un intruso paseándose por tu salón». Sonaba a ciencia ficción, pero Peter insistió en que la tecnología era barata, aunque había algunas dudas acerca de la privacidad, dado que el servicio de *email* implicaba que el vídeo sería enviado por una tercera parte y no había garantías, al menos, ninguna que contara, de que «algún mamón en Bloomington no se ponga a mirar una conexión en directo de tu salón cada vez que le apetezca».

Mi madre y yo quedamos para comer el domingo. Aunque hubiera preferido disponer del fin de semana entero para mí, sin compromisos sociales, mi madre todavía disfrutaba con la novedad de mi regreso. El domingo le dejaría mi coche a última hora de la tarde e iría caminando hasta la estación, o, si hacía mal tiempo, me acercaría ella. Ese viernes me bombardeó con los cambios que había hecho desde mi última visita, aunque a mí la casa me parecía la misma desde hacía años, con todo en su sitio aunque un poco más abigarrada, llena de calendarios, tarjetas de felicitación y chismes que le habían regalado amigos y vecinos, y aunque su estilo no era el mío, me reconfortaba saber que vivía con un sentido de comunidad, que había gente que se interesaba por ella, que estaba atenta a si no recogía el correo o el periódico, si tenía las luces encendidas a una hora avanzada de la noche o si no recorría las cortinas por la mañana, gente que se pasaba para preguntar si necesitaba algo de la tienda o se ofrecía a llevarla a comer. Vivía a la vista del pueblo, en el centro de su vida social, muy cerca de su centro geográfico, a la vista a todas horas. Yo podía regresar a Manhattan sabiendo que mi madre estaría bien porque no la olvidaban ni la ignoraban.

De camino a mi casa, me detuve en el colmado de la Ruta 9 con la idea de comprar algunas cosas a fin de que, aparte de comer con mi madre al día siguiente, pudiera pasar unas cuantas horas leyendo y tal vez también pensando sobre mi pasado reciente, sobre Stephen Jahn, Fadia y Saif y la forma en que ese trío de personas habían acabado por dominar mi mundo.

La casa, al lado de una larga carretera rural al norte del pueblo, se erige en una parcela de tierra rodeada de pequeñas granjas. Mi vecino más próximo está a un kilómetro y la carretera es poco más que un camino asfaltado entre granjas, lo bastante ancha para un vehículo, así que a menudo parece más remota y apartada del mundo de lo que en realidad está.

Descargué la comida en el cuarto de la entrada y me tranquilicé al encontrar la casa en condiciones. Mientras observaba cómo bajaba la puerta del garaje y la luz grisácea de la tarde daba paso al resplandor blanco de las lámparas, sentí de nuevo la calma tras los sucesos de la semana y también alivio al ver que podía retirarme a este tipo de espacio alejado de la ciudad, de los estudiantes y colegas, incluso alejado de Meredith y Peter, porque lo percibía como el sitio de un futuro retiro, una muestra de cómo sería mi vejez, aunque a diferencia de mi madre, no me imaginaba situándome en el centro de ninguna comunidad.

Pase lo que pase en mi propio caso, ahora más incierto que nunca, siempre he pensado que es más probable que las ancianas sean cuidadas por amigos y vecinos que los ancianos, que, tal vez por naturaleza, están más dispuestos a ensimismarse y son menos propensos a pedir apoyo. Quizá la gente asuma que los hombres son más capaces de satisfacer sus necesidades, síntoma de un antiguo sexismo que nos hace tanto daño a los varones como, en última instancia, se lo hace también a las mujeres, al suponerse que los hombres son más capaces y por tanto puede ignorárseles, de manera que su deterioro es más rápido, mientras que las mujeres, consideradas incapaces y, por tanto, necesitadas de una atención que asume que solo hay una forma de envejecer como es debido, al final, salen más beneficiadas de esos supuestos, o al menos es lo que uno podría pensar. O tal vez no sea así, tal vez la gente piensa lo contrario, que los hombres ni de lejos saben cómo cuidarse por sí solos en su vida doméstica, mientras se asume que las mujeres, a medida que envejecen, viven centradas en la vida doméstica, gobernando un espacio del que han sido dueñas y señoras desde hace mucho, y por tanto puede dejárselas a su aire. Lo cierto es que demasiados ancianos, hombres y mujeres, son olvidados e ignorados, y los prejuicios, en un sentido u otro, hacen mucho daño a ambos. Tal vez, prestarles un poco de atención en esos casos no sea malo.

Por ahora, me alegro de estar solo y de que me ignoren, tal vez incluso de que me olviden, aunque sé que Meredith no me olvida, y no soy anciano, estoy en la cincuentena, tal vez en el septiembre de mi vida, o, si hemos de creer en las predicciones sobre nuestra propia longevidad, hasta es posible que a principios de julio. Reconforta pensar que todavía me queda media vida por vivir, cincuenta años para reparar lo que a veces me ha salido dramáticamente mal, sobre todo en cuanto tiene que ver con mis relaciones con mujeres, y no solo Susan y Meredith, y, en menor medida mi madre, sino también con Fadia, sobre la que tengo una profunda y penosa sensación de fracaso, no solo de haberle fallado a ella sino de haberlo hecho rematadamente mal, sin tener muy en cuenta la complejidad de las circunstancias. Incluso en situaciones que no estaban claras sé que es posible que yo lo hubiera hecho mejor de lo que lo hice.

Ahora —sentado en este apartamento sobre Houston Street, inseguro de cuánto tiempo podré ir y venir con una sensación de libertad— hay ocasiones en que me pregunto si ya he traspasado el límite de la vida, y si esta situación actual podría ser,

para el historiador, el académico, el investigador de las historias de otros en el archivo de la historia reciente, la única versión del purgatorio que podría haber merecido, una explicación de mis fracasos, registrada en espera de un público sobre cuyo carácter, identidad, composición e intenciones solo puedo especular: las autoridades, mis herederos, algunos futuros historiadores preocupados por las formas en que esta nación ha contorsionado su mirada para verse a sí misma.

Esa tarde de viernes, la última de noviembre, la pasé acomodado en mi cálida sala de estar, mirando el césped y el jardín en el que había trabajado muy poco ese año, prometiéndome que en abril o mayo, cuando la tierra se hubiera deshelado, contrataría a alguien que preparara un jardín que requiriera el mínimo mantenimiento y poca agua, un jardín que pueda dejarse crecer sin preocuparse de las estaciones y que sea inmune a mi mirada distraída; y así, con el encantamiento de ver el jardín desapareciendo entre las sombras y mi propio reflejo volviéndose más nítido en las ventanas por las que miraba, encendí las luces para no quedarme a oscuras, y me puse a leer, saltando entre *El expediente* de mi antiguo colega Timothy Garton Ash y *Top Secret* de Simón Menner, que me produjo escalofríos con sus imágenes de polaroid de la gente que había sido sometida a vigilancia. Al final del libro de Menner, una serie de fotografías muestran al jefe de la Unidad de Vigilancia Telefónica de la Stasi con su traje gris, apoyando una rodilla en el suelo mientras le dan un golpecito en el hombro con la hoja de una espada y le conceden un colgante ornamental que representa un aparato de teléfono rojo. Los honores de la vigilancia, el premio secreto del espía. ¿Serían mis propios vigilantes condecorados del mismo modo?

Cuando me di cuenta de que me estaba adormilando, encendí la televisión, intentando sumirme en uno de esos estados de ánimo irreflexivos en que la mente puede descansar con vidas y preocupaciones ajenas a las propias. No debí de encontrar nada que me distrajera lo suficiente porque no dejaba de darle vueltas a los sucesos de la semana, intentando separar el hecho de la vigilancia a la que estaba siendo sometido (Dios mío ¡alguien me está observando a todas horas!) de la intención (¿por qué iba alguien a seguir mis pasos tan de cerca?) y de la propia revelación (¿quién querría que supiera de esta vigilancia y *por qué?*).

Casi había llegado a aceptar el hecho de la vigilancia, y tenía la sensación, ahora, de que hiciera lo que hiciese, fuera donde fuese, si lo hacía de modos que pudieran ser rastreados (*software* de reconocimiento facial, rastros de movimientos financieros, incluso mi MetroCard, por no mencionar mi actividad *online* y telefónica), alguien estaría recolectando los datos aunque no fueran necesariamente analizados en busca de patrones de comportamiento o indicios de que pudiera considerármese, en algún absurdo sentido, como una amenaza para la seguridad nacional. Cogí el teléfono fijo y le hablé a la señal de llamada, o a quienquiera que pudiera estar escuchando, insistiéndole, y también a mí mismo, en que «No he hecho nada malo, soy una



persona inocente, sin tacha, un profesor de Historia de una respetable universidad de una de las mayores ciudades del mundo. ¿Por qué debería preocuparme que el gobierno monitorice mis hábitos, comunicaciones personales y transacciones financieras si no tengo nada que ocultar? Hace no mucho, un estudiante me dijo que la privacidad es para los delincuentes, que solo a un criminal se le ocurriría exigir la privacidad de sus comunicaciones. No soy ningún criminal, pero aun así, exijo privacidad. Exijo el derecho a que me dejen en paz, a que se olviden de mí, a ser alguien insignificante».

Por descontado, yo sabía que lo sucedido tenía que ver con la gente que había conocido en Oxford, y tal vez también con lo que había leído *online* o había escrito sin pensar en *emails* o había dicho por teléfono durante el curso de la última década. En los dos días siguientes, empezaría a ver estas razones con creciente claridad, como las veo ahora, o a sospechar que las veo, independientemente de la excepcionalidad de todo lo que ha sucedido. Pero en aquel momento, el último viernes de noviembre, escapaba a mi capacidad de análisis o a mi imaginación adivinar quién querría que yo fuera consciente de la vigilancia o por qué se arriesgaría a alertarme de esa intrusión.

Mi primera idea fue que tenía que estar directamente relacionado con alguien que ya me conocía, como Stephen Jahn, que sabía cómo acceder a mis registros y quería hacerme el favor de avisarme de que no tenía garantizada mi privacidad, como si él comprendiera mi sensación de vulnerabilidad ante estas cuestiones. No, ese no es el modo más preciso de expresarlo. Más bien, como si él comprendiera que siento una neurosis especial con respecto a la privacidad, una neurosis que, al mejor estilo freudiano, se arraigó en mi infancia, en relación con mi padre. ¿Es este, me pregunto, el tipo de trauma en el que podía estar pensando la doctora Sebastian?

Aunque lo quería de verdad, mi padre tenía un sentido de la privacidad completamente distinto del mío, tal vez porque había crecido pobre en una granja, el hijo del medio de siete hermanos, tan pobre que compartía cama con sus dos hermanos mayores y debía de haberse acostumbrado desde la más tierna infancia a no tener la menor intimidad. Sin embargo, yo crecí con mi propia cama en mi propia habitación. Aunque no era estrictamente mío, había un baño familiar (uno de los cuatro de la casa), que yo utilizaba por costumbre, donde me bañaba y duchaba, me cepillaba los dientes por la mañana y por la noche, cagaba y meaba y, en mi adolescencia, me masturbaba. Mi padre no había disfrutado de niño de una privacidad semejante. Su cuerpo era observado por sus hermanos, cuando cagaba o meaba era asunto de toda la familia, del mismo modo que cuando cagaban o meaban los demás también era asunto suyo, pues no disponían más que de un retrete exterior durante los primeros años de su vida, y solo más adelante llegaron las cañerías al interior, y con ellas una competición por acceder al cuarto de baño que implicaba que el uso sin interrupciones de la instalación por una persona fuera muy raro.

A causa de esta diferencia en nuestra percepción de lo que significaba la privacidad, cuando yo era pequeño mi padre entraba en el cuarto de baño sin llamar,

incluso cuando la puerta estaba cerrada, incluso cuando yo estaba sentado en el retrete, y sin la menor sensación por su parte, al principio, de que fuera algo raro o que podría molestarme hasta que empecé a cerrar con el pestillo la puerta del lavabo cada vez que entraba. Por extraño que parezca, en lugar de comprender lo que pasaba, el que yo quisiera cagar y mear sin preocuparme por si la puerta se abriría durante estas actividades tan íntimas, mi padre se enfadó y exigió que no cerrara la puerta porque, insistió, «no había secretos en nuestra casa». Ahí se abrió un periodo de negociaciones iniciado por mi madre y al final mi padre cedió y yo pude cerrar la puerta del baño, satisfecho de que, cuando me encontraba en mi momento más vulnerable, nadie irrumpiera de repente y me molestara. En todo eso, ni que decir tiene, había un gran elemento de vergüenza corporal. Esas intrusiones coincidieron con mi deseo de no querer que mis padres me vieran desnudo, pero, mientras que mi madre parecía entenderlo instintivamente, para mi padre siguió siendo algo casi incomprensible. Su propio padre y sus hermanos lo habían visto habitualmente desnudo hasta, sospecho, muy avanzada su adolescencia. La consecuencia psicológica para mí fue duradera, por no decir permanente, de manera que cada vez que utilizo un lavabo público, me siento obligado a cerciorarme de que la puerta del cubículo se cerrará, o, de ser una pieza única, ver si la puerta al resto del establecimiento cierra bien. De forma similar, al visitar a amigos, a menudo me agobio pensando si la puerta del lavabo cerrará o no, y cuando no hay pestillo he llegado a hacer verdaderas tonterías para asegurarme de que la gente se entere de que voy a usar el lavabo, y si me encuentro en el retrete de un lavabo sin cerrar y oigo movimiento al otro lado de la puerta, toseré o carraspearé ruidosamente para que a la persona que pase por delante no le quepa la menor duda de que está ocupado. Un hombre más equilibrado no le daría mayor importancia, dado que lo que hace un hombre en un lavabo es lo mismo que hacen todos los hombres y mujeres, con las pequeñas variaciones que se quiera de costumbres y biología, pero esta neurosis sobre la privacidad en el aseo tiene que ver, en última instancia, con la vergüenza y el pudor; mientras que mi padre no tenía sentido de la vergüenza corporal ni una percepción natural de la privacidad (al menos en el ámbito doméstico), mi madre era, y sigue siendo, una mujer muy pudorosa a la que no le vi los hombros descubiertos hasta que era adolescente y los tres fuimos de vacaciones a Florida. Hasta entonces ni siquiera la había visto en bañador y me sorprendió, cuando llegó la ocasión, verla embutirse en uno, dolida por tener que exponer incluso aquellos púdicos fragmentos de piel.

¿Era posible, me pregunté, que la persona que me había puesto sobre aviso de que estaba siendo vigilado supiera algo de mi neurosis en ese aspecto? De ser así, tenía que tratarse de alguien que me conocía lo bastante para haber observado mi comportamiento o haber estado presente cuando, por ejemplo, daba clases sobre la vigilancia en Alemania Oriental, siendo aparentemente mi especialidad lo más revelador sobre mí. El que alguien opte por centrar su vida profesional en la historia

de la vigilancia en un país concreto seguramente indica que podría estar obsesionado por las nociones de vigilancia y privacidad más de lo normal. Por descontado, se me ocurrió —más tarde, quizá, de lo que habría debido— que cualquiera podría descubrir mi neurosis sobre la privacidad simplemente examinando mi historial académico, accesible para cualquiera *online* en la página web del departamento, en varios sitios web de conferencias que había impartido, en los catálogos de incontables bibliotecas donde mis libros estaban citados bajo varios temas reveladores, entre ellos, llamativamente, el de «vigilancia» en diversas formas y variados contextos, sin limitarse, por supuesto, a Alemania Oriental, es decir, que podría ser considerado no solo un neurótico de la vigilancia sino uno de los mayores expertos mundiales en el tema, y pese a todo, no se trata, en modo alguno, de un elemento neurálgico de mi mundo mental. No ando por ahí dándomelas de experto en vigilancia, sino más bien como un historiador de la Europa del siglo xx y, en menor medida, como un teórico político o, incluso, un filósofo. Sin embargo, sentado en mi salón de las afueras de Rhinebeck una fría tarde de noviembre que había dado paso a una noche aún más fría, tenía que reconocer que si alguien quería decir algo sobre la vigilancia gubernamental yo me contaba, en cierto sentido, entre las personas más útiles con las que debería contactar, o a las que utilizar como víctima o convertir en ejemplo, dependiendo de cuál fuera la razón que le impulsara.

Dándole vueltas a esos pensamientos, preparé la cena y me serví una copa de vino. Acababa de sentarme para cenar y ver las noticias cuando oí el sonido de pisadas sobre la grava del camino de entrada, una persona se acercó a la casa a paso rápido y resuelto, y después sonó un timbrazo repentino. Dejé el tenedor en la bandeja, puse esta en el suelo junto al sofá donde me había sentado y salí del salón hacia el pasillo delantero. En el recibidor aparté la cortina de la ventana contigua a la puerta de la fachada y me asomé al porche, donde había un joven moviéndose inquieto bajo la luz. Era Michael Ramsey, como siempre de negro, con la cara enjuta y aterida por el viento.

Abrí la puerta principal, pero la de tela metálica todavía se interponía entre nosotros y aunque era poco más que una endeble malla de aluminio, sabía que estaba cerrada porque siempre echaba la llave cuando me iba y todavía no había pasado por esa puerta de la fachada desde mi llegada. Ramsey fingió sorprenderse, pero es imposible que se den tres coincidencias la misma semana, sobre todo en Nueva York, y yo sabía que, dijera él lo que dijese, estaba en mi casa por alguna razón, de la misma manera que había estado en el Caffè Paradiso el sábado anterior y en casa de Meredith y Peter el día previo.

Aunque no soy propenso por naturaleza a la mala educación, y lo cierto es que mis padres me educaron con tal diligencia que me cuesta relacionarme con nadie, incluidos los dependientes y cajeras de las tiendas, sin decir algo así como «Hola, ¿cómo está?», enfrentado con el señor Ramsey por tercera vez esa semana y teniéndolo delante en las escaleras delanteras del sitio que yo había creído que era mi

retiro del mundo, me vi con las reservas de buena educación repentinamente vacías y su lugar ocupado por un pozo sin fondo de ira.

—¿Qué coño quiere?

—Vaya, es..., eh, usted es el padre de Meredith. ¿Cuál es la probabilidad?

No respondí salvo alzando la ceja izquierda, que se arquea más marcada y dramáticamente que la derecha.

—Yo..., esto, me alojo en la casa al final de la carretera.

—¿Sí?

—Me he quedado sin luz.

—No me diga.

—No tengo coche y cuando he visto luces entre los árboles he pensado que tal vez, ya sabe, que tendría unas velas o una linterna que pudiera prestarme. Incluso una radio de cuerda, no sé.

—No.

—No... ¿quiere decir que no tiene nada de eso o que no me lo deja?

—No tengo ninguna de esas cosas. Y si tuviera velas no podría dejarlas dado que son unos objetos que se consumen al usarlos, no es que unas pilas o una radio o una linterna no se consuman también, pero se trata, diría yo, de un orden de uso distinto. Uno puede recibir velas, como huevos o un tazón de azúcar, con el sobreentendido de que las reemplazará o bien si ha llegado a un acuerdo con la persona que las ha proporcionado para que pueda, cuando sea ella quien se encuentre sin velas, huevos o una libra de mantequilla, llamar a la puerta del otro y pedirle lo que venga a cuento en especias, como compensación.

Ramsey parecía alucinado.

—¿Así que no le sobra una linterna? Allí está muy oscuro. Los árboles, tío, me acojonan.

—Ha venido caminando hasta aquí a oscuras. Estoy seguro de que no le pasará nada. Podrá aprovechar para dormir.

—Vamos, profesor, seguro que puede dejarme una linterna. Acabo de llegar. Me he ido de la ciudad porque quería alejarme durante el fin de semana, ya sabe, y mis amigos me dijeron que podía quedarme en su casa, pero no sé, tal vez se olvidaron de pagar la factura de la electricidad o algo así. Llego aquí y me encuentro sin electricidad ni calefacción, y esta noche hace un frío de cojones, y llevo horas intentando averiguar qué es lo que no funciona. Dijeron que la temperatura sería la misma en Rhinebeck que en la ciudad, pero, mierda, tío, hace mucho más frío cuando sales del microclima de la ciudad. ¿Se ha fijado en eso? En Manhattan siempre hace un poco más de calor que en las zonas de alrededor, supongo que es por el efecto de isla de calor o como quiera que lo llamen, con los coches, los metros y todo ese cristal, cemento y acero que produce su propio calor, no sé, un aumento de diez grados o así. Uno imaginaría que el servicio meteorológico lo tendría en cuenta, pero no, ni hablar, o sus estaciones de control están, a lo mejor, en lo más alto de los

edificios y dan diferentes lecturas. Mierda, sí que hace frío aquí fuera. ¿Podría entrar y calentarme un poco antes de volver a casa?

—Es una caminata de solo diez minutos. Entrará en calor de camino.

—Eso no es muy hospitalario.

—A lo mejor es que no soy una persona muy hospitalaria.

—Vamos, no creo que eso sea verdad, usted solo es... no sé...

—¿Qué soy? ¿Tiene una teoría sobre mí? Ni siquiera me conoce.

—Tal vez esté un poco paranoico, profesor.

—Tal vez. Tal vez usted debería volver a la casa de sus amigos.

—Que son sus vecinos.

—Ya, sí, mire, no los conozco. No nos hemos visto. No me siento obligado a ayudar a huéspedes ajenos.

—Pero yo soy amigo de su hija.

—Yo no lo creo así, señor Ramsey. Creo que es amigo de Peter y no me parece que sea siquiera un amigo muy íntimo. Tengo la sensación de que es un remoto parásito que apareció en sus vidas porque se dio cuenta de que mi hija y mi yerno podrían ser útiles.

—Eso no es muy agradable. Vamos, hombre, ¿no puedo calentarme unos minutos? Aquella casa está helada y si no se me ocurre cómo hacer que funcione la electricidad o el gas voy a pasar una noche gélida.

—Todavía no es tarde para coger el tren de vuelta a la ciudad. Le diré lo que haré: llamaré a un taxi para que lo lleve a la estación.

—No me rindo tan fácilmente, soportaré lo que haga falta si no queda otra, solo necesito entrar en calor.

Pese al estorbo de la puerta de tela metálica, era obvio que estaba temblando, y tal vez fuera un buen actor o tal vez tenía frío de verdad, pero, como fuese, algo en mi interior empezaba a ablandarse contra lo que me decía el instinto, así que descorrí el pestillo de la puerta y me hice a un lado mientras Michael Ramsey entraba en mi casa. Visto desde hoy es posible que yo ya lo hubiera imaginado todo de antemano y quisiera ver cómo se desplegaban los sucesos, esperando, al menos, que el dejarle pasar podría darme algunas respuestas o que él revelaría su papel en el drama que estaba desarrollándose a mi alrededor.

—Vaya, gracias, tío, se lo agradezco de verdad.

Se estremeció mientras yo arrimaba la puerta principal y la cerraba por dentro para que no pudiera marcharse sin una obstrucción momentánea, como si quisiera que él pensara que era mi rehén tanto como mi huésped.

—Mi teléfono se ha quedado sin batería y no sé si me dejaría el suyo para llamar a mis amigos y preguntarles qué pasa con la electricidad. Ni siquiera sé si están en casa, pero me dijeron que esta noche se quedarían en la ciudad y que mañana vendrían para aquí, pero, ya sabe, preferiría no pasar la noche en una casa helada si puedo evitarlo. Tiene que haber alguna explicación muy tonta, como un interruptor

que hay que pulsar, yo qué sé, disyuntores o lo que sea, tal vez hubo una sobrecarga de tensión y todo se paró, pero usted no ha tenido ninguno de esos problemas cuando llegó, ¿no? ¿Vino anoche o esta mañana?

—He venido hoy, esta mañana. Todo estaba bien. La casa estaba caliente, las luces funcionaban, y siguen funcionando, como ve, así que no creo que le haya pasado nada al suministro eléctrico en esta zona. No creo que se haya estropeado un transformador. Si hay algún problema, debe de ser en casa de sus amigos. Por cierto, ¿cómo se llaman?

—Phil y Sara Applegate.

Los nombres me sonaron improbables, pero asentí.

—Compraron la casa hará un par de años y la remodelaron de arriba abajo. A ella le gusta el diseño primitivo, ya sabe, así que es, no sé, como colonial, como entrar en el siglo XVIII o algo así, todo muy sencillo, pero, mierda, hace un frío que pela.

—A lo mejor no tienen electricidad. A lo mejor solo utilizan lámparas de aceite y velas y calientan la casa con una estufa de leña. Hay gente así por aquí. Le sorprendería cuántos. No quieren vivir conectados a ninguna red. Excavan un pozo, cortan leña, llevan una vida bucólica. A mí me parece que debe de ser agotador.

—Sin duda. Guau. ¿Se imagina? Tendría que pasarse todo el tiempo trabajando solo para poder calentarse.

—Una existencia más sencilla. Estilo zen o algo así.

—Es usted un tipo gracioso, profesor.

—¿Qué he dicho de gracioso?

—*Estilo zen o algo así...* bum, bum, redoble. Me gusta su ritmo cómico. Muy posirónico. Nunca se lo había notado antes. Bien, ¿puedo usar su teléfono?

—¿Por qué no? —Con la frente señalé el teléfono que había en el rincón del salón y Michael Ramsey se encaminó a largos pasos, vi que llevaba puesto lo que parecía su atuendo distintivo: todo negro y gris, lana, algodón y cuero, como si fuera un forastero que hubiera interiorizado algún sentido de los límites del chic de Manhattan, como alguien del Medio Oeste podría imaginar que vestiría un neoyorquino, y entonces, con un movimiento elegante, cogió el teléfono y marcó. Era delgado y elástico y volví a pensar que estaba demasiado flaco para ser saludable, que tenía el cuerpo de un yonqui o un anoréxico.

—¿Memoria fotográfica?

—Eidética. Sobre todo para los números, las direcciones y mierda así. Eh, Sara, soy Michael...

Escuché o medio escuché mientras él explicaba su descubrimiento de la casa oscura y fría de mis vecinos y su incapacidad para que la calefacción o la electricidad funcionasen y luego la revelación de que estaba llamando desde mi propia casa. A las pocas frases quedó claro que ni Sara ni Phil (más tarde confirmé que esos son, de hecho, los nombres de mis vecinos) tenían la menor idea de por qué estaba cortada la electricidad y que esperaban estuviera dispuesto a quedarse el sábado para que

alguien fuera a echar un vistazo a todo y tal vez ellos mismos se repensarían si acercarse el fin de semana, lo que indicaba que o bien los Applegate eran unos gilipollas o no eran tan amigos de Michael Ramsey como él quería hacerme creer. (Todavía no he llegado al fondo de esa cuestión). Por fin colgó el teléfono, se dio la vuelta y me vio al borde de la alfombra del salón, con los dedos de los pies rozando las borlas, una de las manos apoyada en el respaldo de una silla mientras la otra rebuscaba en el interior del bolsillo de los pantalones alguna pista sobre cómo podría abordar la situación, pero la tela no da respuestas y un bolsillo casi siempre se limita a ser meramente un bolsillo.

—Me temo que estoy jodido. ¿Está seguro de que no le sobran velas o una linterna? Mañana se las devolveré. O, quiero decir, puedo comprar otras y reemplazar lo que me haya...

Era una demostración de que estaba ante un mentiroso convincente. Parecía casi perdido, hundido por la perspectiva de pasar una noche gélida en una casa a oscuras, casi tan aterrado como lo habría estado yo ante la perspectiva de utilizar un retrete en medio de Penn Station con desconocidos pasando a mi alrededor por todas partes, golpeando mis piernas y trasero desnudos con las maletas con ruedas y riéndose disimuladamente mientras me miraban dándome la vuelta para limpiarme.

—Veré qué encuentro en la cocina. No creo que haya velas pero puede que sí una linterna.

—Gracias, cualquier cosa sería genial, no sé, incluso una linterna de bolsillo, lo que sea.

Cuando estaba a punto de salir del cuarto me di cuenta de que no quería que Michael Ramsey se quedara a solas y sin que nadie le viera en mi casa, igual que, imaginé, Stephen Jahn debía de haber sentido conmigo hacía muchos años en Oxford, cuando fui a su piso en Folly Bridge Court.

—Venga conmigo. Le prepararé un té si le apetece.

—Oh, no, no pasa nada. Estoy bien, no quiero molestarle más.

—No es ninguna molestia. Venga, prepararé una tetera.

Me quedé en el vestíbulo entre el salón y el pasillo que llevaba a la cocina, dejando claro por mi posición que no iba a ir a ninguna parte sin él. Arrastró los pies por la alfombra, casi tropezándose. Quería decirle que levantara los pies y tuviera cuidado pero me limité a sonreír, apartándome para que entrara el primero en la cocina. Al hacerlo, imaginé que lo empujaba escaleras abajo hasta el sótano, que quedaba delante, con la puerta de las escaleras abierta, y el sótano a oscuras, y si lo empujaba ahí abajo, como sospechaba que no me costaría mucho dada su delgada complexión, casi con toda seguridad moriría. Me quité la idea de la cabeza y lo seguí a la cocina, donde las luces todavía estaban encendidas, dejando mi cena en la bandeja del salón y la televisión parpadeando en silencio.

Michael se quedó en medio de la cocina, mirando la estufa y la botella de vino abierta, las alacenas llenas de platos, tazas y vasos, el cajón que había dejado abierto,

cargado con una cubertería bañada en plata de segunda mano, comprada en un mercadillo en Hudson.

—Huele bien, tío, ¿lo ha cocinado usted?

—¿Ha comido? —pregunté, sintiendo de repente el poder que implicaba fingirse hospitalario. La mala educación limita. A veces una falsa hospitalidad puede ser más peligrosa, como sabe todo lector de cuentos de hadas. La casa del desconocido en el bosque que de golpe se abre y está bien surtida, con la mesa bien servida de la anciana que sonrío y ofrece una silla junto a su chimenea, el anciano que te sirve un vaso de grog y te cuenta su historia, toda esa gente quiere tu vida, como poco, por no decir tu alma inmortal, porque pueden ser demonios disfrazados, Satán en la piel de un hombre, una bruja con la peluca de una vieja.

—No, pero es muy amable por su parte...

—No le estaba invitando necesariamente.

—Oh, lo siento, me pareció...

—Era una broma. ¿Ha comido?

—No, pero como le he dicho...

—No es ninguna molestia. Tengo mucha comida. Usted tiene una casa sin calefacción ni electricidad. Como dice, es una noche fría. No tiene coche. Conoce a mi hija y a mi yerno, y la costumbre, como me ha recordado, dice que debo ser hospitalario. —Saqué un plato de la alacena y serví un montón de pasta y un poco de ensalada y pan de ajo, luego llené una copa de vino tinto y sonreí al señor Ramsey de un modo que esperaba que dejara claro que no me apetecía hacer lo que estaba haciendo, pero asumía que era lo único que podía hacer humanamente, o puede que fuera lo más humano que podría haber hecho aparte de invitarle a pasar la noche, algo que no tenía la menor intención de proponerle. Puse el plato en una bandeja y se la pasé, cogí la copa de vino y lo conduje al salón, donde volví a sentarme en el sofá y le hice un gesto para que se sentara en una de las sillas de madera de respaldo duro que había comprado en el mismo mercadillo en Hudson donde había adquirido la cubertería de la casa a una pareja de jóvenes homosexuales ambiciosos que intentaban transformar otro rincón de la pobreza rural en una tierra de antigüedades y quesos artesanos.

—Tiene una pinta estupenda, gracias —dijo y por primera vez creí que él podría estar angustiado o se replanteaba la sensatez de haber aceptado mi comida con el riesgo de llevarse a la boca algo que yo hubiera preparado, aunque debió de darse cuenta de que no había tenido ninguna oportunidad de envenenar lo que comía a no ser que lo hubiera hecho por adelantado.

Cogí mi propio plato, con la pasta ya fría, y me llevé a la boca un tenedor cargado de *penne* con salsa de tomate, bien surtido de berenjena y ajo. Después de habérmelo tragado, él también comió, dio un sorbo de vino, mordisqueó el pan de ajo y a la vez pareció de golpe agotado y aliviado. Seguimos comiendo en silencio y mientras comía, el señor Ramsey parecía volverse aún más delgado y más joven, más infantil,



vulnerable, de manera que, lejos de echarle treinta y pocos, que era la edad que suponía que tendría, a mis ojos se convirtió en alguien con la mitad de esos años, y aunque él conocía a mi hija y a mi yerno, y nos habíamos visto dos veces antes, me sorprendió la rareza de tener a este joven visitante de aspecto tan inmaduro sentado en mi salón comiendo mi comida, entrometiéndose en mi privacidad tras haberse fijado, a través del casi kilómetro de bosque que separaba la casa donde se alojaba de mi propia finca, en las luces de mi casa por la noche. Eso significaba que había estado buscando una solución, o tal vez no hubiera ninguna, y él sabía desde el principio que yo iba a venir aquí, y entonces se me ocurrió que tal vez ni siquiera se alojaba con mis vecinos sino que había llegado al pueblo en taxi, que podría haberlo dejado a un kilómetro de manera que yo no hubiera visto las luces, y luego habría caminado a oscuras con aquel frío hasta llegar ante mi puerta con esa historia de que se alojaba en la casa de mis vecinos cuando en realidad podría tratarse de un disparate tan fabuloso como si yo le dijera que me había acostado una vez con una princesa egipcia.

—Peter me dijo que usted vivió en Inglaterra.

—Así es. Durante más de una década.

—¿Por qué ha regresado?

—Mi hija vive aquí. Y la NYU me hizo una oferta que no podía rechazar.

—¿Más dinero?

—Considerablemente más. Y menos trabajo.

—Qué bien —dijo, con el tono en que lo pronuncia su generación, alargando la palabra, haciendo que sonara desagradable o incluso inmoral, como una victoria no del todo justificada o un ascenso conseguido mediante un favor menos que imparcial, como si tanto la NYU como yo nos hubiéramos visto comprometidos por la oferta hecha y el que yo la aceptara—. Pero Oxford es una universidad mejor, ¿no?

—Esas cosas son difíciles de cuantificar. Si mejor significa más antigua y más selectiva, entonces Oxford es mejor, ciertamente, pero, como le digo, es difícil juzgar las abstracciones de la calidad. Usted y Peter estuvieron en Harvard, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca. Me lo pasé genial.

—¿Y antes?

Dudó un momento.

—Um, Columbia —dijo con una entonación ascendente.

—También una gran universidad.

—Sin duda, sin duda. Pero no me lo pasé tan bien.

—A veces acabamos en sitios en los que no encajamos, y puede resultar difícil salir de ellos.

—¿Lo dice por experiencia?

—Tal vez sí. O tal vez no.

—La mayoría de los americanos, ya lo sabe, dicen *quizá*. A mí *tal vez* me parece muy *británico*.

Sonreí viendo cómo se acababa los últimos bocados de la cena que me había preparado para mí mismo en la cantidad suficiente para que me quedaran sobras para la noche siguiente y así no tener que cocinar dos veces durante el fin de semana, aunque era igual de probable que después de haber comido con mi madre, la pasta recalentada me pareciera demasiado deprimente para cenarla. Quise pensar que Michael Ramsey me hacía un favor al consumir la mitad de la comida que había preparado para mí, y aun así, viéndolo comer con hambre pero descuidadamente, como si se tratara de algo mecánico más que de apetencia, de la necesidad simple de sustento sin prestar la menor atención al gusto ni al sabor, sin paladear la comida que había cocinado, empecé a arrepentirme no solo de su intrusión sino también de mi deseo quijotesco de ser servicial a alguien que iba a la deriva en una fría noche rural, y de mi necesidad de ser útil e incluso, por extraño que parezca, de hacerme amigo de este joven. Dejó el tenedor en la bandeja y me miró de un modo que parecía esperar a que yo diera el siguiente paso, y como no dije nada sin dejar de mirarle, con expresión seria y en silencio, se retorció en la silla.

—Creo que tengo que irme.

—Antes de que sea demasiado tarde. —Aunque todavía era bastante temprano yo estaba ansioso por librarme de él, así que me levanté y me encaminé hacia la puerta.

—¿Así que está seguro de que no tiene una linterna?

—Se me había olvidado. Déjeme que vaya a buscar a la cocina.

Estuve a punto de dejarle solo en el salón cuando se me ocurrió que sería una insensatez suponer que podía fiarme de él siquiera por un instante. Me detuve en el umbral, me di la vuelta, lo miré por encima de la nariz al otro lado del salón.

—¿Por qué no me ayuda?

Una vez más esperé mientras él entraba en la cocina por delante de mí y se quedaba en el centro. Procurando mantenerlo siempre a la vista, fui directamente al cajón de herramientas donde guardaba una variedad de destornilladores, clavos sueltos y otros fragmentos de los desechos de una casa, y al fondo, en un hueco que permanece permanentemente a oscuras por la encimera que sobresalía y al que solo se llega ladeando el cajón fuera de sus ruedecitas, metí la mano y palpé hasta encontrar no una sino dos linternas distintas, aunque ambas ofrecían solo una vacilante iluminación, como si no fueran a durar más que unos pasos, ni pensar en un kilómetro por la carretera o a través del bosque, y, aunque funcionaran, Ramsey seguiría solo en una casa a oscuras, suponiendo que su historia fuera cierta. Busqué pilas en un armario, pero no di con ninguna. Tenía una antigua lámpara de petróleo en la planta de arriba, en mi habitación, que había llenado por si había apagones, pero no iba a dejársela a un desconocido. No tenía velas, así que negué con la cabeza y le dije que tendría que apañárselas con las linternas y acostarse temprano.

—Gracias, es de gran ayuda. Se las devolveré mañana.

—Solo si consigues recuperar la electricidad.

Cuando abrí la puerta principal y una ráfaga de frío me alcanzó la cara sentí un espasmo de culpabilidad. Si Meredith se encontrara en un apuro similar en la casa de, pongamos, el padre de Michael Ramsey, si es que existe, ¿no me gustaría que la trataran más atentamente de lo que yo le estaba tratando a este joven?

—Le acercaré en coche —me ofrecí—. Tal vez pueda echarle un vistazo a los fusibles.

—No, no, no. No quiero molestarle más de lo que ya le he molestado. Pasaré bien la noche.

—¿Por qué? ¿Es que en realidad no se aloja ahí?

—No entiendo...

—Si no quiere que vaya a echar un vistazo, doy por sentado que en realidad no se aloja en casa de mis vecinos y que se ha inventado la historia para entrar en la mía, porque usted no me parece lo bastante considerado para que le importe molestarme o incordiarle más o no.

Michael Ramsey sonrió con suficiencia.

—Claro que me aloja ahí, tío. Tengo las llaves, ¿ve?

Sacó un llavero de su bolsillo, pero las llaves podrían haber sido de cualquier casa.

—Tengo curiosidad por ver si una de esas llaves abre la puerta de mis vecinos.

Descolgué mi abrigo de la percha del recibidor y le dije que me esperara en el porche. De nuevo solo en casa, cerré la puerta y busqué mi teléfono pero no lo encontré así que lo dejé estar y salí por el garaje.

—¿Cómo?, ¿no es un Mercedes *vintage*? —preguntó Ramsey al abrir la puerta del pasajero.

La carretera estaba vacía y negra, centelleaban los cristales de hielo, y las luces del coche iluminaban algunos troncos de árboles pelados que flanqueaban las tierras de cultivo a ambos lados, así que, mientras conducía, sabía que no había nadie observando nuestro trayecto. Podía, si quería, llevar a Michael Ramsey hasta un lugar remoto y matarlo, aunque no soy ni podría ser jamás un asesino, con todo, y no por primera vez, la idea de acabar con él me rondaba la cabeza, oscilando como una boya de caña de pescar que podría hundirse bajo la superficie en calma si el cebo en la punta afilada era objeto de un mordisco intencionado. Mordisquea, Michael Ramsey, pensé para mis adentros, muerde mi anzuelo y veamos qué pasa, veamos qué soy capaz de hacer.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —pregunté.

Aparte del ruido del coche y de las ruedas sobre el asfalto, el chirrido de la grava que levantaba el caucho y el crujido de un charco superficial helado que rompió el peso del vehículo, el silencio era absoluto. Le hice la pregunta porque me había convencido de que las repentinas y repetidas apariciones de Michael Ramsey en mi vida en el curso de la semana no podían ser casuales: había venido por alguna razón y debía de estar relacionada con las cajas de archivos que mandaron a mi apartamento,

relacionada con ellas y con el tiempo que había pasado en Oxford. Estaba persuadido de que era así aunque no poseía ninguna prueba más que mis propias sospechas.

—No sé a qué se refiere, se ofreció a ir a echar un vistazo a los fusibles. Si no quiere, puede dejarme aquí y caminaré el resto del camino. No quiero nada de usted. Por Dios.

En el coche a oscuras no le veía la cara con claridad, pero pareció asustado hasta un extremo que no había percibido en nuestras otras conversaciones, ni esa noche ni la mañana de Acción de Gracias ni durante nuestro primer encuentro la tarde del sábado anterior, y pensé que tal vez se había tratado de una mera sucesión de coincidencias el que nos encontráramos tres veces en una semana, y que Michael Ramsey no tenía nada que ver con lo que quiera que estuviera pasando en mi vida, dicho de otro modo: las cajas con los números de teléfono y las direcciones web podrían proceder de alguien totalmente ajeno a él, alguien relacionado con Stephen Jahn. Recordé de nuevo que Ramsey se había descrito a sí mismo como un «impostor que trabaja para grandes empresas».

—¿A qué se dedica? ¿De qué trabaja?

—¿Eh? Yo no...

—Me interesa lo que hace para ganarse la vida. Usted sabe qué hago yo, pero yo no tengo ni idea de qué le hace levantarse por las mañanas. Va bien vestido, se mueve en círculos en los que están mi hija y mi yerno, que son, y ya me disculpará, peldaños muy altos de la jerarquía social. Me gustaría saber a qué se dedica.

Siguió una pausa, como si él intentara dar con una respuesta.

—Supongo que soy, bueno, una especie de bibliotecario.

—Pues no se parece a ningún bibliotecario que yo haya conocido en mi vida.

—Un bibliotecario empresarial. Trabajo para una empresa. Estoy a cargo de los archivos y expedientes de la compañía, así que podría decirse que soy un experto en Tecnología de la Información, pero yo me veo más bien como un bibliotecario, un archivista.

—Había imaginado que todos esos sistemas estaban digitalizados a estas alturas.

Al acercarnos a la casa de mis vecinos, noté que Michael Ramsey se removía en su asiento. Durante un instante nos quedamos sentados mirando las ventanas negras y me pregunté si él estaba a punto de hacer algún nuevo movimiento imprevisible, si tal vez era cierto que no se alojaba allí y yo estaba a punto de llegar al final de mi vida.

—La mayoría, sí. Se tiene acceso inmediato a todo lo que hay en el archivo de la compañía, siempre que no esté, ya me entiende, restringido a los ejecutivos principales. Todo eso está encriptado y detrás de un cortafuegos. Pero aun así, se pierden cosas, y si perdemos un archivo o un volumen tiene implicaciones mucho más graves que si su biblioteca universitaria extravía un ejemplar de *Guerra y paz*. Una vez se digitalizan todos los expedientes, son más fáciles de rastrear. Puedo saber qué empleado ha accedido a qué archivos y en qué momento, que páginas ha leído y durante cuánto tiempo. Imagínese que pudiera hacer eso con sus estudiantes y realizar

un seguimiento de quién ha hecho las lecturas, ver cuánto tiempo ha pasado leyendo, no sé, ¿cuál es su especialidad?

—Historia alemana del siglo xx.

—Pues imagínese que encarga la lectura de *Stasiland* de Anna Funder —lo dijo con tal naturalidad que supuse que debía de haberse mirado mi plan de estudios— y que esa lectura fuera obligatoria hacerla en *e-book* y usted dispusiera de la tecnología para ver no solo si lo habían leído sino también cuánto tiempo le había dedicado cada estudiante, si había subrayado o anotado el texto, qué tipo de notas había tomado, si (suponiendo una lectura social interactiva de toda la clase) se había tomado la molestia de mirar las notas y comentarios de sus colegas y había contribuido a una conversación o debate sobre la lectura antes de la clase.

—Necesitaría un ejército entero para rastrear todos esos marcadores digitales. ¿Quién puede manejar tantos datos?

—Es más sencillo de lo que cree.

—Sinceramente, me produce escalofríos. La privacidad es lo último que nos queda. Y la privacidad ante un libro es la más importante. Cuando me siento a leer un libro no quiero que nadie más sepa cuánto tiempo he tardado en leer una página, qué he escrito sobre ella, si he echado solo un vistazo tan rápido y superficial a un párrafo que no podría recordar su contenido con nitidez. Está imaginando un mundo donde incluso el pensamiento es objeto de registro público. Resulta grotesco. —Los labios de Ramsey se abrieron de golpe dejando escapar aire, como sorprendido, o quizá exasperado—. ¿Qué pasa? ¿Le parezco un anticuado profesor cubierto de polvo, un bibliófilo que olisquea las encuadernaciones de cuero y que cree ingenuamente que todavía existe la privacidad?

—Es adorable.

—Nunca querría conocer toda esa información sobre mis alumnos. Prefiero fiarme de ellos aunque luego me decepcionen. Nunca podría vigilarlos de ese modo. No es ético en un entorno universitario mantener controles como esos. Quiero creer en la verdad, señor Ramsey. Es decir, quiero creer que mis estudiantes estarán motivados por la fe en el valor de la verdad, de ser sinceros, no solo conmigo, sino consigo mismos, entre ellos y con el mundo en general. Eso debe de sonarle ridículamente romántico.

—La verdad puede ser hermosa pero carece de la maestría artística de las mentiras.

Abrió la puerta del coche y yo le seguí por el camino de entrada hasta el porche delantero de la casa de mis vecinos, retrasándome un poco como si esperara que se diera la vuelta apuntándome con una pistola o que me diera un golpe en la cabeza, y observé cómo se sacaba las llaves que había hecho oscilar ante mí en mi casa, encontró una en el llavero, la manipuló con torpeza, se le cayó, se agachó hasta el felpudo y la recogió —me pregunté si habría hecho algún cambio—, introdujo la llave en la cerradura, la giró y abrió la puerta con un leve empujón antes de darse la

vuelta para sonreírme, como si dijera: «¿Ve, profesor?, me alojo aquí, pese a sus sospechas y su paranoia, no le he contado una taimada mentira», pero la posesión de una llave que abriera no demostraba que fuera un invitado de mis vecinos, porque hay muchas maneras de conseguir una llave, y, aunque tendría que ser un ladrón muy especializado para copiar llaves o haber convencido a un cerrajero para que le franqueara la entrada y hacer una sustitución, era el tipo de joven que podría persuadir a un desconocido incauto de su derecho de acceso, insistiendo en que estaba seguro de que había traído las llaves consigo al venir de la ciudad y tal vez incluso afirmando que los vecinos eran sus tíos o primos, y el cerrajero local, que tal vez no conociera muy bien a mis vecinos habría mirado a este joven neoyorquino y, o bien le habría creído completamente, o bien, si había sospechado algún engaño de Ramsey, habría hecho igualmente la nueva llave porque temía enfrentarse a un sofisticado tipo de Manhattan vestido de negro que podría montar un lío muy desagradable y amenazar con llamar la policía si el cerrajero no hacía lo que le pedía. Sin embargo, Ramsey entró en la casa, y encendió una de las linternas que yo le había dado. Mientras le seguía dentro, pulsé el primer interruptor de la luz que encontré, pensando que tal vez se tratara de una treta, que implicaría incluso la mentira de que no había luz, pero no pasó nada, las habitaciones siguieron a oscuras, con la salvedad de los débiles haces que sosteníamos en nuestras manos. Al final de un pasillo, Ramsey se detuvo.

—¿Dónde cree que pueden estar los fusibles?

—O en la cocina o en el garaje. O tal vez en el sótano. El sótano es más probable.

—Comprobemos primero la cocina y el garaje —dijo, casi como si temiera que fuera a hacerle algo en la oscuridad del sótano—. ¿No tiene la luz de su móvil?

—Me lo he dejado en casa. ¿Y el suyo?

—No tiene batería, ya se lo he dicho.

Me condujo a la cocina, cuyas alacenas y encimeras eran visibles a la luz de la luna que entraba por la ventana, o al menos así lo recuerdo, aunque tal vez no había luna aquella noche, pero creo recordar haber sido capaz de ver lo bastante entre el tenue haz de la linterna y el resplandor que llegaba de fuera para distinguir el espacio en el que me hallaba. Una cocina humilde, no muy distinta de la mía, un espacio de madera y piedra.

Recorrí la cocina con la linterna, con los ojos entornados, aunque nunca he comprendido por qué entrecerrar debería mejorar la visión dado que, en realidad, parece reducir el campo visual y la cantidad de luz que llega al propio ojo, y empecé a abrir armarios, buscando un hueco en un fondo, porque pensaba en los dos tipos de cajas de fusibles, o bien la grande, gris, de plástico y relativamente nueva, instalada en los últimos veinte años, o una antigua con una cubierta metálica y pesados interruptores negros como los que recuerdo de mi infancia, pero al cabo de cinco minutos de búsqueda los dos parecimos llegar a la conclusión de que la cocina no era el lugar.

—Tal vez en el garaje.

Ramsey abrió una puerta que daba a unos peldaños. Era un garaje normal para lo que son ese tipo de espacios, con unas pocas herramientas de jardín, un tractorcillo cortacésped y un Volvo cubierto de polvo que, supuse, pertenecía a mis vecinos. Barrimos las paredes con los haces de luz y buscamos en las estanterías y armarios que había cerca de la puerta de la cocina. Una vez más, ni rastro de nada que se pareciese a un fusible o a un disyuntor, y al darnos cuenta de que esa era la situación fue casi como si, en silencio, reconociéramos la necesidad de dejar a un lado la tensión que hubiera pautado nuestras conversaciones hasta ese momento y bajáramos al sótano, aunque mi cabeza no paraba de plantearse diversas posibilidades, pensando en si, y en cómo, podía reducir a Michael Ramsey si se le ocurría que, a solas conmigo en el sótano a oscuras, podía dejarme sin sentido o atarme. Contemplé varios planes posibles, imaginando que era una forma muy compleja de encerrarme o incluso acabar conmigo, aunque no se me ocurría ninguna razón lógica por la que tuviera que ser así, por qué Michael Ramsey podría guardarme rencor.

—¿Nos conocíamos de antes?

—¿Qué? Yo... ¿Qué quiere decir?

Se dio la vuelta justo cuando subía los peldaños desde el garaje de vuelta a la cocina y sostenía la linterna de modo que apuntaba a mi barriga. La luz en un punto débil. Véase el blanco perfecto. Me aparté del haz. No le veía la cara, pero percibí su sorpresa.

—¿Nos habíamos visto antes del sábado, en la cafetería?

—¿Por qué me pregunta eso ahora, Jeremy?

Era la primera vez que reparaba en que me llamaba por mi nombre de pila y en su tono percibí una familiaridad que me turbó más que casi todo lo que había sucedido desde nuestro encuentro en el Caffè Paradiso el anterior sábado por la tarde. Dijo «Jeremy» como si ya lo hubiera dicho antes, o como si supiera tanto de mi vida, se sintiera tan íntimamente familiarizado con los detalles de mi pasado, que seguir llamándome profesor O'Keefe habría sido un engaño de tal magnitud que ni siquiera él, que tan abiertamente se consideraba un artista de la falsedad, que tenía a las mentiras por un arte que dominar, podría continuar por esa vía, o tal vez sentía cierta comprensión hacia mí, dada mi confusión y alarma.

—Responda la pregunta.

—La responderé planteándole otra. ¿Por qué no se acuerda de mí? ¿Está enfermo, sufre un principio temprano de demencia o de Alzheimer, o es muy distraído? ¿Es usted tan solo un gilipollas que no presta la menor atención a la gente que pasa por su vida?

—Yo *no* le conozco. Ahora habla como si le conociera. Es posible que nos hayamos encontrado, uno conoce a montones de personas y es posible olvidar esos encuentros si no dejan ninguna impresión, pero yo *no* le conozco, señor Ramsey.

—Miremos en el sótano. Mi linterna se está apagando.

Subió a la cocina y aunque yo estaba profundamente turbado por la conversación, le seguí, sintiendo que no podía dejarle hasta que él la hubiera aclarado. Su linterna parpadeaba y yo me dirigí por el pasillo hasta una puerta, observé cómo Ramsey la abría y luego fui tras él cuando descendió al sótano. Era uno de esos sótanos bien acabados, enmoquetados y con paneles que imitaban a madera, de los años setenta, con un cuarto de servicio con la caldera y el calentador de agua, otro con la lavadora y la secadora, un lavabo, una especie de mesa de trabajo de bricolaje, una ducha, un sofá achaparrado de mediados de siglo. Buscamos en la zona alrededor de la caldera y el calentador y al final encontramos, en el rincón más alejado del sótano, una caja gris de plástico sujeta a la pared, y cuando abrí la puerta vi al instante que el disyuntor principal estaba bajado. Lo coloqué en su sitio empujando en la otra dirección, oí un clic, y seguidamente el zumbido de la caldera. El calentador de agua emitió un borboteo sibilante y en la planta de arriba, la nevera de la cocina se puso en marcha, pero las habitaciones seguían a oscuras.

Ramsey se dio la vuelta y regresó a la puerta que llevaba al cuarto de servicio, con torpeza tocó un interruptor de la pared. Se encendió una única bombilla y pude verle la cara con claridad por primera vez desde que había salido de mi casa, como mucho hacía solo media hora, y aun así parecía haberse transformado en alguien completamente distinto al que se había presentado aquella noche ante mi puerta.

Un alumno, pensé, Michael Ramsey era uno de mis alumnos en la Columbia, igual que Fadia lo había sido en Oxford. ¿Es tan inconcebible que no lo hubiera recordado hasta ese momento, o que incluso entonces, cuando me dijo que había sido su profesor, no pudiera encontrar un recuerdo de su rostro en el fondo de mi memoria, ni me acordara de anteriores reuniones, ni pudiera imaginarme cómo habría sido su aspecto apenas cumplidos los veinte, ni que tampoco recuerde siquiera los nombres de la mayoría de estudiantes a los que enseñé en la Columbia, de lo que había pasado hacía tanto tiempo que yo era una persona diferente con un cerebro diferente, un cerebro que ya estaba abrumado con demasiadas exigencias sobre su finita capacidad de recordar? Michael Ramsey era un desconocido para mí, alguien que deseaba presentarse como una persona familiar, por no decir como un amigo, alguien al que mi propia vida estaba conectada, parecería, por el azar de que se inscribiera en los cursos que yo impartí en el pasado, el azar posterior de que él perteneciera a la misma organización —fuera esta cual fuese— que Peter cuando eran estudiantes de posgrado en Harvard y mi hija todavía estudiaba la licenciatura.

Entonces se me ocurrió que tal vez fuera una especie de acosador con un agravio pendiente, un *hacker* que me había monitorizado después de que yo le hablara con demasiada brusquedad en una clase algún día en el alba del milenio.

Cuando me asomo a la ciudad mientras garabateo estas páginas, está acabando otro día, las luces entibian los edificios adyacentes y Houston Street está atascada de



tráfico, las aceras más llenas que a otras horas del día ya que los estudiantes han salido de sus clases y se apresuran a cumplir con sus deberes académicos o con las banalidades del trabajo a tiempo parcial, y ahora sé lo mucho que me equivocaba al respecto de Michael Ramsey. Aquel fin de semana en Rhinebeck pensaba al estilo de un melodrama de campus, un profesor de mediana edad objeto de la venganza de un estudiante despechado. Ese, ahora lo sé, era un género totalmente erróneo.

Pero entonces, ¿cuál es el género apropiado? Ni siquiera ahora estoy seguro del todo. ¿Son los sucesos que han remodelado mi vida, que parecen derribar por momentos la frontera que en el pasado me impedía vagar fuera del territorio de la cordura, menos realistas en algún sentido que los caprichos del melodrama? ¿Tiene el estilo de la paranoia (en especial, tal vez, la paranoia que acontecimientos o pruebas confirman que no es ninguna fantasía, sino una sensata cautela plenamente justificada) menos de versión del realismo social que algunos líricos testamentos de amor o amistad o pérdida? Mi propia historia, lo sé, no trata solo sobre una paranoia que, al final, se demuestra justificada. En el recuerdo en forma de acordeón cerrado de mi pasado, los sucesos remotos se acercan durante los momentos en que los examino solo para distanciarse cuando el aire en expansión de la desatención los empuja de nuevo hacia la lejanía, y siento que, al final, las experiencias más universales del amor y la separación podrían demostrar mi inocencia.

Fadia, por supuesto, es la clave.

Cuando se presentó a la entrevista en Oxford, Fadia estaba en el último curso de instituto o secundaria, en realidad no tendría que costarme recordarlo, se trataba de un *lycée*, porque estaba escolarizada en París y por alguna razón se había decidido que Oxford sería un lugar más apropiado para ella que las universidades francesas. Aunque hablaba con un reconocible acento francés, su inglés era perfecto y ella me pareció, a primera vista, una de las más asombrosas jóvenes que yo había conocido en mi vida. Tenía un cabello tupido que se había dejado largo, a veces recogido en un moño, otras cayéndole hasta la cintura, recogido con ese accesorio que en Inglaterra llaman «la diadema de Alicia» por la ilustración de Tenniel de la heroína de Lewis Carroll, como si todas las chicas que llevaban esa cinta para el pelo participasen de algún modo en el inmenso mundo de Alicia, como si incluso los hombres que se atreven a llevar diademas de Alicia —y había unos cuantos en mis primeros años en Inglaterra, después de que un futbolista hubiera convertido esa trasgresión de género en posible— participasen también en la emulación de la precoz rubita.

Fadia era alta y delgada y transmitía la sensación de estar construida de pura seguridad en sí misma, una confianza tan audaz que la cegaba a sus propios defectos y la volvía irritable con los demás, cuyas cualidades consideraba deficiencias, incluso cuando las veía en figuras de autoridad como maestros o, más aún, profesores universitarios que la entrevistaban para acceder a una plaza en su *college*. Si ella creía tener razón, me di cuenta ya en la primera entrevista, se requeriría una capacidad de persuasión muy inventiva para convencerla de que quizá estaba equivocada, y ese era, sin que me percatara por entonces, uno de los aspectos más atractivos de su carácter. Tampoco era bella de una manera convencional porque tenía una nariz prominente con un leve arco, ojos oscuros y bastante juntos, y aunque su altura y delgadez apuntaban más a una contorsionista que a una gran belleza, tenía el porte de la nobleza encarnada con un traje pantalón, que, en una chica menos segura de sí misma, habría parecido sacado del fondo de armario de una madre ejecutiva. A Fadia le quedaba tan natural como la piel, delicada y suave con el brillo rojizo dorado del ámbar.

En nuestro primer encuentro en aquella entrevista de admisiones se mostró competente, con una actitud más optimista que receptiva. Pareció demasiado segura, casi arrogante, para ser una elección lógica en un *college* como el nuestro —yo la habría mandado a St. Hilda's o incluso a Christ Church—, pero recordé la petición de

Stephen Jahn así que le hice preguntas estimulantes que, esperaba, llevaran a Fadia a dar respuestas que me facilitarían convencer a Bethan de que deberíamos ponerle el tipo de nota —calificábamos a los estudiantes y luego comparábamos las notas con las del otro equipo de entrevistadores un par de días después— que la situaría, sino como una de las candidatas principales, sí como alguien con un puesto sólido en el medio del grupo, sobre el que no pudieran plantearse dudas. Tal vez fue por la naturaleza del grupo de aspirantes de aquel curso, un guiño de la suerte o una mera coincidencia, pero el caso es que, sin tener que decir nada a nadie, se le ofreció a Fadia una plaza segura, aunque Bethan la consideraba una chica potencialmente «difícil», mientras que Stephen se preocupó de mencionar la riqueza de la familia y la perspectiva de una donación sustancial al *college* en una fecha futura, el tipo de donación que podría, de hecho, permitir otro puesto de profesor de Historia o la provisión de becas para estudiantes femeninas de familias desfavorecidas. Y en un plano menos admirable si cabe, estaba el sobreentendido de que, desde una perspectiva de relaciones públicas, no vendría mal que, en la estela de los ataques terroristas en Londres del verano anterior, el *college* demostrara su compromiso con la educación de estudiantes musulmanes, como un ejemplo de su ya antigua asunción de una tradición humanista liberal. En aquel momento, no le di más vueltas. Fadia era una más de un grupo de jóvenes, solo eso, aunque, desde cierta distancia, esperaba con ganas ver cómo evolucionaría en los años siguientes, y me refiero a que se trataba de un interés pedagógico y como observador más que con ningún matiz emocional.

Fadia llegó como nueva estudiante el octubre del año siguiente, pero por la forma en que se estructuran los estudios para obtener el título de Historia en Oxford y el modo en que el *college* organizaba su enseñanza, yo tuve poca relación con ella hasta el curso posterior, momento en el que había sido ascendido a la titularidad (aunque no había estado especialmente seguro de que saliera adelante mi solicitud), así que retorné a la enseñanza con renovadas fuerzas.

Cuando empecé a verla en sus tutorías semanales, me recordó, por primera vez en lo que por entonces no era más que un contacto superficial, a un chico egipcio que había conocido durante mi primer año de estudiante en Georgetown. Aunque no había sido amigo suyo, vivíamos en la misma residencia y lo veía con frecuencia en los actos académicos dado que ambos estábamos en la School of Foreign Service, en la que yo me había inscrito estúpidamente, pensando que podría hacer carrera en la diplomacia o el gobierno. He olvidado cómo se llamaba aquel chico, tal vez Amir, pero sí recuerdo que me asombró que hubiera egipcios rubios, como él, y que me carcomía la curiosidad que me producía alguien así. Creo que no llegamos a hablar, pero en varias ocasiones encontré excusas para sentarme a su lado en clases y conferencias, o detrás de él en el autobús que iba de Georgetown a Dupont Circle, y, en una ocasión, en un mediodía cálido de primavera, recuerdo que me senté junto a él en una conferencia y me di cuenta del olor que desprendía, que no era desagradable

sino una mezcla de colonia y el olor de su cuerpo, un aroma que nunca había percibido hasta entonces y que sin embargo me resultaba curiosamente cercano, casi familiar. Cuando Fadia empezó a aparecer en mis tutorías, capté ese mismo aroma, una nota reconocible sin que yo fuera capaz de ubicar la asociación.

Al principio, Fadia era una estudiante seria aunque corriente. Su trabajo era competente y sus argumentos claros, pero no estaban salpicados con la chispa del genio entre un grupo de estudiantes del que a menudo salían licenciados con genuino fuego intelectual. El verano anterior a su último curso para obtener la licenciatura, ocurrió algo, como suele pasarles a los jóvenes al tomar impulso para traspasar el último umbral de la juventud y entrar en la edad adulta. Cuando volvió al *college* en octubre se había transformado en otra persona, como si por fin su cuerpo hubiera crecido hasta adquirir sus rasgos propios. La esporádica arrogancia se había desvanecido y en su lugar había una seguridad en sí misma que resultaba más atractiva, como si en el curso de unos pocos meses se hubiera convertido en la dama que siempre había parecido saber que era. Además, también reparé en la aparición de una cautela o angustia que no había visto en el pasado. En las tutorías siempre se sentaba en el mismo sitio y miraba por la ventana cada vez que había agitación o movimiento, aunque solo fuera una paloma. Cuando la veía por el *college* o en las bibliotecas, o simplemente por las calles de Oxford, entrando y saliendo de las tiendas de ropa de Cornmarket o haciendo cola para comprarse un sándwich en el Covered Market, a menudo miraba por encima del hombro, como si temiera que alguien la siguiera. Empecé a sospechar que había sufrido alguna experiencia traumática durante las vacaciones, pero no creía que fuéramos lo bastante íntimos para preguntarle qué había pasado. De vez en cuando se presentaba en clase sin el trabajo preparado y más de una vez avisó de que estaba enferma, aunque esos mismos días de supuesta indisposición yo la veía por la ciudad con aspecto saludable. Así que a medida que se iba haciendo físicamente más imponente, su nivel académico empezó a bajar. Y con todo, dada mi historia con Jayanti, o tal vez debido a alguna cualidad más delicada que percibía en Fadia, no la apremié para que trabajara más.

Entonces, una oscura tarde de noviembre, se quedó en el aula cuando salió su grupo para preguntar si contaría con mi apoyo para su solicitud de un posgrado de dos años.

—No estoy seguro de que esos estudios sean lo más conveniente para ti, Fadia. No quiero ser paternalista, pero no creo que te ajustes al tipo de estudiante de posgrado. Requiere mucha autonomía.

—No lo entiende, profesor. *Tengo* que hacerlo.

Por su tono y la expresión aterrada de su cara, entendí que había algo más que la enseñanza en juego.

—¿Es un medio para seguir aquí?

—No sé a qué se refiere.

—Imaginaba que encontrarías un empleo en cuanto acabaras.

Pareció conmovida, como si lo del «empleo» fuera una propuesta tan vulgar que le resultara inconcebible.

—¿Tanto le sorprende que me interese la materia?

—No puede decirse que hayas demostrado demasiado entusiasmo. Tu trabajo es competente, pero también debo confesarte que nunca me ha deslumbrado.

—¿Está diciendo que soy una mala estudiante?

—En absoluto. Has sido muy buena hasta las últimas semanas, pero no llamas la atención.

—Pues tal vez me haga notar a partir de ahora. ¿Me escribirá unas referencias?

Me recordó los cursos que había hecho y me explicó que, a decir verdad, su interés se centraba en el ámbito de mi propia investigación, Alemania después de la Segunda Guerra Mundial.

—Su trabajo sobre la Stasi ha sido muy iluminador para mí —dijo, con una seriedad que evitaba que sonara como un halago vacío—. Me hace pensar en Egipto de una manera distinta.

—Es un detalle por tu parte el que lo digas.

—Pero su libro sobre el cine de Alemania Oriental es el que ha inspirado mis ideas. Ha llevado a que me fascinen los movimientos terroristas de izquierda europeos. Ya sabe, las Forças Populares, las Brigate Rose, pero, sobre todo, la Baader-Meinhof. —Aunque su tono seguía siendo serio, casi inalterable, quise creer que vi una chispa de pasión, aunque solo fuera de inspiración intelectual—. Quiero reflexionar sobre el terrorismo y los medios de comunicación, o la relación entre los medios y el terrorismo izquierdista.

—Se han hecho ya bastantes trabajos al respecto.

—Pero ¿qué piensa de las películas de Fassbinder? ¿Ha visto *La tercera generación*? Es absurda, pero a la vez hay algo en la cualidad alienante de su forma que habla directamente a las preocupaciones de la Fracción del Ejército Rojo. ¿Qué se proponían más que hacer que la sociedad de consumo de Alemania Occidental viera el artificio de su propia construcción, del mismo modo que Fassbinder intenta que sus espectadores experimenten el artificio de la película, por lo demás realista, que están viendo, aterrorizando sus oídos con su uso de esa banda sonora no diegética?

—Hace mucho que no veo la película, pero sí, lo que dices parece razonable. No tienes que escoger un tema inmediatamente, claro, ya habrá tiempo para eso, suponiendo que te acepten para el posgrado. ¿Estás pensando en un doctorado?

—Si la facultad me deja.

—¿Y es de verdad lo que quieres?

—Cree que porque soy una chica...

—Nada por el estilo. Pero no me había dado cuenta de tu interés.

—¿Tanto le sorprende? ¿Me tenía por una perezosa joven musulmana que simplemente iba a casarse con un jeque e iría a vivir a un ático en Dubai?

—No se me había pasado por la cabeza. Pero tampoco quisiera presumir de saber nada sobre ti.

—Soy atea, profesor O’Keefe. Una mezcla cultural. Medio musulmana, medio católica.

—No imaginaba que... —dije, y me fui quedando sin palabras, sintiendo que la conversación que manteníamos era demasiado precipitada, presa del vértigo de saber que habíamos dejado de hablar de sus estudios o de la historia y que habíamos entrado en su vida.

Como norma, no me gusta hablar con los estudiantes de sus vidas, y menos después de la experiencia con Jayanti. Parecía un territorio demasiado arriesgado saber qué amaban o qué creían, y tal vez como consecuencia de esa cautela no cumplía con mis deberes de consejero, que en Oxford se toman tan en serio como el trabajo intelectual.

Para que Fadia se fuera de mis alojamientos aquel día, acepté escribirle las referencias, sabedor de que ella, casi con toda seguridad, sería admitida en el programa de posgrado si contaba con mi apoyo. Pese a su irregularidad durante el trimestre anterior, sus resultados habían sido buenos y era probable que hiciera bien sus exámenes finales, lo que finalmente fue el caso.

Cuando le concedieron una licenciatura con las calificaciones más altas, vino a darme las gracias por mi apoyo. Era una de esas incomparables y largas tardes que Oxford regala cada verano, que se alarga con una despreocupación tan embriagadora como el perfume de las flores de los tilos.

—Estoy deseando que llegue el otoño —dijo Fadia, que me dio un pesado paquete envuelto en grueso papel plateado y atado con una cinta azul.

—¿Qué es esto? ¿Qué he ganado?

—Solo es una pequeña muestra de agradecimiento, por su ayuda con las referencias, y por sus clases.

Los regalos de los estudiantes eran lo bastante raros como para que me sintiese un tanto abrumado por el detalle y conmovido hasta una excitación casi infantil. Cuando quité el papel, había aún una caja, con otra caja dentro, y solo al sacar la interior vi que se trataba de una botella de aquel *whisky* de treinta años que Stephen Jahn me había servido unos años antes, un *whisky* que me había extasiado por su exquisitez hasta el punto de que cediera a lo que me pedía, es decir, a hacer cuanto estuviera en mis manos para garantizar que Fadia fuera admitida en nuestro *college*. Mientras sacaba la botella de la caja interior y la sostenía en alto para que la luz estival atravesara el líquido e iluminara el color, supe que no podía tratarse de una coincidencia. Stephen en persona podría haberlo pagado, o tal vez simplemente hizo la sugerencia, y Fadia la siguió.

Me pregunté por la trasgresión que suponía que una joven musulmana de buena familia le diera a un hombre no practicante pero al fin y al cabo cristiano de cierta edad —y americano, nada menos— una botella de licor caro como regalo. Me parecía de algún modo doblemente equivocado, y con todo, la trasgresión multiplicaba la importancia del regalo, como si Fadia me estuviera diciendo: «Mire hasta dónde estoy dispuesta a llegar para mostrarle la amplitud de mi agradecimiento. ¿Imagina lo que diría mi familia si me vieran comprando la botella, o si supieran que, aún peor que si me la bebiera yo misma, iba a regalársela a usted, mi profesor?». Aunque, no sé, tal vez se hubiera considerado mucho peor si fuera para ella; yo sabía tan poco del islam que solo podía hacerme una muy vaga idea de la gravedad y el alcance de cualquier tabú y, aparte del esporádico fragmento de información que Stephen había dejado caer a lo largo de los años sobre el hermano de Fadia, no sabía nada de su familia, si eran laicos o devotos, si poseían una riqueza ordinaria o extraordinaria, si su dinero era ganado o heredado, ni siquiera sabía a qué se dedicaban sus padres. Sabía que Saif había estado empleado por el gobierno de Mubarak (aunque no estaba seguro, por entonces, de con qué funciones), pero las ideas políticas de Fadia eran democráticas, progresistas —incluso, podría pensarse razonablemente de izquierdas— y sabía que era, según ella misma había dicho, atea. Tal vez, para empezar por eso la habían mandado al extranjero, para protegerla del gobierno en el que su familia estaba enredada, o tal vez para protegerse *ellos* de la vergüenza y el riesgo de las actividades políticas de la joven.

Hubo una velada aquel verano, justo al final del trimestre, en que Stephen Jahn y yo nos encontramos de nuevo solos después de la cena en la *Senior Common Room* y él sugirió que volviéramos a su piso. Rechacé la invitación porque tenía una reunión temprano al día siguiente y tampoco me apetecía mucho quedarme a solas con él.

—Profesor O’Keefe —dijo en voz baja—, hay que ver lo ocupado que estás ahora que eres titular. Ya ves cómo has sido debidamente recompensado...

—¿Debidamente recompensado? ¿En qué sentido lo dices?

—Recompensado por cumplir con tu deber. Recompensado por hacer lo que se te pidió.

—Creo que no acabo de entenderte, Stephen.

—Cumpliste lo que se te pedía. Lo hiciste bien. A la gente se la recompensa cuando hace lo que se le pide.

—¿Estás hablando de Fadia?

Stephen, a su modo incomparable, con los ojos saliéndosele de las órbitas, la rabia apoderándose de su figura entera, calva y enjuta, como si fuera a transformarse, por la pura intensidad de la ira, de cartílagos y huesos, en una columna de fuego, farfulló:

—Estoy hablando de cumplir con el deber, Jeremy, y de nada más. *Nada más.*

Parpadeó algunas veces y entonces, levantándose con cierta inseguridad, como si fuera a perder el equilibrio en cualquier momento, me deseó buenas noches. ¿Era

posible, me pregunté, que por haber ayudado, a mi manera más bien pasiva, a que Fadia consiguiera su plaza en el *college*, Stephen hubiera orquestado o facilitado mi ascenso? ¿Qué más se me daría si seguía cuidando de esa joven? ¿Y por qué, de ser así, era Fadia tan importante? ¿Podía tratarse solo de que fuera la hermana de Saif, el hombre que yo creía que Stephen amaba a su modo peculiar tanto si ese amor era correspondido como si no? No tenía respuestas entonces, y ni siquiera, al pensarlo ahora, puedo decidir entre las diversas posibilidades.

En el sótano de la casa de mis vecinos al norte de Rhinebeck aquella fría noche de viernes del último fin de semana de noviembre, Michael Ramsey me miró, y en su expresión de tormento e incredulidad vi el eco de expresiones que yo había provocado en el pasado en el rostro de Stephen: sus ojos cada vez más grandes y oscuros, los músculos entre las cejas anudándose y dibujando una uve, la boca burbujeando como una herida.

—Fue mi alumno, en el pasado.

—Sí. ¿De verdad no se acuerda?

—No..., bueno, sí. Ahora veo su cara, en mi memoria quiero decir, de joven.

Eso era mentira, no podía, era incapaz de imaginarme qué aspecto habría tenido hacía más de una década.

—Pero ¿aparte de eso?

—No, me temo que no. Lo siento.

Observé cómo el joven se daba la vuelta y desaparecía escaleras arriba. No podría haberse tratado de un caso como el de Fadia. No me interesan los hombres, mi fascinación por Amir —o comoquiera que se llamase— aparte, y en ese caso fue un interés por una otredad que me resultaba inexplicablemente familiar. No obstante, quizá, se me ocurrió mientras estaba allí, Michael Ramsey, como Stephen Jahn, *sí* tenía ese interés, y tal vez, solo tal vez, yo fui el objeto de su obsesión, una figura paterna, un padre para un chico huérfano. Una vez más el melodrama, una intriga de campus, un romance gay. Estaba pensando en el género equivocado.

En la cocina nos colocamos a unos metros, sin mirarnos directamente.

—Gracias por su ayuda, Jeremy.

—Me alegro de que lo hayamos encontrado. La casa debería calentarse bastante rápido. —Una disculpa parecía fuera de lugar, incluso excesiva. ¿De qué tenía que disculparme? ¿Por qué lamentar el fallo de la propia memoria?—. Tengo que irme, Michael. Buenas noches. Tal vez volvamos a vernos en otra de las fiestas de Peter y Meredith. —Me detuve para que hablara, pero no dijo nada—. Siento no haberle recordado al principio.

Sin querer esperar su respuesta salí solo por la puerta principal. Mi coche ya se había quedado frío, aunque no había estado mucho tiempo apagado, así que me senté en el camino de entrada mientras el volante perdía su gelidez. Ramsey se movía por



el interior de la casa, su sombra pasaba ante las ventanas mientras corría las cortinas de una habitación tras otra. Yo observaba, como si al observar sus movimientos algún gesto o un tic pudieran despertarme recuerdos de él, pero no se despertó nada. Era como cualquier otro joven delgado. No sabría descifrar su sexualidad ni sus ideas políticas. En cuanto a la edad, debería de tener, como mínimo, treinta y pocos, sino más, a no ser que fuera una especie de niño prodigio, algo que no era imposible en la Columbia, pero sí infrecuente. Su rostro todavía mantenía el aire juvenil del hombre que no ha cumplido los treinta, y parecía más joven que Peter, que debe de ser su coetáneo.

Cuando llegué a casa, me metí en el garaje y me quedé en el coche hasta que oí cómo bajaba la puerta, me apeé tras un instante de vacilación y cerré con llave la puerta del garaje antes de entrar en la casa, luego comprobé todas las puertas e incluso algunos de los cierres de las ventanas, como si alguien pudiera sentirse tentado a abrir una de un empujón y entrar, dejando silenciosas huellas húmedas por el suelo y las alfombras antes de acucillarse junto a mi cama. Esas son cosas que no me cuesta imaginar, aunque nunca he sufrido un robo en casa, ni tampoco mi madre ni ningún pariente. Hemos estado llamativamente a salvo del crimen, tanto que uno podría pensar que teníamos pendiente un encuentro íntimo.

Antes de subir a la planta de arriba comprobé la puerta principal y la trasera una vez más. Ahora creo que no había corrido las cortinas de la primera planta, así que antes de encender las luces debo de haber ido de habitación en habitación, corriendo las cortinas y asomándome por un instante a las tierras de alrededor bajo el resplandor blanco azulado de la luz de la luna. Al sur, veía las luces encendidas en la casa de mis vecinos, donde Michael Ramsey podría estar viendo la televisión y bebiéndose una cerveza, o tal vez haciendo algo mucho menos inocente. Era temprano, ni siquiera las diez, y sentía una pesadez creciente en los hombros mientras estaba en el oscuro dormitorio con los pies descalzos sobre el suelo de madera, cuyo pulido suave se veía interrumpido por un poco de polvo disperso que creaba la impresión de vida, del mundo, más allá de la iniciativa humana, que lucha por desbordarnos. A través de los árboles veía el avance de la memoria, un ejército exhausto por la larga batalla, olvidado por sus generales, arrastrándose despacio para dar su informe.

Ernst Bloch, en *El espíritu de la utopía*, escrito en plena Primera Guerra Mundial, sugería en una sección titulada «La voluntad egipcia de volverse piedra» que, en el Antiguo Egipto, «el espíritu de piedra» —ese «dominio absoluto de la naturaleza inorgánica sobre la vida»— permite que «el hombre... vea su futuro, pero se ve a sí mismo muriendo» y, en consecuencia, «un innominado temor a la muerte domina... todo rostro egipcio». Aunque sin duda exótico, y contaminado de las asunciones culturales de su propio tiempo, como debe estarlo, hasta cierto punto, todo historiador, las líneas de Bloch resonaban en mis pensamientos, reorganizándose en nuevas formulaciones a medida que iba conociendo a Fadia, hasta que al final ya no podía mirarla sin oír las palabras de Bloch. En su rostro llevaba tallada la conciencia de la proximidad de la muerte, o eso imaginaba yo, y hasta tenía, en la firmeza y nitidez de sus rasgos, la calidad de la piedra.

Nada sucedió entre nosotros mientras Fadia fue una estudiante de licenciatura. Nada sucedió durante su posgrado, y aunque yo era consciente de su belleza —algo en lo que uno no podía dejar de reparar y alguna vez me descubrí distraído por su elegancia, por el delicado y poderoso arco de su nariz y el pelo moreno que mantenía largo, a veces trenzado y a menudo cayendo suelto a su alrededor, un pelo lacio que parecía resistirse a cualquier ondulación salvo alrededor de su cara, donde unos rizos finos se curvaban en espirales para enmarcar sus rasgos y, en ocasiones, desviarse hacia el suave fruncido de su boca apenas abierta—, puedo asegurarme a mí mismo y garantizar a quien esté interesado, que no tuve la menor intención de perseguirla. Ese no ha sido nunca mi estilo, a diferencia de muchos profesores varones que están solteros o simplemente lejos de sus esposas —o incluso de sus maridos hoy en día—, nunca fui propenso a buscar afecto en mis alumnas. Tal vez se debe a un antiguo impulso puritano o simplemente a mi aversión a los líos y complicaciones, pero, por más que me haya fijado en las mujeres que asistían a mis clases a lo largo de los años, y recuerdo a algunas de gran belleza, nunca me pasó por la cabeza seducir a ninguna, salvo, quizá, en mis ensueños, como una exploración de las posibilidades eróticas sin la mácula de nada que se acercara a una intención concreta.

Entonces, un enero, durante el primer curso de sus estudios de doctorado, el mundo de Fadia se vino abajo, y con eso me refiero a que el mundo de sus padres y su hermano, que permanecían en Egipto, empezó a resquebrajarse y desmoronarse. En la fecha que en Egipto se celebraba como el «Día de la policía», una festividad

que conmemoraba el sacrificio de agentes de policía que resistieron la ocupación británica en 1952, el pueblo se levantó contra el gobierno, e incluso contra la propia policía y el aparato represivo entero del Ministerio del Interior, que había sometido a vigilancia a los activistas políticos, entre otras muchas violaciones de las libertades civiles. Por casualidad, pasé una noche por la *Middle Common Room* del *college* después de una cena en la *High Table* y vi a Fadia y a un grupo de estudiantes de posgrado reunidos para ver la cobertura en directo y el análisis de los sucesos que se estaban desarrollando, la crisis o, tal como acabó, la revolución aunque una revolución que parece al final frustrada por un golpe de Estado.

Pero esa noche de enero, mientras me detenía fuera de la MCR, recuerdo cómo me miró Fadia mientras estaba en el umbral, con su rostro iluminado por un extraño fulgor de esperanza mezclado con miedo. Parecía desgarrada por momentos entre un polo de euforia y otro de preocupación, de triunfo y derrota, y, dado lo poco que por entonces sabía de ella y su familia, de la división que yo ya asumía que existía entre ellos, aunque más tarde vería que la ruptura era más compleja que la que se da simplemente entre las fallas de la edad, percibí que le alegraba el derrocamiento de un régimen que despreciaba, pero que también la aterraba lo que ese cambio en la historia de su nación podría implicar para sus padres, su hermano y parientes. Tal vez entonces ella no sabía cuál era la posición de Saif. Tal vez Stephen Jahn tampoco lo sabía. Tal vez no lo sabía ni el propio Saif, diría yo, y quiero dejar constancia con claridad aquí, en esta página, en este documento, que nunca he conocido ni me he comunicado con ese hombre, ni con ningún otro miembro de la familia de Fadia. De esa acusación, soy inocente.

Stephen estuvo ausente del *college* durante esos meses, como solía estarlo durante las crisis en Oriente Medio, y yo había empezado a intuir que su papel era solo marginalmente académico o universitario. Sospechaba que estaba metido en una red de inteligencia del gobierno y global, fuera trabajando para la CIA o para el MI6, aunque entonces no podía asegurarlo y todavía hoy no podría dar una respuesta clara. Se comportaba ajustándose a la idea que me hacía yo de un espía y así empecé a creer que debía serlo, galopando ruidosamente por Turl Street en su traje gris de tres piezas y su sombrero de fieltro a juego, con pequeños anteojos redondos apoyados en la nariz, calzado con botas de cuero confeccionadas a mano por Duckers, así que parecía que habría estado más en su sitio a principios del siglo xx que en la segunda década del XXI, un espía en Viena o Berlín en la década de 1920 o 1930 más que un espía actual, y aun así tal vez ese era el mejor disfraz de todos, presentarse como una antigualla andante, aunque, en realidad, no tuviera nada que ver. A esas alturas, yo llevaba en Oxford casi una década, y, en el curso de los años, había aprendido que si alguna vez me daban problemas los ordenadores, en casa o en el *college*, podía confiar en que Stephen los resolvería más rápido que nadie y sin la expectativa de tener que hacer algo a cambio del favor, salvo a veces, invitarle a una copa en la *Senior Common Room*. ¿Cuándo recurrí por primera vez a su ayuda? Si pudiera

precisar la fecha y cotejarla con la del inicio de los archivos que me han entregado aquí, en Nueva York, podría empezar a dar alguna respuesta a las preguntas que me hago.

Por casualidad, vi a Fadia al día siguiente en Brasenose Lane, cuando me dirigía en bicicleta al *college* desde casa. Era una mañana lúgubre de enero todavía bastante oscura y había encendido la luz de la bicicleta de manera que el haz amarillo penetró la niebla y dio en el contorno de su cuerpo. Ella llevaba puesto un largo abrigo negro, y una bufanda blanca formaba pliegues y dobleces sobre los hombros y le caía por la espalda. Pese al frío y un cielo que amenazaba con abrirse, los dos nos paramos, cambiando de pie de apoyo sobre los adoquines resbaladizos.

—¿Está bien tu familia? Quería preguntártelo anoche...

Ella aspiró hondo y dejó escapar el aire en bocanadas de vaho.

—Ojalá estuviera allí. Creo que debería coger un avión, pero no puedo. Quiero decir que sí podría, pero mi madre me lo ha prohibido. Su situación es muy incierta. Es muy complicado, Jeremy, como sin duda puedes imaginar.

De algún modo, a lo largo del posgrado, había pasado de llamarme profesor O'Keefe a utilizar mi nombre de pila y tutearme. No era demasiado infrecuente, algunos *fellows* prefieren que los estudiantes de licenciatura los traten de tú desde el principio. Yo nunca había tenido ningún criterio, simplemente permitía que cada estudiante se dirigiera a mí del modo que le pareciera más apropiado, siempre que fuera respetuoso, aunque la falta de respeto es todavía un incidente muy raro en un *college* de Oxford. Pronunciaba mi nombre con esa inconfundible inflexión francesa que tenía, de manera que sonaba más como *Jérémie* que como Jeremy, y eso me permitía imaginarme a mí mismo como libertino aunque refinado. Con sutiles gestos, Fadia ya estaba cambiando la percepción que yo tenía de mí mismo. Ahora lo veo como uno de los primeros pasos del camino que había emprendido hacia una atracción más consciente.

—Pero ¿están a salvo? Tus padres, me refiero, y ¿no tenías también un hermano?

Yo sabía que sí lo tenía. Nos hacemos los ignorantes para parecer menos enterados, para comportarnos como si no hubiéramos pasado ya horas mirando su perfil en diversas plataformas de redes sociales, todas ellas públicas, abiertas a quien quisiera mirarlas. Yo sabía qué música le gustaba, y qué películas y libros (las obras de Edwar al-Jarrat, Ahdaf Soueif y Amina Zaydan, Hélène Cixous, Frantz Fanon y Jacques Derrida, pero también Hilbig y Calvino, Poniatowska y Lispector), y también estaba al tanto de sus pasiones (los derechos animales, la democracia, la libertad de expresión, el acabar con la censura, el medioambiente, los derechos de las mujeres y los niños, la lucha contra la mutilación genital femenina, por no mencionar Monty Python, Astérix y Tintín). Sabía todas esas cosas y las tenía en mi cabeza mientras fingía no saber si ella tenía o no un hermano.

De repente, en aquel callejón entre Lincoln y Exeter, pareció que Fadia tenía que esforzarse por contener las lágrimas. Los ojos se le enrojecieron, pero mantuvo la

compostura. Es posible que le tocara la parte superior del brazo o el hombro, intentando tranquilizarla, y recuerdo que le sugerí que viniera a mis alojamientos a tomar una taza de té en lugar de seguir hasta la biblioteca Bodleiana, como había sido su intención, porque no parecía en condiciones de sentarse en las bajas sillas de madera de la Sala de Lectura Superior, y yo había avanzado lo bastante en mi proceso de aculturación como para estar razonablemente seguro de que una taza de té y unas galletas eran un bálsamo para casi todos los pesares. Así que me acompañó de vuelta al *college*, pasamos por la conserjería, cruzamos el cuadrángulo de la fachada y subimos por la escalera a la *Senior Common Room*, donde preparé té y recogí algunas galletas antes de bajar de nuevo las escaleras a las habitaciones que yo ocupaba ahora, que daban a un cuadrado de césped tan bien cortado y verde, incluso en pleno invierno, que parecía obra de una alquimia de la jardinería o un artificio, una representación de la vida más que la vida misma.

Recuerdo que la tarima gris del suelo crujía bajo nuestro peso cuando nos sentamos el uno frente al otro junto a la chimenea, que no había sido encendida nunca durante mi estancia allí. Dejó la taza y el platillo sobre la mesita baja y se quitó la ropa de abrigo, dejó el abrigo negro y la larga bufanda blanca en una silla vacía, y sacudió la cabeza para que el pelo suelto le cayera por delante. Ya no recuerdo qué ropa llevaba bajo el abrigo, pero imagino que sería algo así como una blusa de seda de color crema, un suéter de cachemira negro, unos pantalones ajustados de lana negra y botas de cuero también negras. A medida que avanzaba en sus estudios de posgrado, los destellos de color que había visto en su fondo de armario durante los años anteriores empezaron a desaparecer, dando paso a una paleta de grises, blancos, marfiles y negros, dispuestos en inventivas combinaciones de manera que, con el tiempo, la veía con una camisa o un suéter que no reconocía aunque llevara formando parte de su vestuario desde hacía meses. Fadia era un agente de la transformación, ni más ni menos, aunque al principio —es decir, al principio de lo que se convertiría en nuestra relación más fuerte e íntima— no supe valorar apropiadamente lo poderoso que podía ser ese arte.

La historia de su familia salió a la luz ante aquella taza de té una oscura mañana de enero: cómo su padre y su tío ocupaban altos cargos en el Ministerio del Interior egipcio, cómo su hermano había trabajado para el mismo departamento, pero ahora se había alineado con los Hermanos Musulmanes, mientras que su madre, Jeanne-Alice, nacida y educada en Francia, estaba, como Fadia, a favor de una democracia laica. En ese momento concreto, no parecía ingenua esta última esperanza. Eran su padre, Jalid, y su tío, Samir, quienes concentraban las preocupaciones de Fadia. Dado lo cercanos que estaban a Mubarak, le inquietaba su seguridad.

—Están hablando de salir del país y venir a Londres, algo que podrían hacer, pero no tiene buena pinta. Sé lo que mi padre y mi tío han estado haciendo. Sé, claro que lo sé, que este gobierno ha estado equivocado desde hace mucho tiempo. ¿Por qué crees que mi madre me mandó a la escuela y a la universidad en el extranjero? Se dio

cuenta de que no podría digerir lo que estaba pasando y que seguiría siendo un problema, uno todavía mayor, si me quedaba. Y ahora, Saif también es un problema. He tenido visiones terribles de mis padres intentando huir y viéndose atrapados por una multitud iracunda, encontrándose de repente frente a gente que odia a mi padre, o lo que él representa, y que, con toda la razón, lo detesta a él, aunque no creo que sea una mala persona, y temo que si lo descubre intentando huir esa gente se lo impedirá, y matará a mis padres, tanto a mi madre como a mi padre, y puedo imaginarme que yo misma podría formar parte de una de esas turbas, y cómo me dejaría arrastrar por el tumulto. Sé que Saif está allí, manifestándose y acampando, y él, como otros, puede explotar al ver a gente como mi padre huyendo con sus esposas y descubrir que su ira es incontrolable de manera que él, mi propio hermano, podría ser un dedo de la mano que aprieta el gatillo que mata a mi madre o la muñeca de la mano que hace el nudo que ahorca a mi padre. Eso es lo que veo cuando cruzo las puertas del Trinity College por la mañana, cuando abro un libro de historia alemana, cuando intento conciliar el sueño por la noche en la habitación del *college* en Museum Road, y es lo que veo cuando enciendo la televisión y veo a mi pueblo y a mi país, ese pueblo y ese país que siento a la vez más cerca y más lejos de mí que nunca, porque los conozco y pese a todo ahora ya no los reconozco. Llevo tanto tiempo en Francia y en Gran Bretaña que me he convertido en francesa y británica. Tengo que recordarme que soy medio francesa, y que soy tan europea como egipcia, y, a veces, esta división en mí misma, Jeremy, me abrumba hasta tal punto que quiero volver a Egipto y olvidarme de la persona en que me he convertido mientras he vivido en Europa para ser una egipcia sin más complicaciones y luchar por el país que tantos creemos que podría llegar a ser. Te miro, y no sé cómo lo haces, cómo has pasado tantos años lejos de tu hogar. ¡Una década alejado de tu familia! ¿Cómo puedes soportarlo?

—Cojo un avión.

—Eso es bastante fácil.

—Salvo por el dinero.

—Claro, siempre está el dinero.

Cuando apartó la mirada supe que ella nunca había tenido que pensar en presupuestos.

—¿Has hablado con tu hermano?

—No responde a mis llamadas. No contesta mis *emails* ni mis mensajes de texto. Ya no lo conozco.

No podía dejar de preguntarme dónde estaría Stephen Jahn en ese momento, qué papel habría asumido. Su tez era tan oscura que podía hacerse pasar por egipcio, aunque sus rasgos eran más bien italianizados y creía recordar que tenía también una abuela armenia. ¿Podría estar allí, entre las multitudes de manifestantes, o moviéndose como un fantasma entre los supuestamente demócratas y los déspotas sin remordimientos, informando de las identidades de los manifestantes a aquellos que todavía se aferraban al poder? Y qué pasaba con Saif, el hombre al que, yo estaba

convencido, Stephen amaba, porque el nombre había seguido apareciendo en su conversación a lo largo de los años, a menudo avanzada la noche en la SCR, cuando solo quedábamos él, yo, y puede que un par de otros comprensivos colegas, concentrados en nuestras copas tras una cena en la *High Table*, y alguien, no siempre yo, se aventuraba a preguntar cómo le iba a Saif y si Stephen lo había visto últimamente, y entonces Stephen casi invariablemente asentía y decía, como el anciano tío indulgente y adorador que se imaginaba ser, o el amante de una querida mucho más joven: «Le va estupendamente, gracias por preguntar, aunque a veces me preocupa, hay gente... que podría ponerle las cosas difíciles, así que uno tiene que ser muy cauteloso. Mantener la discreción».

Pese a todo, esas conversaciones casi no revelaban nada. Stephen nunca decía explícitamente que Saif fuera su amante, y darlo por supuesto sería, pienso ahora, caer en algún tipo de trampa, tal vez una trampa diseñada por el propio Stephen.

Alrededor de una semana más tarde, Fadia me contó que sus padres habían huido a Londres, y aunque su madre se acercó a Oxford un día, Fadia no había bajado a verlos hasta los días libres entre el segundo y el tercer trimestre. Cuando volvió para sus exámenes aquel último trimestre de verano de su posgrado, había perdido cualquier chispa de inocencia que yo hubiera detectado en el pasado. No recuerdo ninguna conversación a lo largo de esos meses sobre la situación o el bienestar de sus padres, aunque sabía que a otros funcionarios egipcios que habían huido del país el gobierno británico les había congelado las cuentas bancarias y bienes, esa medida parecía aplicarse de un modo típicamente irregular e ilógico, como si algunos anteriores déspotas fueran mejores amigos que otros. Stephen Jahn iba y venía, y parecía, aunque tal vez fueran imaginaciones mías, evitarme. No sabría decir si Fadia y él se veían (es más, ni siquiera si se habían visto alguna vez). El piso de Stephen en Folly Bridge Court se encontraba en una zona de la ciudad que yo raramente tenía ocasión de visitar a no ser que alguien propusiera tomar una copa en el *whisky* Head of the River o si yo decidía ir a apoyar al *college* en la regata de Eights Week cuando ese tramo del Támesis conocido localmente como el Isis se llena de jóvenes cuerpos esbeltos empujando barcas de madera por el agua.

La Facultad de Historia aceptó la solicitud de Fadia de hacer un doctorado, en el entendido de que yo supervisaría sus nuevas investigaciones sobre el papel de los medios y el cine en la formación y crítica del terrorismo izquierdista europeo. Los estudios de doctorado británicos son sustancialmente distintos de los de aquí, Estados Unidos, donde un comité de profesores universitarios se encarga de seguir los progresos del estudiante durante el proceso de redactado de su disertación, y eso solo después de dos años de exigente trabajo de curso y exámenes orales. En Gran Bretaña, un estudiante de doctorado tiene un director o supervisor, o dos como mucho, para su tesis, y no hay cursos, solo «investigación pura». En la práctica, eso

significa que, dependiendo del supervisor, las cosas pueden ir muy bien o muy mal, o, como en la inmensa mayoría de los casos, el estudiante avanza totalmente a tientas, como corresponde, de una manera eminentemente británica.

A lo largo de ese verano, Fadia dejó sus habitaciones en Museum Road y se instaló en una casa propiedad del *college* en Divinity Road, enfrente de mi propia casa. Se le había asignado el dormitorio de la planta de arriba, cuya ventana en voladizo daba a la calle y, por tanto, a mi dormitorio principal y mi salón, que estaban en la fachada de mi casa victoriana de ladrillo rojo adosada. Divinity Road es una calle de múltiples personalidades, y en nuestro tramo concreto —colina arriba, pero todavía en la zona recta antes de empezar a curvarse para dar con el Warnefor Hospital, que había sido originalmente el Manicomio de Oxford cuando lo fundaron en 1826— es tan estrecha que da la impresión de que la gente que pasa por tu acera está tan cerca como la que pasa por la de enfrente.

Al principio no pensé nada especial del hecho de que fuéramos vecinos, supervisor y estudiante, ambos miembros del mismo *college*, con vidas cada vez más cercanas a medida que pasaban los años, dos vidas que se entrelazaban con tanta naturalidad como los zarcillos de una rosa rampante encuentran su camino entre las barras de un enrejado. Uno de mis colegas de Antropología había dejado una habitación de su casa a una de sus estudiantes de doctorado, aunque a nadie en el *college* le pareció una idea especialmente buena y ahora recuerdo que a la estudiante en cuestión la casa le pareció tan oscura y fría, y mi colega de carácter tan excéntrico, que se fue mucho antes de cumplir el plazo que habían acordado que se quedaría allí.

A medida que el otoño se acercaba a su final y el invierno se aproximaba una vez más, las brumas ascendían de los ríos y llenaban las calles de Oxford de una niebla fantasmagórica, y una noche me desperté sobresaltado. Me levanté de la cama, fui arrastrando los pies por el pasillo hasta el lavabo, y luego volví al dormitorio. Estaba a punto de meterme de nuevo en la cama cuando me fijé en una luz en el exterior. Apartando las cortinas, me asomé a la calle bañada en la luz amarilla de las farolas y en la casa de enfrente las persianas de Fadia estaban abiertas, con las luces encendidas. Ella estaba en la ventana, envuelta en una bata blanca, hablando por teléfono. No cabía duda de que estaba alterada, los hombros y brazos se le movían por la agitación, y tras acabar la llamada se sentó en su mesa ante la ventana en voladizo y se puso a mirar a la noche.

Retrocedí a la zona de sombras más oscuras de mi habitación, pero ella levantó la cabeza como si me hubiera visto allí, o al menos hubiera sido consciente de mi movimiento, el de un observador que salía del alcance de su vista. El corazón se me disparó y contuve el aliento, tal vez incluso me maldije, pero no me acosté al momento, sino que me quedé a oscuras, observando a mi alumna que me observaba. Su mirada no tardó en apartarse de mí para seguir a un ciclista que aceleraba bajando la colina hacia Cowley Road. Entonces, con un movimiento que pareció demasiado casual para no ser deliberado, cerró las persianas y apagó la luz.



Siendo lo que es la supervisión del doctorado en Oxford —a veces no más que una reunión por trimestre— no tuve ocasión de ver a solas a Fadia hasta el enero siguiente. A esas alturas, lo confieso, había convertido en costumbre mirar, cuando iba a acostarme, si sus persianas estaban abiertas o cerradas, cuándo estaba en casa, qué había llevado puesto ese día, si se daba una ducha antes de acostarse o era lo primero que hacía por la mañana, si iba cada día a trabajar en la biblioteca u optaba por quedarse en casa y sentarse a su mesa, cuándo tenía amigos de visita para el té o para comer o cenar con sus otras compañeras de casa, y si salía con chicos, o con chicas, porque no presuponía conocer la naturaleza de sus inclinaciones o, por decirlo toscamente, su identidad sexual. En todos esos días de observación nunca la vi a solas con nadie, sino siempre en grupo.

Stephen Jahn volvió al *college* más o menos por entonces, y descubrí que había estado en Egipto durante casi todo el año anterior, y solo había regresado a Oxford durante breves periodos desde el inicio de las revoluciones que se habían propagado por el mundo árabe. Cuando le pregunté qué había estado haciendo durante el tiempo que había estado fuera, insinuó que se trataba de algo oficial, un asunto del gobierno de alto secreto.

—¿De qué gobierno? —me pregunté en voz alta, sentado a solas con él en la SCR una noche de febrero.

—¿Cuál crees tú?

—Eres americano, así que asumo que debe de ser el nuestro, y, al mismo tiempo, sería ingenuo por mi parte dar por sentado que nada que tenga que ver contigo o tus conexiones sea sencillo y claro. ¿Trabajas para los nuestros?

—¿Los nuestros? Mi querido Jeremy, para caballeros como nosotros, tales lealtades son pragmáticas y fluidas. Tú tienes la doble nacionalidad, como yo. Para qué gobierno trabaje es una cuestión de contexto, momento y propósito.

—Y discreción.

—Eso siempre. —Sonrió sirviéndome un *whisky* cualquiera de la bandeja de bebidas de la SCR.

—¿Cómo está Saif?

Siguió un momento de vacilación que nunca había visto en Stephen, como si sopesara cuánto podía contarme, o como si la pregunta sobre Saif fuera la más seria de todas.

—Me temo que no lo sé. Ya no puedo verlo. Seguramente no podré volver a verlo nunca. Ya no está en Egipto. Es posible que se encuentre en Siria. —La boca se le frunció esbozando una sonrisa de marioneta antes de cerrarse con fuerza—. ¿Cómo está la hermana?

—Avanza bien en sus estudios. Estoy satisfecho de su trabajo. No me habría imaginado, cuando me pediste hace cinco años (o seis, o los que sean) que me asegurara de que se la admitía, que sería tan constante y formal como ha resultado ser.

Stephen parpadeó con ojos inexpresivos.

—No sé de qué me estás hablando.

Su respuesta me desconcertó de tal modo que durante un instante no supe qué decir. Lo miré fijamente, intentando descubrir si bromeaba o jugaba conmigo, pero él siguió con aquella mirada que no decía nada.

—Una noche, en tu casa, después de emborracharme como una cuba, me dijiste que no me quedaba más opción que asegurarme de que a Fadia se le ofrecía una plaza. Hasta me amenazaste.

Stephen dio un sorbo a su copa y comprendí, a medida que los segundos se alargaban en minutos, que no admitiría nada.

—Tendrías que andarte con cuidado con ella —dijo por fin—. No es una familia...

Y entonces se interrumpió, como si se hubiera pensado mejor lo que pretendía decir.

—No es una familia que... ¿qué?

—Simplemente ándate con cuidado —dijo—, si tienes el menor sentido común.

—Lo siento, Stephen, pero no te entiendo.

—Se ve que te parece atractiva. Y te estoy diciendo que sería una tontería, y no solo porque sea tu alumna. Hay otras razones para mantenerlo todo dentro de los límites profesionales. Tómatelo como un consejo de amigo.

Tal vez negué con la cabeza o le di las gracias, o tal vez él simplemente se levantó y salió de la *Senior Common Room* y no comentamos nada más al respecto, o tal vez yo salí primero, ofendido porque Stephen se creyera con derecho a darme consejos sobre el cruce de mi vida privada y mi vida profesional, y tal vez salí del *college* y caminé por Turl Street hasta High Street donde cogí un taxi de vuelta a Divinity Road donde vi el dormitorio de Fadia con la luz encendida, y como tenía su número en mi teléfono le mandé un mensaje preguntándole si estaba bien y si podía, para cambiar la rutina, y a pesar de que fuera tan tarde, cruzar la calle para tomar una copa. En cualquier caso, eso fue lo que hice, no sé si esa noche u otra, durante la primavera de aquel último año, y la copa que tomamos en el salón del fondo de mi casa, asomados al jardín por la noche, fue, sin la menor duda, el principio de la siguiente fase.

Estaba asomado a la ventana de mi casa de Rhinebeck, mirando la luz de la casa de mis vecinos, donde Michael Ramsey pasaba, inocentemente o no, el fin de semana, cuando las luces se apagaron de repente y me sentí solo en la oscuridad, contemplando la luz de la luna y las estrellas y el resplandor de fondo del pueblo lejano que se filtraba entre los árboles, sentí, y no por primera vez en la última década, una sensación de tan devastadora soledad que, en otras circunstancias, podría haber enviado, una vez más, un mensaje pidiendo a alguien relativamente desconocido que se tomara una copa conmigo, pero Michael Ramsey no era Fadia.

No me interesaba hacerme su amigo, ni, mucho menos, su amante. Antes bien lo que quería era ampliar la distancia entre nosotros, y con todo sospechaba que, si pasaba una hora más a solas con él, podría obtener las respuestas a las preguntas planteadas por los sucesos de la semana anterior.

Allí a solas, en la oscuridad, me acordé de que todavía no había encontrado mi móvil extraviado, y movido por las ganas de dormir sin ese pequeño detalle incordiando mi inconsciente, empecé a registrar la casa, encendí todas las luces, palpé a tientas los cajones y los bolsillos de la ropa, revisé todos los lugares lógicos. Ni rastro del aparato así que al final volví a la cocina, y rebusqué en alacenas y estantes de la despensa, hasta que no quedó otro sitio que mirar que la nevera, y allí lo encontré, dentro, apoyado en el estante superior, al lado de la leche. No recordaba haberlo puesto allí, e intenté pensar si era posible que le hubiera dado la oportunidad a Michael Ramsey de esconderlo de ese modo. Sabía que le había dado la espalda al menos una vez, posiblemente dos. Me entraron ganas de llamarle, pero me di cuenta de que no tenía su número, aunque cuando pulsé el botón de navegación central en la parte superior del teclado del móvil, la pantalla recobró la vida, y allí, en el espacio de redacción de mensajes, había tres palabras, escritas, estaba convencido, por el propio Ramsey. Me temblaban las manos cuando dejé el teléfono sobre la mesa de la cocina. La pantalla se oscureció, y volví a tocar el botón de navegación para encenderla de nuevo. Las tres palabras, negras sobre un fondo blanco, estaban escritas, si tal cualidad es posible en ese tipo de texto, con lo que pareció indiferencia, o tal vez se trataba de una especie de telegrafía precipitada, tecleada sin tiempo para escribir más de lo que había escrito, porque yo estaba a punto de darme la vuelta de lo que quiera que estuviera haciendo cuando me arrebató el teléfono. Podía imaginarme lo que había sucedido a mis espaldas, con Ramsey tecleando apresuradamente letras en mi dispositivo.

Volví a mirar la pantalla.

«Los teléfonos escuchan», decía.

La mañana siguiente no nevó, pero los árboles estaban cubiertos de hielo y se había formado escarcha en las ventanas, refractando la luz. Michael Ramsey estaría despertándose mientras yo me tomaba el café y pensaba cómo, aunque la temperatura nunca había bajado tanto durante todos los años que había pasado en Oxford, nunca había tenido tanto frío como allí, temblando en aquellas casas sometidas a las corrientes de aire con ventanas de un solo cristal y un aislamiento muy pobre, o esperando en el andén de una estación en Oxford o Didcot, e incluso en las grandes estaciones victorianas de Londres, como St. Pancras y Paddington, abiertas a los elementos por un extremo; aunque habría tenido mucho sentido levantar una pared de cristal para proteger las zonas de espera esa idea no parece habersele ocurrido a nadie, ni siquiera hoy, cuando los inviernos en Gran Bretaña se están volviendo cada vez más impredecibles y los vientos gélidos atraviesan el Atlántico Norte, y algunos traen nieve y paralizan un país que todavía se tiene por templado. Bastaba con esas incomodidades para hacer que me planteara el regreso a América, a una casa como la que he comprado en Rhinebeck.

Aquella fría mañana de noviembre de hace solo unas semanas, yo me alegraba, dicho en otras palabras, de estar de vuelta en Nueva York, en mi hogar aislado, con sus ventanas de doble cristal y calefacción de aire fluyendo por los conductos de ventilación. Había pensado en instalar paneles solares, siguiendo el ejemplo de otros vecinos de la zona, e invertir en otras tecnologías que harían que la casa no solo fuera más cálida sino más eficiente y sostenible. Ahora todos esos planes parecen, como poco, inciertos. ¿Cuánto tiempo mi casa seguirá siendo mi casa? En ausencia de respuestas, solo puedo esperar que, pase lo que pase, sea cual sea el punto hasta que quede comprometida mi libertad, no acabe siendo desposeído de mi finca.

Durante los años en Oxford, incluso cuando tuve mi propia casa en Divinity Road, e incluso después, hacia la mitad de mi estancia, cuando ya había adquirido la doble ciudadanía, tenía una sensación de inseguridad casi constante, la premonición de que el suelo bajo mis pies de repente cedería o de encontrarme, por inocente que fuera, en el extremo equivocado de un sistema legal que parecía diseñado para pillarte de formas totalmente imprevisibles. A veces me imaginaba mi vida más allá de la jubilación en una comunidad en la que tenía amigos, pero ninguno lo bastante íntimo para que creyera que podía llamarlo en plena noche si necesitaba un rescate. Cuando regresaba a Gran Bretaña tras estar fuera un tiempo, a menudo me decía

«Podría desaparecer mañana mismo y a nadie le importaría». Me sentía desarraigado, a la deriva e ignorado, o al menos intuía que no suponía ninguna preocupación para quienes me rodeaban. No parecía haber mucho espíritu de buena vecindad en Gran Bretaña, al menos de un estilo que yo pudiera reconocer, no en ciudades como Oxford o Londres. Puede que sea distinto en Escocia y el norte de Inglaterra, pero en Oxford la gente es muy reservada, y mi percepción de estar aislado socialmente se agravaba por la sensación de que cuanto más tiempo pasaba allí más intensamente echaba de menos a Meredith, y más quería volver a la esfera de la vida de mi madre y las de mis parientes, las tías y tíos que tenían ochenta y noventa años, los primos a los que no veía desde hacía más de una década.

Cada vez que miraba *online* las fotografías de amigos en reuniones familiares o viajando por carretera a través del país de Kansas a California para visitar a hermanos o abuelos, tenía una sensación tan aguda de alienación que el deseo de abandonar la vida que había construido en Gran Bretaña se hacía tan intenso que esta dejaba de interesarme, ya no me importaba si hacía todo lo que se esperaba de mí, solo quería escribir libros que hicieran que se fijaran en mí las universidades americanas, publicar en la clase adecuada de revistas académicas, dar el tipo de conferencias abiertas y publicar ponencias que harían que los miembros senior de los principales departamentos de Historia en Estados Unidos se miraran unos a otros cuando pensaran en quién les gustaría sumar a sus filas y dijeran, sin dedicarle más que unos segundos a pensárselo: «¿Qué os parece Jeremy O’Keefe?» y algún otro de sus colegas diría «¿No estaba en la Columbia?» y «No consiguió la titularidad, ¿no?», y «Sí, pero tuvo mucha suerte, ha trabajado mucho, está reorganizando su trabajo en Oxford y lo que pasara en la Columbia ya está olvidado, no hay más que ver sus publicaciones, una lista de libros y artículos tan larga como mi brazo, y su monografía sobre las vidas privadas de los confidentes fue revolucionaria por el alcance de su trabajo en archivo y su coherencia intelectual».

Egocéntrico, sin duda, pero ese era el tenor de mis pensamientos mientras me sentaba en mi casa adosada victoriana en noches tan húmedas que te entumecían los huesos, cuando la temperatura bajaba del punto de congelación, mirando por la ventana de mi dormitorio, a veces tumbado en la cama con las cortinas descorridas lo bastante para poder ver la ventana de Fadia, las luces de su habitación encendidas hasta tarde, las persianas abiertas mientras trabajaba en su mesa, a menudo acurrucada en la tela de aquella gran bata blanca, y todo eso después de aquella noche en que la invité a una copa. Debió de ser en febrero o marzo del último año, y la precisión temporal no carece de importancia en este caso, pero ni mi calendario ni mi agenda revelan nada específico. Para ser historiador, las fechas de mi propia vida siempre me parecen borrosas y fragmentarias cuanto más me esfuerzo por concretarlas. Tal vez fue por entonces, o tal vez más tarde. Lo que importa es que yo me acerqué, ella respondió, y nuestro rumbo quedó establecido.

Ella se presentó ante mi puerta unos quince minutos después de que le mandara el mensaje, dándome apenas el tiempo suficiente para quitarme el pijama y volver a ponerme los vaqueros, una camisa y un suéter, echarme un poco de colonia y desodorante, y pasarme el peine por el pelo, y cuando abrí la puerta ella estaba allí con uno de sus abrigos negros, pero sin bufanda, con el cuello al descubierto, los ojos levemente enrojecidos alrededor de los párpados, como si hubiera estado llorando unas horas antes, o tal vez simplemente estaba cansada y tenía frío, y en las manos llevaba una caja de bombones, el tipo de dulces parisinos que podrían haberle regalado sus padres (quienes, a esas alturas, según me había contado, se habían instalado en Mayfair, en una casa tan alta y estrecha como un obelisco, justo al doblar la esquina de la embajada saudí), o tal vez ella los guardaba para invitaciones inesperadas que requerían un regalo para el anfitrión. Era una caja blanca totalmente cuadrada que contenía dieciséis bombones decorados con tal precisión que alcanzaban la categoría de obras artísticas. Yo no esperaba ningún regalo y el aspecto de la caja, el acabado de su papel en las puntas de mis dedos, cambió mi idea de lo que estaba sucediendo. Me sentí, sinceramente, como si fuera yo el cortejado.

—Chocolate por la noche —dijo tosiendo—, supongo que no es muy sano, pero tal vez sea lo que pide la hora.

Coloqué su abrigo en un colgador y la conduje por el zigzagueante pasillo imaginando, mientras caminaba tras de mí, que ella estaría pensando que su supervisor intentaba seducirla, que se sentía solo, desesperado, con deseo, o que estaba preocupado por su bienestar. Tal vez, suponiendo que no conociera mucho las costumbres americanas, podría haber quitado importancia a la hora considerándola un extraño amaneramiento cultural, la reticencia de un neoyorquino a creer que alguna ciudad dormía, y, pese a todo, esos bombones me decían que sintiera yo lo que sintiese, ella también sentía una atracción de algún tipo, aunque, visto desde hoy, me doy cuenta de que podría haber traído los bombones simplemente como un gesto de educación, porque yo era su profesor, su supervisor y mentor, en cierto sentido también su mecenas, y si un hombre así la invitaba a su casa por la noche, ¿qué podía hacer una mujer como ella sino aceptar? ¿Le di la oportunidad de decir que no? ¿Pensó ella que era posible negarse? Preguntas como esas me obsesionan ahora, aunque lo que sucedió entre nosotros no fue, estoy seguro, una cuestión de coerción.

Las luces estaban encendidas en la pequeña cocina y más allá, en la ampliación que había construido poco después de comprar la casa, un espacio que servía a la vez de comedor y biblioteca. Cuando se acercó para sentarse a la mesa, corrí las cortinas, aunque tendrían que haber escalado el muro del jardín para vernos.

—¿Por qué no te sientas aquí? —Señalé un sofá al otro lado de la sala—. ¿Qué te apetece? Todavía tengo aquel malta que me regalaste. —A esas alturas yo sabía que Fadia estaba lo bastante occidentalizada como para beber alcohol, como parecían estarlo todas las jóvenes musulmanas que había conocido durante mis años en Gran Bretaña, muchas de las cuales habían sido educadas en internados ingleses, con

padres que repartían sus vidas entre Londres y Oriente Medio. Aunque se había declarado atea, yo tenía la sensación de que culturalmente continuaba siendo musulmana en buena medida. También sabía que otros estudiantes y colegas musulmanes que conocía adoptaban lo que yo interpretaba como un acercamiento católico romano a la fe, escogiendo y eligiendo la forma en que asumían las normas del islam; algunos incluso comían cerdo, lo había visto en las cenas del *college*, y muy pocas de ellas llevaban pañuelos o velos (al menos, no en mi *college*, aunque la cantidad de mujeres en Oxford, y sobre todo en Cowley, donde yo vivía, que se cubrían completamente no hacía más que crecer año tras año, mientras que los hombres con barba y ropa tradicional se congregaban en multitudes que se multiplicaban aún más). Mentiría si dijera que me había sentido enteramente cómodo entre ellos, pero con todo quería, siempre, mantener una mente abierta. Un taxista que me llevaba a casa desde la estación cuando había vuelto de Londres un día en que habían sido detenidos varios hombres en Birmingham con acusaciones relacionadas con el terrorismo, se pasó el trayecto sin parar de maldecir, «Llevo cuarenta putos años viviendo aquí y nunca había visto nada parecido a esta puta locura. Esta minoría de mierda siempre anda jodiéndonos todo a los demás. Esto no tiene una mierda que ver con nosotros, ¿me entiende, profesor? ¡Todo este puto terrorismo no tiene una puta mierda que ver con nosotros! Lo único que quiero es irme a casa, estoy reventado de cojones, y quiero tomarme una copa tranquilo —el hombre se había reído—, para que no me vean mi mujer ni mis hijos. ¡Soy un *mal* musulmán!».

—*Whisky* no, me desvelaría. —Fadia se mordisqueó el labio de un modo que me hizo sentir culpable. Había algo nervioso, incluso infantil, en el gesto, y me pregunté qué pensaba que estaba haciendo. ¿Tenía intención de seducir a mi alumna, o le estaba ofreciendo tan solo una inocente hospitalidad a una hora avanzada de la noche, si es que eso no es un contrasentido?, una hospitalidad como la que le ofrecería a mi hija si por casualidad la viera pasando por delante de mi apartamento una noche muy tarde, sola y con aspecto de infeliz como me lo había parecido Fadia a menudo cuando la atisbaba a través de las cortinas de mi dormitorio—. ¿Tienes algo de vino?

—¿Blanco o tinto?

—Con el chocolate, creo que debería ser tinto, ¿no?

—¿Banyuls? ¿O prefieres un oporto?

—Banyuls sería estupendo.

Serví, brindamos y yo acerqué una silla al sofá en que se había sentado. Estoy seguro de que ella vestía alguna variación de su uniforme monocromo, pantalones de lana negros y un suéter blanco, de angora, de cuello vuelto holgado, y un destello de un delicado collar de plata sobre su piel. Abrí la caja de bombones y le ofrecí uno. Una parte de mí creía que una mujer tan esbelta como Fadia rechazaría un bombón, pero cogió uno sin vacilar, y sus largos índice y pulgar se cerraron alrededor de su contorno.

—A mi madre le gustaría este —dijo dando un sorbo y sonriendo.

No se trataba de una sonrisa seductora, pensé, sino de leve agotamiento y de saber apreciar el placer de lo bueno.

—¿Tus padres están bien? ¿Les gusta Londres?

—Parecen estarlo, tanto como es posible. Yo detesto Londres. Los bienes de mi padre fueron congelados, pero no los de mi madre, no acabo de entender por qué, y están viviendo en una casa propiedad de los padres de mi madre, así que las cosas van bien por ahora, aunque mi madre no es que tenga mucho dinero. Han debido recortar sus gastos, aunque siguen viviendo como ricos. Los dos creen que han descendido en la escala social. Por un lado los compadezco, pero sus quejas me parecen insoportables.

—¿Los ves mucho?

Negó con la cabeza, tragó y se pasó los dedos de la mano izquierda por el cabello, recorriéndolo a todo lo largo por detrás de las orejas, de un modo que me pareció, por primera vez, inconscientemente coqueto. Era un gesto que no recordaba haberle visto hacer antes.

—Se hace raro, claro, vivir sabiendo que tu padre probablemente sea responsable de cosas espantosas, como torturar gente, hacerla desaparecer, pero las ha hecho tan, no sé cómo decirlo, tan cautelosamente, ¿puede decirse así? —asentí—... tan cautelosamente que sospecho que nunca le pedirán cuentas, y tampoco existe tratado de extradición entre Gran Bretaña y Egipto, así que aquí está a salvo, y me pregunto si esa era la razón por la que ellos querían que, a largo plazo, yo acabara aquí en lugar de en Francia, como si hubieran previsto lo que ha pasado y temieran que las familias se vieran implicadas. No sé. Pensar algo así se me hace raro. Ya no puedo mirar a la cara a mi padre, al menos no, bueno, directamente a los ojos porque cada vez que le miro me imagino lo que podría haber hecho. Casi sería mejor saber exactamente qué hizo para no vivir con tal incertidumbre sobre sus actos, pero de algún modo no puedo reunir el valor para preguntarle, y, si lo hiciera, no sabría si lo que me contara sería verdad. Ni siquiera entendí lo que era, no del todo, hasta que me fui a París al colegio. Y entonces fue mi abuela (vivía con mis abuelos en su apartamento, en rue Visconti) la que me ayudó a ir entendiendo poco a poco. No me decían nada explícitamente, pero encontraba esos artículos por la casa sobre las infracciones de los derechos humanos en Egipto, y las amigas de la escuela contaban cosas que lo dejaban claro. Yo era muy ingenua. Antes de ir a París pensaba que todo el mundo tenía sirvientes vestidos de esmoquin. Pensaba que todos tenían chófer y escolta policial. Pensaba que todas las niñas iban a Londres, Nueva York y París de compras. O, al menos, me lo imaginaba así, aunque, a la vez, no acababa de creérmelo. Sabía que los sirvientes y los chóferes, la gente que vivía en los barrios pobres por los que pasaba en el coche de niña, no vivían como yo, y aun así nunca pensé en la pobreza, no en serio. Ni siquiera me daba cuenta de su existencia hasta que me instalé en París y empecé una vida menos protegida que la que había tenido en El Cairo. Y entonces,



cuando empecé a entender la naturaleza de la vida de mi familia, me costó estar a solas con mi padre, incluso dejar que me tocara. He llegado a odiar su olor.

—¿Y tu madre? ¿Puedes hablar con ella?

—Tienen dormitorios separados, lo que es algo nuevo, y creo que ella le dejaría si estuviera convencida de que viviría segura. No me refiero solo a la cuestión financiera. Creo que ella teme lo que él podría hacerle si lo abandonara, o que pudiera persuadir a sus anteriores colegas para que le hicieran. No sé si es una paranoia mía o no. ¿Tú qué crees?

—A decir verdad, Fadia, no tengo ni idea. No soy la persona a la que tienes que preguntárselo. ¿Dónde iría tu madre?

—Supongo que intentaría volver a Francia, tal vez iría a vivir con mi tío o mis abuelos. La quiero mucho, pero ahora que está aquí viene cada dos por tres a Oxford y me lleva a comer por ahí. He comido la carta entera del Gee's y solo quiero decirle que me deje tranquila para que pueda seguir con mi trabajo pero está fuera de sí por el miedo, esa extraña angustia que yo comprendo totalmente dadas las circunstancias, pero no sé cómo abordarlo ni cómo ayudarla a superarlo. ¿Cómo se puede vencer a una angustia como esa cuando tu vida se ha visto trastornada tan rápidamente y la gente que amas simplemente desaparece o tú desapareces para ellos? Porque, dado lo que creemos, mi hermano no nos hablará, y no lo hará precisamente por sus creencias. *Je crois que la foi elle-même est une sorte de terreur. Vous comprenez?*

—Más o menos. ¿Has sabido algo de tu hermano?

Ante la pregunta hizo una mueca, un gesto reflejo de asco y suspicacia.

—¿Te ha pedido Stephen que me lo preguntes?

—No, claro que no.

—Sé que lo sabes, Jeremy, no pasa nada. Stephen ha estado importunándome desde hace semanas, como si yo supiera algo. No me canso de repetirle que no. — Dio un sorbo al vino y alargó la mano para coger otro bombón—. El corazón le hace cosas raras a la cabeza, y Stephen tiene un corazón muy raro.

—Así que todavía no te has puesto en contacto con Saif.

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué te preocupa tanto?

—Por curiosidad. Por inquietud. Es tu hermano. ¿No te preocupas por él aunque estéis en desacuerdo?

—Tienes que entender que nunca nos sentimos muy cercanos. Es quince años mayor que yo. Es como si yo hubiera heredado todos los genes de mi madre, o al menos su sensibilidad, y él los de mi padre. Él era, ya sabes, en todos los sentidos y con toda su alma, un miembro de la policía de seguridad, así que en cuanto comprendí lo que eso significaba, que fue también bastante avanzada mi vida, solo después de haber ido a París, dejamos de llevarnos bien. Y ahora, tras haber dado la espalda a todo eso, ha encontrado la religión y, en cierto sentido, me parece todavía más aterrador. No sé nada de él desde hace casi un año. Sencillamente, no sé cómo

decirlo, se ha desvanecido. Estoy segura de que Stephen ha hablado con él hace menos tiempo que yo. Tal vez esté en Siria. Eso es lo que cree Stephen. Mis padres tampoco saben nada de él, y estoy segura de que ellos me lo dirían, al menos mi madre, porque no sabe guardar secretos. Pero creo que mi padre también me lo contaría, porque se siente traicionado por Saif. Sería una especie de victoria si tuviera la confirmación...

Se le fue apagando la voz, como si le costara decidir cuál de los posibles finales sería la peor traición. No recuerdo ahora si se me pasó por la cabeza en aquel momento que Saif hubiera podido ser un terrorista, un miembro de una de esas organizaciones o subgrupos que no dejaban de emerger, unirse, subdividirse y reproducirse, una organización que recibía muchos nombres, *ad-Dawlah al Islamayah* o *Dáesh* o varios más. Sospecho que mi cabeza colocó a Saif en un archivo mental de hombres que eran combatientes antigubernamentales y así no le di más vueltas. En mi ingenuidad, recuerdo que pensé que tendríamos que hacer algo para armar a la resistencia siria. Qué estúpido parece todo eso ahora. Qué *real* se ha vuelto mi *politik*. Más vale quedarse con el dictador conocido que dar apoyo a grupos tan impredecibles, tan poco entendidos, grupos que fácilmente pueden darse la vuelta y morder la mano que les ha dado de comer.

Pensara lo que pensase por entonces, serví a mi estudiante otra copa de vino generoso, esta vez más pequeña porque levantó la mano para detenerme y comimos otro bombón cada uno. Ninguno de los dos estaba borracho, al menos yo sabía que no podía estarlo, salvo quizá embriagado por la necesidad, la soledad y el frío de una noche oscura a principios de la primavera inglesa, y asumía que un poco de vino de postre tampoco emborracharía a Fadia, Fadia, a la que había visto tontear con sus compañeros estudiantes así que creía que sabría cómo controlar su ingesta de bebida. Es medio francesa, me recordé, ha pasado la adolescencia en París, tiene parientes intelectuales, un abuelo que era un crítico destacado y una abuela economista, así que a Fadia se le habría permitido beber vino en las comidas, champán en ocasiones especiales, y yo estaba convencido de que sabía cómo controlar.

—¿Por qué me has invitado a venir, Jeremy?

—Quería saber cómo estabas. No nos hemos visto mucho últimamente, y me fijé en que tenías la luz encendida. ¿No se supone que un supervisor debe ofrecer hospitalidad a sus alumnos?

—Yo diría que normalmente no a medianoche, al menos no si es para verse a solas, y el supervisor es un hombre y la estudiante una mujer.

—¿Me estás diciendo que es una conducta inapropiada?

—No, no, no digo nada. Me limito a observar que se trata de una situación excepcional y me gustaría conocer tus intenciones.

—Ser hospitalario. Pasar el rato. No puedo evitar fijarme en cuánto tiempo pasas sola en tu habitación, pese a la frecuencia con que te lleve tu madre a comer fuera.

Parece que estás trabajando mucho. A veces no viene mal relajarse y alejarse de la mesa del estudio. *Mens sana* y todo lo demás.

—Ya me relajo. Voy a nadar cuatro veces por semana a la piscina de la universidad. Una hora cada vez.

—Es ese caso, supongo que no necesitas para nada mi hospitalidad. Vete cuando te apetezca. No te sientas obligada.

Dejó la copa en la mesita auxiliar entre el sofá y mi silla.

—No seas tan inglés. No eres inglés y los modales ingleses no te pegan. Prefiero al americano directo que eres en los demás asuntos. Prefiero al profesor que me dice cuándo el trabajo está mal y que me elogia cuando está bien, no como estos ingleses que murmuran y tartamudean y esperan que tú leas entre líneas y sepas que cuando dicen que algo no *está bien del todo* quieren decir que es una mierda espantosa y cuando dicen que lo has hecho *bastante bien* quieren decir que tu trabajo es excepcional. Me parece grotesco y deshonesto recurrir a tantos eufemismos y circunloquios. Hace que la vida se vuelva aún más difícil.

De qué hablamos a continuación ya no me acuerdo. Sin embargo, recuerdo con claridad haberme levantado y demorado en el peldaño que daba a la cocina. Tal vez miré a Fadia con intención, pero, fuera como fuese, ella me siguió de vuelta por el pasillo serpenteante y a la planta de arriba, al dormitorio principal de la fachada de la casa, donde las cortinas estaban todavía descorridas lo justo para que ambos pudiéramos mirar a las ventanas de su propio dormitorio a oscuras.

—¿Me observas todas las noches?

—No todas. Muchas. ¿Lo sabías?

—No estaba segura. Pensaba que a lo mejor eran imaginaciones mías.

Durante la hora siguiente, mi mente se sumergió en la belleza de lo que estaba sucediendo, hundiéndose gozosamente en las aguas superficiales a la vez que era consciente de las profundidades más terribles al alcance de la mano: el terror a lo que me había convertido voluntariamente, el depredador de mujeres jóvenes, de alguien que estaba en mi poder, cuya vida yo podía volver difícil si quería, aunque no me imaginaba haciendo nada tan cruel; y entonces, mientras yacíamos el uno junto al otro a oscuras, fui consciente de que ella había fijado sus ojos en mi cuerpo, percibí la fuerza de su mirada en mi piel, y pensé en Cam y Noé, y aquel primer pecado de voyeurismo, la forma en que yo había abierto mi cuerpo, mi persona, y me había expuesto, vulnerable, como Noé yaciendo descubierto dentro de su tienda, cómo la había dejado penetrarme casi tan profundamente como yo la había penetrado a ella, y me di cuenta de que al verme así, mirándome en mi desnudez, ella había entrado en mí igual que yo había entrado en ella. Estiré el brazo para cogerle la mano.

—¿Es esto el principio de algo? —pregunté.

—Hospitalidad compartida, lo llamaste. ¿Tiene que ser algo más?

Dormimos juntos, pero ella se marchó antes del alba, saliendo cuando el lechero pasaba traqueteando por la calle en su carrito eléctrico. Solo en la cama, inhalé su

aroma en las sábanas, y el rostro de aquel chico rubio egipcio de Georgetown me vino a la cabeza: el mismo olor, la misma vaga familiaridad. Vivo en una novela, pensé, mientras veía a Fadia aparecer en su ventana al otro lado de la calle y rápidamente cerraba las persianas para protegerse de mí. Sin embargo, en mi caso, el melodrama de campus conduce a otro punto, a un género de complicaciones distinto.

A lo largo de las semanas siguientes, nos veíamos cada noche o dos, siempre en mi casa. Por mi parte no había expectativas de que el sexo siguiera necesariamente a la copa y la conversación que compartíamos, y en cada encuentro posterior esperaba que Fadia diera la señal de si quería algo más, permitiendo que ella nos llevara por el pasillo y escaleras arriba. Una o dos veces, lo dejamos en una copa y nada más.

—Me parece que debo aclarar —dije en un momento dado, tal vez una semana después de nuestro primer encuentro— que, sea lo que sea lo que estemos haciendo, esta hospitalidad compartida no afectará a nuestro trabajo juntos.

—Quieres decir que si te digo que quiero interrumpir esto, de repente no me pondrás las cosas difíciles, Jeremy, ¿es eso?

—Justamente. Quiero que sientas que controlas esto.

—Pero si lo controlo. —La veo, mientras escribo ahora, incorporándose un poco más erguida en el sofá y acabándose la copa de vino—. Como prueba, te daré las buenas noches y te dejaré preguntándote si habrá siquiera una próxima vez.

—¿Es una prueba para mí o para ti?

—Para los dos.

Tras más de una docena de encuentros, en el curso de los cuales empecé a imaginar que continuaríamos así hasta que nos sintiéramos en condiciones de hacerlo público, tal vez incluso hasta que yo le pidiera —o me pidiera ella— que formalizásemos nuestra relación, fueran cuales fuesen las consecuencias para ambos, Fadia dejó de contestar abruptamente a mis mensajes. Un día nos comunicamos, un intercambio coloquial de planes, y al siguiente, sin aviso previo, silencio por su parte, las persianas de su habitación siempre cerradas, aunque yo veía que las luces estaban encendidas, era capaz de ver su sombra al pasar, y observaba su ir y venir de la casa por las mañanas y las noches, sintiendo que no podía, en conciencia —no si quería mitigar mi infracción del decoro, la ética y la política (sabe Dios cuántas normas de la universidad, el *college* y la facultad debía de haber infringido al acostarme con una alumna)—, pedirle que me diera explicaciones, exigir saber por qué de repente me veía expulsado de su vida, por qué no me contestaba. Mírame, quería decirle, mírame y dime qué he hecho mal.

Transcurrió un mes en el que Fadia mantuvo su silencio y yo mi vigilancia, esperando un cambio, igual de repentino que el primero, que me devolviera su favor. No quería convertirme en el profesor obsesionado que llama a la puerta de la joven estudiante o la hostiga con *emails* y mensajes de texto, la sigue a la biblioteca o, de hecho, a la piscina de la universidad, aunque un día me descubrí pensando en comprarme un traje de baño nuevo hasta que me di cuenta del destino de la ruta que

estaban emprendiendo mis pensamientos. Profesionalmente, no había razones para una reunión hasta más avanzada la primavera y yo estaba convencido de que habíamos mantenido separada esa esfera de manera que cuando nos reuniéramos de nuevo no habría incomodidad, por más raras que, en retrospectiva, parecerían aquellas noches que habíamos compartido, las invitaciones, la danza de seductora hospitalidad sentados cada noche, la honestidad con la que nos acostábamos.

Y aunque había sido yo el que la había invitado la primera vez, y el que la había conducido escaleras arribas, las semanas que pasaban sin un mensaje o una llamada telefónica empezaron a hacerme sentir, perversamente, como si hubiera sido ella la que me hubiera estado utilizando. Eso no resultaba tan desagradable como sorprendente por que nunca lo había sentido antes con ninguna otra mujer, sin duda no con Susan, que parecía sufrir la mecánica del sexo con paciencia y buena voluntad más que disfrutando del acto, y aunque fue un elemento menor en nuestro progresivo distanciamiento no fue la fuerza que motivó las rupturas que se produjeron entre nosotros a lo largo de muchos años. ¿O, me pregunto ahora, estaba malinterpretando por entero la situación con Fadia? ¿Era su distanciamiento un indicio de que lo que hacíamos no era, en realidad, algo que ella deseara?

Durante aquel mes de silencio, me volví más diligente, me vestía y desvestía con las cortinas corridas, ocultando mi desnudez de Fadia en su habitación al otro lado de la calle tanto como del resto del mundo. Oxford es una ciudad bastante pequeña y cualquiera —estudiantes, colegas, otros empleados de mi *college* o de la universidad — podía pasar por delante.

Una noche de abril del año pasado, aunque puede que ya fuera de mayo, Fadia me mandó un mensaje de texto preguntándome si podía pasar por casa, y sorprendido como me dejó la comunicación, le contesté inmediatamente diciendo que sí, por descontado, que era bienvenida, que no tenía ningún plan, ¿le apetecía cenar? No, ya tenía un compromiso para la cena, pero ¿podía pasarse más tarde, para una copa? Por supuesto, contesté, sería un placer. Y la inseguridad de mi contestación, o del modo en que afirmar lo placentero que sería ver a una estudiante con la que me había acostado no hacía tanto, creó una sensación de vulnerabilidad en mi propia conciencia, de abrirme a lo femenino, desestabilizando de nuevo el suelo que pisaba, de manera que tuve, como parecía suceder con más frecuencia cuanto más tiempo pasaba en Gran Bretaña, la sensación de estar en dos placas opuestas, una que se desplazaba hacia el este, y la otra hacia el oeste, mientras mi equilibrio era cada vez más precario en tanto intentaba mantenerme firme sobre ambas.

Ahora, claro, entiendo por qué guardó aquel silencio, y estaba empezando a pensar en el repentino regreso de Fadia a mi vida tras aquella ausencia de cuatro semanas mientras me asomaba a los árboles cubiertos de escarcha en el terreno entre mi casa y la de mis vecinos, a la luz clara de la mañana del último sábado de noviembre unas

semanas atrás, mientras la calefacción soplaba entre los conductos de ventilación y me calentaba los pies sobre el suelo de linóleo de mi cocina, sabiendo que tendría que llevar a mi madre a comer al Beekman Arms. Esa era precisamente la razón por la que había querido volver a casa, a América, para disfrutar de los fines de semana relajados con la familia, poder correr de la casa de mi hija a la de mi madre, ver a mi exmujer por capricho si pensaba por un momento que ella podía decidir aceptarme de nuevo tras mis años de extravíos románticos y geográficos. Imaginaba el largo camino que habría que recorrer, las confesiones que yo tendría que hacer, las revelaciones de mi intimidad con Bethan y Fadia, los líos con media docena de otras mujeres, y había pasado por todo eso sin coger ninguna enfermedad (algo que había temido más, por alguna razón, de lo que jamás lo había temido en Estados Unidos), aunque no sin complicaciones de, tal vez, más gravedad que la especie de infección que podía confiarse que respondería a un tratamiento con antibióticos.

Desde el instante en que mi madre se subió al coche supe que pasaba algo. Rebuscó en su bolso y confesó que se había olvidado de hacer la reserva. Así que iríamos al restaurante italiano del Culinary Institute of America, que estaba a media hora de camino y no me apetecía.

—¿Va todo bien? —pregunté, impaciente porque no dejaba de rebuscar en su bolso.

—Ummm, sí, sí, sí.

—¿Has perdido algo?

—No, solo estoy ordenando —dijo con voz cantarina, en el tono que yo asociaba con una sucesión de estados de ánimo supuestamente alegres que podían transformarse en lúgubres sin previo aviso.

—Me estás distraendo, mamá.

Resopló y cerró el bolso. Condujimos en silencio o, más bien, yo conduje y ninguno de los dos dijo nada hasta que llegamos al campus del CIA. En el restaurante, se quejó de que nuestra mesa junto a la ventana, con vistas a los campos de deporte, era un sitio muy frío, de que había corriente. El local entero estaba diseñado con un artificioso estilo toscano que me mareaba. Mi madre pidió de primero berenjenas al parmesano, yo opté por la ensalada de pulpo y los dos pedimos el pescado del día con cuscús de pistacho (no muy genuino, me pareció, pero no dije nada). Mientras esperábamos el primer plato mi madre miró a su alrededor con su aire distraído.

—Dime una cosa. ¿Cómo es ese curso que das? El de cine.

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé. Eres tan reservado, Jeremy. Nunca me cuentas nada. Háblame de tus alumnos.

—Se apunta un grupo muy variado. Teóricos y filósofos de la conspiración y anarquistas de café con tatuajes de alambradas, luego hay unos cuantos chicos de filosofía más serios que quieren hablar sin parar sobre Deleuze y la imagen-

movimiento, de lo que yo no tengo ni idea, la verdad. Me interesan más las películas como documentos de estados de ánimo sociales concretos.

—No entiendo lo que significa nada de eso.

—Claro que lo entiendes.

—Pero hablas demasiado *deprisa*, ojalá te explicaras mejor. No sé cómo pueden seguirte tus alumnos.

—Te lo explicaré otro día.

—Siempre dices lo mismo.

—¿Te pasa algo?

—No es nada. Solo te disgustarás.

—¿Qué me disgustará?

—Lo que estoy a punto de decir.

Tuve la premonición de que fuera lo que fuese lo que me revelara tendría algo que ver con los sucesos de la semana anterior, de aquel sábado de la semana anterior cuando me senté en una cafetería de MacDougal Street a esperar a una alumna que no se presentó porque yo le había enviado, o no —tal vez lo había hecho otra persona— un *email* cambiando la reunión. Fuera lo que fuese lo que mi madre estuviera a punto de decir tenía que ver con las cajas que me mandaron al apartamento. Tenía que ver con Fadia, con su hermano Saif y Stephen Jahn, y, en última instancia, no me cupo duda y sentí una ráfaga gélida de pánico, tenía que ver con Michael Ramsey.

—Me llamaron por teléfono.

—¿Quién?

—Él no dijo quién era.

—Pero ¿era un hombre?

—Desde luego, sonaba como un hombre. Casi siempre reconozco si quien llama es un hombre o una mujer, Jeremy, por más loca que me creas. Todavía no he perdido la cabeza hasta el punto de no distinguir una voz masculina de una femenina.

—No hables tan alto.

—¡Nadie puede oírnos!

—Cuéntame qué te dijo.

—Dijo que debería saber que no eres una buena persona, que eres un hombre perverso... —aquí empezó a atragantarse—, que habías hecho cosas *terribles*, que eras antiamericano, un amigo del enemigo, que defendías el terrorismo y que habías financiado a yihadistas, que trabajabas contra los intereses de este país, todo tipo de cosas, de verdad, espantosas, fue muy angustiante y luego dijo, y todavía no sé cómo expresarlo, dijo que habías tenido relaciones íntimas con una joven musulmana en Oxford que estaba relacionada con organizaciones extremistas. Yo sé que nada de eso puede ser verdad, pero no supe qué responder y empecé a gritarle al hombre del teléfono que era un mentiroso, y entonces dijo que si quería asumir las consecuencias de una vida de terror era yo quien debía decidirlo, pero me avisó de que nunca volviera a verte ni a hablarte, y entonces le colgué. Fue espantoso —dijo, y a esas

alturas un charco de lágrimas se había extendido por sus mejillas—. Nada de eso es verdad, ¿no?

Mientras ella hablaba empecé a sentir que el sudor me empapaba la piel, se me revolvía el estómago, las piernas se me estremecían con una sensación de vértigo. Si me caía, pensé, quedaría completamente al descubierto. Pero, descubierto... ¿como qué? ¿Cómo un hombre que no sabía controlar sus deseos? ¿Cómo un hombre que se había aliado accidentalmente con el terrorismo? ¿Cómo un hombre en el lado equivocado de la historia? Como un hombre que era menos que lo que él —es decir, yo— deseaba ser. Mi cara me delataba: la expresión de mi madre reflejaba lo que estaba viendo ante ella, mi vergüenza y culpabilidad, mi pánico, una sensación de terror que se abría ante mí.

—No es verdad —repitió, como si intentara convencernos a ambos.

—Claro que no. Seguramente será algún estudiante contrariado. Nada de eso es verdad. Cero. —Las palabras me salieron con fluidez, pero tuve que esforzarme para controlar el tono—. ¿Te dijo algo más?

—Ya te lo he dicho, colgué. No quería oír nada más.

—Pero antes de colgar, ¿no dijo nada aparte de lo que me has contado?

Negó con la cabeza.

—No que recuerde ahora. ¿Conociste a alguna joven musulmana en Oxford? Me pareció recordar que tuviste una estudiante de doctorado egipcia, ¿no mencionaste su nombre? ¿Fawzia?

—Fadia.

—Eso es. Habías hablado de ella. Pero era solo tu *alumna*, y sé que tú nunca harías nada con una *alumna*, ¿verdad que no, Jeremy?

—Claro que no. Nunca traspasé la línea.

Intenté recordar si siempre había sido capaz de mentir a mi madre con tal facilidad, con palabras y fantasías saliendo atropelladamente de mi lengua, pero no recordé que le hubiera contado ninguna gran mentira jamás, ni momentos en mi infancia en los que intentara salir bien parado de alguna travesura grave o tras hacer novillos, ni fingir que estaba enfermo, ni pegar el termómetro a una bombilla o en almohadillas térmicas o debajo del agua caliente, porque yo no era un niño así, tal vez porque mis padres eran a su vez inflexibles con la verdad, nunca les vi decir ni siquiera mentiras piadosas a nadie, y su sinceridad les había supuesto a veces pagar un gran precio social y profesional, perdiendo amigos al rechazar una invitación a cenar en el último momento porque a uno o al otro no le apetecía ir, o cuando mi padre llamaba al trabajo cada pocos meses para explicar que no iría al día siguiente porque estaba harto de la rutina de su vida y necesitaba un descanso y las dos semanas de vacaciones a las que tenía derecho anualmente no le bastaban para soportar las otras cincuenta.

La única vez que recuerdo que le conté una mentira importante a mi madre fue cuando Susan me pidió que me fuera. Por una equivocada lealtad hacia mi esposa, le



dije a mi madre que yo era el que necesitaba un cambio, que yo era el que pasaba una crisis, y que había decidido dejar el hogar de mi familia, dar la espalda a mi esposa y a mi hija, aunque, con el tiempo, le reconocí que no era así, y, en retrospectiva, he comprendido que la mentira original tenía menos que ver con que quisiera proteger a Susan que con querer protegerme de la vergüenza de admitir que se me había considerado un marido deficiente al que se le pidió que se marchara de su casa.

—¿Cómo sonaba, el que llamó? ¿Qué edad tenía?

—No sabría decir. ¿Cincuenta y pico?

—¿Era americano?

—Tampoco sabría decir. No, americano no. O puede que un americano muy anticuado. Ya sabes, como las estrellas de las películas de los años cuarenta. Tipo Cary Grant.

—Cary Grant no era americano.

—No me digas.

—Era británico. Desarraigado.

—Entonces supongo que el hombre sonaba como Cary Grant. ¿Conoces a alguien así?

—No que se me ocurra... —Por supuesto que conocía a alguien cuya voz se ajustaba a esa descripción, aunque yo no la hubiera descrito jamás en esos términos —. Un colega resentido. O alguien a cuyo libro hice una mala crítica.

—Fue muy concreto.

—Estoy seguro de que no es nada.

Mientras estuve en Gran Bretaña, no aprendí a mentir, pero sí a contar a mi familia —a mi madre, a mi hija, incluso a mi exmujer— mucho menos sobre mi vida, acotando regiones de relaciones y conocidos como zonas secretas. Me sorprendió que mi madre se acordara de Fadia, porque tenía la sensación de que la había mantenido fuera de campo, de la misma manera que había mantenido en secreto a Bethan y a las demás mujeres pese a las preguntas esporádicas de mi madre sobre mi vida amorosa a lo largo de los años, preguntas sin importancia sobre si había «alguien especial» o si había estado «viendo a alguien» o si pensaba que acabaría «sentando la cabeza». Con impaciencia le contestaba que no tenía planes en ningún sentido y, por lejos que estuviera de mi anterior vida en América, ciertamente ya había «sentado la cabeza». Estaba tan asentado como era posible estarlo, con una casa a mi nombre y dinero en varios bancos y la seguridad de un empleo fijo. «¿Cómo podía eso significar que estaba menos establecido que si me levantara al lado de la misma mujer cada mañana durante el resto de mi —o de su— vida?». Y entonces mi madre resoplaba y prometía no hacer preguntas tan entrometidas, y mantenía su promesa durante seis meses o hasta que alguna parte de su mente preocupada por el bienestar ajeno la llevaba a preguntar de nuevo, en un tono que cargaba la pregunta de una irritante expectación, si podía siquiera albergar la esperanza de tener otra nuera.

Pasamos el resto de la comida en un silencio relativo, picando de nuestros platos, antes de pelearnos por quién pagaba la cuenta, y luego fuimos a echar un vistazo a la tienda de regalos del CIA, donde mi madre compró un mantel francés floreado que casi con toda seguridad no necesitaba. Se pasó el trayecto de regreso a casa mirando por la ventana, preocupada de un modo que me hizo sospechar que no se había creído mis negativas. Aunque era posible que Michael Ramsey la hubiese llamado, tal vez cambiando de voz, a mí me cabían pocas dudas de que Stephen Jahn era el responsable.

—Te veré el fin de semana que viene.

—Sí. —Se calló un instante—. Tendré que mirar mi agenda. Es posible que haya quedado para comer.

—¿Los dos días? ¿Y para cenar?

—¿Tenemos que decidirlo ahora?

—No, podemos hablar durante la semana. ¿Qué planes tienes?

—Pilates el martes y español el miércoles, y quiero empezar a pensar en las navidades. ¿Se te ha ocurrido algo para Meredith y Peter?

—Regálales libros. O una lata de tu pan de jengibre. Eso les gustaría más.

—¿No es raro cómo cambian las cosas? Un año yo estaba preocupada por Meredith y de repente supongo que es ella la que debe de estar preocupada por nosotros.

—De verdad, mamá, no hay nada de qué preocuparse.

—¿No? Me alegro —dijo, y se despidió dándome un beso.

Mientras me alejaba de casa de mi madre, repasé las acusaciones que la persona anónima que la había llamado había hecho contra mí y, aunque eran groseras y predecibles, y casi enteramente erróneas, resultaban tan inquietantes —por no decir ofensivas para mis simpatías ideológicas y políticas— que las escuchaba como una letanía, pero una letanía solo en el sentido tardío de la palabra, que trastoca y subvierte el original, no una oración de súplica sino una enumeración de maldiciones que resonaban como un raga indio en mi cabeza, y siempre con la voz de mi madre, aunque intenté cambiar el registro, oír las acusaciones en el tono de Stephen Jahn, como si con el cambio de timbre pudiera desactivar todas las falsas afirmaciones, o como si la maldición de un hombre fuera de algún modo menos poderosa, menos letal, que la de una mujer.

No soy ningún simpatizante del terrorismo, aunque en la secundaria tuve un breve coqueteo romántico con la idea del IRA y la independencia irlandesa, y asistía a los festivales de música celta del norte del estado donde representantes de diversas fraternidades irlandesas exhibían pegatinas para coches y variada parafernalia con eslóganes como «Nuestro día llegará» e «Inglaterra fuera de Irlanda». Reconozco haber comprado esas pegatinas y haber pegado una en la parte trasera de mi coche,

aunque ni una sola vez nadie me saludó tocando la bocina por llevarla. Más tarde, cuando me trasladé a Gran Bretaña, se me ocurrió que la compra de aquellas pegatinas podría interpretarse como apoyo a una organización terrorista. Eso lo comprendí todavía más claramente cuando alguien como el padre de Bethan casi proclamó su odio hacia los irlandeses, o cuando, en Oxford, empecé a reparar en que mi nombre a veces provocaba respuestas hostiles de dependientes en tiendas y bancos, gente que había sido totalmente amigable hasta que vio mi apellido, y entonces era como si, ante la señal de un apellido que comenzaba por «O», caía un telón y cualquier asociación o recuerdo que el individuo pudiera tener —tal vez, como el padre de Bethan, de un ser querido muerto o herido, o tal vez de su propio roce con el terrorismo del IRA— le hacía ver a todos los que tenían apellido irlandés como un enemigo potencial, o al menos como un recordatorio inoportuno de un sufrimiento pasado.

Poco más que año y medio antes, estaba sentado una vez más en el comedor del fondo de mi casa. Los narcisos se habían marchitado, los tulipanes florecían, los cerezos ornamentales rebosaban pesadas flores rosas, pero todo ese colorido se difuminaba en una tenue impresión de pasteles chamuscados en la oscuridad.

Sería romántico decir que me fijé en que ella parecía distinta, pero lo cierto es que no sospeché nada en aquel momento y no reparé en ningún cambio en su aspecto. Estaba tan encantadora como siempre me lo había parecido, aunque, visto desde hoy, me gustaría decir que era todavía más vivaz o que su rostro resplandecía con expectación, pero no creo que ese fuera el caso, porque, más bien, estaba preocupada, en un estado de nerviosismo y necesitada de que la reconfortaran.

—¿Puedo ofrecerte algo para beber?

—¿Un poleo menta?

—¿Nada más fuerte?

—No, Jeremy. Solo la infusión.

—¿Cómo va el trabajo? ¿Has intentado visitar el Archivo de Fassbinder?

—He estado bastante ocupada, así que no, no he podido pensar en el Archivo de Fassbinder ni, ya puestos, en ninguna otra cosa. Todavía no. Tal vez este verano. Berlín es mejor visitarlo en verano, cuando se puede nadar.

—Mientras puedas ir este año, no pasa nada. ¿Miel?

—No, así está bien.

Nos sentamos como nos habíamos sentado en todos nuestros encuentros previos en mi casa. Yo en la silla, Fadia en el sofá, aunque se había quitado los zapatos y había doblado las piernas sentándose encima de ellas. Intuía que esa iba a ser una velada de un tipo diferente, pero, en aquel momento, no tenía ni idea de lo que me esperaba. Bebimos nuestras infusiones en silencio y me dio la sensación de que había pasado otra hora, aunque no pudieron haber transcurrido más que unos minutos. Creo que no dije nada, esperando que ella tomase la iniciativa. No me halaga reconocerlo, pero admito que me preguntaba si ella se retiraría otra vez a mi habitación, aunque también temía que fuera a reprocharme algún error, o tal vez que había venido para aclarar la naturaleza de nuestra relación.

—Tengo algo que contarte, Jeremy.

—No parece alegrarte mucho.

—No sé exactamente *qué* siento... *Je ne sais plus. Je suis confuse.*

Tal vez, se me ocurrió, quería presentarme a sus padres.

—¿Alguien ha dicho algo? —pregunté, temiendo que algún amigo suyo o uno de mis colegas hubiera insinuado que estaba al tanto de nuestra relación.

—Por supuesto que no. Pero no quiero que discutas cuando escuches lo que tengo que decirte.

—Me cuesta imaginar que quiera discutir por nada contigo.

—No quiero que me convenzas de que es algo distinto de lo que yo sé que es.

—Te estás poniendo muy misteriosa.

—No, solo quiero preparar el terreno. No quiero que discutas ni hagas preguntas que arrojen dudas sobre lo que te contaré.

—Lo acepto.

Mientras ella daba otro sorbo me fijé en sus labios en el filo de la taza blanca y pensé, y no por primera vez, cómo sería enredarme en su vida, conocer a sus padres, que no eran mucho mayores que yo, con el tiempo conocer a su hermano, a no ser que fuera, de hecho, el fundamentalista que Fadia temía que pudiera ser, en cuyo caso..., en cuyo caso no sabía. Pensé en lo que supondría para mi propia vida, para mi carrera, mi trabajo, y la vida de mi madre, de mi hija y hasta de mi ex, si llegaba a conocerse como el profesor que se había casado con una estudiante que resultaba ser hermana de un terrorista e hija de un compinche de un déspota. ¿Qué implicaría divorciarme de la vida que había conocido, incluso de la extraña vida que había adoptado en Oxford, y entrar en la vida de unos completos extranjeros, y, además, partida? Implicaría, pensaba, que me pararan en las fronteras, descubrir que los viajes en avión de repente se volvían más difíciles, tal vez incluso el verme sometido a formas de vigilancia tanto visible como invisible por los servicios de seguridad de varios gobiernos, no solo el británico y el americano, sino también el egipcio y el israelí. Noté que Fadia apartaba la mirada, como si no pudiera seguir mirándome directamente. ¿Quién sabía qué más implicaría amarla? Desconocía por completo su cultura y su país, no sabía casi nada de su vida hasta que se había convertido en mi alumna, es decir muy poco más que lo que tenía que ver con sus progresos académicos y sus costumbres diarias, cuándo se levantaba y acostaba, que iba a la piscina de Iffley Road, y que siempre se vestía como una mujer con estilo y madura.

No sabría decir si esto, ahora, esta situación en la que me encuentro, escribiendo estas páginas, es una fase preparatoria de una serie más grave de consecuencias del modo en que mi vida se ha visto arrastrada a las vidas de la familia de Fadia. ¿Me obligo a escribir este texto porque me acosté con una mujer inocente por sí misma pero implicada en delitos por parentesco y asociación? No puedo responder. Escribo sin parar y, no me cabe duda, alguien en algún momento leerá estas páginas, emitirá un juicio y, tal vez, si es en mi contra, buscará imponerme algún tipo de castigo: contra mi persona, si todavía sigo vivo, o contra mi legado, si he muerto. He acabado por comprender, en el curso de la última semana —¿solo ha pasado una semana? ¿Tanto he escrito en unos pocos días? ¿Cuánto he escrito en realidad? Cuento las

páginas, mi letra es grande, hay trescientas hojas al menos pero no me hago una idea de cuántas palabras—, una consecuencia que tal vez nunca llegue, que podría seguir escribiendo este informe de mi inocencia y ver que queda sin leer hasta el momento en que me sitúe inequívocamente en el lado equivocado de la ley, o hasta que alguien, tal vez Stephen Jahn, me denuncie de forma que a las autoridades no les quede otra opción que tomar medidas. Stephen tiene todas las cualidades de un confidente. Conozco a esa clase de hombres. ¿Podemos fiarnos de los porteros? ¿De la mujer que viene a limpiar mi apartamento? ¿De mi hija, mi yerno, mi exmujer y mi madre? ¿Es posible que alguno de ellos sea un confidente?

Pese a esa formulación inicial de mis recelos, mientras estaba sentado en mi casa de Oxford con Fadia, también sentía que se encendía mi *voluntad*, un nuevo deseo de abrirme, el paso siguiente de la formalización, que, me había convencido, era lo que Fadia estaba a punto de plantearme.

—Tuve una falta —dijo con un tono indiferente—. Compré una prueba de embarazo, una de esas cosas horribles de plástico, y luego fui a un médico de una clínica de Reading. No podía ir al del *college*, y no quería arriesgarme a una clínica de Oxford o Londres para que no me viera nadie. El médico de Reading lo confirmó. Todavía es pronto, pero ya no hay duda. ¿Lo entiendes?

La repentina punzada de alegría que sentí en el pecho no parecía corresponderse con el tono de Fadia. Su cara no sonreía, no expresaba alegría. Lo que había sucedido suponía una complicación en sus planes, hasta ahí lo entendía, una complicación que requería algo más que el esmero habitual para salvarla. Yo quería manejar la situación como era debido, hacer bien lo que, para empezar, había hecho mal. Habíamos utilizado protección, pero estas cosas pasan. Meredith, de hecho, fue concebida en circunstancias parecidas. Comprendí que Fadia no quería que cuestionara su asunción de mi paternidad. No era, creía, el tipo de mujer que tenía muchos compañeros de cama. Ciertamente yo no había visto ninguna prueba de otras relaciones.

—Bien, ¿qué implica esto? No quiero dar por supuesto un papel que tú no quieras que asuma.

—Quería preguntarte qué pensabas. Por eso estoy aquí. Si lo tuviera muy claro, en un sentido u otro, entonces, perdóname, habría optado por no implicarte, dependiendo de la decisión, claro.

—¿Te parece grosero por mi parte preguntarte si quieres tenerlo?

—Sí, supongo que es una grosería en cierto sentido, pero agradezco tu franqueza. La respuesta es que no lo sé. No lo he decidido. No había planeado tener un hijo a estas alturas, aunque quiera tenerlos; simplemente imaginaba que vendrían con un marido y dentro de unos años, tal vez incluso dentro de una década, después de haber tenido tiempo para asentar mi carrera y de vivir un poco más.

—Podríamos casarnos.

Sonrió, ablandándose conmigo por un momento.

—La verdad es que, pese a lo bien que me caes, Jeremy, y pese a que me pareces atractivo y no lamento lo que ha pasado entre nosotros, no me imagino casada contigo. Espero que no te ofenda mucho.

Por descontado, fue una decepción, pero intenté que no se notara.

—La diferencia de edad, para empezar, y supongo..., quiero decir, procedemos de sitios muy distintos. La brecha cultural...

—Sí, esas cosas serían difíciles. A mi padre, y a mi hermano, si es que vuelve a reaparecer en mi vida, les resultaría imposible de entender, aunque mi padre siempre ha sido bastante laico. Cuando era pequeña, me parecía que pasaba más tiempo bebiendo y jugando a *squash* en el Gezira Club que trabajando. Es un hombre muy liberal en muchos sentidos, me refiero al modo en que vive, no a lo que cree, y en este aspecto no sería comprensivo, de eso estoy segura. Hasta mi madre sería difícil de convencer.

—¿Y la alternativa?

—No me opongo al aborto por principio. En ese sentido, he heredado el pragmatismo de mi madre. Pero no estoy segura de que sea lo que quiero, si es la decisión que necesariamente hubiera que tomar, pero lo que nunca me plantearía es dar al niño en adopción, así que o bien aborto o bien acepto que tendré una criatura, y eso supone tener un hijo contigo, en cierto modo, independientemente de cómo salga.

—No puedo tomar esa decisión por ti.

—Te agradezco que lo digas. Me refiero a que aprecio que respetes mi derecho a tomar la decisión. Pero me ayudaría saber qué estarías dispuesto a hacer, en cada caso.

—Te apoyaré, decidas lo que decidas.

—¿Qué significa eso exactamente? ¿Emocionalmente? —Hizo una pausa, arrugó el puente de la nariz, sus ojos desaparecieron fugazmente tras un velo de cabello oscuro—. ¿Económicamente? ¿O estarías dispuesto a hacer de padre, a estar presente en la vida de nuestro hijo?

—Decidas lo que decidas, estaré ahí, si quieres que esté, o desapareceré, si lo prefieres así. Si optas por tener un aborto, lo pagaré. Si decides quedarte con el niño, también te apoyaré, y adoptaré el papel en su vida que tú quieras que asuma, sea cual sea. No soy una mala persona, al menos no quiero serlo. Tal vez fue un error, pero quiero hacer cuanto pueda para enderezarlo, o para comportarme como es debido, o lo que sea mejor, desde tu punto de vista.

—¿Y tienes tú un punto de vista propio? ¿Quieres un hijo conmigo, aunque vivamos vidas separadas?

No era la pregunta que yo había esperado. Tras el nacimiento de Meredith, Susan y yo tomamos la decisión consciente de no tener más hijos, en la creencia de que era lo más ético, no contribuir a la superpoblación del planeta, pero pensando también con sensatez en los medios de que disponíamos siendo dos profesores que vivían en Nueva York. Las circunstancias habían cambiado, porque yo de repente me

encontraba, avanzada la vida, con una considerable seguridad económica, y sin preocupaciones sobre la situación de Meredith. En otras palabras, podía permitirme mantener a un hijo. Pero ¿qué significaría si fuera un niño con el que yo solo disfrutaría de una débil relación, un niño o un niña que tal vez viviría en Egipto, o en Francia, o incluso en Oxford de manera que podría verlo cada semana (en ese momento todavía no me había ofrecido nada la NYU, así que no me había planteado el posible retorno a Nueva York a corto plazo)?

—Tengo una hija, claro, una chica de aproximadamente tu edad. Se casó el año pasado, más pronto de lo que yo hubiera esperado. Sé lo que parece.

Qué fácil me resultó decirlo entonces. Me pregunto si ahora lo sería tanto.

—Como tú dices estas cosas pasan.

—Así que tengo la experiencia de la paternidad. No es una necesidad que sienta al modo que la sentiría un hombre más joven, pero eso no quiere decir que no vaya a asumir de buena gana una segunda paternidad, incluso una distante, si eso fuera lo que quisieras.

—¿Te atrae la idea de un hijo?

—Sí —dije, sin vacilar, y la seguridad de mi respuesta me sorprendió—. ¿Has pensado cómo podría ser la situación, si tienes el niño?

—No sé *si puede* salir bien, ese es el problema. Si tengo el niño habré de buscar un modo de explicárselo a mis padres. Mi padre querrá saber de quién es. Hasta es posible que quiera... no sé... Yo no lo tengo por un hombre violento, pero de repente me vienen imágenes en las que se lo cuento y entonces veo que se enfurece y sale a toda prisa de casa, viene corriendo a Oxford, echa abajo tu puerta y te estrangula en la cama, o te persigue hasta el fin del mundo, convierte en un infierno la vida de tu familia en Estados Unidos, y creo que sería capaz de hacer algo así. Me he imaginado cosas por el estilo estos últimos días. Así que no sé cómo tendría que manejar la situación. Tal vez mentir y decir que fue un compañero de clase, o que estaba borracha y me había acostado con alguien y no me acordaba de quién era. Pero pienso que, por ahora, sería imposible que les contara que has sido tú. Aunque él no quisiera matarte, mi padre sigue bien conectado, sobre todo con gente en Estados Unidos.

—Pero ¿tendría yo algún papel en la vida del niño?

—Sí, eso me gustaría. No sé cómo ni cuándo. No he tomado ninguna decisión. Necesito algo de tiempo para pensar sobre todas las ramificaciones, pero es útil saber dónde estás. Lo agradezco.

—¿Lamentas que haya pasado?

—¿Lamentarlo? No lo sé. Creo que necesito estar sola un poco más de tiempo. Pero gracias, Jeremy.

Se levantó y me dio la taza vacía.

—¿Tengo que esperar a que te pongas en contacto conmigo?

—Sí, eso sería lo mejor, por ahora.



—Si necesitas... Lo que quiero decir es que si te hace falta dedicar menos horas a tu trabajo por un tiempo, todo eso puede arreglarse.

—Sí, lo sé. No seas tan inglés.

—Haré cuanto pueda para cumplir como es debido, decidas lo que decidas. Si tienes el bebé puedes tomarte un descaso. Si no lo tienes, también. Si necesitas dinero, hay dinero.

Se dio la vuelta y me fulminó con la mirada.

—Ojalá dijeras simplemente lo que *tú* quieres, sin evasivas.

No me hizo falta pensarlo.

—Tenlo. Ten el niño. Eso es lo que quiero. Encontraremos el modo de salir adelante.

Me miró a la vez sorprendida y furiosa, pero casi instintivamente se inclinó y me besó en la mejilla, dos veces, cerca de los labios, a cada lado de la boca, y seguidamente se dio la vuelta y salió por la cocina y el pasillo. Cuando llegué a la puerta, ella ya estaba en la acera y levantó la mano como despedida mientras yo le deseaba buenas noches.

Solo en mi casa de Oxford, sentí una oleada de calor mientras imaginaba la criatura que ella podría tener, aunque me reprimí para no imaginarla como *mi* hijo, dado que en aquel momento no tenía la menor confianza, pese a mi papel en su creación, de que ella al final quisiera que yo me implicara o me permitiera siquiera mantener un contacto que me autorizara a considerarme a mí mismo como padre. Junto a ese sentimiento, tenía también una sensación de aislamiento, de no poder contar a nadie lo que acababa de saber, no solo porque quisiera proteger a Fadia, independientemente de la decisión que tomara, sino también para protegerme a mí mismo. Temía el escándalo que se produciría si el *college* o la universidad descubrían que había dejado embarazada a una de mis alumnas; si se hacía público, mi situación en Oxford sería insostenible, y era posible que pusiera fin a mi carrera en cualquier parte, algo más funesto todavía que mi fracasado intento de conseguir la titularidad. Me imaginaba consumiendo el resto de mi vida laboral en una perdida universidad estatal o centro de formación superior, tal vez incluso huyendo a alguno de los remotos rincones anglófonos del mundo y enseñando Historia en una pequeña universidad asiática o en un colegio técnico africano donde nadie supiera lo que yo había hecho. Gran Bretaña cuenta con una larga tradición de quitarse de encima los escándalos mandándolos lejos, en el pasado, al imperio o a las colonias, y todavía se oyen relatos del hijo fracasado de una buena familia haciendo las maletas para Kenia, Sudáfrica o Australia para ganarse la vida donde su fracaso no avergonzara a la familia que permanecía en Gran Bretaña. No existe un verdadero equivalente americano, tal vez porque los americanos son, en cierto sentido, más indulgentes con el fracaso y el país es tan inmenso que la idea de refugiarse en algún lugar remoto del Oeste siempre está ahí como posibilidad en la mente de un hombre que teme carecer de la fuerza suficiente para vivir la vida que sus padres y su comunidad habían

imaginado que viviría; sigue siendo posible perderse en Norteamérica de un modo que no ha sido posible en Gran Bretaña desde hace muchos siglos.

Esas trayectorias vitales me daban vueltas en la cabeza mientras permanecía, casi sin aliento, en el pasillo de mi casa de Divinity Road, pensando en la perspectiva de ser padre de nuevo. ¿Cómo, me preguntaba, reaccionaría mi hija?, O, ya puestos, mi madre, que inesperadamente se encontraría con un nuevo nieto, un bebé por el que agobiarse y al que adorar cuando ya no tenía ninguna razón para esperar la llegada de uno. Intenté calmarme, no dar nada por supuesto, pero la sensación de calidez que se propagaba por mis extremidades procedía tanto de la expectativa de amar a un nuevo hijo o hija, como de la de crear algo bueno, una nueva vida, limpia de hipotecas.

Mientras me alejaba en coche de la casa de mi madre, encendí la calefacción, alargué las manos para sentir en los dedos el aire caliente y giré hacia el norte, hacia mi propia casa, que ahora no solo era una casa sino mi hogar, aunque yo no lo hubiera asimilado del todo en mi percepción revisada y continuamente revisable del lugar que ocupó en el mundo. Este pequeño pueblo del norte del estado, este terreno boscoso, este edificio sólido aunque humilde eran los lugares donde pensaba que pasaría el resto de mi vida, cuidado por mi hija o la gente que ella pagara para ayudarme cuando ya no me valiera por mí mismo. Eso era lo que yo imaginaba, pensando ingenuamente que había dejado los problemas de Oxford tras de mí, o que al menos serían olvidables dado el tipo de gestión a distancia que había establecido previamente este año para que se ocupara de ellos. Ahora, por descontado, sé que no es así.

Era un trayecto corto, apenas el tiempo suficiente para plantearme qué estaba haciendo, porque en ese caso me lo habría pensado mejor y simplemente me habría dirigido a mi casa en lugar de meterme en aquel camino de entrada a casi un kilómetro al sur y detener el coche delante de la casa de mis vecinos, sentado en el calor menguante del vehículo y notando, con cierta sorpresa, la rapidez de la pérdida de calor, mientras los dedos empezaban a dolerme por el frío que se filtraba por las salidas de aire. La temperatura era demasiado baja para que uno se quedara allí sentado mucho tiempo, y yo sabía que Michael Ramsey debía haber estado mirando. Antes de que llamara al timbre, había abierto la puerta y allí estaba, sonriendo con suficiencia.

—Me imaginé que volvería.

—¿Puedo entrar? Hace un frío glacial.

—¿Viene armado?

—Claro que no. Menuda estupidez.

—Solo quería saber si corro peligro al dejarle pasar.

No habría sabido decir si estaba bromeando.

—Pues yo pensaba que quizá era yo el que debería estar asustado.

Su sonrisa desapareció.

—Puede llamar a la policía.

—Me dejé el teléfono en casa.

Entonces se hizo a un lado, dejándome entrar en la casa que había explorado por primera vez en aquellas circunstancias tan excepcionales la noche anterior, moviéndome a tientas en la oscuridad en lo que podría haber sido, pienso ahora al recordarlo, solo un ardid para calibrar los límites de mi miedo.

La pasión de mis vecinos por los muebles primitivos americanos era tan obsesiva que todas las piezas y las obras de arte eran de ese periodo, dispuestas en una esmerada paleta de colores y formas. El sofá donde me senté era duro e incómodo, diseñado para un cuerpo más bajo y delgado que el mío.

—Anoche dijo que usted había sido alumno mío. ¿Cuándo le di clases exactamente, señor Ramsey?

—En el penúltimo y el último año de la carrera.

—¿Asistió a más de uno de mis seminarios?

—Sí, a unos tres.

Pareció asombrado de que yo no le recordara y, objetivamente, era cierto, tenía recuerdos bastante nítidos de varios alumnos que habían asistido a más de uno de mis cursos, al menos era capaz de recordar sus caras, aunque ya no sus nombres, y eso me parece no tanto un fallo de la memoria cuanto un proceso natural por el que un profesor, enfrentado a docenas de nombres y caras cada año —y a veces con diferentes grupos de un semestre a otro—, puede recordar a sus alumnos durante el periodo necesario de contacto con ellos, pero en algún momento los olvida después de que el estudiante haya avanzado a la siguiente etapa de su vida, así que la mente del profesor debe empezar a purgar sus archivos, a gestionar los datos de la memoria haciendo sitio para recordar otra información más importante en el espacio ocupado por personas con las que uno no mantiene una relación permanente, o con las que ese breve momento de contacto no fue lo bastante significativo para crear recuerdos duraderos.

—Perdóneme, he estado intentando recordar, pero no puedo.

—Yo era muy buen estudiante, además —dijo sonriendo otra vez con suficiencia; y la forma en que lo dijo me hizo pensar por vez primera que podría estar hablando con alguien que no estaba en sus cabales.

—¿Se está haciendo el gracioso?

—No, era muy bueno. Notas inmejorables, una A fija todos los cursos, los cuatro años. *Summa Cum Laude*.

—Entenderá que tuve montones de alumnos a lo largo de los años.

—No como yo. —La sonrisita volvió a sus labios.

—¿Era problemático?

—No hablemos de mí.

—¿Por qué? Me parece interesante. Me gustaría saber más de usted, Michael, ¿puedo llamarle Michael?

—Llámeme lo que quiera, Jeremy.

—Dijo que era bibliotecario, creo.

—Algo parecido. Archivista de empresa sería una descripción más precisa.

—¿Y se especializó en Historia en la Columbia?

—Con Literatura Alemana e Historia Cultural como asignaturas secundarias.

—¿Y su máster, donde conoció a Peter?

—En Relaciones Internacionales.

—Y pese a todo es archivista. ¿Sin título de bibliotecario ni de ciencias de la información ni nada por el estilo?

—Tal vez aprendí en el trabajo. O me saqué un certificado o un diploma, un curso *online* en esas otras materias.

—¿Puede decirme por qué nos hemos estado encontrando?

Sonrió.

—El azar.

—¿Es eso posible?

—Cosas así pasan en Nueva York.

—Así que, según usted, pasamos bastantes horas juntos en un aula de seminario de la Columbia hace más de una década, durante varios semestres.

—Tres semestres en total. Y usted fue el consejero de mi trabajo de fin de carrera.

Intenté que ese dato no me perturbara, y todavía parecía posible que él se lo estuviera inventando todo, solo por desconcertarme o para ver qué efecto causaba. La cuestión que me planteaba era: si Michael Ramsey estaba detrás de las tres cajas de registros telefónicos y de internet que mandaron a mi apartamento, y si estaba acechándome de algún modo, entonces ¿qué sentido tenía?, ¿quería demostrar su capacidad de hacerme daño a causa de algún antiguo agravio, o estaba intentando, de una forma más enrevesada, ayudarme, advertirme de que estaba en el punto de mira de una entidad mucho mayor? Se me ocurrió que Michael podría ser más un aliado que un adversario. ¿O era posible que alguien como él tuviera intenciones agresivas, que quisiera ayudar al mismo tiempo que quería vengarse, mostrar sus cartas y a la vez permanecer oculto, tal vez ni siquiera presente? Además estaba la posibilidad, muy real, de que Michael Ramsey no tuviera que ver con nada de todo eso, que su aparición en mi vida en el curso de la semana fuera en realidad una pura casualidad, y que otra persona, completamente distinta —alguien que solo podía ser Stephen Jahn — intentara a la vez amenazarme y desacreditarme.

—¿Llamó por teléfono a mi madre?

—No sé de qué me está hablando.

—¿Niega que haya telefoneado a mi madre?

—Sí, lo niego —dijo sin vacilar—. ¿Qué razón tendría para llamarla? Y en cualquier caso, ni siquiera sabría cómo encontrarla.

—Creo que eso es mentira.

—Una negativa excesiva, tal vez. Sin duda, podría averiguar quién es y dónde vive, a no ser que sea una testigo protegida, y aún en ese caso, hay formas de

localizar a esa gente. Pero no, me refiero a que, en un sentido normal, no tengo ni idea de dónde está su madre, ni de cómo se llama, ni de si está divorciada, casada o es viuda, si tiene una casa en propiedad, si su teléfono figura o no en la guía o si posee una cuenta en un banco suizo, *nada*. Cero, *nada*<sup>131</sup>. No sé nada de ella, Jeremy.

—¿Por qué nos estamos viendo?

—Dígame usted. Ha sido el que ha venido a la puerta.

—¿Por qué se aloja en esta casa?

—Ya se lo he dicho, pertenece a mis amigos, los Applegate. Se suponía que tenían que subir este fin de semana. ¡Íbamos a hacer las tonterías típicas del norte del estado! —Dio un puñetazo al aire en un gesto paródico del heroísmo que pareció indicar también un cambio de registro, o tal vez sea solo un fallo más de mi memoria —. No tengo familia cerca. Los amigos son mi familia. Se suponía que iba a hacer un fin de semana fresco, no gélido. Como sea, al menos ahora funciona la calefacción. Gracias por su ayuda anoche. Lamento si le saqué de quicio.

—¿Le hice algo? Quiero decir, ¿hice algo cuando era mi alumno, algo que le enfadara?

—No estoy enfadado con usted, Jeremy.

—Yo pensaba...

—Tío, no, usted fue un buen profesor. Yo era un listillo y usted tuvo paciencia, quiero decir, a veces me mandaba callar, con brusquedad, y me dejó un tanto colgado cuando necesitaba referencias...

—Lo siento.

—No pasa nada, no se trata, a ver, no me impidió llegar a donde quería, pude entrar en Harvard, y eso era lo único que de verdad me importaba, ya sabe, ir a la Kennedy School y todo lo demás, ese era mi sueño, y usted me ayudó a llegar aunque no escribiera una recomendación y yo tuviera que pelearme en el último minuto y toda esa mierda, pero, sí, no pasa nada, acabó bien, no estoy resentido ni nada parecido. ¿Ha pensado que lo estaba acosando?

—Una serie así de coincidencias..., es más que suficiente para que alguien sospeche.

—O se vuelva paranoico.

—¿Así que no me está siguiendo?

—Por supuesto que no.

—¿Y no ha estado delante de mi edificio esta semana, por la noche, mirando a mi ventana?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Se lo pregunto a *usted*, Michael.

—No, mierda, la respuesta es no. Nos hemos encontrado por casualidad en aquel café, luego nos vimos de camino a la fiesta de Peter y Meredith, y al final acabé llamando a su puerta anoche.

—Tiene que admitir que parece seguir un patrón, uno podría considerarlo una especie de acercamiento gradual.

—Si quisiera acosarle (y no quiero), sería mucho más sutil. Ni siquiera se daría cuenta de que lo acecho hasta que fuera demasiado tarde. Pero, además, ¿qué sentido tendría? Yo no le guardo rencor por nada. Fue un profesor honesto y nuestras vidas se han cruzado de nuevo, *por casualidad*. No tenía ni idea de que fuera el padre de Meredith. A decir verdad, a ella no la conozco demasiado. La casualidad, ¿no lo ve? Es como en esas redes sociales...

—No las uso mucho —dije, aunque era mentira.

—Bueno, si lo hiciera, lo vería, pone la piel de gallina comprobar cómo la casualidad forma parte de nuestras vidas, o tal vez no sea la casualidad, pero no pasa una semana sin que descubra que dos o tres de mis amigos, de partes completamente separadas de mi vida, gente que yo no habría reunido ni en un millón de años, se conocen entre sí independientemente de mí. Por ejemplo, descubro que mi compañero de piso en el primer curso en la Columbia, un buen chaval, que trabaja para el Departamento de Estado, conoce a una cineasta con la que salí durante el año que pasé en Berlín, o me entero de que mi prima, a la que no conozco mucho porque no nos llevábamos bien de niños (esa es otra historia, en cualquier caso), pues esta prima vive en Los Ángeles y descubro que es la mejor amiga de la mujer de uno de mis colegas. Es la casualidad, es el azar, o, si no lo es, entonces todos nos movemos inconscientemente en redes que hemos diseñado de algún modo, o que ni siquiera sabemos que diseñamos cada vez que decidimos hacernos amigos de alguien o aceptar un empleo concreto o acostarnos con alguien nuevo o volvernos a poner en contacto con un amigo al que no vemos desde hace diez o quince años; o, y esto da todavía más miedo, nos mueva sobre el tablero del mundo, en realidad no tenemos libre albedrío, solo somos jugadores en una simulación de otro, y las normas, equipos y relaciones, las relaciones *verdaderas* entre nosotros, son invisibles a nuestros ojos, o lo han sido hasta ahora, hasta que podemos empezar a ver precisamente cuál es el aspecto de nuestra red, y si nos propusiéramos cartografiarlas, si alguien quisiera cartografiar todas las redes de relación entre nosotros, sería posible empezar a trazar de nuevo mapas verdaderos y fronteras verdaderas. Y *entonces* (no, atiéndame, ya sé que todo esto suena un tanto desquiciado) está toda esa gente ahí fuera, una larga lista, gente con la que comparto, no sé, diez, veinte, a veces aún más, amigos y aun así nunca la he conocido; sé quién es, él o ella, pero nunca nos han presentado, nunca nos hemos escrito ni hablado ni nuestras vidas se han cruzado el tiempo suficiente para establecer esa conexión pese a la masa de conexiones que *deberían* acercarnos, y tal vez algún día nos *acabarán* uniendo. Usted y yo, por ejemplo, imagino que se *supone* que debemos conocernos, sea la casualidad la que nos lo dicte, o tal vez una demencial historia genética (tal vez estemos de hecho emparentados, dicen que uno comparte una inmensa cantidad de genes con sus amigos más cercanos aunque no piense que sean parientes, y uno puede oler, oler de hecho, a la gente con la que está

incluso emparentada más lejanamente), o puede que algo, alguien, una entidad, llámela el universo o Dios o los jugadores que controlan la simulación que podríamos sospechar que es nuestra vida colectiva en esta tierra, nos mueve al uno hacia el otro para ver qué pasa. Ahora no podemos saber con certeza, ni usted ni yo, que estamos necesariamente en el mismo bando del juego que se esté jugando, suponiendo, claro, que haya siquiera bandos y no se trate simplemente de una maldita batalla campal generalizada. Cada 0 y cada 1 por sí mismo. ¡Bing, bing, bing bing!

Al final de su pequeño discurso se había quedado casi sin aliento, sentado al borde de la silla e inclinado hacia delante, con las palmas de las manos apretadas entre sí y los dedos señalando en mi dirección, como un jesuita intentando convencer a los ignorantes.

—Eso es todo muy interesante. Teorías que hacen pensar, no sabría cómo llamarlas. Supongo que no tenemos nada más que decirnos por ahora. Tal vez volvamos a vernos.

—Creo que los dos podemos contar con ello, Jeremy.

Cuando me encaminaba hacia la puerta me detuve y me di la vuelta, y me sorprendió encontrármelo tan pegado a la espalda, tan cerca como si se hubiera aproximado sigilosamente de puntillas.

—¿Así que no llamó a mi madre?

—Mierda, Jeremy, se lo juro, no.

Quería preguntarle si me había mandado aquellas tres cajas a mi apartamento, pero una vocecita interior me incordiaba diciéndome que me contuviera. No creía que él hubiera llamado a mi madre, o, si lo había hecho, había sido otra parte de él, porque el hombre que tenía delante en ese momento parecía, por raro que suene, completamente bienintencionado hacia mí, no parecía desearme ningún mal y creí que tal vez no había sido otra cosa que la casualidad la que nos había cruzado, y que independientemente de lo que estuviera pasando con las cajas de registros y con la manipulación de mi cita con Rachel de hacía una semana, ese hombre no quería hacerme daño, si es que había sido siquiera responsable de algo. Sin embargo, la familia de Fadia era otra cuestión. La llamada telefónica a mi madre podría haberla hecho algún amigo del padre de Fadia o uno de los propios amigos de la chica en Oxford, o incluso, volví a pensar, Stephen Jahn, intentando manchar mi nombre ahora que estaba a salvo, alejado de la ciudad donde Fadia y nuestro hijo, mi hijo, seguían.

Casi había oscurecido cuando volví a casa. En otros tiempos me habría limitado a cerrar la puerta del garaje tras bajar del coche, pero, por segunda vez en dos días, esperé a que la puerta bajara del todo antes de abrir el coche, y luego me tomé la molestia, de nuevo, de cerrar con llave la puerta, comprobar todas las cerraduras de la casa y correr las cortinas, preguntándome mientras lo hacía si los drones y los satélites podrían hacer un *zoom* en el interior con sus lentes de largo alcance para captar un atisbo de los hábitos de una vida por lo demás absolutamente ordinaria. Una vez más, me pregunté también qué habría hecho para atraer la atención de quienquiera que quisiera monitorizar mis actividades, y repasé mis delitos, tal como los vería alguien hostil:

A. Me había ido al extranjero en un momento de crisis nacional, a los pocos días de los ataques a Nueva York y Washington; un patriota habría cambiado de planes y se habría quedado en el país para cuidar de su mujer, aunque estuvieran separados, y de su hija pequeña; si no era un traidor, sí era, como mínimo, un egoísta;

B. Durante mis años de estancia en Oxford había hecho amistad con un hombre que casi con toda seguridad era un espía; asumí que estaba de nuestra parte, fuera cual fuera y fuera quien fuera *nuestra* parte (americanos, básicamente, pero también, en consecuencia, británicos, porque soy, según la ley, leal a ambos países, habiendo jurado fidelidad a la reina y a todos los herederos al trono, aunque, en realidad, cruzaba los dedos dentro del bolsillo mientras lo hacía);

C. En la segunda etapa de mi estancia en Gran Bretaña, enseñé y con posterioridad tuve una docena o más de citas con una estudiante egipcia cuyo hermano está ahora, según todas las versiones conocidas, implicado en una organización terrorista que intenta establecer un nuevo califato; su padre, además, fue perseguido hasta hacía poco por crímenes cometidos durante los veinte años anteriores a la frustrada revolución egipcia;

D. La aventura con esta hermana de un terrorista e hija de un secuaz de un déspota tuvo como consecuencia un niño cuyo embarazo, en lugar de ser interrumpido antes de que se hubiera cumplido el periodo legal en el que los abortos pueden llevarse a cabo según la ley británica, llegó a su fin, nació siete días antes de lo previsto y recibió el nombre de Selim.

¿Puede imputárseme por todo lo anterior un delito ético, me preguntaba, suficiente para poner en cuestión mi privacidad, incluso quizá mi libertad? Hasta donde veía, no había cometido ningún delito, a no ser que entregar dinero a Fadia pudiera considerarse como un hecho delictivo de por sí. Las leyes cambian tan rápido que cuesta saber cuándo los asuntos cotidianos de la vida, la forma en que uno lleva sus cosas de un modo que ha sido legal desde hace mucho y parece lo bastante inocente, pueden verse proscritos e ilegalizados de la noche a la mañana por capricho de unos cientos de hombres y mujeres arrogantes reunidos en una sala. La ignorancia de la ley



no exime de su cumplimiento y aun así parece, con mucha frecuencia, que los legisladores mismos solo tienen una comprensión parcial de las leyes que aprueban. ¿Es ahora la *hermana* de un terrorista tan buena, o tan mala, según las leyes de Gran Bretaña y Estados Unidos, como el terrorista mismo? ¿He puesto en peligro mi libertad al hacer algo tan inocuo como apoyar legítimamente a mi hijo?

Anoche, en las horas que transcurrieron entre acabar una página de este texto y empezar la siguiente, me dormí a ratos, tumbado en el sofá cama de mi estudio, sin nada más que paredes blancas y el Neo Rauch que había comprado hacía años colgado encima de mi mesa, y soñé que estaba en una sala blanca igual de despojada, sentado a solas, con un retrete de acero inoxidable y un lavamanos en un rincón, una ventana demasiado alta en la pared para que pudiera asomarme por ella, una puerta con una ranura a través de la cual yo pasaba los papeles que escribía, y por la que me pasaban más papel en blanco y bolígrafos cuando mi letra se volvía borrosa, y por la que también recibía mis tres comidas diarias y una ración de agua. En el sueño no oía a nadie, y no sabía dónde estaba. Una vez cada dos días en el curso de mi sueño, en el que el paso del tiempo resultaba tremendamente fácil de seguir, una voz me mandaba sentarme en el suelo y apoyar la cabeza en la ranura de la puerta. Entonces pasaban unas manos, que me ponían una capucha en la cabeza antes de que la voz me ordenara levantarme con las manos en la nuca. Cuando lo había hecho, la puerta se abría, alguien me agarraba los brazos y me los retorció para esposarme a la espalda. El hombre —daba por sentado que se trataba de un hombre— me conducía por un pasillo donde me quitaban las esposas y la capucha y me dejaba a solas en una ducha; me daban diez minutos para ducharme antes de que el hombre volviera y me ordenara ponerme de espaldas a la puerta de la ducha con las manos en la nuca, me colocaba de nuevo la capucha y me esposaba las muñecas. El sueño parecía alargarse durante semanas, tal vez incluso meses, y cada dos días me permitían ducharme, pero, aparte de eso, me quedaba solo para escribir mi texto, el relato que estoy redactando ahora, de un modo más realista, en este mismo instante. Cuando lea estas páginas, quienquiera que sea, ¿se compadecerá de mí?, ¿o esperará una confesión que no puedo hacer? Confesar mi participación en crímenes de los que no sé nada sería en sí un crimen aún mayor según los mandatos de mi propia filosofía que, para mí, ocupa el lugar de esa religión que he rehuido, pareciéndome, como a Fadia, que la fe en sí es la mayor forma de terror.

Aquella última noche de sábado de noviembre, sentado en mi casa de las afueras de Rhinebeck, poco después de haber hablado con Michael Ramsey, tras haber comido con mi madre, que me había contado la acusadora llamada telefónica que había recibido, me preparé una copa, pensando en mi hijo, Selim, que ahora ya tiene casi un año. Alcé la copa a su salud, brindé al secreto que ocultaba al resto de mi familia, el secreto que había empezado a ocultarme incluso a mí mismo, enterrando todo recuerdo del niño tan profundamente como podía porque Fadia había dejado claro que, durante el futuro previsible, no quería que me implicara, aunque hizo

promesas sobre viajes a Nueva York, y yo sigo viviendo en un estado de esperanza suspendida, con el anhelo de que otro futuro llegue a hacerse realidad, y tal vez encontremos un modo de establecernos como una familia americana poco tradicional, una familia muy al estilo de Nueva York, que no estaría fuera de lugar en Manhattan o Brooklyn, y con el tiempo podría sentirse en casa en Rhinebeck, aunque cuanto más me he dejado llevar e imaginado esas vidas futuras, y más semanas y meses pasan en las que no sé nada de Fadia y mis llamadas telefónicas y *emails* no obtienen contestación, me doy cuenta de que estoy alargando una herida que en realidad tengo pocas esperanzas de curar. Es improbable que ella venga aquí, y lo sé porque, al fin y al cabo, fui yo quien le propuso que todo se hiciera según las decisiones que ella tomara. En cierto sentido, me salvó del olvido profesional, de la escuela técnica en Limpopo o la universidad de Chhattisgarh o, de hecho, de instituciones similares al Staten Island Community College, lugares que de poco le habrían servido a un hombre cuya carrera entera se ha construido alrededor de un examen obsesivo del pasado de un país.

Fadia les contó a sus padres una historia inventada de una fiesta en la que se había emborrachado y que no recordaba quién era el padre, y al hacerlo me ahorró el bochorno y mucho más, asumiendo la vergüenza ella sola, encarnando noblemente el papel de madre soltera con un hijo y sin padre. Al menos, eso es lo que intuyo por lo poco que me ha contado. No me hago ilusiones: sé que la vergüenza fue inmensa, tal vez tan profunda que ha arriesgado el amor de su familia, por más que insista en que ellos la han apoyado, dándole todo lo posible en sus limitadas circunstancias, ya que las cuentas de su padre siguen congeladas, y los recursos de su madre menguan. Cuando le pregunté cómo había reaccionado su padre a la noticia de su embarazo, recuerdo que me dijo: «Se puso furioso, como cabía esperar. Me amenazó con hacer que me siguieran, dijo que deberíamos realizar pruebas de ADN para encontrar al padre, pero yo sabía que, al final, no haría nada semejante. Mi comportamiento significaba un fracaso personal para él más que otra cosa, y me di cuenta, durante los días de broncas que siguieron a la noticia, de lo impotente que se ha vuelto. Mi madre es la que ahora lo maneja todo». Y entonces, no mucho después del nacimiento de nuestro hijo, Fadia me comentó la transformación casi absoluta que había experimentado su padre. «Selim, por descontado, es *su hijo, su chico*, ve sus propios rasgos en la cara de Selim, como si él fuera de hecho el padre, como si Selim hubiera nacido solo de padre, sin madre. Me saca de quicio».

Para compensar el engaño de Fadia, me comprometí a ayudarla con un pago mensual que se transferiría automáticamente desde mi cuenta bancaria británica a la suya. Ahí está —sospecho, cada vez con mayor convicción— la razón de que sea monitorizado: el dinero transferido a una mujer cuyo hermano es terrorista y cuyo padre era partidario de un régimen que ahora ha perdido el favor de Estados Unidos, eso bastaría para que los servicios de inteligencia de Londres, Washington y Tel Aviv se pusieran en guardia y analizaran tus asuntos con las largas lentes inquisitivas de su

mirada remota, para registrar tus cajones virtuales con sus dedos digitales, cada rastro una secuencia de código binario. No tendría que haber sido tan ingenuo como para pensar que una orden de pago a Fadia podría ser una cuestión que nos atañera solo a ambos.

He mantenido abierta mi cuenta bancaria en Oxford por comodidad y casi pensando que algún día podría tener que volver si Estados Unidos se hunde y Gran Bretaña, por algún milagro, permanece a flote. Dejé suficiente dinero para cubrir los pagos mensuales a Fadia durante varios años, y tenía pensado que cuando se acabara simplemente transferiría más o, en la que era la mayor y más profundamente oculta esperanza, imaginaba que en algún momento ella aceptaría instalarse en Estados Unidos y ser mi esposa. Ese sueño indica que amo a Fadia lo bastante para imaginarme pasando el resto de mi vida con ella. Por entonces, no parecía tan absurdo, y mientras la veía crecer de tamaño a lo largo del verano y el otoño del último año, cuando su cuerpo floreció y se expandió de forma que me sorprendió e hipnotizó (en comparación, el embarazo de Susan con Meredith había estado salpicado de malestares e incomodidades), era posible pensar que podríamos llegar a ser una pareja del tipo que bromea sobre la diferencia de edad: a medida que envejeciera, me haría el tonto ante los devaneos de Fadia, permitiendo que deseara a un hombre más joven para satisfacer sus necesidades sexuales, mientras que yo sería fiel hasta el final, sin mirar nunca más a otra mujer, y regodeándome en el agradecimiento que debe sentir un hombre cuando una mujer de mayor belleza e inteligencia se digna amarlo y aceptarlo en los términos que más le convengan, y que ese amor —o tolerancia afectuosa, llámenla como quieran— crearía un hijo que vería entre sus padres la crepitación de energía que le dio la vida y sabría que ese amor constituía la esencia de su propio ser en tanto que siempre permaneciera un misterio. ¿Cómo podrían haberse unido este hombre y esta mujer para hacerme a *mí*?, se preguntaría, como todos nos preguntamos, hasta cierto punto, de nuestros padres. ¿Cómo estas dos personas —a las que él quizá amaría en diferentes grados o encontraría irritantes, exasperantes, incluso repelentes— han visto algo en el otro que encendió la chispa requerida para producir su propia vida?

Mi conversación con Michael Ramsey me dejó con una sensación de alivio compensada por la convicción de que, si no era él el que me estaba atormentando, entonces era otro. Ya antes sabía que no había perdido la cabeza, pero ahora lo sabía casi con total seguridad. Las cajas que llegaron a mi apartamento no eran imaginarias ni su contenido una alucinación. Sé que no había olvidado la correspondencia con Rachel; esa fue sin duda una intromisión y creación ajenas, la intrusión malintencionada de otro. Sabía que mi madre no me mentía sobre la llamada telefónica, y creí a Michael cuando dijo que no había sido él el que la había hecho. Michael Ramsey podría no tener que ver, como él mismo insistía, con nada de lo que estaba pasando o, y esta posibilidad me intrigaba más, estaba intentando ayudarme de la única forma que se le ocurría.

La mañana siguiente llamé a un taxi para que me llevara a Rhinecliff. Tras marcar los primeros dígitos del número en mi teléfono fijo, de repente saltó el tono de llamada, como si estuviera llamando desde dentro de una red más amplia y no pudiera acceder a una línea exterior. Lo intenté varias veces con el mismo resultado: en cuanto marcaba cuatro números volvía la señal de llamada. Colgué y probé con mi móvil, y aunque pude marcar el número completo, el teléfono sonó y contestaron, pero cuando hablé solo oía mi propia voz como respuesta.

—¿Hola? —dije.

—¿Hola? —me respondí a mí mismo desde el otro extremo de la línea.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté.

—¿Hay alguien ahí? —dijo mi voz grabada.

Puse fin a la llamada, probé de nuevo, y sucedió lo mismo.

—¿Hola?

—¿Hola?

—¿Pueden mandarme un taxi lo antes posible?

—¿Pueden mandarme un taxi lo antes posible?

Volví a colgar, marqué el número de otra compañía, obtuve una contestación de una voz que no era la mía, una mujer que dijo que vendría un taxi dentro de quince minutos. En el trayecto a la estación, llamé a mi madre y le di alguna excusa justificando que tenía que volver a la ciudad temprano para ver a un viejo amigo, o alguna otra mentira fácil, ya no recuerdo cuál exactamente, pero sí que la voz de mi madre me sonó entrecortada, como si estuviera pensando en otra cosa o ya no pudiera hablarme sin pensar en el personaje anónimo que la había llamado y las acusaciones que había hecho.

Mientras esperaba el tren en la estación de Rhinecliff, un pabellón de ladrillo de principios del siglo xx con elegantes bancos de listones, una sala de espera con el techo alto, cálida y seca, muy distinta a cualquier estación británica que yo hubiera visto, me vino a la cabeza algo que había comentado en una ocasión Stephen Jahn. Debió de ser durante la última conversación que mantuvimos, tal vez en enero de este año, poco después de que Fadia diera a luz. Stephen y yo estábamos en la SCR un día después de comer, y cuando todos los demás se fueron de la sala, se me acercó, caminando por la alfombra como si estuviera medio borracho o le costara ver bien, moviéndose tan trabajosamente que me pregunté si estaba a punto de desmoronarse, pero entonces se sentó enfrente de mí, levantó la mirada a través de sus pequeñas gafas redondas y me saludó con un gesto de la cabeza. No le había contado a nadie lo del embarazo de Fadia, durante el cual la había visto con regularidad, pero siempre en el *college*, o, si venía a mi casa, en compañía de otros estudiantes de doctorado y colegas. Nadie estaba enterado, hasta donde yo sabía, de que yo tenía ahora un hijo,

y, en consecuencia, el júbilo que sentía se veía templado por una sensación de aislamiento del resto del mundo.

—Tendría que darte un puro —susurró Stephen—. O tal vez eres tú el que debería repartir los cigarros.

—Me parece que no te entiendo.

—Sí, claro que me entiendes, pero no importa.

—De verdad, Stephen, no tengo ni idea de a qué te refieres —dije, por más que, claro, sí la tenía.

Los ojos de Stephen parecían salirse de sus órbitas y los cerró. Cuando volvió a abrirlos, había una pequeña y gélida luz encendida en el centro de ambas pupilas. Sabía que no era más que el sol refractado a través de las gafas, pero me hizo pensar en un genio de un cuento árabe. Un resoplido salió de sus labios. Tres deseos, pensé, ¿cuáles serían los míos? Devuélveme a Nueva York, reorganiza mi familia en una nueva constelación, y luego desaparece de mi vida, Stephen Jahn. Él farfulló algo para sí que no pude oír, y luego habló en voz baja, desprovista de afecto.

—Dentro de unos días vaticino que recibirás un *email* con una propuesta para que solicites un cargo en una universidad americana. Tal vez en más de una. Te aconsejo que presentes las solicitudes. También vaticino que te ofrecerán una plaza o, de nuevo, tal vez más de una, y cuando lo hagan tendrás la sensatez de aceptar la oferta que prefieras, y presentarás la renuncia aquí, al *college* y a la facultad. Será bastante sencillo arreglar tu situación en Oxford, en la ciudad, me refiero. Es un mercado con mucha demanda, y la casa está en unas condiciones excelentes y bien decorada, como les gusta decir a los agentes de las inmobiliarias británicas. Supongo que conseguirás más que el precio pedido, y serías idiota si no aceptas una oferta, aunque ya he visto que eres mucho más tonto de lo que había creído al principio. Tanto da. Cuando haya acabado todo, volverás a Estados Unidos, como llevas deseando desde hace mucho tiempo. ¿Has entendido?

—¿Qué juego es este, Stephen?

Se alisó las arrugas de los pantalones de lana grises y frunció los labios.

—No es ningún juego, Jeremy. No seas tan inútil. He dejado claro que...

Y entonces se interrumpió porque de repente apareció otra *fellow*, nos saludó con un gesto de la cabeza, se sirvió un café, y salió.

—He dejado claro, una y otra vez, que todo importa —prosiguió Stephen—. Esto no es ninguna broma. No entiendo como un historiador como tú puede ser tan ciego a la mecánica de la historia contemporánea. *Esto* es historia, Jeremy. Te has implicado en una narración que ya está en marcha y que amenaza con hacernos a un lado a todos. ¿Qué sabes de la chica? ¿Qué sabes de sus padres o de su hermano? ¿Te has tomado la molestia de investigar algo sobre ellos aparte de lo que ella te ha contado? ¿Has buscado alguna verificación independiente de algo que te haya dicho? Ella habla con cariño de los *shabah* como si solo fueran un grupo de revolucionarios con

ímpetu juvenil que busca la democracia, pero ¿cómo puedes estar seguro de que no se refiere a otros, como *Al-Shabaab*, que no tienen nada que ver?

Tal vez yo estaba sentado, boquiabierto, un poco aturdido, pero ahora, al recordar aquella conversación, creo que no respondí nada. ¿Qué podría haber dicho? Los que me leéis, seáis quienes seáis, ¿no veis lo ingenuo que era? No me podía imaginar haciendo lo que él me había pedido, así que me levanté, le di la espalda a aquel hombrecito y abandoné la sala.

Pocos días después, llegó el *email* de la cátedra del Departamento de Historia de la NYU pidiéndome que solicitara una plaza de profesor. Me llegaron más invitaciones, al menos media docena, de universidades de toda la Costa Este. Era la primera vez que ocurría algo por el estilo. Mandé el currículum, cartas y una lista de recomendaciones. Tuve entrevistas, hice tres visitas a diversos campus en primavera, y al final fue la NYU la que me hizo la mejor oferta. Presenté mi renuncia en Oxford, vendí mi casa a una mujer que me ofreció un poco más de lo que pedía y regresé a Estados Unidos sabiendo que, en cierto sentido muy real, estaba haciendo exactamente lo que Stephen Jahn había insistido que hiciera. Pero no, o no del todo, porque organicé la transferencia bancaria mensual, y mantuve abierta la línea de comunicación con Fadia, y estaba resuelto, tanto entonces como ahora y para siempre en el futuro, a conocer y apoyar a mi hijo. ¿Me convierte eso en un traidor?

Durante los meses previos a mi partida, vi a Fadia y a Selim varias veces, siempre en mis habitaciones del *college*, donde no parecería extraño que una estudiante le presentara su hijo recién nacido a su supervisor. Mantuvimos educadas reuniones en las que pude sostener en brazos y jugar con mi hijo, aunque siempre me sentí obligado a contener mis emociones, temiendo que Fadia se alarmara por la menor expresión exterior del júbilo que sentía. Lloraba en soledad, abrumado por la alegría, intentando creer que no era distinto del júbilo que había sentido en el nacimiento de Meredith, pero, si he de ser sincero conmigo mismo y con mis hijos (si es que vosotros, Meredith y Selim llegáis a leer esto), tengo que reconocer que se trataba de sentimientos de otro tipo, tal vez porque mi hijo fue fruto de una relación que estaba en muchos sentidos prohibida. El género de por sí no era un factor que importara, y no me había pasado todos los años de la vida de Meredith anhelando un hijo varón. Pero las circunstancias de la llegada de Selim implicaban que hubiera en cada contacto que tuve con él un añadido de emoción que no había sentido del mismo modo en ningún otro momento de mi vida.

Cada vez que veía a Fadia coger a Selim en brazos, depositarlo en el cochecito y luego recorrer el cuadrángulo y desaparecer una vez más por las puertas principales del *college*, estaba convencido de que no habría una próxima ocasión, de que en cualquier momento ella desaparecería sin dar explicaciones ni dejar dirección. Me empeñé en no hostigarla, y siempre esperaba a que fuera ella la que se pusiera en contacto conmigo por *email* o con un mensaje de texto para organizar nuestro siguiente encuentro hasta el último antes de mi partida, que corrí el riesgo de

proponer, invitándolos a mi casa una velada a finales de julio de este año, el día antes de que los del servicio de mudanzas vinieran a preparar los paquetes. Por entonces, Selim tenía siete meses y aunque todavía no gateaba, se daba la vuelta y estaba atento y, eso me gustaba creer, se alegraba de verme. Mientras estuvimos sentados en el jardín, lo sostuve en el regazo y él sesteó chupándome la punta del índice.

—Crece deprisa.

—Sus padres son altos. Y sus abuelos. Al menos, los míos. Los tuyos también deben de serlo —dijo Fadia, aunque me di cuenta de que nunca nos habíamos enseñado fotografías de nuestros padres ni de otros parientes. Yo había buscado fotografías de su padre y de su madre en la web, pero no me habían parecido especialmente altos. A Saif no me había arriesgado a buscarlo, temiendo, incluso entonces, que introducir su nombre en un motor de búsqueda podría disparar la alarma de cualesquiera que fueran los poderes de monitorización que estuvieran funcionando.

—Razonablemente altos. Aunque ninguno pasa del uno ochenta. No sé cómo salí tan alto.

—Una dieta mejor.

Habíamos adoptado la costumbre de esas charlas triviales, pero yo sabía que también había demasiada formalidad. No era la conversación de personas que se han acostado más de una vez y ahora sobrellevaban y amaban el inesperado resultado.

—Me voy a finales de semana.

—Lo recuerdo.

—Así que esto es una despedida por ahora.

—Sí —dijo ella.

—¿Puedo esperar que vengas a visitarme a Nueva York?

—Él todavía no tiene pasaporte.

—Eso se arregla fácilmente.

—No me presiones, Jeremy.

—No lo pretendía, de verdad.

—No, lo entiendo. Quieres volver a verlo. Yo también lo quiero, por él.

Se quedaron otro cuarto de hora y luego Fadia dijo que era hora de irse, que el pequeño necesitaba echar una cabezada, y que ella esperaba poder trabajar un poco. Fue la última vez que los vi. Todos mis mensajes posteriores, mis *emails* y mensajes de texto, mis llamadas telefónicas, incluso las cartas físicas que he enviado por correo, han quedado sin respuesta, han sido ignorados. Doy por sentado que ella y él, mi exalumna y mi hijo, siguen en Oxford, aunque sé que es posible que se hayan trasladado, a Londres o a París o, aunque la idea me aterra, a El Cairo. Cada mes, el dinero pasa de mi cuenta británica a la suya. Un mes tras otro, y espero, quizá como un idiota por no decir otra cosa, que sirva para sustentar a mi hijo, y que dondequiera que esté, Selim crezca sabiendo que yo soy su padre.

Todo eso me pasaba por la cabeza en el trayecto de vuelta en tren a la ciudad desde Rhinebeck, hace solo unas semanas, mientras los faldones de mi abrigo se desplegaban tras de mí como unas alas, y las Catskills retrocedían a medida que me veía impulsado hacia atrás, hacia la ciudad y mi propio e incierto futuro, alejándome del pasado que he estado contemplando, mirando fijamente a las aguas heladas y la tormenta que se acerca desde Canadá, embobado ante el naufragio de mi vida que se amontona ante mí.

Aunque era domingo y la galería estaba cerrada, sabía que era posible que Meredith estuviera allí, trabajando, como solía hacer. Cuando llegué la vi dentro ante un gran lienzo compuesto de millones de pequeños puntos que representaban una escena callejera en lo que podría haber sido Nueva York, aunque era imposible asegurarlo, una imagen que parecía una instantánea pixelada de una cámara de videovigilancia que enfocaba hacia la calle desde lo alto de una farola para grabar a media docena de mujeres y dos hombres que caminaban en todas direcciones, una de las mujeres con un móvil pegado a la oreja, ajena al hombre cuya mano se introducía en el bolso que ella llevaba colgado a la espalda. Me perdí la inauguración de la exposición en octubre y no sabía nada del artista, un pintor francés llamado Guillaume Pari, cuyo nombre estaba pintado en letras grises de casi un metro de altura en una de las paredes blancas de la galería.

Después de hacerme pasar, besándome las dos mejillas, mi hija se volvió hacia la pintura, cuya superficie parecía confeccionada por una máquina, con cada punto de acrílico levantado y biselado a lo largo de sus bordes perfectamente cuadrados.

—No puedo dejar de mirarla. En realidad, no tenía ningún motivo para venir hoy aquí pero quería venir a ver las pinturas en persona, sin público ni coleccionistas ni, bueno, mis empleados. Quería estar a solas con la obra.

—Si es un mal momento, me voy.

—No, papá, no quería decir eso. Tú no eres los demás. ¿Qué te parecen los cuadros?

—Muy precisos. No parecen obra de una mano humana.

—Está realizada con una máquina de control numérico. Pari extrae imágenes de cámaras de videovigilancia y las manipula en su ordenador, las degrada y las convierte en estas visiones impresionistas del *ahora*, como Pissarro o Seurat. Nos olvidamos de que los impresionistas pintaban la vida contemporánea, nada de escenas bíblicas ni clásicas, y eso, por sí solo, ya era revolucionario, ese impulso de convertir lo ordinario en arte, de demostrar que el arte es capaz de hacer lo que la fotografía no puede, aunque sea una opinión discutible, supongo que es lo que hace Pari, demostrar cómo la fotografía degradada no es, de hecho, distinta de lo que puede conseguirse con la pintura, o que la pintura es en sí un tipo de proceso mecánico cuyos resultados en última instancia no se diferencian de la fotografía. Cuando tomas una fotografía



con tu teléfono móvil o tu tableta y luego utilizas un programa para alterarla y acaba pareciendo de manera más que convincente una pintura hecha con pincel, resulta difícil mostrarse categórico acerca de qué es y qué no es arte. En cualquier caso, cuando Pari ha acabado de manipular las imágenes, el ordenador le suelta las órdenes a la máquina, que hace el cuadro.

—¿Es arte aunque el artista no sea el que controla la pintura?

—Pero sí que la controla. Es su idea, su programa, la máquina se limita a plasmar la aplicación mecánica del medio. No sé si al final hay alguna diferencia, salvo en una cuestión de grado. A mí me parecen pinturas hermosas, y perturbadoras, independientemente de cómo estén hechas.

—¿Cómo encuentra las imágenes?

—Obtiene la licencia de uso de una serie de distintos organismos encargados del orden. Al menos eso es lo que me dice su galerista de París. Nunca he visto a Guillaume en persona, y casi sospecho que, en realidad, no existe. No hay fotografías tuyas por ningún sitio. Nadie con el que yo haya hablado lo ha conocido, ni siquiera Marie-Edith, su galerista francesa. Las pinturas le llegan en una furgoneta a su galería de París, pero el conductor las recoge de un almacén en el campo y Marie-Edith cuenta que incluso intentó dar con el propietario de ese almacén pero solo encontró una sociedad mercantil, y luego otra, y al final una sociedad instrumental, como una caja rusa o algo así. Y fíjate en el detalle, el almacén está en una calle en medio de ninguna parte y no hay cámaras de videovigilancia. Quienquiera que sea Guillaume Pari, ha encontrado el modo de volverse invisible. Puede que ni siquiera se llame Guillaume Pari. Podría ser otra persona, ni siquiera un artista, o podría tratarse de un colectivo de artistas o activistas. Tiene algo de maravilloso, con todas esas incertidumbres: la invisibilidad del artista que solo hace obras sobre la visibilidad. Escribí un texto sobre el particular en el catálogo. ¿Te di un ejemplar?

—No he tenido ocasión de leerlo. Lo leeré hoy, esta noche, cuando llegue a casa. ¿Estamos solos?

—¿Por qué, es que vas a asesinarme? —Se rio.

Me pareció un chiste extraño.

—Solo me preguntaba si tenías tiempo para tomar un café.

Me condujo a través de las tres salas blancas de la galería, que se abrían unas a otras en el almacén remodelado de Chelsea situado a un paso del Hudson, y al fondo, tras franquear una puerta blanca tallada que es, en sí, una obra de arte, una pieza de Castellani que seguramente vale más de lo que Meredith paga a su asistente al año, entramos en las oficinas y la cocina, donde pulsó un botón que molió los granos y preparó el café, que cayó como una llovizna en dos tazas de acero inoxidable.

Su despacho siempre me recuerda el *atelier* parisino soleado de algún artista, con la mitad del techo convertido en ventanales. Nos sentamos en la zona más baja, dedicada al salón, bajo la ventana con el cielo de principios de invierno sobre nosotros. Era una sala que quedaba a la vista de los satélites, la NSA y otros

organismos capaces de otearme mientras mantengo una charla con mi hija en su lugar de trabajo. Sabía que no eran imaginaciones mías. Un amigo de Georgetown que trabajaba hasta hacía poco en la Casa Blanca me contó unos años atrás que habían estado probando una nueva tecnología de satélites en el Ala Oeste y habían conseguido imágenes en directo de los hijos de otro miembro del personal jugando en el patio trasero de su casa. Recientemente, mi madre me enseñó en su tableta un mapa de Rhinebeck en tres dimensiones, tan detallado que me dio la sensación de que veía su casa y a sus vecinos y hasta mi propia finca de un modo que me pareció una intrusión asombrosa. ¿Cuánto falta, me pregunté, para que todos accedamos a imágenes en directo de las calles donde nosotros, nuestras familias, amigos y examantes y enemigos vivamos? Todos estamos siendo observados, todo el tiempo, lo creamos o no.

—¿Cómo fue por Rhinebeck? ¿Está bien la abuela? El jueves me pareció un poco dispersa.

—Ya sabes que los grupos grandes le resultan incómodos porque no oye lo bastante para seguir la conversación, pero está bien de salud. —Hice una pausa para alzar la mirada al cielo mientras un helicóptero pasaba por encima, y una gaviota se elevó en un arco repentino desde el río, como una máquina alada—. En realidad, estoy aquí por razones egoístas. He venido para hablar de mí mismo.

—Te estás volviendo muy misterioso.

—No te preocupes, no estoy enfermo ni muriéndome. No he perdido el trabajo. Bien mirado, todo va bien. No debería tener este pánico y seguramente tampoco debería sentirme tan agobiado como me siento. Mírame las manos, no me temblaban tanto desde que presenté la disertación del doctorado.

—¿Tienes problemas de dinero? Ya sabes que eso podemos arreglarlo.

—No, no va por ahí, pero gracias, cariño. Quiero que entiendas que lo que estoy a punto de contarte no cambia en absoluto el hecho de que te quiero más que a nada y a nadie en el mundo. Estoy muy orgulloso de todo lo que has conseguido. ¡Y eres tan joven! Ni te imaginas lo increíble que me pareces. A tu edad, yo era un estudiante de posgrado totalmente perdido, y tú tienes una carrera, una vida y todo organizado de maneras que me dan vértigo.

—Me halagas, papá.

—Deja de ser tan humilde. Y deja de interrumpirme. Tengo que decirte esto antes de que me dé por pensármelo mejor. —Entonces me miró, arrugando las cejas en un breve gesto de desagrado que me permitió imaginarme, por primera vez, cómo sería ver a Meredith verdaderamente enfadada conmigo, o decepcionada, y fue una imagen horrible que solo agudizó mi angustia, provocándome un acceso de náuseas en el estómago, como si después de años de ser profesor me viera en la posición del estudiante, del niño dominado y castigado por un adulto que ha prometido reparar cuanto esté mal, siempre que me muestre apropiadamente arrepentido—. Cuando estaba en Oxford tuve una alumna, un poco mayor que tú, pero no mucho. Ella y yo

intimamos, le di clases durante varios años, y por casualidad vivía en la misma calle donde estaba mi casa, en un apartamento enfrente, así que nos veíamos fuera de los habituales contextos del *college*, las tutorías, las clases y las comidas, todo eso. No es nada excepcional en un lugar como Oxford. Puede suceder en cualquier ciudad universitaria. —Me estaba quedando sin aliento y me interrumpí para respirar hondo unas cuantas veces, consciente de que la mirada de desagrado de Meredith se había asentado y profundizado—. Una noche le pedí que viniera a casa a tomar una copa. Supongo que ya puedes imaginarte lo que pasó, el caso es que una cosa llevó a la otra.

Meredith se sentó más erguida en la silla, y levantó las manos.

—Por favor, papá, ¿me estás contando esto? Yo no..., de verdad no quiero saber nada de eso.

¿Cómo debes sentirte, pensé, al enterarte de que tu padre ha abrazado a alguien de tu edad con la misma facilidad, con la misma falta de reflexión, que te ha abandonado antes a ti? ¿Por qué, pensé repentinamente, iba a desear Meredith conocer a Fadia y Selim? ¿Qué derecho tenía yo a esperar tal magnanimidad de mi hija, a la que ya le había pedido tanto?

—Créeme, cariño, si no tuviera que contártelo, no lo haría.

—Así que te acostaste con tu alumna. Yo no puedo...

—En ese momento era mi estudiante de doctorado, pero sí, me acosté con ella. Ocurrió varias veces, durante unas pocas semanas, y luego no supe nada de ella durante un tiempo...

—Espera, ¿qué has dicho?, si vivía al otro lado de la calle... ¿fueron relaciones consentidas?

—Por supuesto que sí. ¿Cómo puedes preguntarme algo así? En muchos sentidos, ella llevaba la batuta.

—Pues parece raro que te acuestes con tu estudiante y luego no le hables, como si ella te evitara, o la evitaras tú a ella.

—No pareció tan extraño en aquel momento. Ella era muy independiente.

—Oh, papá, ¡no me jodas! ¿La llamaste?

—Por favor, no grites, Meredith, esto es difícil para mí. No quería parecerle agresivo. Intentaba hacer lo correcto. Intentaba pensar qué era lo que *ella* querría. Y al final se puso en contacto, tal vez un mes después del periodo en que nos estuvimos viendo.

—Joder. ¿Puedo adivinar lo que pasa a continuación? No me lo puedo creer...

—Intento explicarlo lo mejor que sé.

Meredith volvió a levantar las manos. No sabía si interpretarlo como un gesto de rendición o de rechazo.

—Vino a casa a decirme que estaba embarazada y no cabía la posibilidad de que otro fuera el padre. Solo podía serlo yo.

—¿Y tú te la creíste? Dios, papá, ese es el truco más viejo del mundo.

—Si la conocieras, lo entenderías. No es de las que cuenta mentiras. Hasta diría que vive según la más fervorosa creencia en la verdad, y de hecho lo que ha pasado entre nosotros la ha colocado, a ella, en una situación comprometedor. Ha mentido para protegerme. Sé lo feo que suena. En cualquier caso, ella y yo hablamos de las diversas opciones posibles y le prometí apoyarla decidiera lo que decidiese, aceptando que en última instancia era una decisión que solo podía tomar ella. Tras varias semanas dándole vueltas y más conversaciones sobre cómo debíamos proceder, ella optó por tener el niño.

La boca de Meredith se apretó en una firme y delgada línea. Sus ojos eran ahora más grandes. Se llevó un dedo al rabillo de uno.

—Dio a luz todavía no hace un año. Vi a mi hijo, tu hermanastro, varias veces antes de regresar. Es idéntico a mí de bebé. Desde la última vez que nos vimos, en julio, ha dejado de contestar a mis mensajes, aunque tengo razones sobradas para creer que Fadia sigue en Oxford.

—¿Fadia? ¿Qué clase de nombre es ese? ¿Son árabes?

—Meredith, por favor. Son egipcios. Francoegipcios. La madre de Meredith es francesa, y el niño es, claro, una mezcla aún mayor, la mitad soy yo.

Meredith se levantó y caminó hasta su mesa en una tarima elevada, abrió un cajón, sacó una botella de escocés, buscó un vaso, se sirvió un trago largo y se lo bebió de golpe. Vi cómo le subía y bajaba el pecho mientras intentaba calmarse, una vena latía en su cuello, y apoyaba las manos en la mesa.

—Ojalá ese fuera el final, pero no lo es.

Y entonces le conté lo de los paquetes que me habían llegado durante la semana anterior y los demás extraños incidentes, los múltiples encuentros con Michael Ramsey, la llamada que había recibido mi madre, y mi perplejidad ante el hecho de que alguien pudiera estar interesado en monitorizarme tan de cerca y luego avisarme de que estaba siendo observado de ese modo.

—Solo se me ocurre que es por el dinero que le mando a Fadia, porque su hermano trabajó para el gobierno egipcio y tras la revolución se convirtió en miembro de los Hermanos Musulmanes, y más tarde simplemente desapareció. La última vez que hablamos del asunto, ella pensaba que debía de estar luchando en Siria, y lo único que se me ocurre es que alguien de algún servicio de inteligencia ha reparado en el dinero que pasa de mi cuenta a la de Fadia y, tal vez, hasta donde puedo imaginar, ella le ha estado pasando dinero a Saif, su hermano, o, no lo sé, tal vez ni hace falta que ella le dé nada para que parezca sospechoso el que yo le transfiera dinero a la hermana de un hombre que podría ser considerado un terrorista. Supongo que te estoy pidiendo consejo. ¿Qué crees tú?

—¿Le estás dando dinero? —Meredith se puso detrás de la mesa y arrugó la nariz.

—Me pareció lo correcto. Ella no lo pidió, yo se lo ofrecí, y por ley estoy obligado, y no se trata de una obligación que yo quisiera eludir en ningún sentido.

—¿Has hablado con algún abogado?

—No he hecho nada ilegal.

—Necesitas un abogado. Te diría que recurrieras a uno de los nuestros, pero no me parece buena idea. Peter no querría... Le pediré a Barry que te mande a otro. Tienes que sentarte con alguien mañana mismo, antes de que esto vaya más lejos.

Mientras se servía otra copa, me fijé en que le temblaba la mano. Intentaba controlarse, pero estaba más enfadada de lo que yo nunca la había visto. Lo que yo había hecho con Fadia era despreciable, eso ya lo sabía, o entendía que se lo pareciera a mi hija, aunque sentía que lo que habíamos hecho Fadia y yo era fruto de la soledad y la atracción, y sin duda del respeto mutuo, y las consecuencias eran lo que lo había vuelto todo tan complicado, situándonos a ambos en posiciones que ahora amenazan con desbaratar mi vida. También sabía que, por mucho que Meredith procurara no verse implicada, casi con toda seguridad querría ver a su hermanastro, y rechazaría un futuro en el que Fadia y Selim vivieran vidas lejos de su influencia. Serían arrastrados al redil, incorporados, tendrían que romper los vínculos con su propia familia por los de la nuestra. Al menos, esa era mi esperanza, que una esfera de influencia americana sustituyera a la egipcia.

—¿Así que no crees que me he vuelto paranoico? ¿No crees que me lo estoy inventando?

—Si alguien te manda pruebas de que estás siendo vigilado, quiere decir que no, no creo que estés paranoico.

—Pero yo no soy nadie.

—Todos somos *nadie* hasta que hacemos algo que nos convierte en *alguien*, y tú, papá, has tomado el tipo de decisiones que llevan precisamente a eso. En estos tiempos cuesta muy poco ponerse en el lado equivocado de la ley. En el pasado, debe de haber sido mucho más difícil hacer algo gravemente ilegal, pero ahora parpadeas y acabas en prisión.

—Tal vez no. Entregar una carta a alguien a quien no iba destinada. Cotillear. Mencionarle a un confidente, sabiendo que lo es o sin saberlo, que tu vecino fue visto hablando con alguien que ya era sospechoso de un delito. No creo que sea tan distinto ahora. Siempre ha sido fácil caer por un agujero negro. La única diferencia es el grado y la velocidad de respuesta de las autoridades, o si acabas coaccionado, detenido o ejecutado. Michael Ramsey...

—No creo que Ramsey tenga nada que ver con esto, papá. Es la persona menos brillante que conoce Peter. —Hizo una pausa y me miró fijamente con aquella terrible mirada de decepción—. Entiendes que Peter tiene que saber qué está pasando. Él y yo estamos implicados contigo, por asociación.

—Haces que suene como si fuerais hijos de un terrorista.

—No bromees con estas cosas. Esta es la realidad de nuestro mundo, y has traspasado la línea, tanto si lo pretendías como si no.

Me entraron ganas de gritarle a mi hija, que nunca me había hecho enfadar en toda su vida. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía haber hecho? No tenía otra opción que dar dinero a Fadia. Era el único gesto moral y ético que estaba a mi alcance, y aun así al darle dinero también estaba, potencialmente, infringiendo la ley, implícita o explícitamente, dependiendo de lo que ella hiciera con ese dinero, dependiendo de si había reestablecido o no los lazos con Saif, dependiendo de si ahora, por algún terrible azar o una ilusión de la conciencia, le prestaba ayuda a su hermano, el terrorista. Para empezar, no tendría que haberme acostado con ella, no solo porque fuera mi alumna, sino por lo que sabía de su familia. No supe controlar mi deseo. ¿Fue ese mi primer error?

Cuando empezó a notársele el embarazo, corrieron rumores por el *college* y la Facultad de Historia, aunque nunca oí ninguna acusación lanzada contra mí por mis colegas, salvo, claro, la de Stephen Jahn, quien a esas alturas pasaba periodos cada vez más largos lejos de Oxford, por asuntos del gobierno. A menudo veía las noticias esperando encontrarme con su cara, ya fuera como invitado experto en Oriente Medio, o perdido entre la multitud en Egipto o Siria, al lado de la persona o entidad que Estados Unidos o Gran Bretaña hubieran optado por apoyar en ese momento. Si, aparte de Stephen, otros colegas sabían o sospechaban que yo era el responsable del embarazo de Fadia nunca llegaron a mis oídos esos rumores.

Se acordó que uno de mis colegas asumiera la supervisión de la tesis de Fadia cuando anuncié mi regreso a Nueva York a principios de este año. En nuestro último encuentro en mi jardín de Divinity Road el pasado julio, Fadia me pidió que esperara a que ella se pusiera en contacto conmigo, que no la llamara, ni le mandara *emails* ni cartas hasta entonces, pero en cuanto salí de mi casa supe que no podría cumplir con su petición. Me dolió demasiado devolver el niño a su madre sin saber si volvería a verlo antes de que fuera lo bastante mayor para tomar sus propias decisiones. Me sentía obligado a escribir y telefonar como una forma de demostrar que mi puerta siempre estaba abierta para ella, y para él. A medida que transcurren los meses y mis mensajes siguen siendo ignorados, temo que hay pocas esperanzas de que vuelva a ver nunca más a ninguno de los dos.

Anoche volví a soñar con la sala blanca, un espacio que parece modelado a medias a partir del estudio de mi casa y a medias a partir de los siniestros lugares de detención secreta que deben existir en Estados Unidos —puede que en menor cantidad— como existen en el extranjero. En esta repetición del sueño, me encapuchan y esposan antes de llevarme por el pasillo, sospechando que me aguarda una ducha como en las ocasiones anteriores. En lugar de eso, me doy cuenta de que hemos entrado en un espacio más amplio, una sala con eco, techos altos y paredes lejanas. Me suben la capucha, dejando al descubierto las orejas, las alas de la nariz y la boca, pero el basto tejido es sujetado alrededor del puente de la nariz para evitar que vea nada más sustancial que puntos de luz a través de la urdimbre de la tela. Oigo el roce de papeles, sillas metálicas arrastradas por un suelo de linóleo, dos sillas, me parece, y tres pares de pies: dos personas sentadas, la tercera es la que me ha conducido hasta allí, me ha subido la capucha y está tras de mí, con las manos en mis hombros, irradiando un calor que, por un instante, me genera sentimientos de buena voluntad hacia el hombre. Reconozco su olor de otros sueños, sé que es el que habitualmente me lleva a las duchas, que me aferra con firmeza pero sin crueldad, que vigila mientras me baño, sin decir nunca una palabra...

Sin esperar ninguna señal de mis carceleros, hablo.

—Si la detención es esto, no se ajusta a lo que esperaba. Me siento casi decepcionado. ¿No saben hacerlo peor? Hacerme sufrir físicamente, producirme un dolor que pueda sentir en la piel, arrancarme las uñas, matarme en lugar de este tormento de aislamiento. Es como obligarme a quedarme sentado solo en el aula después de clase, preguntándome cuándo volverá el profesor.

—Podríamos hacer esas cosas que sugieres —dice una mujer—. ¿Es eso lo que mereces, Jeremy? —Cuando pronuncia mi nombre, sé que la que habla es Fadia. Entrecierro los ojos ante los agujeritos de luz y su rostro aparece nítido—. Podríamos seguir tratándote como a un niño que se ha portado mal, o podríamos hacerlo mucho peor. *Notre régime pédagogique est assez doux*. Solo queremos que reflexiones sobre lo que has hecho.

El hombre que está a mi espalda, el guardián de manos cálidas, se inclina y me susurra al oído:

—Esto ya es más grave que un simple castigo escolar —dice apretándome el hombro.

—Jeremy nunca sufrió ninguno —dice Fadia, como si hubiera oído las palabras susurradas del guardia—. Era un buen chico. Nunca hizo travesuras.

—Así es —digo—, ni un solo castigo durante todos mis años de escuela. ¿Sabe mi hija que estoy detenido? ¿Está haciendo algo para que recupere la libertad? ¿Qué pueden decirme?

—Tu hija lo sabe —dice un hombre—. Ella aprendió sus lecciones, no como tú. Su madre la educó bien.

—Yo también tuve algo que ver en eso.

—¿Ah sí? —El hombre se ríe, y cuando lo hace reconozco que es Stephen Jahn—. Ella no puede hacer nada para liberarte. Llevamos demasiado tiempo vigilando.

—Nunca pensé que...

—Todos deberíamos dar por sentado que alguien puede estar vigilando, Jeremy, aunque no podamos saber con certeza cuándo nos vigilan. Hemos convertido al mundo en un panóptico virtual.

—Así que la libertad es una ilusión —dije, mientras hacía una ecuación mentalmente, una fórmula que, en el sueño, quemaba neón a través de la capucha de arpillera que me tapaba los ojos: *Castigo a quedarse en el aula, Suspensión, Expulsión*. Es la escalera del castigo, por encima de la cual solo queda *Ejecución*, si nosotros, los criminales, o los supuestos criminales, tenemos la desgracia de hallarnos en un estado donde se aplica la pena capital, o en uno sin juicios justos que simplemente hace lo que le viene en gana, tras las puertas cerradas, independientemente de lo que dicten sus leyes. Sustitúyase *Expulsión* por *Eliminación* y la cuestión queda rápidamente zanjada, sin necesidad de una categoría superior.

Me desperté con la ecuación en la punta de la lengua, bastante clara para utilizarla como clave para recordar el sueño, para las formulaciones de mi inconsciente unidas en un diálogo. Me quedé tumbado en la cama mirando al cielo blanco, los reflejos en los edificios contiguos, los anuncios pintados al otro lado de la calle. Aunque no me encontraba retenido en ninguna aula, sí me sentía, como mínimo, en un estado de suspensión: suspensión de la creencia en la posibilidad de la libertad. En otras palabras: creo que está al caer el día, hoy mismo, o mañana o pasado, en que ya no pueda andar libre por el mundo, en que no me quede más que el recuerdo de una libertad ilusoria disfrutada en el pasado a la que, vista su rareza, había concedido muy poco valor.

Existe cierto tipo de semejanza entre la detención que podría afrontar, en una sala vacía blanca, y el castigo a quedarse una vez acabada la clase que sufre el alumno travieso en los salones de la escuela. En ambos casos se trata de obligar al detenido a volver a portarse bien. Un pequeño acto de desobediencia es castigado con una hora de más confinado bajo la mirada del profesor, un primer paso en el camino hacia la suspensión, que siempre es un castigo anómalo, una pena que a algunos niños debe de parecerles un regalo, al poder quedarse en casa durante días o semanas, y, en



última instancia, si esos correctivos fracasan, llega la expulsión, la exclusión permanente de la escuela que debe llevar al envío a una escuela especial distinta. Nunca fui tan amigo de nadie al que hubieran expulsado de la escuela para saber dónde habría acabado. Esos niños desaparecían y, con la crueldad de los jóvenes, me olvidaba de ellos. (¿Con qué rapidez me olvidarían aquellos a quienes amo?). La escuela nos doblega con sus amenazas de violencia existencial y la separación de la manada, preparándonos para la violencia más profunda de la edad adulta, el largo periodo de la vida cuando solo una declaración verificable de locura puede librarnos del castigo por los deslices en nuestro comportamiento que incumplen las leyes que nosotros hemos permitido que se aprueben para controlar y organizar nuestras vidas. En el pasado estudié a Althusser, y encontré en su formulación de los Aparatos Ideológicos del Estado —escuelas, iglesias y similares— una imagen de mi propia infancia, mi experiencia del adoctrinamiento y el control social. Ve a la escuela y aprende las lecciones de la sociedad y las leyes. Ve a la iglesia para la edificación moral añadida, que te inculquen los Diez Mandamientos, las lecciones de los Evangelios, todo ello como preparación para someterte a los Aparatos Represivos del Estado, la policía, los tribunales, el ejército, y seguramente también los servicios de inteligencia.

Si estoy detenido, ¿se celebrará un juicio? ¿Me presentaré ante el juez y el jurado, escucharé lo que dicen mientras se esgrimen los argumentos a favor y en contra de mi libertad? Tal vez en esos juicios ya no se permita la presencia del acusado, y el proceso debido se considere indebidamente indulgente. La pena de cárcel que podría seguir a una detención menos formal no sería tan distinta a una expulsión temporal de la escuela, aunque la metáfora empieza a flaquear porque la cárcel echa a uno de su casa (casa como el mundo presumiblemente libre más allá de las paredes de la prisión) en lugar de expulsarlo de la institución, la escuela, el organismo público, con la expectativa de que los propios padres lo confinen a uno en casa. (¿Querría ahora que me confinara mi madre, que el progenitor asumiera los deberes del Estado, *in loco imperium*?).

Si se lleva más lejos aún, puedo imaginarme un escenario en el que, después de que la prisión no hubiera corregido mi comportamiento, mi país natal intentara expulsarme, devolverme a Gran Bretaña, o incluso, por insoportable que me resultara, al estado, que es decir la esfera, el territorio, el reino geográfico del terrorismo, la tierra del nuevo califa, quienquiera que sea, que decapita a sus enemigos como advertencia y deporte. Entonces, me imagino, mi familia americana se creería libre para eliminarme con un ataque de un dron con blanco prefijado, un misil de más de medio metro individualizado, con mi cara pintada, dirigido por un chico que sufre Trastorno de Estrés Postraumático en un centro de control situado en algún lugar remoto de los páramos desiertos de Nevada.

Nadie de mi familia ha sido detenido jamás. Nadie que conozca ha estado en prisión. Una citación por exceso de velocidad es la peor infracción que conozco de

primera mano. Nadie que yo sepa ha sido interrogado jamás por la policía, ninguno de nosotros, familia y amigos, el círculo ondulante entero, así de aburridos y respetuosos de las leyes somos. El delito solo ha rozado la vida de mi familia y amigos en su papel de víctimas sin importancia: el último coche de mi madre recibió un golpe de refilón, a un tío mío le atracaron una vez en Central Park, a un amigo, el *fellow* posdoctoral suizo que se alojaba al otro lado del pasillo mi primer año en Oxford, le vaciaron las cuentas bancarias unos ladrones de identidad nigerianos. Imagino que si me detienen, ya sea en Gran Bretaña o en Estados Unidos, habrá malos tratos, torturas, algún tipo de coerción física como la que uno imagina que se ha infligido a otros detenidos durante los primeros años del nuevo milenio, esta era en la que la humanidad empieza a deshumanizarse de nuevo en el mismo momento que lucha por hacerse con el control absoluto del planeta. La mente histórica no solo piensa en detalles sino también en eras, épocas, en lo macro además de lo micro. El Antropoceno. Nos imaginamos en una distopía, entrando como sonámbulos en pesadillas fantásticas que se han hecho realidad.

Hasta el momento la cosa ha sido fácil. La amenaza es cruel para la mente, pero no para el cuerpo. Temo más al dolor físico que al mental. Me imagino cómo la capucha que me colocan tan rutinariamente en la cabeza en esos sueños recurrentes podría ceñirse alrededor de mi cuello y luego derramarían agua sobre la tela para que experimentase el terror del ahogamiento en tierra firme solo para ver la sentencia revocada en el último instante, la mortalidad burlada de nuevo, otro aplazamiento, la tortura de la muerte que se acerca y se aleja, *fort, da...* Y tal vez irían demasiado lejos, la muerte llegaría por accidente de manera que caería en sus brazos, cegado y ahogado, el algodón mojado metido hasta el fondo de la boca y los orificios nasales mientras nos apresuramos, la Muerte y el Moribundo, por el túnel negro y cortante, alejándonos de la luz, hacia otra luz.

El aislamiento mismo puede utilizarse como tortura. ¿Es que ya no estoy, como le pasó a Louis Pierre Althusser, en mi sano juicio? (¿El simple hecho de que lo conozca me convierte en sospechoso? ¿Es el galo demasiado extranjero?). ¿Podría yo, como Althusser, estrangular a alguien que amo hasta el punto de matarlo? ¿Debería también someterme a terapia de electrochoques? Tal vez habría sido mejor que me quedara en Oxford (donde cada cien años los hombres persiguen un pato de madera alrededor de un cuadrángulo), viviendo en el *college*, limitando mi vida al interior de las paredes de la academia donde se toleran las excentricidades, incluso se les concede valor, del mismo modo él pasó el resto de su vida entre la *École Normale Supérieure* y los hospitales mentales. A diferencia de Althusser, no soy una *éminence grise*, ningún gran cerebro reverenciado por esta nación. Si matara a mi exmujer o a mi yerno nada disculparía mi crimen, nadie defendería mi valor para la sociedad para compensar el horror de mis actos. No soy nadie, un aficionado a la historia y la filosofía, un diletante, un interesado en el cine que finge conocer la filosofía cinematográfica, un amante fallido, un padre de hijos que no se conocen, y es posible

que no se conozcan jamás, un hombre divorciado, un profesor depredador de alumnas, un ogro que ve a una mujer deseable y no puede contenerse, que carece de sistema de autocontrol, que necesita los Aparatos Represivos del Estado de Althusser para que lo mantengan a raya, para que impidan que se convierta, aunque sea inconscientemente, en un traidor no solo al Estado sino a cada individuo que le rodea.

Tacho los días en un calendario de papel plastificado, pero la tinta se emborrona sobre la superficie satinada y empiezo a preguntarme cuántos días han pasado desde el fin de semana de Acción de Gracias, si mis manos temblorosas han emborronado las marcas o si algún otro, tal vez la mujer que limpia mi apartamento, trabaja para esos que me vigilan tan de cerca. Algunas noches creo oír voces que proceden del piso de arriba o del de abajo o del pasillo de fuera, pero cuando me pongo a escuchar o abro la puerta no hay nadie, y temo que esos hombres y mujeres que susurran solo existan en mi cabeza.

Es posible que incluso mi familia, esas personas que recuerdo como mi hija y mi madre, mi exmujer, la estudiante que fue mi amante durante tres semanas, el niño al que llamo mi hijo y cuyo rostro veo como un recuerdo de mi propia cara fotografiada de bebé, sean, todos, *figments*, del latín  *fingere*, fingir, simular (en otras palabras, aparentar o falsificar), todos ellos invenciones que también son ficciones, un catálogo de impostores. *Figment* es una palabra que nunca utilizó Shakespeare; búsquese en su corpus. Pero no así Hobbes, él comprendió su potencia, compárese su teoría de la personificación: «Un ídolo, o mera ficción [*figment*] de la mente, puede ser personificado —es decir, representado, incluso interpretado—, como lo fueron los dioses de los paganos, que, por medio de los funcionarios designados por el Estado, eran personificados, y tenían posesiones y otros bienes y derechos que los hombres dedicaban y consagraban a ellos, de tiempo en tiempo. Pero los ídolos no pueden ser autores porque un ídolo no es nada».

¿Y si, mi querido Jeremy —yo mismo, hablando ahora al reflejo de mi mente desquiciada porque quién sabe si alguien llegará a leer estas palabras—, mi familia y mi pasado son meros ídolos hobbesianos, *figments* de mi cerebro, que he estado personificando para mí mismo? ¿Y si la mano del artista ha cogido rostros conocidos fugazmente, los ha manipulado y ha permitido que la maquinaria de mis pensamientos los convierta en un pase de diapositivas de recuerdos falsos? ¿Y si he estado en una sala blanca y fría toda mi vida adulta, desde que acabé el instituto o la universidad, confinado para ser observado, medicado, sometido a terapia electroconvulsiva, y aun así considerado todavía tan peligroso para sí mismo y para los demás que ese que soy yo debe ser mantenido en aislamiento, en una celda acolchada, esposado, con los ojos vendados, duchándose en soledad, sin ver nunca las caras de los hombres y mujeres que lo vigilan y mantienen encarcelado, me mantienen encarcelado?, la primera señal de locura es la disociación del yo, ya no lo

sé, no lo podría decir con certeza, la pluma, en cualquier caso, se ha quedado sin tinta y la punta de metal labrado araña el papel, desgarrando la endeble página gris, que no es de algodón sino de pasta de celulosa, resmas enteras, susceptibles de una rápida descomposición, de manera que el texto mismo no tardaría en desaparecer, desintegrándose mucho antes de que haya acabado este testamento.

Recuerdo que pasé el resto de aquel domingo, el primero de diciembre, con Meredith y Peter, en su apartamento, y luego, porque ellos insistieron en que viniera, también con Susan. Aunque ella vivía a solo veinte minutos andando, Peter mandó un coche a recogerla, porque quería que viniera rápido, como si yo fuera una bomba y mi exmujer la única persona con los conocimientos necesarios para desactivarme.

Nos sentamos los cuatro en el salón de mi hija que daba a Central Park y me obligaron a explicar, varias veces, la naturaleza de mi error e indiscreción, sometiéndome a su interrogatorio.

—¿Te has acostado con más estudiantes? —preguntó Susan, con una expresión tan furibunda como la que había puesto en el pasado Stephen Jahn, los ojos saliéndosele de las órbitas y las mejillas enrojecidas, como un guiñol a punto de golpear. Pero ¿podría matarla? No, claro que no.

—Por favor, mamá, eso no es lo importante —dijo Meredith suspirando.

—Creo que Jeremy debería explicarnos si ese es un comportamiento habitual o si fue solo un polvo de una noche.

—No había pasado antes y no volverá a pasar.

—Por supuesto que no pasará. Te meterán en la cárcel —dijo Susan siseando.

—No hice nada ilegal.

—No tengo tan claro que sea exactamente cierto —le interrumpió Peter—. Si has estado dando dinero para apoyar a una organización terrorista, aunque sea indirectamente, creo que *sí podría ser* ilegal.

—Pero Fadia no es una organización terrorista. No es ninguna terrorista. Está alejada de su hermano, y ni siquiera sabemos con seguridad si Saif...

—Dios ¿habéis oído esos nombres? —murmuró Susan.

—¡Mamá! Basta ya.

—Sin embargo, tú no lo sabes con certeza, ¿verdad que no, Jeremy? —prosiguió Peter—. ¿Llegaste a ver alguna vez un extracto bancario de la cuenta de Fadia? ¿Confirmaste que la cuenta fuera solo suya? ¿Sabes con seguridad que no hay otro autorizado? ¿Estás seguro de que su padre o su hermano no están en la cuenta? ¿Cómo sabes que en realidad no es la cuenta de su *hermano* y que Fadia es tan solo la autorizada? ¿Y si ella es tan solo una fachada para la recaudación de fondos de organizaciones terroristas? Podrías ser tan solo uno más de docenas, veintenas de hombres engañados de forma similar.

Vacilé. Eran preguntas lógicas, aunque desagradables. Nunca había comprobado ninguno de esos detalles.

—Me fiaba de ella. Estuve en la sala del hospital durante el nacimiento de mi hijo. Sentía... que estaba enamorado de ella. Uno se fía de las personas que ama, ¿no?

—Menudo memo estás hecho, Jeremy. ¡No puedes fiarte así de la gente!

—De verdad, mamá, no estás ayudando.

Entonces Susan resopló:

—Me alegra ver que nada ha cambiado. Las lealtades de siempre...

Durante un instante nadie dijo nada y luego Peter y Susan siguieron sermoneándome en una carrera de relevos que apuntaba a una especie de comprensión entre ambos que yo no había esperado.

—Creo que tienes suerte, que la tenemos todos, de que no te hayan detenido todavía —dijo Peter por fin, como si eso fuera la aseveración definitiva y más importante en ese momento.

Con mi comportamiento había puesto en peligro no solo mi reputación y libertad sino la reputación y libertad de toda mi familia, incluso quizá la de mis amigos y colegas.

—Peter, cariño, eso no es justo. Lo que hizo papá fue una estupidez, pero no creo que tengamos que ir más allá. Se ha disculpado.

—Queda la cuestión legal.

—De eso podemos ocuparnos —dijo Meredith—. Estoy segura. No somos la clase de gente que tiene problemas así.

Agradecía las palabras de mi hija, pero también era consciente de la desesperación que delataba su voz.

Aunque intentaron convencerme de que me quedara por la noche, a las ocho insistí en que quería irme a casa y en que siguiéramos hablando del asunto el lunes, dado que Peter no había podido ponerse en contacto con Barry y no quería hablar con ningún otro de sus abogados de una cuestión tan delicada.

Al levantarme para marcharme, me cogió del brazo, y sus manos apretaron con fuerza a través de la tela de mi abrigo.

—Quiero que vayas a un psiquiatra. Si no estás bien, tenemos que medicarte, tratarte o lo que haga falta.

—¿Terapia electroconvulsiva?

—Dicen que no es tan mala.

—¿Quién lo dice, Peter?

—Papá, por favor —nos interrumpió Meredith, que me acompañó hasta la puerta.

—Fui un estúpido.

—Sí, lo fuiste. Pero encontraremos una forma de solucionarlo.

—Creía que nadie se enteraría jamás. Lo mantuve en secreto porque era lo que Fadia quería.

—Ya basta por ahora, me has contado todo lo que necesito saber.

—No estoy loco. ¿Crees tú que lo estoy?

—Creo que estás estresado y agobiado. —Hizo una pausa, intentando, pensé, no apartar la mirada de mí—. Tal vez te vendría bien algo de medicación.

—La dieta del ama de casa de Hollywood. ¿Quieres que me convierta en un pastillero? En toda mi vida solo he tomado antibióticos media docena de veces. Nada más fuerte. ¡Si solo he fumado maría una vez!

—Pues tómatelo con apertura de miras.

—¿Crees que debería pedir una excedencia del trabajo?

—No, no sería sensato. No hagas nada que parezca que te crees culpable de algo. Sigue con tu vida normal. Da tus clases, acaba el semestre y, con un poco de suerte, para entonces ya sabremos qué hacer.

Habían llamado un coche con chófer y, mientras iba hacia el Village, los amortiguadores absorbían el salto de las tapas de alcantarilla y los baches, los frenos eran tan silenciosos que indicaban que, fuera cual fuese la compañía del vehículo, comprendía que sus clientes esperaban la ilusión de viajar en una burbuja de silencio relativo de camino a la seguridad de sus hogares bien protegidos, pensé en Fadia y Selim haciendo su vida en Oxford, los dos durmiendo en un piso casi con toda seguridad pagado con el dinero que transfería cada mes de mi cuenta a la suya, y la canguro pagada con ese mismo dinero para que ella pudiera proseguir sus estudios de doctorado bajo la supervisión de mi antigua colega, una mujer sosa criada en la mitad occidental de la Berlín dividida que sin duda estaría dando a Fadia mejor asesoría de la que yo podría para continuar profundizando en las ramificaciones históricas y políticas de la construcción y el tratamiento mediáticos del terrorismo izquierdista en Europa durante la larga Guerra Fría del siglo xx.

Meredith, Peter y Susan fueron las tres primeras personas a las que había hablado de Fadia y Selim, y aunque entendí su sorpresa y rabia ante mi engaño, ante lo que podría considerarse razonablemente como el fallo de mi brújula moral, ninguno de ellos insinuó que pensara rechazarme. Ninguno había dicho que no querría ver jamás ni a mi hijo ni a su madre. Todos, incluida Susan, parecían creer que a mí me correspondía adoptar las medidas que fueran necesarias para enderezar lo que hubiera salido mal. Debían adoptarse medidas de algún tipo para aclarar mi situación con las autoridades. Eso sigo queriendo hacerlo. Si me exigen más pruebas, solo tienen que pedir las. Haré cuanto me pidan.

Cuando volví al edificio, el portero Ernesto estaba otra vez tras la mesa del vestíbulo principal, de regreso de las breves vacaciones que hubiera pasado con su hermana en Queens.

—¡Profesor! Ha llegado otra entrega. Parece del mismo tipo. Con el último paquete, ya sabe, no tuvo ningún problema, ¿no?

—Nada que no pudiera manejar. ¿Te acuerdas de que te había pedido si podías hacerle una fotografía a la persona que hacía la entrega?

Ernesto asintió mientras deslizaba el índice de la mano izquierda por la superficie de su móvil. Sostuvo en alto el aparato para que viera la imagen.

—Este es su hombre. Nada agradable, el tipo.

El hombre estaba de perfil y aunque podría haber sido Michael Ramsey, no estaba del todo seguro.

—¿Dijo algo?

—Nada. Algunos de estos mensajeros son así, pero, ya sabe, esta vez me fijé en él y me di cuenta de que no hacía reparto en bicicleta. Su atuendo no era el adecuado, ni la ropa ni el calzado. Ese tipo, ya sabe, no parece un mensajero normal. Se me ocurrió que podría ser un becario o algo así, pero parece demasiado mayor para eso.

—Hizo una pausa—. ¿Lo reconoce?

—Creo que nos hemos visto antes. ¿Dónde está el nuevo paquete?

Señaló al otro lado del vestíbulo hacia el suelo bajo los buzones, donde había una caja como las anteriores, tal vez un poco mayor, junto a un árbol de Navidad de plástico que había crecido en mi ausencia durante el fin de semana. La cuarta caja pesaba más que las tres anteriores, y la llevé hasta el ascensor que, al subir, pareció tirar pavorosamente de mis pies hacia abajo como si fuera a hacerme caer hasta el fondo del hueco.

En cuanto entré en mi apartamento, sin abrir la caja, fui a comprobar mi buzón de voz, pero no había mensajes. Tal vez quienquiera que estuviera incordiándome poniéndome a malas con mi madre no era propenso a dejar mensajes, o no era más que un cizañero, alguien de Oxford, un nuevo novio de Fadia, incluso su hermano, o tal vez su padre, o, más probablemente, como ya había pensado, Stephen Jahn en persona. Mi número en Nueva York no aparece en la guía telefónica, mientras que el de mi madre siempre ha estado, porque le preocupaba que sus viejos amigos pudieran ponerse siempre en contacto si les fallaba la memoria. En algún momento del pasado



debo de haberle contado a Stephen Jahn que mi madre vivía en Rhinebeck, hasta es posible que mencionara su nombre.

Aunque la nueva caja me miraba amenazadoramente desde el recibidor, procuré ignorarla, me preparé un sándwich y abrí una botella de vino, pero mientras lo comía delante del televisor y me esforzaba por quitarme la caja de la cabeza no dejaba de captar atisbos de su reflejo cada vez que la pantalla quedaba en negro hasta que finalmente dejé a un lado la comida y la bebida, cogí un cuchillo de la cocina y corté las solapas de la caja.

Dentro no había un montón de papeles, como en los otros tres paquetes, sino una segunda caja que contenía una serie de separadores de archivo. Metí la mano en la primera sección y extraje un fajo de fotografías. Tardé un poco en descubrirme entre las multitudes, pero al poco quedó claro que estaba viendo un registro fotográfico de mis movimientos en Oxford y Londres durante los meses posteriores a que Fadia viniera a hacer la entrevista a mi *collega*. ¡Qué joven parecía yo! ¡Qué ingenuo, expresivo y saludable! Solo esporádicamente se me veía preocupado o pensativo, casi nunca frunciendo el ceño, y mientras examinaba ese registro de mi vida de hacía casi una década, sentí algo que se parecía a la gratitud por ese recordatorio del hombre que había sido.

Devolví las fotos a su sección y fui revisando las divisiones siguientes, cada una de las cuales me iba acercando al presente. Había fotos en las que se me veía en la calle, a veces en mi coche (el coche que había vendido antes de marcharme de Oxford, y que solo utilizaba para ir al colmado o para alguna escapada solitaria por los Coltswoods), mi cara parecía extraída siempre de una imagen de cámara de videovigilancia. Había fotos de mis viajes, de los viajes a casa, a Nueva York, de visitas para realizar investigaciones o impartir conferencias en ciudades de Europa y América del Norte. Al principio no había nada que alguien consideraría incriminatorio o vergonzoso, salvo quizá mi peinado o mi peso o mi ocasional mal gusto al vestir. No había fotografías en las que apareciera metiéndome el dedo en la nariz o rascándome la entrepierna o hurgándome la oreja. En la mayor parte, parecía un hombre corriente de mi edad, aunque no siempre tan gallardo y sofisticado como me gustaba imaginarme. La mandíbula se iba volviendo flácida con el paso de los años, como si mantuviera los dientes separados con los labios cerrados, mis mejillas caían, las entradas del pelo avanzaban sobre mi cuero cabelludo, mi peso variaba y podía reconocer los periodos durante el verano en que hacía ejercicio y adelgazaba, y los meses de invierno cuando, abusando de la hospitalidad de la *High Table*, acumulaba grasa.

También había fotografías de Meredith, de los dos juntos en Oxford y Nueva York, imágenes de mi madre, de varios colegas, una fotografía en la que se me veía con Bethan, tomada mucho después de nuestra breve relación, y fotografías mías en compañía de las otras pocas mujeres que constituían el corto inventario de mis relaciones íntimas durante esos años en el exilio. Y, por supuesto, como rápida y

angustiosamente suponía cuanto más ahondaba en el archivo, había fotografías de Fadia y yo juntos, aunque siempre eran discretas, sin la menor insinuación de que fuéramos más que alumna y profesor hablando fugazmente en, por ejemplo, Turl Street, o parados en el cuadrángulo de las Old Schools de la biblioteca Bodleiana, o tomando un café en la cafetería de la segunda planta de la librería Blackwell's en Broad Street. Me felicité por la contención que había mantenido en público. Ni rastro de una mano que se desviase para rozar la suya, ni dedos entrecruzados, ni un solo beso en la mejilla. Sin embargo ahí estaba un registro de nuestro conocimiento mutuo, y este registro visual me devolvió a los archivos de los números telefónicos y direcciones de internet, y supe, con solo echar un vistazo por encima, que todas nuestras comunicaciones tenían que estar recogidas allí. Y entonces me di cuenta de que alguien, en alguna parte —seguramente Michael Ramsey— debía estar utilizando *software* de reconocimiento facial para buscar en un archivo existente de imágenes, solo para demostrarme que había estado siendo observado, y mis movimientos habían sido grabados, desde hacía mucho, como si, desde el momento del primer encuentro con Fadia el día que acudió a la entrevista en el *college*, yo hubiera entrado en el radar de las entidades a las que se les ha confiado vigilar nuestra seguridad, y sin más motivo que la relación de ella con tres hombres —su padre, su tío, su hermano— que eran por entonces figuras prominentes en el gobierno de Mubarak.

¿Qué más quedaba por llegar todavía? ¿Me levantaría el lunes o cualquier otro día avanzada la semana y encontraría una caja delante de mi puerta, subida amablemente del vestíbulo por Ernesto o algún otro de los porteros, y dentro descubriría un registro completo de todas mis transacciones financieras electrónicas a lo largo de la década pasada, unas pruebas que indicarían, como poco, una vida vivida en el extranjero y, más recientemente, la querencia por esta mujer que era mi alumna y ahora es la madre de mi hijo?

Volví a la caja porque todavía no había acabado de ver todo su contenido, y en el último compartimento encontré imágenes de este año, que abarcaban desde justo después del nacimiento de Selim. Un sollozo me desgarró la garganta mientras las miraba: imágenes de mi hijo en su silla de bebé empujada por las desniveladas calles de Oxford, llevado en brazos de su madre, o con su abuela materna en el Grand Café de High Street, siendo enseñado a amigos que le hacían carantoñas en un pícnic bajo un haya en los University Parks, un niño hermoso, un chico que se parecía, sin la menor duda, a su padre y a su madre sumados y destilados en una nueva y vital imagen. Era terrible mirarlo y extendí todas las fotos de madre e hijo sobre la mesa larga del comedor, ordenándolas de modo que podía ver cómo mi hijo había ido creciendo en mi ausencia estos últimos meses; se le veía sano y contento y sin duda cumplía todas las etapas que debía, y Fadia, cuyo rostro me despertaba más ternura de la que habría esperado, parecía contenta pero también cargada de preocupaciones o desvelos, no sabía muy bien cómo denominarlo, con una expresión seria y pensativa, tal vez solo porque estaba terminando su tesis, o eso suponía yo, tal vez a

causa de la desaparición de su hermano, tal vez porque no todo iba bien con su padre, tal vez porque sabía que un día yo volvería, negándome a que mi hijo siguiera viviendo apartado de mí. Y entonces, cerca del final de los archivos, había una foto suelta que mostraba a Fadia en St. Giles, delante de la biblioteca Tayloriana, hablando con Stephen Jahn, con Selim en un cochecito entre ellos. Había algo en las posturas de Fadia y Stephen que me produjo un escalofrío, como si la inclinación de la cabeza de ella hacia él insinuara una alianza y el destello en el ojo de Stephen delatara una trama o una intención. Volví a mirar la foto, sabiendo que no podría leer de una manera fiable el sentido de la situación basándome en una única imagen. Podrían haberse encontrado por casualidad, y lo que parece una alianza en un momento podría ser, en los siguientes e incontables instantes que siguieron y de los que no hay registro, un acto de coerción o de rechazo.

Mientras estudiaba esas imágenes, sintiendo el doloroso placer de ver pruebas de la vida actual de mi hijo y la confusión sobre cómo era posible que Fadia y Stephen siguieran todavía en contacto, era consciente del peso de una mirada sobre mí, de alguien que miraba, un punto fijo en un espacio en movimiento, y cuando levanté la mirada y me asomé por la ventana al trecho brillante y oscuro de Houston Street, vi a Michael Ramsey, sin disfrazar, mirándome, apuntándose al pecho con un dedo, asintiendo con la cabeza mientras observaba cómo le miraba, y cuando mi mirada se cruzó con la suya, en ese momento compartido de reconocimiento, supe que aparte de todo lo que estuviera pasando, fueran cuales fuesen las extrañas complicaciones que mis propios actos habían supuesto en mi vida y las que todavía podrían proliferar, Michael Ramsey estaba intentando ayudarme de algún modo.

Y pese a todo, se dio la vuelta, y al hacerlo empecé a dudar de si en realidad era él. Miré mientras el hombre que podría haber sido Michael se volvía y se encaminaba al oeste por Houston hacia MacDougal, tal vez a la cafetería donde nos habíamos cruzado hacía una semana. Con la idea de llamarle, busqué en la guía telefónica *online*, pero había un centenar de Michael Ramsey solo en Nueva York. Llamar a cada uno de ellos, y más una noche de domingo, parecía absurdo. Entonces se me ocurrió que sencillamente podía preguntarle a Peter cómo ponerme en contacto con Michael, pero aun así sabía que aunque llegara a contactar, él lo negaría todo por teléfono porque si trabajó —o todavía trabaja— para la NSA o algún otro organismo que reúne información, sabría que su propia línea estaba siendo monitorizada (ese debe de ser, supongo, uno de los requisitos para ese tipo de empleo, el de renunciar a la propia privacidad por el bien de nuestra seguridad nacional).

Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo, intentando ayudarme o advertirme, lo había hecho de un modo, estaba convencido, que no sería descubierto, o no podría atribuírsele a él, a no ser que se pusiera mucho empeño en rastrearle. Era como si quisiera que yo asumiera el papel de víctima dispuesta a dar un paso adelante y a revelar cómo estaba siendo vigilado por mi propio gobierno por actividades que no eran, de hecho, ilegales. (Tal vez, pienso ahora, eso es precisamente lo que estoy haciendo aquí, en estas páginas, revelando mi condición de víctima). Michael Ramsey no me ayudaría sin haber comprobado por sí mismo que yo no había infringido ninguna ley, lo que significaba que mis transferencias a Fadia debían de llegarle solo a ella, y que únicamente una mentalidad muy doctrinaria podría considerar que esos pagos infringieran alguna ley americana o británica.

Tras las conversaciones con Meredith, Peter y Susan, me había planteado interrumpir los pagos, aunque temía que si lo hacía parecería que creía que algo era incorrecto. Y, más importante, temía que al suspender las transferencias pondría en peligro cualquier relación que pudiera tener todavía con mi hijo. Cumplir una ley es infringir otra, un *Catch-22*, un círculo vicioso. Pero yo no he infringido ninguna ley, de eso estoy seguro. No creo que sea idiota. El deseo me hizo perder la cabeza, sí, de eso he hecho una confesión íntegra, pero al intentar corregir mis equivocaciones he hecho solo lo que me ha parecido legal, pagar el sustento de la madre de mi hijo, pagar el sustento de mi hijo, tal como me ha pedido su madre. Si la cuenta a la que he estado mandando dinero a Fadia no es en realidad suya sino que pertenece a su

hermano, un terrorista, o es una cuenta a la que él tiene acceso, ¿no seré nada más siniestro que un ingenuo?

Aquel lunes por la mañana intenté telefonar a Fadia al último número de ella que tenía, pero cuando cogí línea un cantarín acento británico me dijo que ya no estaba en servicio. Le envié un *email*, y luego otro, como había hecho en el pasado, pero no contestó. Avanzada la mañana, un mensajero trajo un paquete, pero esta vez no era nada más amenazante que un móvil nuevo, regalo de Meredith. «Para facilitarnos el contacto», decía su nota. Encendí el aparato, seguí las instrucciones para instalarlo y marqué su número.

—He recibido tu regalito —dije por teléfono—. Te llamo con él.

—Lo sé, papá, ya tengo tu número nuevo en mis contactos. ¿Te gusta?

—Es un teléfono, cariño, ¿qué es lo que tiene que gustarme?

—Son objetos de deseo.

—Tal vez de tu deseo, no del mío. —Se hizo el silencio en la línea. Estaba decepcionando a Meredith, que solo quería ayudar, como cuando cambiaba mis billetes de avión a una categoría superior o pedía servicios de vehículos con conductor para llevarme y traerme, actos pensados para aislarme de las realidades y el desorden del mundo—. Lo siento, no quería parecer desagradecido. Es un aparato bonito. Muy estilizado. Y supongo que me permitirá hacer un montón de cosas que antes no podía, como encontrar un restaurante decente en Midtown.

Meredith se rio aunque no sonó natural. Fue una risa que no reconocí.

—¿Cariño?

La oía respirar, una rápida exhalación, casi como si estuviera fumándose un cigarrillo.

—Es que... creí que nos ayudaría a mantenernos en contacto.

En el pasado, con una línea de teléfono fijo bastaba, y me pregunto si, antes, no confiábamos más en los demás, sabedores de que habría largos periodos de cada día en que no podríamos ponernos en contacto con nuestras esposas, hijos o padres, confiados en que simplemente hacían su vida y nos eran fieles y en que lo que más tarde nos contaban que habían hecho era verdad, o, al menos, plausible. Para cada uno de nosotros, la libertad de que no nos pudieran localizar, o de vagar sin que nos siguieran por la ciudad, curioseando en librerías y bibliotecas, viviendo la vida de un modo que no nos sentíamos acechados ni perseguidos ni, simplemente, distraídos por las tonterías de mensajes inoportunos o por la posibilidad de comprobar los valores de Bolsa cada treinta segundos o recibir alertas con noticias de última hora, debe haber implicado que, hace tan poco como una década, pensábamos más y reaccionábamos menos a las primeras de cambio. ¿Sorprende a alguien que hayamos entrado en una era reaccionaria? Nuestra tecnología nos enseña a reaccionar más que a reflexionar, de manera que hasta los movimientos izquierdistas de la actualidad ya no parecen basarse en ideas tanto como en el voluble deseo de responder al insulto, la desigualdad o la injusticia, y así, el discurso que acompaña a cualquiera que sea el

movimiento o la indignación en boga parece basarse con demasiada frecuencia en una nadería impregnada de ignorancia ideológica y política. Esos eran los pensamientos que antes podía compartir con Susan, de hecho, tales conversaciones fueron los cimientos de nuestra relación cuando éramos veinteañeros, casados de un día para otro, con una hija nueve meses después, y sin conocer más el uno del otro que la calidad de nuestras respectivas mentalidades. Cómo echo de menos esas charlas, y llevado por un impulso espontáneo y el deseo de ver, tal vez por última vez, si todavía existe la posibilidad de una reconciliación más seria, cogí un taxi y me encaminé a la parte alta de la ciudad.

Cuando hablé por el interfono, Susan no dijo nada, pero la puerta zumbó y yo la empujé para entrar en aquel viejo vestíbulo tan familiar para mí, con el suelo un poco sucio, el espacio saturado del olor de los buzones de aluminio. El perro de Susan gañía detrás de la puerta en la planta más alta del edificio, lo que me recordó a la perra que habíamos tenido juntos, una terrier a la que llamamos Lotte Lenya porque se parecía a la actriz, con su cara hosca, todo dientes, una perra que arrastraba los talones cada vez que intentábamos hacerla volver a casa después de llevarla al Riverside Park.

Al volver a ver la cara de Susan, y los pequeños ojos oscuros de aquel perro muy blanco mirándome, tuve una sensación tan abrumadora de vuelta a casa que abracé a mi exmujer sin pensar y rompí a llorar en sus brazos. A pesar de su rabia del día anterior, ella era, aparte de mi hija, la única persona en la que podía confiar, dado que mi madre ya no es tan accesible como en el pasado. Qué consolador sería volver a la vida que habíamos compartido, vivir de nuevo en este apartamento, convertir Riverside Park y este tramo de Broadway otra vez en mi territorio, después de mis años de exilio. Pero entonces, al entrar en mi viejo apartamento, recorrí el pasillo hasta el salón, y me quedé de piedra al encontrar a Peter sentado en el sofá. Al verlo allí, tan cómodo y elegante, solo se me ocurrió pensar: «Esto es como si un judío entrara en un lugar supuestamente seguro y se topara con un miembro de la Gestapo acogido de buen grado por los anfitriones, aguardándole».

Peter sonrió, la misma sonrisa que había visto en sus padres y que, de vez en cuando, en los meses transcurridos desde mi regreso de Oxford, también había visto en Meredith. Era una sonrisa sin calidez.

—He hablado con mis abogados, Jeremy. Han pasado tu caso a otro bufete y este puede encargarse de todo en nuestros locales, esta tarde o mañana, pero yo creo que cuanto antes, mejor, ¿no?

—¿Encargarse de qué exactamente?

—Revisar los hechos del caso tal como los has explicado, mirar las pruebas, los archivos que has recibido y todos los extractos de tus cuentas bancarias si los tienes. Tal vez podrías imprimirlos y traerlos, y luego podemos empezar a plantearnos cómo tratar con las autoridades, si llegamos a ese punto, claro, si los abogados creen que

hay algo que abordar con ellas. Si me permites la pregunta, ¿alguien más ha visto los archivos que has recibido?

—Los porteros de mi edificio.

—¿Les enseñaste tus archivos a los porteros?

—Vieron las cajas que recibí. Dentro iban los archivos.

—Pero no vieron los archivos mismos, ¿no?

—No, los archivos en sí, no.

—Así que eres la única persona que de hecho los ha mirado, los documentos, me refiero, con las palabras y cifras impresos.

—Sí, así es. Son, bueno, ya sabes, muy privados.

Me pareció que a él le preocupaba que otra gente supiera lo que estaba pasando, pero entonces apartó la mirada a un lado y preguntó:

—¿Y estás seguro de que esos archivos no son, solo lo digo como posibilidad, algo que te enviaste a ti mismo?

—¿Y por qué iba a hacer algo así?

—No lo sé, y perdóname si esto te suena impertinente, ¿estás seguro de que esos archivos no contienen, no sé, restos de papeles usados o incluso páginas en blanco?

—Totalmente seguro. Y el registro de llamadas telefónicas hechas y recibidas no es algo que yo pudiera haber conseguido ni inventado de ningún modo.

—Podrías haber anotado cada vez que hacías una llamada, a quién llamabas, la duración, las horas. Podrías ser una de esas personas que nunca borra su historial de navegación y luego lo imprime entero.

—Pero no lo soy, ni hice nada por el estilo. No soy obsesivo compulsivo, Peter, si es eso lo que insinúas. Susan puede corroborarlo.

—Es verdad. Jeremy es demasiado caótico para ser obsesivo compulsivo. — Susan se rio, aunque fue una risa sin placer—. Pero siempre fue un buen mentiroso. ¿Por qué crees que tuvo que irse de la Columbia? Demasiada flexibilidad con la verdad. Algo peligroso para un historiador.

—Basta, Susan. No me estoy inventado nada de esto, y me duele la insinuación de que lo esté haciendo.

—¿Por qué te pones tan a la defensiva, Jeremy? —preguntó Peter.

—Escucha, puedo coger un taxi ahora mismo, ir a casa, recoger las cajas y traerlas si así te quedas tranquilo.

—¿Es importante para ti que estemos convencidos de tu cordura?

—Sí, claro que lo es. ¿Eres idiota o qué?

Peter hizo una pausa.

—No hay necesidad de ser ofensivo. Solo queremos ayudarte.

—No estoy siendo ofensivo. Me siento frustrado. Me haces sentir frustrado porque estás poniendo en duda lo que digo. Además, ¿qué estás haciendo aquí?

—Estaba cerca y me he pasado a ver cómo se encontraba Susan. Tu visita de ayer la alteró mucho.

Susan recorrió despacio el salón y miró por la ventana. Me di cuenta de que ya no sabía leer el lenguaje de sus movimientos como antes, la forma en que cierta postura podía transmitir acuerdo o una inclinación de la cabeza hacia atrás y a la izquierda delataba su desaprobación.

—Todos estamos alterados, Peter. No solo yo.

Como siempre en ese apartamento, yo era consciente del sonido del tráfico de la Henry Hudson Parkway y el clic de los radiadores que era tan imposible de controlar que algunos gélidos días de invierno teníamos que abrir las ventanas para regular la temperatura, y la perra —esta nueva se parecía tanto a Lotte que podría haber sido su clon— había optado por pasar de los tres humanos y estiró las patas delanteras, apoyando su barbilla blanca en ellas mientras sus ojos oscuros, moviéndose inquietos bajo las cejas, miraban a Susan y a Peter como si supiera que uno de ellos acabaría sacándola a pasear. ¿Por qué a Peter, me pregunté, por qué miraba la perra a Peter con tanta familiaridad?

—Sé quién lo está haciendo.

—Haciendo ¿qué?

—La persona que me está enviando los archivos. Es tu amigo, Michael Ramsey. Peter resopló.

—Si te crees eso es que de verdad estás loco, Jeremy. Michael es un oficinista. Es el friki más aburrido de la Tecnología de la Información.

—No sabes dónde trabaja.

—Trabaja en un banco. Así, a bote pronto, no recuerdo cuál.

—Trabaja para la NSA.

—¿Lo sabes a ciencia cierta?

—Es la única explicación. Ha estado delante de mi edificio de Houston vigilándome por la noche. Ayer me mandó una caja de fotografías, imágenes de mí en Oxford, Londres y Nueva York, imágenes de Fadia y mi hijo, y el portero hizo una foto de Ramsey *entregando* la caja. Así que sí, sé a ciencia cierta que es él quien lo está haciendo. Y si no es él, entonces hace de mensajero para otro, pero no creo que eso sea probable. Anoche se quedó en Houston *esperando* a que lo viera. Él quiere que lo sepa, pero a la vez es cauteloso, por la NSA, o el organismo que sea, que también me está vigilando. No puede enviarme un *email*. Ni que decir tiene, no puede telefonearme. Pero sí puede quedarse en la calle y mandarme copias impresas de archivos para que sepa lo que está pasando. Sabe que no hay ninguna razón para que me vigilen de este modo. Él *sabe*, y está intentando ayudarme, Peter.

Tal vez Peter negó con la cabeza, pero me lanzó el tipo de mirada que yo asocio con la persona cuerda y condescendiente que ve locos por todas partes mientras cree que él permanece siempre en su sano juicio.

—¿Y estás seguro de que las fotografías que recibiste ayer no son simplemente tu propia colección de fotos de la década pasada? Tal vez un paquete que mandaste por separado desde Gran Bretaña.



—¡Esa caja no fue enviada desde ningún otro sitio, Peter! Como las demás se entregó en mano, sin ningún tipo de franqueo. Y en cualquier caso, no tengo cámara. No he tenido ninguna desde que Susan y yo rompimos. Ella era siempre la que hacía las fotos.

—Eso es verdad —dijo ella—. Jeremy no tiene ojo.

—Además de que aparezco en las fotos que he recibido y, cuando no salgo, se han tomado en lugares donde no he estado en las fechas en que se hicieron. ¿No lo entendéis? ¿Por qué me miráis los dos así?

—Porque nos parece que podrías necesitar ayuda, Jeremy —dijo Susan, con una voz tensa como solo le salía cuando yo sabía que se le había acabado la paciencia—. No tienes buen aspecto. La tez se te ha vuelto gris. Tus ojos... nunca te había visto así.

Así que me equivocaba, Susan también estaba contra mí, y fue entonces cuando empecé a preguntarme si Peter y ella estaban confabulados, y si tal vez *Peter* podría estar de algún modo detrás de todo lo que ha estado pasando. Tal vez él me quiera quitar de en medio. Tal vez yo suponga un incordio o una vergüenza demasiado molesta para él o su familia. Tal vez ha sabido de la existencia de Fadia desde hace tiempo, tal vez Stephen Jahn no solo ha estado llamando a mi madre, sino que ha estado envenenando a todos contra mí. Tal vez Michael Ramsey es simplemente uno de los muchos empleados de Peter. Sea como sea, sabía que era inútil hablar con ninguno de los dos, así que me disculpé y dije que me pondría en contacto con ellos si pasaba algo más.

Mientras caminaba de vuelta hacia West End Avenue me fijé en que la luz de la doctora Sebastian estaba encendida y casi subo a ver si disponía de un momento para hablar, pero me lo pensé mejor. No estaba en el estado mental adecuado, pero quería verla de nuevo, o sentí, por un fugaz instante que pasó al vuelo por mis pensamientos, que verla podría disipar las dudas que me quedaran sobre mi cordura, y es cierto, eso lo sé, que las preguntas que me había hecho Peter me irritaron porque hicieron que me preguntara si me estaba volviendo loco. Regresé a casa en metro y, sentado en aquel vagón metálico que traqueteaba comprendí lo fácilmente que podría convertirme en uno más de las legiones de urbanitas pirados, un hombre desaliñado que murmuraba para sí, garabateando pruebas de su propia vida en trozos de papel, cubriendo todas las superficies de un cuaderno tras otro, convencido siempre de su cordura.

Pero entonces, salí del metro en la parada de la calle Cuatro Oeste, y no me sorprendió ver apoyado en el quiosco leyendo una revista a Michael Ramsey. Llevaba un chaquetón oscuro, con el cuello levantado y una gorra de punto negra, lo que le daba el aspecto de un marinero danés. En cuanto me puse a su lado, Ramsey levantó la mirada, como si supiera por adelantado el momento exacto —hasta el milisegundo— de mi llegada, como si me estuviera rastreando con su teléfono, observando mis movimientos por la ciudad, como un punto azul que latía sobre el mapa. Sonrió y esa

sonrisa me desarmó. No había nada burlón ni amenazador en ella, nada ensayado, como en las sonrisas de Peter o, me vino entonces a la cabeza, Stephen Jahn. Por el contrario, lo que vi fue compasión y preocupación, pero también cierta desesperación por su parte para que yo entendiera lo que él intentaba hacer.

Reduje el paso al acercarme esperando que hablara.

—Tenemos que dejar de vernos de esta manera —dijo, se dio la vuelta y bajó al metro.

El martes tenía que dar clase. La mitad de mis alumnos ya estaban a punto de irse de vacaciones de Navidad, pero aun así intenté reunirlos, pese a las miradas en blanco y las expresiones de fatiga; en los casos en que se tomaron la molestia de dar alguna excusa más de la mitad de la clase adujo que no había podido ver *Manuscripts don't Burn* de Mohammad Rausolof. Una chica que daba sorbos a un refresco y comía una bolsa de chips me explicó que había estado enferma, demasiado para ver cualquier cosa que no fueran *realities* en la tele.

—¡Deja de tomar refrescos y patatas! —grité—. ¡Fruta y verdura! ¡Proteínas! Tienes el cuerpo enfermo porque no le metes más que basura. Si comes basura, te vuelves basura y hasta tu cabeza se convierte en basura. No es sorprendente que te sientas mal comiendo así. No quiero oír ni una excusa más. Para no hacer vuestros trabajos tenéis que estar, como mínimo, en vuestro lecho de muerte.

La clase entera se encogió crispada. Un chico del fondo del aula gimoteó. Nunca había dicho nada por el estilo a ningún grupo de alumnos en todos mis años de enseñanza. Por el contrario, siempre he intentado ser un profesor relajado y comprensivo al que aman los estudiantes. Sin embargo, ese día no podía encontrar a ese otro Jeremy amable. Se había retirado tras un telón previo, o tal vez por fin me había permitido cruzar esa frontera de mi mente, correr libre en el gran estado perforado que había estado invadiendo desde hacía mucho tiempo el enclave de mi yo racional. Pasé el resto de la hora como pude, enseñando solo a los estudiantes más brillantes del grupo, mostrando fragmentos de la película de cuando los escritores se enfrentan a sus torturadores, cuando uno de los escritores en concreto habla por el teléfono sin línea sabiendo que alguien está escuchando, que todo lo que dice y hace está siendo monitorizado.

Al salir del edificio no me sorprendió ver a Michael Ramsey al otro lado de la calle, pero al dirigirme hacia él, dobló la esquina y desapareció entre la multitud de estudiantes. ¿Era él? ¿Esperaba que lo siguiera? ¿Estaba insinuando que ahí, en el campus, encontraríamos un lugar para reunirnos que fuera lo bastante privado para hablar libremente?

Esa noche vino un coche a recogerme, con mis cuatro cajas, y me llevó a la parte alta de la ciudad, donde pasé varias horas en el apartamento de Meredith y Peter con un equipo de abogados, hombres y mujeres, entre los treinta y los cincuenta años,

blancos, negros y asiáticos, que me interrogaron y se llevaron los archivos para su examen forense. Se me dijo que esperara. Se pondrían en contacto conmigo a su debido tiempo. Por el momento, sugirieron que siguiera con mi vida como si no pasara nada, aunque sería sensato, me advirtieron, posponer cualquier viaje al extranjero. Las fronteras pueden ser espacios delicados. Salir podría no suponer ningún problema, pero llegar a otro país, o luego volver a casa, podría resultar más complicado.

Pasan los días, leo, enseño y espero. Bajo en ascensor al vestíbulo, hablo con Ernesto y los otros porteros, Rafa, Manu e Ignacio. Me acerco al colmado que hay al doblar la esquina, donde pago más de un dólar por una manzana orgánica, a veces voy en plena noche a comprar cereales o queso porque la novedad de una tienda que abre de verdad las veinticuatro horas es todavía reciente, y recorriendo esos pasillos a las dos de la madrugada, hablando con dependientes que preferirían estar en cualquier otra parte, me fijo en la zona reservada de asientos donde la gente puede consumir una comida rápida, un conjunto de sillas de plástico y mesas de fibra de vidrio que se cierra por la noche para que los sin techo o los indigentes no busquen cobijo.

Asisto a una conferencia impartida por un especialista invitado en el Departamento de Inglés, un joven profesor paquistaní-americano de Princeton que habla sobre las películas de Jafar Panahi *Pardé* y *Esto no es una película*, dos obras que yo reviso en mi curso de Cine de la Vigilancia. Solo hay diez personas en la sala, tantas como puedes encontrar en un seminario de investigación en Oxford, pero no lo que yo habría esperado en una ciudad como esta. Después voy a cenar con el anfitrión del Departamento de Inglés —un inglés de aproximadamente mi edad que vive justo debajo de mí en las Silver Towers— y el joven profesor de Princeton. Cenamos en un restaurante malasio y al día siguiente acabo con una intoxicación alimentaria que me hace dar vueltas por el apartamento, orbitando entre la cama, el retrete y el fregadero de la cocina, y mientras recorro de ese modo mi pequeño alojamiento, pienso en lo deprisa que me acostumbraría al confinamiento.

Cada día, ya sea por la mañana o por la noche, a veces a la hora de la comida, me encuentro con Michael Ramsey. Esporádicamente, nos saludamos, pero a menudo él finge que no me ve y se limita a alejarse en cuanto empiezo a acercarme a él, y entonces me pregunto si es en realidad Michael la persona que veo, o si mi cerebro me está engañando. A veces lo llamo, gritando su nombre, pero él nunca se da la vuelta.

Los abogados a los que contrató Peter en mi nombre no me han devuelto los archivos así que permanezco en un estado de incertidumbre. ¿Hasta qué punto un grupo de abogados de Nueva York podría determinar cuáles eran las asociaciones de Saif? Esas cuestiones parecerían estar fuera del alcance de su capacidad de investigación, pero tal vez sea un ingenuo acerca de lo que es posible hoy en día. Lo único que puedo esperar es que la cuenta de Fadia, la cuenta en la que mi dinero se derrama el primero de cada mes, resulte estar solo a su nombre, y que el único problema serio sea el de las relaciones: la de Fadia con Saif, y la mía con Fadia.

Aunque el periodo de exámenes acabó el 19 de diciembre, he decidido quedarme en la ciudad durante las fiestas, acurrucado en mi cálido apartamento mientras el vórtice polar adquiere toda su fuerza. Una mañana, pocos días antes de Navidad, tras pasar una noche sobrio en casa viendo películas y cenando comida para llevar vietnamita, Ernesto llama desde abajo y me dice que alguien ha dejado un paquete para mí, y así, aquel día tan gélido, abro otra caja más y dentro encuentro un pequeño bloque negro de plástico, del tamaño de una edición de tapa dura de *Guerra y paz* o de *The Collected Earlier Poems* de William Carlos Williams o *Crimen y castigo*, aunque de hecho lo que me recuerda, más que a cualquier libro, es al monolito zumbante de *2001* de Kubrick. Me fijo en los cables y comprendo que se trata de algún tipo de dispositivo externo y aunque temo que, si lo conecto a mi ordenador, pueda introducir un virus o algún nivel de vigilancia desconocido hasta el momento, concluyo que nada puede ser peor que lo que ya estoy viviendo.

Cuando conecto el dispositivo y abro el icono en el escritorio, en un primer momento me produce confusión. Debe de haber algún problema técnico, porque la ventana que se abre presenta una copia exacta de los archivos y carpetas del escritorio de mi propio ordenador. Solo unos clics más tarde comprendo que el dispositivo contiene no solo una copia completa del contenido de mi ordenador, sino que está actualizada hasta el día de hoy, y los últimos cambios registrados son de las 7.52 de esta mañana.

Dando por sentado que se trata todavía del trabajo de Michael Ramsey, para mí está claro que solo puede tener un sentido: una advertencia de que todo lo que hago, escribo, leo y veo *online*, e incluso lo que hago *offline* cuando no estoy conectado, es accesible. Cuando estoy conectado a internet, quienesquiera que sean pueden leer cuanto he escrito, incluso los documentos que considero verdaderamente privados: el diario que guardo en un documento de texto, los esbozos esporádicos de poemas, fragmentos de correspondencia que, a mi modo anticuado, a veces imprimo, firmo y envío en sobres a sus destinatarios. Ya no existe la privacidad, a no ser que uno escriba cartas, diarios y poemas a mano, como estoy escribiendo este documento; y aun así la privacidad es dudosa dado que nuestro gobierno hace mucho que tiene la costumbre de escanear el exterior de todo nuestro correo. Sería fácil para mis observadores saber a quién escribo y de quién recibo correo aunque no les sea necesario distinguir siquiera el contenido de las cartas. El teléfono que me regaló

Meredith también me ha convertido en un sujeto rastreable, alguien cuya localización puede señalarse con tal precisión que ahora Michael Ramsey podría encontrarme a cualquier hora, cualquiera día, allá donde vaya. El teléfono, creo, es la razón por la que ha empezado a aparecer por toda la ciudad, no con malas intenciones sino como señal de alarma, una bandera móvil y ondulante, intentando captar mi atención. Y entonces recuerdo el mensaje que dejó en mi móvil viejo, escondido en la nevera, aquella extraña noche de hace unas semanas, un mensaje que también era un aviso: «Los teléfonos escuchan».

¿Incluso cuando están apagados? ¿Los teléfonos escuchan hasta cuando parecen impotentes?

Me doy cuenta de que, al escribir esto, al nombrar al señor Ramsey, puedo hacerle correr algún tipo de peligro de represalias por parte de quienquiera que sea el que lo emplea. Aunque no pensaba en las implicaciones de revelar su identidad al principio de este testimonio cuando empecé a escribirlo hace ya días o semanas, esa no era mi intención. No le deseo ningún mal. No debería sufrir ningún perjuicio.

Tras la llegada de la caja esta mañana, llamé a la doctora Sebastian y le pregunté si todavía tenía un rato para verme antes de las fiestas.

—Venga ahora, si puede —dijo ella—. Mañana me voy.

Mientras caminaba desde la estación de Broadway a su despacho en la West End Avenue, me paré a comprar un detalle de temporada, un cesto de peras y nueces, casi como si fuera un pretendiente.

—Mis pacientes no suelen traer regalos —me dijo mientras me conducía a la consulta, que recordaba más austera de lo que es.

Las paredes blancas que había almacenado en mi memoria son en realidad de un gris perla, los suelos de madera están cubiertos con alfombras Chobi; el mobiliario es una combinación de antigüedades del siglo XIX y sillas danesas de mediados del XX. Máscaras africanas decoran una de las paredes, no recordaba nada de eso de mi primera visita.

—Quería compensarla por la rapidez con la que me ha recibido, y de paso tener un detalle por las fechas.

—Soy laica, Jeremy, pero gracias de todos modos. —Dejó la cesta a un lado y, en lugar de tomar asiento detrás de su mesa, como había hecho en nuestra primera cita, se sentó a mi lado en una de las dos sillas destinadas a los pacientes—. Así que los escáneres tienen buen aspecto. No hay anomalías. Pero tal vez, si todavía hay dudas, tendría que ver a alguien más. Con gusto le puedo recomendar a otro especialista.

—¿A un psiquiatra?

—O a un psicoterapeuta. O a ambos.

Mis amigos me recomendaron que fuera a terapia cuando se rompió mi matrimonio con Susan, pero llegué a la conclusión de que para combatir la depresión me iba mejor correr y leer. Dejé de correr en algún momento después de decidir que me iría de Oxford y me reinstalaría en Nueva York, y leer por sí solo ya no me basta para aliviar la ansiedad. A decir verdad, leer me genera su propia forma de ansiedad. Los desvelos y preocupaciones que me cuenta la prosa de alguna otra persona empiezan a soplar como una ventisca en mi cerebro, impidiéndome dormir por la noche. Me di cuenta de que llevaba semanas padeciendo un insomnio intermitente, automedicándome con escocés, Miles Davis y pases a medianoche de viejas películas de mi infancia de Coppola, Alan J. Pakula y Sydney Pollack, engañándome a mí mismo con el cuento de que *La conversación*, *Klute* o *Los tres días del Cóndor* eran



en realidad trabajo de investigación, una preparación para el curso que impartía sobre Cine de la Vigilancia, e intentando convencerme de que nadie había estudiado adecuadamente las técnicas formales utilizadas en esas películas, técnicas que podrían considerarse fruto del paisaje cultural en transformación de la década de 1970, en la que el cine, el vídeo y la vigilancia con micrófonos se estaban generalizando, forma y contenido unidos, una consecuencia de fuerzas históricas, tanto de los avances tecnológicos como de la consolidación y expansión del complejo militar industrial y su imbricación con la comunidad de inteligencia. Eso era lo que hacía para ayudarme a dormir. Pero así, empiezo a pensar, lo que conseguía era no poder conciliar el sueño. No paraba de darle vueltas a la cabeza.

—No me interesa la psicoterapia. No creo que haya traumas que expliquen lo que ha estado pasando. Estoy bastante seguro de que no deliro ni sufro lagunas mentales. Me siento ansioso y un poco deprimido, pero probablemente no mucho más que la mayoría de la gente que se ve un tanto traumatizada por no acabar de ubicarse culturalmente. De hecho, no creo estar peor que la mayoría de neoyorquinos.

—Siempre podemos recurrir a un antidepresivo o incluso a un fármaco poco potente contra la ansiedad. Alguna gente lo necesita, otra, no. Las personas muy inteligentes como usted, Jeremy...

—Solo como hipótesis —la interrumpí—, si el problema estuviera en mi cerebro, ¿cuál sería?

La doctora Sebastian levantó la barbilla, no dejó de mirarme mientras movía la cabeza y al mismo tiempo tendió las manos sobre la mesa hacía el cuaderno en el que había tomado notas durante nuestra reunión previa. Bajó los ojos, abrió la página que buscaba y volvió a mirarme.

—Se trató tan solo de un aparente lapso en la memoria, ¿no es así?

—Ese fue el primer problema. Desde entonces he estado recibiendo cajas de archivos muy privados. Algunos miembros de mi familia me han dejado caer que podría haber sido yo el que me he enviado esos archivos para justificar mi convencimiento en lo que ellos toman por un delirio paranoico.

—¿Y no recuerda habérselos enviado?

—En absoluto. Ni siquiera el más tenue destello de un recuerdo. Cada caja que llega supone una sorpresa, y un horror.

—De manera que lo que quiere es saber si podría estar haciéndolo, si está enviándose esos archivos sin tener el menor recuerdo de haberse mandado nada.

—En esencia, sí. No estamos hablando de un suceso único, sino de una serie, una sucesión de acciones si lo prefiere, de la que no conservo ningún recuerdo.

—Si ese fuera el caso, y quiero que quede claro mi escepticismo, entonces podríamos encarar alguna clase de trastorno disociativo, aunque de ser así sin duda le recomendaría que viera también a un psiquiatra. ¿Seguro que no hay traumas infantiles? ¿Del servicio militar?

—Nada que yo llamaría traumático. Una infancia apacible, aburrida, completamente anodina en un barrio residencial. Ni un hueso roto, dos padres cariñosos que estuvieron casados hasta la muerte de mi padre y no pasaron de darme unos azotes. Una vida adulta pasada en bibliotecas, aulas y despachos académicos. Aunque supongo que eso podría ser traumático a su manera.

La doctora Sebastián bajó la mirada al cuaderno, como si este contuviera alguna respuesta.

—Déjeme hacerle unas preguntas.

—Dispare.

—¿Qué dispare?

—Pregunte.

—Bien. ¿Se encuentra a veces conduciendo su coche o subido en el metro y de repente se da cuenta de que no recuerda el principio del viaje?

—No, nada por el estilo.

—Cuando está hablando con alguien, ¿tiene alguna vez la sensación, repentina, de que no ha oído lo que la otra persona está diciendo?

—Supongo que sí, alguna vez. No muy a menudo. Procuro escuchar con atención. Susan, mi exmujer, solía quejarse de que mi mente divagaba cada vez que ella empezaba a hablar, que yo me limitaba a gruñir mi aprobación sin atender de verdad, pero, en general casi siempre estoy atento cuando alguien me habla.

—¿Alguna vez ha alzado la mirada y se ha preguntado por qué está donde está?

—¿En un sentido existencial o físico?

La doctora Sebastian sonrió.

—Físico.

—No, nunca.

Me preguntó si alguna vez me había encontrado vestido con ropa sin recordar habérmela puesto. No, nunca. ¿Había descubierto objetos entre mis cosas que no reconocía como propios? No, no que pudiera recordar. Sé qué contiene mi vida, conozco mis pertenencias y mis pérdidas.

—¿Alguna vez le ha abordado alguien, insistiendo en que se conocían de antes, o que le conocía bien, pero usted no recordaba a esa persona?

Un dolor agudo y gélido latió en mi pecho.

—Sí, eso me pasó recientemente. El fin de semana de Acción de Gracias. Me encontré con un joven, y desde entonces me he estado topando con él regularmente por toda la ciudad, e incluso fuera, e insiste en que fue mi alumno, pero no tengo ningún recuerdo de haberle dado clase, ni de haberlo visto, y aun así parecía que nos conocimos, según él, durante bastante tiempo, al menos dos años, de eso hará más de una década.

La doctora Sebastian garabateó en su cuaderno.

—¿Es ese joven la única persona con la que le ha pasado?

—Hasta donde puedo recordar, sí.

Las preguntas se sucedieron, y en la mayoría de los casos la situación que describía no encajaba en mis experiencias, o en mi percepción de las mismas, pero bastantes de las preguntas sí se ajustaban a mi estado y empecé a sentir una creciente angustia que se manifestó en una respiración entrecortada. Le conté exactamente lo que había pasado con las cajas, que su contenido parecía incluir material que yo no podía crear objetivamente, y que los documentos se encontraban ahora en manos de abogados e investigadores privados que estaban realizando un examen forense.

—Permítame que le pregunte —dije cuando acabó—: si las autoridades vinieran a preguntar que ha deducido de esta única conversación, ¿qué les diría?

—Se me pediría que hiciera público lo que sé o a qué conclusiones he llegado sobre usted a partir de nuestra consulta, en especial si creo que usted podría ser un peligro para otros.

—En otras palabras, podría decirles a las autoridades que estaba loco.

La doctora Sebastian esbozó una mueca.

—Si esa fuera mi conclusión, y si un tribunal me pidiera que aportara pruebas, entonces sí. Y si fuera un caso federal, debe saber que no se aplica la confidencialidad médico-paciente. —Hizo una pausa, entrecerró los ojos y ladeó la cabeza—. ¿Ha cometido algún delito, Jeremy?

—Esa es la cuestión. Si he cometido un delito o si estoy loco, o las dos cosas, supongo. Cada mañana me levanto de la cama e intento hacer mi vida normal, pero no puedo quitarme de encima la sensación de que podría estar loco. ¿Estoy loco?

—No utilicemos esa palabra. Lo que puedo decir es esto: su escáner cerebral es normal, aunque eso no tiene por qué ofrecernos una imagen completa. En ciertos aspectos, la tecnología todavía es rudimentaria, y que el cerebro parezca normal no implica que no intervengan otros factores psicológicos. Partiendo de las preguntas que le he hecho y las respuestas que ha dado, es posible que padezca algún tipo de Trastorno Disociativo Indeterminado. Pero, y esa es una reserva muy importante, el hecho de la existencia de las cajas y la forma en que sigue encontrándose con ese joven, las coincidencias que no parecen en absoluto una coincidencia, así como su actitud, la forma en que observo que se comporta, su aspecto general, todo me lleva a creer que es muy inteligente y también que está muy cuerdo, tanto como cualquier persona inteligente puede permanecer cuerda en un mundo gobernado y regido por mentes mucho menos inteligentes.

—¿Y eso qué significa?

—Significa, creo, que debería fiarse de lo que cree que está pasando a su alrededor.

—Pero ¿y si no sé qué está pasando?

—Entonces tiene que buscar una respuesta.

Al revisar estas páginas, busco una sucesión de claves que podrían llevar a algún punto de certidumbre, en lugar de a más ramificaciones. Todavía no me han devuelto los archivos y fotografías que entregué a los abogados. Supongo que las investigaciones no han acabado, pero sin esos registros no puedo evitar cuestionarme si todo lo que pienso ha ocurrido en realidad. Solo permanece el monolítico disco duro, guardado bajo llave en el cajón de mi escritorio, y ¿quién sabe si no lo habré comprado yo mismo y realizado un *backup* a mi ordenador para crear un archivo perfecto? ¿Quién puede asegurar que no me lo envié yo mismo por mensajero y organicé su recuperación inmediata precisamente para respaldar un delirio? ¿Puede la mente consciente realizar una partición de lo que sabe, mantener una parte en la oscuridad mientras otra trabaja frenéticamente detrás de la cortina, moviendo engranajes y manijas, pulsando botones, amplificando y distorsionando la voz para engañar tanto a su otro yo como a aquellos que encuentra la persona física? Fuegos artificiales y máquinas de humo para distraer a los aterrados, entre los que podría incluirse el verdadero yo de uno mismo. A partir de las preguntas de la doctora Sebastian, sigo considerándolo una posibilidad.

Cada día veo a Michael Ramsey en algún lugar de la ciudad. Lo sigo y, al momento, cuando estoy a punto de alcanzarle, desaparece. Me pongo junto a la ventana de mi dormitorio y me asomo a Houston Street, esperando que aparezca. Un anuncio pintado en un edificio, con imágenes de palmeras y playas blancas, me dice: «Encuentre su playa». Tal vez necesite unas vacaciones.

Hay una noticia sobre terroristas en Siria que informa de una chica crucificada tras ser víctima de una violación. Hay más noticias de terroristas en Irak lanzando a media docena de homosexuales desde las alturas de un edificio. Sé que no es la primera vez que pasan cosas así, y no dejo de preguntarme si Saif se cuenta entre quienes han llegado a la conclusión de que tienen derecho a determinar cuál debe ser el destino de desconocidos. En última instancia, ¿son esos actos tan distintos de la ejecución de presos en las prisiones americanas, o de la violación y asesinato de una adolescente en Irak por un soldado americano? Sin duda, eso es una parte de lo que esos terroristas, en su perversión, quieren afirmar.

Unos días después, *The Journal of Modern History* me pide una reseña de un nuevo estudio sobre un grupo de destacados historiadores británicos que fueron sometidos a vigilancia por el MI5 en las décadas posteriores a la Segunda Guerra

Mundial, una decisión que se tomó en buena medida porque aquellos hombres eran comunistas, o se creía que lo eran o simplemente habían viajado a Rusia en algún momento de sus vidas. Cuánto me parezco a aquellos hombres, aunque no soy un terrorista ni nunca he estado en Oriente Medio, nunca he viajado a Egipto, ni siquiera he pasado en tránsito por el aeropuerto de Dubái de camino de ida y vuelta a cualquier destino ordinario. Pero tal vez no sea la lógica lo que rija el juicio de hombres en salas ocultas o en azoteas de edificios, dispuestos a detener a un hombre o a empujar a otro hacia su muerte.

Llega una nueva caja, esta, idéntica a las tres primeras, contiene todos mis extractos bancarios y declaraciones de la renta, desde el año en que conocí a Fadia. No son imaginaciones mías, está claro, pero aun así qué fácil me resultaría solicitar un historial de esos documentos, sacar copias de mis declaraciones, hacer que el cine de mi mente suspendiera su incredulidad en la película proyectada en su pantalla interna, en la ficción —¿es ficción?— que el proyccionista ha elegido entre las bobinas de película a su disposición. ¿Ficción o documental? ¿Melodrama de campus o *thriller* de espionaje? ¿En qué género estoy atrapado?

Parece que por ahora sigo libre, por imperfectamente que sea, y doy gracias por eso al menos, aunque a veces me despierto gritando en plena noche, pidiendo que me dejen en libertad. Tal vez lo único que necesite sea ver un poco de campo y un buen pedazo de cielo. No he vuelto a Rhinebeck desde el fin de semana de Acción de Gracias y no recuerdo la última vez que hablé con mi madre. De estos dos últimos días tengo docenas de llamadas perdidas de Meredith en mi móvil. Entro en mi ordenador, leo los *emails* quejumbrosos de mi hija, pero carezco de fuerzas para contestar. Miro en mis correos enviados y descubro mensajes que parecen escritos por mí —semejantes a los que supuestamente escribí a mi alumna Rachel—, pero en más de una ocasión no recuerdo haberlos escrito. Recibo una invitación de Meredith para la fiesta de Nochebuena, con ella y Peter, en su apartamento. Estará mi madre, que se quedará varios días, y también asistirán los padres de Peter. Si me apetece, puedo ir más temprano. Pero estoy pensando en ir al norte del estado, aunque la desesperación en el tono de Meredith me dice que simplemente debo aceptar, y lo hago. Me responde en segundos, ofreciéndose a mandar un coche que me recoja. No, en Nochebuena es más conveniente coger el metro, el tráfico estará imposible. Me contesta de nuevo ofreciéndome que vaya antes y luego me quede, pero no, se lo agradezco, prefiero dormir en mi propia cama.

La noche antes de Nochebuena, ceno comida vietnamita para llevar y veo *Blade Runner*, el montaje definitivo del director, que parece pintar a un Deckard más inequívocamente androide que las otras versiones que he visto a lo largo de los años. Una vez, hace casi veinticinco años, cuando era todavía estudiante de posgrado, cogí un vuelo una noche para asistir a una conferencia. Mientras nos metíamos entre las

nubes, se hizo visible un paisaje de luces anaranjadas, que resplandecían a través de la oscuridad y la polución, y se parecía tanto al que Ridley Scott había plasmado que imaginé durante un instante que habíamos volado hacia el futuro. ¿Puedo ver el lugar que ocupo en el sistema? ¿Puedo, a diferencia de Deckard, saber qué soy bajo la ficción consciente que presento a los demás y también a mí mismo? ¿Se manifestará mi verdadero instinto si se ve sometido a una amenaza? ¿Qué es lo que creo que soy? Desde luego, no un androide, pero ¿qué es Deckard más que (o no solo) un androide? Un revolucionario, un insurgente, un agente infiltrado. Tal vez, al pasear a ciegas por el país de mi nacimiento, esta patria que amo, el hogar que deseo como ningún otro que me resulte más propio, *heimlich*, la zona de mi mayor familiaridad, empiece con el tiempo a ver con otros ojos.

Los graznidos de los cuervos en el aire húmedo del invierno era Inglaterra para mí, y ese canto entre ramas desnudas por encima de un césped que permanece verde bajo las esporádicas heladas, con el musgo creciendo encima de cualquier cosa inmóvil, siempre me ha hecho sentir vacío, dejándome como una cáscara de melancolía. En Oxford evitaba salir después de que oscureciera. Me asustaban las calles húmedas bañadas en la iluminación anaranjada y grasienta de las farolas y la imprevisibilidad de los ingleses, los estallidos de violencia que parecían carecer de toda motivación. Un colega contó que, por llevar esmoquin, le atacaron una noche después de una cena en la *High Table* del Lincoln College, y le dieron una paliza en Ship Street, en el centro de la ciudad, a la vista de los que pasaban, que alentaban a los agresores, que no tenían el menor interés por su dinero o pertenencias. Se trataba de clases sociales. Ese es un país que necesita una revolución, o tal vez la necesiten todos los países ahora, abandonando todos los viejos y anquilosados sistemas que utilizamos para destruirnos a nosotros y a nuestro mundo. Reducirlo todo a cenizas, salvando solo el arte y los archivos, las bibliotecas, el conocimiento de nuestro pasado, para luego construir algo mejor.

Durante un instante, me permito relajarme ante el incesante balido de las bocinas de taxis. Exhalo. Siento la calidez y la sequedad de las sábanas cuando me despierto el día de Nochebuena. Acaricio paredes que nunca han estado húmedas.

Después de tanto tiempo sin ninguna noticia, abro mi correo y veo un nombre que hace que me dé un vuelco el corazón. Cliqueo, contengo la respiración y escaneo la pantalla antes de volver al principio y leer una vez más, despacio:

Estimado Jeremy:

Perdóname por ponerme en contacto contigo de este modo y, por favor, acepta mis disculpas por no contestarte antes. Leí los *emails* y mensajes cuando los enviaste, pero, en tu ausencia, al principio no sabía qué decir, y todavía no sé muy bien qué pensar sobre lo que ha pasado entre nosotros, o en lo que me hiciste, porque sí, ahora lo veo de ese modo: que tú me lo hiciste. Aunque fui parte voluntaria, el equilibrio de poder, creo, implica que el consentimiento no pudo darse libremente, no del todo, no sé si me entiendes.

Estoy avanzando mucho con mi tesis. Mis padres están bien, y mi padre habla de volver a El Cairo, si puede llegar a un acuerdo con quienes ahora ocupan el poder.

Te escribo porque creo que deberías ver a tu hijo, que ya dice unas palabras, y seguro que pronto empezará a hacer preguntas sobre su padre. Sea el año que viene o al siguiente, ese día llegará, y cuando pregunte no quiero decirle que he perdido el contacto contigo. Si fuéramos a Nueva York, ¿nos verías? ¿Es posible que, quizá, pudiéramos alojarnos contigo? (La

mayoría de las cuentas de mi padre siguen congeladas, y el dinero que me das, y que te agradezco, no llegaría para ese tipo de viaje).

Quiero dejar claro que no tengo en mente la reanudación de algún tipo de relación entre tú y yo, o al menos solo en la medida en que *estamos* emparentados, como padres de Selim, pero no quiero interferir en que mantengas una relación con tu hijo. Me parecería injusto para los dos —sobre todo para él— si lo impidiera.

Por favor, dime qué te parece y cómo se haría. Me gustaría ir a Nueva York para Año Nuevo, si no es demasiado inoportuno. Tenemos, en principio, otros asuntos de los que hablar, que sería mejor tratarlos en persona, cosas que tienen que ver con el largo plazo, y con cómo veo la necesidad de protección de Selim y sus múltiples nacionalidades. Espero que sea algo que podamos resolver en Estados Unidos. ¿Entiendes lo que quiero decir? Espero que sí.

Atentamente,

Fadia

Contesté inmediatamente, sabiendo como sé que el mensaje de Fadia ha sido leído y que cualquier cosa que escriba yo en el teclado, tal vez incluso en el momento en que lo hago, será recopilada, revisada y juzgada.

Querida Fadia:

Por favor, ven, en cuanto puedas. He transferido cantidades adicionales a tu cuenta para pagar los vuelos y lo que puedas necesitar. Dime si necesitas más. Quédate el tiempo que desees. Puedes alojarte aquí, en las condiciones que te parezcan. Hay dos habitaciones sin usar, un cuarto de baño para invitados, y podrás ir y venir a tu aire. Entiendo todo lo que me dices, al menos eso creo, y solo puedo decir, por ahora, que lamento lo que hice y aun así, si existe la esperanza de que pueda conocer a mi hijo, no puedo lamentar lo sucedido, salvo en cuanto te ha afectado a ti. Albergo la esperanza de que mi hija quiera conoceros a Selim y a ti, y también mi madre. Si me das tu número te llamaré.

Con mis mejores deseos y toda mi honestidad,  
Jeremy

Mientras pulso ENVIAR se me ocurre que, al invitar a Fadia y a Selim a venir, podría estar sin quererlo poniéndolos en tanto peligro como en el que creo estar yo mismo, que los tres podríamos desaparecer si de repente nos reuníamos en un lugar, en suelo americano. ¿Quién sabe siquiera si les permitirán la entrada? Sin embargo, con un egoísmo que reconozco como habitual, me siento desbordado de alegría. Todo el trayecto hasta Columbus Circle mi corazón no para de canturrear de puro contento, tengo una canción en mi boca mientras recorro Broadway bajo el crepúsculo invernal y luego me detengo, como hice la mañana de Acción de Gracias, para ver qué películas hay en los Lincoln Plaza Cinemas. Ahí está la cara de aquel funcionario que denunció los trapos sucios del gobierno, con la mirada baja, anunciando un documental sobre sus revelaciones, y mientras contemplo el cartel de matices verdes oigo una voz a mis espaldas.

—Disculpe, ¿me puede dejar su teléfono? —dice un hombre, y antes de darme la vuelta, sé que será Michael Ramsey.

Me palpo los bolsillos y me doy cuenta de que me he dejado el móvil nuevo en casa.



—No va a tener suerte.

—Hombre listo —dice y hace un gesto hacia el cartel de la película—. Podríamos verla juntos, evádase de la celebración.

—¿Una ocasión para hablar?

—Algo así.

—¿Va a explicarme qué está pasando?

Arquea las cejas, pero no dice nada, y entonces, cuando entramos en el Century Building, se me acerca más.

—En este mundo hay gente que se limita a recolectar información. No se meten en las consecuencias. Pero imaginemos que uno de los recolectores de información, llamémosle el archivista, se fijó, en el curso de su trabajo, en un nombre que reconoció, pongamos que es el nombre de uno de los antiguos profesores del archivista, tal vez alguien que le dio clases en el instituto o la universidad, y al ver el nombre del profesor los recuerdos empiezan a despertarse y el archivista se interesa, quiere saber por qué el nombre de su antiguo profesor está marcado, así que empieza a fijarse con atención en la actividad que puede ver.

Llegamos a la puerta lateral del edificio, nos anunciamos, entramos en el ascensor y subimos solos.

—Cuanto más descubre el archivista sobre lo que ha estado haciendo su profesor, la forma en que ha estado viviendo, y recuerde que él puede verlo prácticamente todo, desde patrones de gasto, viajes, el tipo de cosas que su profesor ha estado comprando con una tarjeta de débito o de crédito, más se convence el archivista de que no hay ninguna razón para vigilar al profesor, pero sabe, porque lo ve, que otra gente discreparía y tal vez incluso sabe, el archivista, que otra gente, la que maneja y pulsa los botones para que el archivista haga lo que hace cada día, está en el proceso de expresar esa discrepancia, de forma muy activa, que esa gente que le rodea y está por encima de él se está preparando para actuar, montar un caso, llegar a conclusiones a partir de asociaciones y poco más. ¿Entiende lo que estoy diciendo?

—¿Y si el profesor se entera de lo que podría estar sucediendo y, pongamos, consultara a abogados, y los abogados parecieran llegar a la conclusión de que no había gran necesidad de preocuparse?

—Tal vez el profesor tenga los abogados equivocados —dice mirando hacia delante, a las puertas del ascensor, sin mover apenas la boca.

—¿Y qué debería hacer el profesor en tal situación?

—Pongamos, solo como hipótesis... —Pulsa el botón para la planta superior del edificio—... que el profesor tiene relación familiar con una de las figuras más poderosas de los medios de comunicación del país. Tal vez sea pariente por matrimonio, un cuñado o un yerno. Y podría convencerse a ese pariente para que publique una noticia, para que saque al profesor en portada, exponiendo todos sus defectos a la vista de todo el mundo, presentando todas las pruebas que podrían estar en su posesión para que el público las lea detenidamente. Cuando el público vea a

este profesor, lo que verá será un espejo de sus propias vidas. El profesor es un hombre común y corriente. Claro, es posible que haya vivido fuera del país durante un tiempo, y eso le hace formar parte de una minoría, pero, por lo demás, es un americano completamente normal cuya vida ha dejado de ser privada.

—Parece demasiado sencillo.

Llegamos a la planta de arriba, las puertas se abren y nos quedamos un momento asomados al pasillo vacío antes de que Michael pulse el botón que nos llevará a la planta de Meredith y Peter.

—Lo sencillo es elegante. Lo sencillo es eficaz. Para hacerlo como es debido, entiéndame, el profesor tendría que permitir que desconocidos lean absolutamente *todo* lo que pudiera haberse revelado, sin importar lo vergonzoso que sea, y aún más: cedería cada documento que posea, todos sus papeles, archivos, notas, publicaciones, cuanto ha escrito en su vida, cada fotografía. Sabe que no ha hecho nada ilegal y destruir su propia privacidad es un modo de demostrárselo a las autoridades, pero también de explicar algo al país entero.

—Eso podría volverle imposible la vida al profesor. Podrían pedirle que dimitiera de su cargo.

—Tiene familiares acaudalados. El dinero no es motivo de preocupación. Cuidarán de él, pase lo que pase. ¿Cuánta gente se encuentra en una situación así? ¿Cuántos americanos pueden arriesgarse a sacrificar sus carreras y su privacidad para explicar algo que personas como el archivista creen que debe explicarse, pero están demasiado asustadas, o en situación demasiado precaria, para arriesgarse? El archivista no es más que un cabo suelto dentro del sistema. Para alguien como él es peligroso contar a la gente lo que está pasando. Sería fácil llamarlo traidor y desechar cualquier afirmación que haga.

—Y luego mandarlo a prisión.

—Justamente. U obligarlo a exiliarse. Pero si un hombre como el *profesor* da un paso adelante, todo empieza a parecer mucho más personal, más absurdo, pero también más aterrador. La gente podría identificarse, y al dar ese paso, el profesor también se estaría protegiendo a sí mismo.

—¿Y si el profesor no pudiera reunir el valor para hacerlo?

—La alternativa es un país que no se parece nada al país en que nos imaginamos que vivimos. Un país sin privacidad es un país sin libertad. El archivista no quiere vivir en ese país. Y si el profesor no lo hace público se convierte en alguien prescindible. Fácil de desacreditar, fácil de hacerlo desaparecer.

—No le harían eso a ciudadanos americanos.

—No sea ingenuo.

El ascensor se abre y nos damos la vuelta, caminando juntos por el pasillo hasta la puerta de mi hija. Meredith aparece antes de que nos dé tiempo a llamar, sonriente en el umbral.

Todo lo que hago es predecible. No puedo ir a ningún sitio ni hacer nada sin que me sigan, o, peor aún, se me adelanten.

Mi madre ya ha llegado y antes de que pueda decir nada más al señor Ramsey, me lleva a un aparte.

—A los amigos de Meredith solo les interesan los demás amigos de Meredith. Nunca me preguntan nada de mí. Es imposible mantener una mínima conversación con ellos. Solo quieren hablar de negocios y a mí todo eso me parece vacío e *insignificante*. Nadie habla de arte, de música ni de libros, a ninguno de ellos le interesa nada a menos que pueda comprarlo y quedarse mirando cómo aumenta de valor y luego venderlo otra vez. A veces me pregunto cómo has podido dejar que Meredith se case con un grupo de gente así.

—Se casó con Peter, no con la gente que le rodea.

—Viene a ser lo mismo, ¿es que no lo ves? Es lo mismo, Jeremy.

—¿Has recibido más llamadas?

—Me llaman todos los días. Docenas de veces. Por más que esté apuntada en el Registro para no recibir llamadas siguen llamando sin parar. El otro día llamó una mujer diciendo que era de una empresa de informática y que tenía un problema con mi seguridad y, si no le daba acceso a mi escritorio, por no sé qué control remoto, corría el riesgo de que me *hackearan*, y le dije que no hago nada por teléfono, y ella me contestó que bueno, en ese caso me preparara para que me *hackearan*. ¡Me puso de los nervios!

—No tienes que creer a nadie que te llame. Pero acuérdate de que tuviste una llamada el fin de semana de Acción de Gracias de alguien que me calumniaba.

—Oh... *ese*. Sí. Sigue llamando. No ha dejado de hacerlo. Siempre dice lo mismo, más o menos, pero creo que está pirado. ¿Es algún estudiante al que suspendiste?

—¿Estás segura de que siempre es el mismo?

—Oh, sí. Acento raro, ni británico ni americano, y sé que es él en cuanto llama porque se oye un clic y hay un retraso antes de que empiece a hablar. Le digo que deje de llamar, pero él no para y eso que le repito que Jeremy no tiene nada que ver con lo que dice que es, y que si tienes un hijo con una egipcia es asunto tuyo.

—Así que Meredith te lo ha contado.

—Claro que me lo ha contado. ¿Por qué no me dijiste la verdad cuando te pregunté?

—Por vergüenza, supongo.

—Menuda tontería. ¿Veré alguna vez a la criatura? Me dolería no conocerlo.

—Pronto. Su madre y él están planeando un viaje a Nueva York.

Los ojos de mi madre se enrojecen.

—No sabes lo que me alegro —susurra.

- No puedo prometer nada.
- ¿Qué significa eso?
- No puedo prometer que ella esté dispuesta a conoceros.
- No es ella quién decide. Yo quiero ver a mi nieto.

El resto de la velada se desarrolla de una manera tan predecible que no merece la pena reseñar ninguna diferencia con respecto a la reunión de Acción de Gracias, aunque reconozco que, tomadas en su conjunto, las dos celebraciones marcan un punto de partida de mi antigua vida, o vidas, si los años en Oxford pueden contarse como una vida por sí mismos. Ahora mi vida parece encontrarse en una nueva fase, una que continúa evolucionando de modo impredecible.

Mientras leo el ejemplar más reciente de la revista de Peter, me veo saliendo del armario de mi privacidad ante la nación, incluso ante el mundo entero, despertándome una mañana y topándome con mi cara en la portada. Mi madre, mi exmujer, mi hija, mi yerno, los padres de mi yerno forman grupos entre ellos, conversando. ¿Cómo se verán afectados? ¿Nuestras vidas se volverán imposibles?

De vez en cuando, Meredith desaparece para comprobar cómo van las cosas en la cocina y al momento vuelve al salón tan llamativamente tranquila que me pregunto cómo Susan y yo pudimos atribuirnos la responsabilidad de que sea la persona en que se ha convertido. Su seguridad en sí misma es una cualidad que ha encontrado por sí sola; nosotros nunca fuimos modelo de nada semejante. ¿Cómo, ante tal exhibición de calma, podía presentar lo que Ramsey había esbozado? Al descubrirme a mí mismo, al hacer públicos todos los detalles de la última década o puede que más de mi vida (y no puedo estar seguro de que Ramsey no tenga todavía más secretos que revelar), también estaría desvelando aspectos de las vidas de mi familia, amigos y colegas, y aquellos que potencialmente más sufrirían de esa revelación son Meredith, mi madre y, por supuesto, Fadia y Selim. ¿Merece la pena la pérdida no solo de mi propia privacidad (por ilusoria que sea), sino también la de mi familia, simplemente para mostrar al mundo lo generalizado y pernicioso de las medidas que está tomando nuestro gobierno, o, siendo más egoísta, debería proteger mi propia libertad? Al fin y al cabo, ¿podía estar seguro, más allá de toda duda, de que no había hecho nada malo? ¿Tan irreprochable soy? ¿No he traspasado nunca la frontera de la legalidad? Seguramente no hay nadie, en ningún sitio, tan intachable.

Michael Ramsey se va antes de que vuelva a hablar con él y no puedo dejar de preguntarme dónde pasará el día de Navidad, si tiene familia en la ciudad con la que comer o si ha regresado a su despacho y se alimenta prosiguiendo su intromisión en mi vida, o tal vez hay una novia o un novio que trabajará como un esclavo preparando un pavo con toda su guarnición, o tal vez está solo, en un apartamento de Hoboken, con comida china para llevar. No, me corrijo, estoy convencido de que no vive en New Jersey. Naciera donde naciera, ahora es un habitante de Manhattan,

alguien que puede desplazarse con la rapidez del mercurio, un elemento más que un dios, el metal que mide la temperatura y con la misma facilidad envenena el pozo, enloqueciendo a sus víctimas, volviéndolas emocionalmente inestables, irritables, tal vez incluso paranoicas. ¿Acaso mi propio mercurio personal me ha vuelto loco como una cabra? Y tal vez él también sea mi Mercurio, mi dios de la comunicación y los mensajes, del engaño y el robo, tal vez incluso mi guía más allá de este reino, el que me conduce al paraíso o al infierno o a lo que sea que aguarde en la oscuridad. Si creyera en un dios, tendría que elegir a Mercurio, no a otro.

Pero ¿debe cumplir uno los mandatos de un dios?

Aunque me ofrecí a mandar un coche que los recogiera en el JFK, Fadia lo rechazó, diciendo que cogería un taxi porque no había modo de saber cuánto tardaría en la cola de pasaportes o la recogida de maletas y no quería que pagara las exorbitantes tarifas de la espera. Yo suponía que llegarían avanzada la tarde, y a medida que pasaban las horas crecía mi ansiedad, me costaba respirar, notaba unas punzadas gélidas en el corazón. Llamé al móvil que me había dado, pero no hubo respuesta. Le mandé mensajes de texto y *emails*, sin recibir tampoco contestación, y entonces, casi a las diez de esa noche, mientras la ciudad ya se agitaba con ánimo festivo de Año Nuevo, Ernesto llamó por el interfono para decir que estaban abajo.

Llevo una semana imaginando una nueva vida con Fadia y Selim, viéndolos a ambos establecidos permanentemente en mi apartamento y casi creyendo que cuanto más claro lo vea más probable es que se haga realidad. Se trata, lo sé, de una variante desesperada del pensamiento mágico. Al principio, nos imagino haciendo lo que Fadia sugería en su *email*, sin reanudar nuestra relación íntima, pero cuanto más prolonga su estancia me convengo —deseo, más allá de la lógica y del respeto de cuáles puedan ser sus propios deseos— de que me mirará con más afecto, tal vez incluso amor, y poco a poco, empezaremos a ser la familia que confieso querer desde el momento en que me dijo que estaba embarazada. Así que unidos de este modo, como marido, mujer e hijo, todas las demás tribulaciones, como el problema de mi incertidumbre frente a la ley estadounidense, seguramente se desvanecerán, porque a las autoridades les quedará claro que Fadia no supone ningún riesgo para nadie. Investigándola como me han investigado a mí, las agencias de inteligencia verán en su rostro y su comportamiento que el estar emparentada con Saif no puede suponer en modo alguno nada con respecto a sus propias creencias y lealtades.

Al salir del ascensor, noté los latidos de mi propio corazón, una vena que pulsaba en mi pie, las manos frías. Fadia tenía el mismo aspecto de siempre, un remolino en un abrigo negro, una bufanda de color marfil subida para cubrirse la cabeza, y en sus brazos iba nuestro hijo, dormido, envuelto en blanco.

—Tu país, Jeremy —dijo suspirando y alzando la mirada con una expresión de fatiga y exasperación.

Sin preguntar, me pasó a Selim, que no se movió cuando lo acomodó en mis brazos. Estaba rollizo sin llegar a gordo, era un bebé saludable, de pelo lacio y rubio, aunque oscuro en las raíces, y en él olí aquel aroma que había captado hacía décadas,

durante un cálido día de primavera en Washington DC, el aroma de una otredad que me resultaba a la vez ajena y familiar, que emanaba del chico que ahora es un hombre de mi edad, un chico que, en mi memoria selectiva, podría haberse llamado o no Amir, un egipcio que supongo que más tarde regresó a su país, un chico de buena familia, como Fadia, destinado a la vida pública como ella también lo habría estado de haberse quedado. ¿Qué sería Selim en el futuro? ¿Cómo, pensé en aquel momento al captar su olor, podré dejar que se vaya? No lo haré voluntariamente. Observé mientras Fadia se apañaba con la sillita y su maleta, ejecutando los movimientos con tal dominio que me pregunté si habría habido otros viajes, a París o a El Cairo o quién sabe dónde más, viajes que podrían hacer que el Departamento de Seguridad Nacional tuviera sus dudas al ver su pasaporte. ¿Qué pasaporte utilizan? ¿El egipcio? ¿El francés? Todavía no sé nada de aspectos tan básicos de su vida práctica.

—Mi teléfono no parece funcionar. Si no te habría llamado. Me interrogaron durante tres horas en el JFK. Nos llevaron a una pequeña sala blanca sin ventanas, y me hicieron cientos de preguntas, sobre mi padre y mi hermano, sobre mi tío, sobre qué estudiaba en Oxford, por qué había venido, cuánto tiempo me quedaría. En un momento dado, no creí que fueran a dejarme entrar en el país, o, peor, imaginé que nos iban a hacer desaparecer, o que se iban a llevar a Selim. Por un instante incluso pensé que habías puesto sobre aviso a las autoridades de antemano, solo para arrebatármelo.

—Jamás haría nada parecido.

Pero qué solución más sencilla habría sido, pensé, sacrificar a Fadia por el bien de Selim.

—No, eso lo sé. Estaba agotada y asustada. Les dije que venía a verte, que eras el padre de Selim, pero no estábamos casados. Creo que pensaron que yo pretendía quedarme aquí, y les dije que no, y les enseñé la carta del *college* para demostrar que soy una estudiante a tiempo completo, lo que pareció servir para que se dieran por satisfechos, al menos con respecto a ese punto. Y un pasaporte francés no carece de valor, supongo. Pedí que me dejaran telefonar a la embajada y cuando dudaron me entró el pánico y les conté todo lo que sabía de Saif, que no es demasiado, aunque aparentemente está en una lista, o puede que en varias. Lo imagino por las preguntas que me hacían. Así que decidí que la sinceridad sería más prudente que cualquier indicio de engaño o resistencia.

—Siento que haya pasado.

—¿Por qué? No es culpa tuya.

—Eso no evita que lo sienta.

Bostezó y, a la luz del ascensor, vi la mella que le habían dejado los últimos seis meses. No era solo por el vuelo, ni siquiera el trabajo que suponía la maternidad, sino tal vez la preocupación sobre cómo va a desarrollarse la vida en los próximos años. En su rostro se ha tallado una nueva cualidad. La piedra que yo admiraba en el pasado se ha vuelto más blanda, más plástica, y la conciencia de la cercanía de la

muerte, que en el pasado yo creía ver en su expresión, ha adquirido una textura con una más matizada percepción de la precariedad de la vida, la vida que ella y yo creamos, la vida que ella debe proteger. O eso imaginaba yo. En la puerta, devolví a Selim a su madre, y cuando el pequeño dejó mis brazos sentí que el corazón se me desgarraba y se quedaba esparcido entre ellos.

—He comprado una cuna y la he puesto en tu habitación, aunque si prefieres habitaciones separadas es fácil de arreglar. Quiero que estés cómoda.

—En la misma habitación está bien. Duerme bien. No me molestará.

Le pregunté si quería comer algo, pero no, había comido en el avión, no tenía hambre, solo quería darse una ducha, dijo, dejó a nuestro hijo en el colchón y luego, rápidamente, deshizo la maleta y colocó sus cosas en el armario y la cómoda.

—Si llora, cógelo en brazos.

Sin atreverme a tocarla ni a hacer nada que pudiera incomodarla, asentí y me hice a un lado para dejarla pasar. Al menos mañana debería ofrecerme a llevarlos a un hotel. «¡No! —imaginé que me respondía—. ¡Queremos estar contigo!».

Mientras el agua corría en el cuarto de baño, miré cómo subía y bajaba el pecho de mi hijo, como las alas de la nariz de distendían y contraían, cómo aleteaban sus párpados y un suspiro se abrió paso desde su boca. Cuánto se me parece el niño, con el mismo pelo rubio y lacio. Solo las raíces oscuras son distintas, y el sutil tono oliváceo de su tez. ¿Será americano mi hijo? ¿Es una opción que le permitirá su madre? ¿O siempre será un extranjero en la tierra de su padre?

Ahora me siento aquí, los fuegos artificiales estallan por toda la ciudad, mientras mi hijo y su madre duermen al final del pasillo; se ha cumplido mi deseo más profundo desde que dejé Oxford, que es también la fuente de un dolor que no tenía previsto, la angustia de un deseo mayor: no separarme nunca más de ninguno de ellos.



Cuando me despierto el primer día de un nuevo año, la mañana del primer cumpleaños de mi hijo, Fadia está trasegando por la cocina, cuidando de no hacer ruido, abriendo armarios, buscando algo que no encuentra y entonces, a lo lejos, oigo el llanto agudo de mi hijo, la primera vez que he oído su voz desde julio, que me levanta de la cama y me lleva a la cocina. Fadia me ve y sonrío a modo de disculpa, pero esto, lo sé, es lo que significa vivir con un bebé.

—¿Voy yo? —me ofrezco.

—No, no pasa nada. Siento haberte despertado. Estaba buscando el café.

—En el congelador.

—No deberías congelar el café. Mata el sabor.

—¿Ah sí? No lo sabía. No lo volveré a hacer.

Fadia sale de la cocina mientras preparo el café. Al cabo de unos minutos vuelve con Selim, que está despierto y sonrío.

—Había que cambiarlo. —Nuestro hijo me mira durante un instante y entonces oculta la cabeza entre el pelo de Fadia—. No seas tímido —lo arrulla—. ¿Quién es este? ¿Te acuerdas? ¿Es papá? ¿Sabes decir papá? Ya dice mamá, pero creo que está confundido. Normalmente le hablo en francés.

Estiro la mano para acariciar la de Selim, pero él la aparta y cierra los dedos en un puño laxo. Si alguien nos está viendo qué banales debemos de parecerle, preparando el café, cambiando pañales, conociéndonos una vez más. Seguramente, la banalidad de nuestras vidas nos sitúa fuera de toda sospecha, ¿no es la banalidad una protección contra los algoritmos y las búsquedas por palabras clave y la culpabilidad por asociación?

Nos sentamos en la zona de comedor, que da a la calle, que todavía está a oscuras porque no ha amanecido.

—¿Qué quieres que hagamos para su cumpleaños?

—Hace tanto frío que podríamos quedarnos aquí. Pedir algo de comer. No me gusta que esté fuera demasiado tiempo con este frío, y no tengo ningún deseo apremiante de ver Nueva York. Ya la conozco bien. Todos los viajes de compras que hice en mi infancia. Mis padres tenían un apartamento en la Sesenta y tantos Este.

—¿No te gusta?

—No, sí que me gusta, pero, entiéndelo, todo cambia —dice, ajustando el modo en que coge a Selim para poder tomarse el café con más facilidad. Lo deja sobre la alfombra y lo vemos gatear hacia un montón de peluches que he comprado al saber que venían—. Eso ha sido un detalle por tu parte.

—Compensando los seis últimos meses. ¿Todavía no anda?

—Se yergue. No tardará mucho en andar. Tendré que comprarle algunas cosas en las tiendas hoy.

Nos demoramos en esas naderías, observando a nuestro hijo hasta que hay que alimentarlo, y entonces Fadia lo coge en brazos, levanta su blusa suelta y apoya la cabeza de la criatura. Que dure para siempre, pienso, tan cómodos y relajados el uno

con el otro, satisfechos y tranquilos en una vida que puede que no sea privada pero que avanza como si lo fuera, tal vez sin tener que hacer nada para acomodarnos al final de la privacidad salvo vivir con más ética, admitir nuestros errores, asumir la transparencia, pero también exigirla a los demás, insistir en el derecho a saber tanto sobre quienes observan como ellos saben de nosotros.

—¿Ves a Stephen? —pregunto, sin haberle contado todavía nada a Fadia de las cajas, ni de Michael Ramsey, ni de las fotografías de su vida a lo largo de los últimos meses. Supongo que lo hago a modo de prueba, para saber si ella admitirá el encuentro que vi reproducido en la fotografía.

—Me crucé con él hace poco por la calle. No me gusta ese hombre, pero le saludé porque me pareció de mala educación no hacerlo y hacía siglos que no lo veía, y él casi explotó allí, en St. Giles, como si no diera crédito a que yo le dirigiera la palabra. No entendí por qué del todo, a no ser que tenga algo que ver con Saif, mi padre y mi tío, pero fue como si no quisiera que le vieran hablando conmigo en público, y como si creyera que yo debería saber que no me convenía abordarle.

Así que eso era, pienso, no hay ninguna confabulación entre ellos, ninguna alianza, nada sugerido por la imagen aislada de Fadia inclinando la cabeza hacia él en la calle delante de la Tayloriana.

—Pero entonces —prosigue, ajustando la inclinación del cuerpo de Selim en sus brazos—, empezó a llamarme. Nunca pronuncia mi nombre, pero su voz, ya la conoces, es inconfundible. Dice cosas espantosas sobre mí, sería incapaz de repetir las, y sobre mi hermano, y también de ti. Me llamaba todos los días, y la línea siempre cliqueaba y estaba llena de interferencias, como si utilizara una conexión de internet o como si estuviera monitorizada, o eso imaginé. Y entonces empezó a hablar de Selim, diciendo que un día, cuando menos lo esperara, descubriría de repente que había desaparecido. Me daría la vuelta y desaparecería y no volvería a verlo. No sabría decir si era una amenaza vacía o si debería tomármela en serio.

—¿Por eso acabaste respondiendo a mis mensajes?

—Tal vez. Estaba asustada. Supongo que podría haber acudido a la policía, pero nunca me he sentido segura con ellos, al menos con los blancos. Ven a una mujer con aspecto de Oriente Medio y eso basta para cambiar la ecuación por completo. Incluso si yo fuese la víctima sospecho que encontrarían la forma de volverse contra mí, y entonces es posible que acabara siendo interrogada, y aparecerían trabajadores sociales, y antes de que me diera cuenta se habrían llevado de verdad a Selim. Perdona si parece como si estuviera recurriendo a toda prisa a ti en busca de ayuda.

El sol se refleja contra el edificio de enfrente. Nuestras tazas están vacías y vuelvo a llenarlas de la jarra, y pienso que ha llegado el momento de contarle lo de las cajas y Michael Ramsey, las llamadas telefónicas que ha estado recibiendo mi madre de un hombre que debe de ser Stephen Jahn, la forma en que he acabado dudando de mi cordura, y he llegado esporádicamente a sospechar de la existencia de una conspiración en la que estaría implicado mi yerno, tal vez incluso mi hija y mi

exmujer, aunque ahora ya no creo que sea probable, más bien pienso que quienquiera que sea el que esté vigilándome no tiene nada que ver con mi familia.

—¿Puedo ver las cajas? —me pregunta.

—Se las di a los abogados. No me las han devuelto.

—¿Y ese tal Michael Ramsey? ¿Puedes ponerte en contacto con él?

—Mi yerno sabría cómo localizarlo, pero no sé si pedirle nada a Peter. No acabo de fiarme del todo de él. Y obviamente los teléfonos y el *email* no son seguros.

—¿Un signo en la ventana?

—Eso parece una película de espías.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Creo que lo veo por la calle todos los días, pero cuando intento abordarlo, desaparece, o al final dudo de que fuera él. Llevo más de un mes sin sentirme completamente en mis cabales.

—Pero la última vez que hablaste con el tal señor Ramsey, ¿te dijo que lo hicieras todo público?

—Sí, con rodeos, sugirió publicar un artículo en la revista de Peter, dando por sentado que a este podría convencerse de que lo hiciera, o tal vez publicar esto — dije enseñándole esta pila de papeles, en la que escribo estas palabras, observando mi propia vida, revisando mi propia historia reciente, como hacen otros—. Solo me gustaría poder saber con certidumbre quién es el responsable de mi vigilancia. Creo que se trata del gobierno, pero no tengo pruebas. Bien mirado, no tengo pruebas de nada, salvo los archivos, y ya no están en mi posesión.

Selim vuelve sobre la alfombra, gateando y entreteniéndose con los muñecos, tan inocente, tan ajeno a las dificultades de las vidas de sus padres. Mientras lo miro, me prometo estar presente en su vida de un modo que no lo estuve para mi hija.

—¿De verdad importa quién lo hace? —pregunta Fadia por fin—. Hay mucha gente que vive su vida entera ante una cámara emitiendo públicamente sus vidas para que las vean desconocidos. Hasta tú podrías hacerlo, ya sabes, instalas cámaras en el apartamento, te presentas ante el mundo entero, para demostrar lo normal que eres, que poco merecedora de sospecha es tu vida, cómo no tiene nada que ver con lo que sea que el gobierno (o Stephen Jahn, o el MI5, el MI6, la NSA, la CIA o el Mossad) crea que estás haciendo. Enséñales tu vida, nuestras vidas juntos si quieres, para demostrar que no tienen nada de interesante: simplemente un hombre y una mujer que tienen un hijo juntos, que resulta que tienen, sin que sea culpa suya, una relación con un hombre que no querría saber nada de ellos, que incluso nos repudiaría por la relación que mantenemos. Me caben pocas dudas de que eso sería lo que haría Saif, o, como Stephen, amenazaría con llevarse a Selim, con matarme por las opciones que he tomado, con asesinarte por lo que hiciste conmigo, o a mí, según prefiramos. ¿Por qué debería juzgárenos por lo que Saif ha acabado siendo? Creo que tendrías que hacerlo público, de una manera u otra. Y podemos hacerlo juntos. Yo te apoyaré — dice, con la mirada fija en mí con una expresión de esperanza, o que mezcla

esperanza y resolución, y en el hechizo de esa mirada siento la determinación para aprovechar el poder, por poco que sea, que me ha concedido Michael Ramsey, si es que de hecho es él el responsable de todo lo que se ha revelado, y volver ese poder contra los poderosos.

Este texto podría adquirir una vida más allá de lo que yo hubiera imaginado, convertirse en un texto destinado no exclusivamente a mis hijos o para mi defensa legal, sino para que lo lea cualquiera, en cualquier momento, en cualquier plataforma, allá donde esté, quienquiera que sea, aunque solo sirva para demostrar mi vulgaridad, mi insignificancia, el que en última instancia soy como cualquier otro, como usted, al llegar al final de esta página.

—¿Estás dispuesto? —dice Fadia.

—Sí —digo levantando a Selim de la alfombra y besándole la frente—, sí.

# AGRADECIMIENTOS

Noah Arlow, Kate Ballard, Rita Barnard, Glenn Breuer, Charles Buchan, Megan Carey, Sarah Chalfant, Zahid R. Chaudhary, Justin Cornish, Nadia Davids, Karen Duffy, Tim Duggan, Gail L. Flanery, James A. Flanery, Thomas Gebremedhin, Lucy Valerie Graham, Neville Hoad, Chris Holmes, Michael Holtmann, Suvir Kaul, Thomas Knollys, Ania Loomba, Peter McCullough, Beatrice Monti della Corte von Rezzori, Neel Mukherjee, Rebecca Nagel, Roger Palmer, Angela Rae, James Roxburgh, Adrienne Rubin-Arlow, Paul Saint-Amour, Deborah Seddon, Tamsin Shelton, Margaret Stead, Eddie van der Vlies, Nan van der Vlies, Undine S. Weber, Zoë Wicomb, Will Wolfslau, Andrew Wylie, Robert J.C. Young, Alba Ziegler-Bailey, y a todos en Atlantic Books, Crown, y The Wylie Agency.

Un agradecimiento especial, como siempre, para Andrew van der Vlies.



PATRICK FLANERY, nació en California en 1975 y se crio en Omaha, Nebraska. Tras estudiar Cinematografía en la Tisch School of the Arts de la Universidad de Nueva York, trabajó durante tres años en la industria del cine antes de trasladarse al Reino Unido donde se doctoró en Literatura Inglesa Contemporánea por la Universidad de Oxford.

Colaborador de medios como el *Washington Post*, *The Guardian* o el *Times Literary Supplement*. Publica regularmente artículos sobre cine y literatura británica y sudafricana en revistas académicas y también en *Slightly Foxed* y en el *Times Literary Supplement*.

Flanery ha recibido becas como la Rockefeller o la Santa Maddalena.

*Absolución* fue su primera novela publicada en castellano, ganadora de **Spear's Best Novel Award 2012**. Trata sobre una mujer octogenaria Sudafricana y el movimiento *Anti-Apartheid*. *Tierra hundida* es su segunda novela.

Actualmente vive en Londres.

# Notas

[1] Se ha mantenido, donde se ha creído necesario, la terminología académica anglosajona, en parte por su peculiaridad y en parte por su carencia de equivalentes exactos en castellano. Un *fellow* de un *college*, en el sentido aquí utilizado, equivaldría aproximadamente a un profesor asociado (o investigador, dependiendo de las funciones, la financiación, etcétera), mientras que el profesor contratado es, en inglés, *university lecturer*. Así mismo se han conservado algunos términos tradicionales de algunos *colleges*, como la *High Table* (mesa de honor o principal del comedor). (N. del T.) <<



[2] En algunas universidades anglosajonas, la *Senior Common Room* (o SCR) equivaldría a la sala (más bien salón) de profesores; aparte de sus funciones de espacio de reunión y socialización, el nombre se aplica también a los comités que participan en la gestión de los *colleges*. En los de Oxford existen así mismo *Junior Common Rooms* para estudiantes y *Middle Common Rooms* para posgrados y doctores. (N. del T.) <<

[3] En español en el original. (*N. del T.*) <<